NARRACIONES TERRORIFICAS

MÉRIMÉE
TURGENIEV
LE FANU
O'BRIEN
L'ISLE-ADAM
ALARCÓN
MAUPASSANT
WILDE
"SAKI"
CHÉJOV
COLLINS
BIERCE
KIPLING
BLACKWOOD
SITAN
RAY
METCALFE

SEGUNDA SELECCIÓ

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones terroríficas - Vol. 2

Narraciones terroríficas - 2

ePub r1.0
Titivillus 17.08.16

Narraciones terroríficas ACERVO. Vol. 2
AA. VV., 1961
Selección: Ana Mª Perales
Escaneo: Walter Lombardi
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(SEGUNDA SELECCIÓN)

Selección de

ANA Mª. PERALES

PRÓLOGO

A modo de presentación de esta Segunda Selección de NARRACIONES TERRORIFICAS (Antología de Cuentos de Misterio) nada distinto de lo que comentábamos al prologar la Primera Selección cabe decir. Para los lectores impresionables, repetir la advertencia de que el autor de la narración fantástica no cree él mismo en la existencia de los fenómenos sobrenaturales en que muchas veces basa su narración. Para tratar de ellos, en algunos casos conocidos ha llegado a recurrir a la embriaguez tóxica; o bien la inspiración le ha venido como consecuencia de ésta. Sobre estos espeluznantes seres llamados vampiros, cuya existencia se llegó a creer por gente ignorante en tiempos antiguos, se incluye la impresionante narración del autor irlandés John Sheridan Le Fanu, titulada "Carmilla", recientemente llevada a la pantalla. Una nota de humor la aporta Oscar Wilde con su deliciosa historia "El fantasma de Canterville", quizá muy leída, pero que se ha considerado conveniente seleccionar para incluir también una narración fantástica de uno de los grandes maestros de la literatura inglesa. También "Saki", seudónimo de Héctor Munro, contribuye a acentuar aquella nota con su fina ironía, que le ha consagrado como uno de los autores más notables de principios de siglo.

Como se hizo en el primer volumen, aquí se destaca, incluyendo cuatro de sus mejores narraciones, a Jean Ray, escritor bilingüe, pues tiene publicaciones en francés y en flamenco, poco conocido entre los lectores de habla española —como tampoco lo es «Saki»—, pero de cuyo vigor y de cuya imaginación el lector podrá pronto darse cuenta.

Una colaboración importante es la de Rudyard Kipling, cuya narración «La marca de la bestia»[1] está extractada de su obra «El hombre que quería ser rey».

Creemos que él presente volumen reúne la doble condición de valor literario —tanto en los autores ya famosos como en los otros no traducidos hasta ahora— y amenidad en el tema, que de las versiones originales ha procurado mantenerse íntegramente mediante una cuidada traducción.

LA VENUS DE ILLE

Próspero Mérimée

DESCENDÍA la última ladera del Canigó y, a pesar de que el sol se había ya puesto, distinguí en la planicie las casas del pequeño pueblo de Ille, hacia el cual me dirigía.

—¿Sabe usted dónde vive M. de Peyrehorade? —le pregunté al catalán que, desde la víspera, me servía de guía.

—¡Naturalmente! —exclamó—. Conozco su casa tan bien como la mía. Y, si no hubiera oscurecido tanto, se la mostraría desde aquí. Es la casa más bonita de Ille. Claro que M. de Peyrehorade tiene mucho dinero; y va a casar a su hijo con una muchacha más rica aún que él.

—Y esa boda, ¿va a celebrarse pronto? —inquirí.

—¡Y tan pronto! Tal vez hayan contratado ya los violines para la fiesta. Quizás esta noche, quizá mañana, o pasado mañana… ¡qué sé yo! La boda se celebrará en Puygarrig, pues la muchacha con la que va a casarse el hijo de M. de Peyrehorade es la señorita de Puygarrig. ¡Será una fiesta digna de verse!

Me dirigía a visitar a M. de Peyrehorade por recomendación de mi amigo M. de P. Mi presunto huésped era, según me había dicho mi amigo, un anticuario muy culto y de una amabilidad exquisita. Para M. de Peyrehorade sería un placer, indudablemente, mostrarme todas las ruinas en diez leguas a la redonda. Y yo confiaba en que me acompañaría a visitar los alrededores de Ille, en los que abundaban los monumentos de la Edad Media y de épocas más remotas. Aquella boda, de la que oía hablar por primera vez, trastornaba todos mis planes.

«Voy a ser un aguafiestas», me dije. Pero sabía que me esperaban. M. de P. había anunciado mi visita, y debía presentarme en la casa. Cuando llegamos a la planicie, mi guía me miró de reojo, con aire que me pareció socarrón, y de buenas a primeras me dijo:

—¿Nos apostamos un cigarrillo a que adivino lo que va usted a hacer en casa de M. de Peyrehorade?

—Bueno —respondí, dándole un cigarrillo—, no creo que sea muy difícil de adivinar. A esta hora, después de haber andado seis leguas por el Canigó, el asunto más importante es la cena.

—Sí, pero ¿y mañana? Estoy seguro de que ha venido usted a Ille para ver el ídolo. Lo sospeché en cuanto vi que sacaba usted un dibujo de los santos de Serrabona.

—¿El ídolo? ¿Qué ídolo?

—¡Cómo! ¿No le han contado en Perpiñán que M. de Peyrehorade había encontrado un ídolo enterrado en el suelo?

—¿Se refiere usted a una estatua de tierra cocida?

—Ni hablar. Es una estatua de cobre, y le aseguro que con ella podrían hacerse

muchas monedas. Muchas… Pesa tanto como una campana de iglesia. La encontramos enterrada al pie de un olivo.…

—Entonces, ¿se hallaba usted presente cuando fue descubierta?

—Sí. Hace quince días, M. de Peyrehorade nos dijo, a Jean Coll y a mí, que arrancásemos un viejo olivo que murió durante el pasado invierno a consecuencia de las heladas. Fueron unas heladas terribles, como usted ya sabe. Pusimos manos a la obra y hete aquí que de pronto, Jean Coll, que le daba a la azada con todas sus fuerzas, dio un golpe y yo oí un *bimmm*.… como si la azada hubiera chocado contra una campana. «¿Qué será eso?», pregunté. Nos pusimos a cavar juntos, cava que te cava, y, de repente, vimos aparecer una mano negra que parecía la mano de un muerto que saliese de la tierra. El miedo me hizo salir corriendo. De modo que me fui en busca del amo, y le dije: «¡Mi amo! ¡Debajo del olivo está lleno de muertos! Hay que avisar al cura». «¿De qué muertos estás hablando?», me preguntó él. Entonces se acercó al olivo, y en cuanto vio la mano se puso a gritar: «¡Restos antiguos! ¡Restos antiguos!». Se hubiera dicho que acababa de encontrar un tesoro. Agarró el azadón y se puso a cavar con tanto entusiasmo que sacaba más tierra que Jean Coll y yo juntos.

—¿Y qué encontraron allí?

—Una mujer negra casi desnuda, hablando con perdón, toda de cobre, y M. de Peyrehorade nos dijo que era un ídolo del tiempo de los paganos… de la época de Carlomagno o cosa así.

—Ya entiendo… Debía tratarse de una imagen en cobre de la Virgen, que procedía de algún convento destruido.

—¿Una imagen de la Virgen? ¡Qué va! Si hubiera sido una Virgen, la habría reconocido inmediatamente. Le digo a usted que es un ídolo: no hay más que verlo para darse cuenta. Se le queda mirando fijamente a uno con sus grandes ojos blancos… Diríase que le mira a uno de hito en hito. Al mirarla se ve uno obligado a apartar los ojos.

—¿Ojos blancos? Sin duda están incrustados en el cobre. Probablemente se trata de una estatua romana.

—¡Romana! ¡Eso es! M. de Peyrehorade dijo que era una romana. ¡Ah! Ya veo que es usted un sabio como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Oh, sí! No le falta nada. Se conserva mucho mejor que el busto de Luis-Felipe que tienen en la alcaldía. Es una estatua muy bonita, aunque a mí no me hace ninguna gracia. Tiene un aspecto maligno… y es maligna.

—¿Maligna? ¿Acaso le ha hecho a usted algún daño?

—A mí precisamente, no. Pero, verá usted lo que ocurrió. En cuanto hubimos quitado toda la tierra que la recubría, atamos una cuerda a la estatua y empezamos a tirar de ella para ponerla en pie. El propio M. de Peyrehorade, que tiene menos fuerza que un pollito, tiraba de la cuerda como los buenos. Finalmente, conseguimos ponerla en pie. Fui en busca de unas cuantas tejas para falcarla, cuando de repente, ¡patatrás!,

la estatua se desplomó de golpe. Yo grité: «¡Apartaos!». Pero mi aviso llegó demasiado tarde y Jean Coll no tuvo tiempo de apartar la pierna…

—¿Resultó herido?

—¡Le aplastó completamente la pierna! Al verlo, me puse furioso. ¡Maldita estatua! Por mi gusto la hubiese emprendido a golpes de azada con ella, pero M. de Peyrehorade me contuvo. Le entregó una buena cantidad de dinero a Jean Coll, pero éste sigue en cama después de quince días de haberle ocurrido la desgracia, y el médico dice que no volverá a andar con la pierna lastimada como con la otra. Una verdadera desgracia, pues Jean Coll era nuestro mejor corredor y, después del hijo de M. de Peyrehorade, el mejor jugador de pelota a mano.

Entretenidos en la conversación, habíamos llegado a Ille y no tardé en encontrarme ante M. de Peyrehorade. Se trataba de un hombre menudo, de aspecto jovial, entrado en años pero muy bien conservado. Aun antes de leer la carta que para él me había entregado M. de P., me instaló ante una mesa bien servida y me presentó a su esposa y a su hijo Alphonse; les dijo de mí que era un ilustre arqueólogo, destinado a sacar al Rosellón del olvido en que le había sumido la indiferencia de los sabios.

En medio de las idas y venidas de sus padres, que se empeñaron en ofrecerme una fabulosa comida, M. Alphonse de Peyrehorade permanecía tan inmutable como una piedra miliar. Era un joven de veintiséis años, alto, de facciones regulares y hermosas, pero carentes de expresión. Su aspecto atlético justificaba la reputación de infatigable jugador de pelota a mano de que gozaba en toda la comarca. Aquella noche iba vestido elegantemente, de acuerdo con la portada del último ejemplar del *Journal des Modes*. Pero no parecía encontrarse a gusto dentro de su traje; estaba tan rígido como un poste y al moverse lo hacía con todo el cuerpo. Sus manos, grandes y callosas, contrastaban extrañamente con la ropa que llevaba puesta. Eran las manos de un labriego surgiendo de las mangas de un petimetre. Aunque me estudió de los pies a la cabeza con evidente curiosidad, sólo me dirigió la palabra en una ocasión durante toda la velada, y fue para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

—Bueno, bueno, mi querido amigo —me dijo M. de Peyrehorade cuando la cena tocaba a su fin—, ya está usted en mi casa y me pertenece por completo. No le soltaré hasta que haya visto todo lo que hay por ver en nuestras montañas. Debe conocer nuestro Rosellón y hacerle justicia. No tiene idea de lo que tenemos por aquí. Monumentos fenicios, celtas, romanos, árabes, bizantinos… Le acompañaré a verlo todo y no dejar que se pierda ni un solo ladrillo.

Un acceso de tos le obligó a interrumpirse. Lo aproveché para decirle cuánto lamentaba molestarle en aquellas circunstancias. Si quería darme sus excelentes consejos acerca de los lugares que yo debía visitar, no era necesario que se distrajera de sus deberes para acompañarme…

—¡Ah! Se refiere usted a la boda de este muchacho —me interrumpió—. Tonterías, la boda no se celebrará hasta pasado mañana. Y usted nos acompañará,

pues será una cosa íntima: la novia está de luto por una tía que le ha dejado todos sus bienes. De modo que nada de fiestas, nada de baile… Una verdadera lástima… hubiera visto bailar a nuestras catalanas… Son muy guapas y muy alegres; tal vez hubiese sentido usted envidia y se hubiese decidido a imitar a nuestro Alphonse. Una boda trae otras, dice el refrán… El sábado, en cuanto los chicos estén casados, quedaré libre y nos dedicaremos a lo nuestro. De antemano le pido perdón por lo modesto de una boda provinciana. Los parisienses están acostumbrados a otra clase de fiestas… Y, para colmo, una boda sin baile. Sin embargo, verá usted una novia… una novia… ya me dirá usted qué tal… Pero usted es un hombre serio y no se fija en las mujeres. Tengo algo mejor que enseñarle. ¡Le enseñaré algo extraordinario! Le reservo una gran sorpresa para mañana.

—Perdone, pero creo saber de qué se trata. Resulta muy difícil tener un tesoro en casa sin que la gente se entere.

—¡Ah! De modo que le ha hablado a usted del ídolo, como llaman a mi bella Venus Tur… Bueno, ni una palabra más. Mañana, de día, la verá y me dirá si tengo o no razón al considerarla una obra maestra. ¡Caramba! No podía usted llegar más a tiempo. La estatua tiene algunas inscripciones que yo, ignorante de mí, explico a mi manera… Pero, un sabio de París… Tal vez se reirá de mi interpretación… a fin de cuentas, no soy más que un aficionado de provincias. Sí, he redactado una memoria… poca cosa, desde luego… Quiero hacer hablar a los periódicos… Si quisiera usted leerla y corregirla, tal vez consiguiera… Por ejemplo, me gustará saber cómo traduce usted la inscripción del zócalo: CAVE… Pero, dejemos ahora este asunto. ¡Mañana, mañana! Por hoy, ni una palabra más sobre la Venus.

—Desde luego, Peyrehorade —dijo su esposa—. Deja en paz ya a tu ídolo. No dejas comer tranquilo al caballero. Y el caballero ha visto, en París estatuas mucho más hermosas que la tuya. En las Tullerías las hay a docenas, incluso de bronce.

—¡Habla la ignorancia, la santa ignorancia provinciana! —la interrumpió M. de Peyrehorade—. ¡Comparar una obra de arte de la Antigüedad con las estatuas de yeso de Coustou!

Comme avec irréverénce
Parle des dieux ma ménagère!

¿Sabía usted que mi esposa quería que fundiese la estatua y la convirtiera en una campana para nuestra iglesia? Claro, ella hubiese sido la madrina… ¡Una obra maestra de Myron!

—¡Obra maestra, obra maestra! ¡Vaya obra maestra que ha hecho! ¡Aplastarle la pierna a un hombre!

—Mira —replicó M. de Peyrehorade en tono resuelto, alzando su pierna derecha —, si mi Venus me hubiese aplastado esta pierna, no lo lamentaría en absoluto.

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes decir eso, Peyrehorade? Afortunadamente, el pobre

Jean Coll va mejorando… Pero yo aborrezco a una estatua que causa desgracias como ésa.

—Herido por Venus, caballero —dijo M. de Peyrehorade estallando en una carcajada—, herido por Venus, el tunante se queja:

Veneris nec proemia nôris.

¿Quién no ha sido herido por Venus?

M. Alphonse, que entendía mejor el francés que el latín, me guiñó un ojo con aire de complicidad, como preguntándome: «¿Y tú, parisiense, comprendes algo?».

La cena había terminado. Hacía casi una hora que había dejado de comer. Estaba cansado y de cuando en cuando se me escapaba un bostezo. Mme. de Peyrehorade fue la primera en darse cuenta y dijo que había llegado ya el momento de irse a la cama. Entonces se desencadenó otro torrente de disculpas por la falta de comodidades con que me iba a encontrar. No podría dormir como en París, desde luego. En provincias se conforman con muy poco… Tenía que perdonar a los rosellonenses… Les aseguré que después de mi caminata por las montañas podía dormir como un tronco sobre un montón de paja, pero insistieron en que debía perdonar a unos pobres campesinos si no podían ofrecerme todas las comodidades que hubieran deseado poner a mi disposición. Finalmente, subí a la habitación que me habían destinado, acompañado por M. de Peyrehorade. La escalera, con peldaños de madera en su parte superior, desembocaba en un pasillo a lo largo del cual se abrían varias puertas.

—A la derecha —me explicó mi huésped— está el cuarto que destinamos a la futura Mme. Alphonse. La habitación de usted queda al final del pasillo opuesto. Ya comprenderá usted —añadió, con aire malicioso—, ya comprenderá usted que debemos dejar aislados a los recién casados. Usted estará en un extremo de la casa, y ellos en el otro.

Entramos en una habitación bien amueblada, y lo primero que vieron mis ojos fue una cama de dos metros de longitud y casi otro tanto de anchura, y tan alta que hacía falta un escabel para encaramarse a ella. Después de indicarme dónde estaba la campanilla por si se me ocurría llamar durante la noche, de asegurarse de que el azucarero estaba lleno y los frascos de agua de colonia debidamente alineados sobre el tocador; después de preguntarme una docena de veces si me faltaba alguna cosa, mi huésped me dio las buenas noches y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desnudarme, abrí una de ellas para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una copiosa cena. En frente mío se alzaba el Canigó, siempre admirable, pero que aquella noche me pareció la montaña más bella del mundo, iluminada como estaba por los resplandecientes rayos de la luna. Permanecí unos minutos contemplando su maravillosa silueta, y estaba a punto de cerrar la ventana cuando, al inclinar los ojos, vi la estatua sobre un pedestal a un centenar de pasos de la casa. Se hallaba en un ángulo de un seto que separaba un

pequeño jardín de una gran pista de cemento con una alta pared en uno de sus extremos y que, como me enteré más tarde, era el frontón del pueblo. Aquel terreno, propiedad de M. de Peyrehorade, había sido cedido por él a la comunidad debido a las insistentes presiones de su hijo.

A aquella distancia me resultaba difícil ver con claridad la estatua; sólo podía calcular su altura, que me pareció de unos seis pies. En aquel momento, dos jovenzuelos avanzaban por el frontón, casi pegados al seto, silbando una bella melodía del Rosellón: *Montagnes régalades*. Al llegar junto a la estatua se detuvieron, y uno de ellos la insultó en alta voz. Hablaba en catalán; pero yo había pasado en el Rosellón el tiempo suficiente para comprender casi todo lo que decía.

—Ahí estás, ¿eh, bribona? (El vocablo catalán fue mucho más expresivo). Tú eres la que has aplastado la pierna a Jean Coll, ¿verdad? Si fueras mía, te rompía el cuello.

—¿Con qué ibas a rompérselo? —replicó su compañero—. Es de cobre, y tan dura que Étienne rompió una lima tratando de descantillarla. Es cobre del tiempo de los paganos; un cobre más duro que no sé qué.

—Si tuviera mi cortafríos (al parecer se trataba de un aprendiz de cerrajero) verías lo que tardaba en hacerle saltar sus grandes ojos blancos. Son de plata y deben valer un dineral.

Se alejaron unos pasos.

—Tengo que darle las buenas noches al ídolo —dijo el mayor de los dos aprendices, deteniéndose de repente.

Se inclinó, probablemente en busca de una piedra. Le vi alzar el brazo, lanzarlo hacia delante, y casi inmediatamente el cobre resonó sonoramente. Y en el mismo instante, el aprendiz se llevó la mano a la cabeza profiriendo un grito de dolor.

—¡La estatua me ha devuelto la piedra! —exclamó.

Y los dos jovenzuelos echaron a correr a toda la velocidad de sus piernas. Era evidente que la piedra había rebotado contra el metal, vengando en el agresor la ofensa que había infligido a la diosa.

Cerré la ventana riéndome de buena gana.

—¡Un vándalo castigado por Venus! ¡Ojalá todos los que destruyen nuestros monumentos antiguos reciban un castigo semejante!

Con este caritativo pensamiento me quedé dormido.

Cuando me desperté, el sol entraba a raudales por las ventanas. A un lado de mi cama se hallaba M. de Peyrehorade, en bata y zapatillas; en el otro lado, un criado enviado por la señora de la casa con una taza de chocolate en la mano.

—¡Vamos, parisiense, en pie! —gritó M. de Peyrehorade—. ¡Vaya con los perezosos de la capital! ¡Las ocho de la mañana, y todavía en la cama! Yo estoy levantado desde las seis. He subido tres veces; me he acercado de puntillas a la puerta, y ni señal de vida. No es saludable dormir tanto a su edad, amigo mío. Mi Venus le está esperando… Vamos, tómese esa taza de chocolate de Barcelona… Es contrabando, ¿sabe? En París no hay chocolate como ése. Coja fuerzas, porque en

cuanto esté delante de mi Venus no habrá quien le arranque de allí.

En cinco minutos estuve listo, es decir, afeitado a medias, mal abrochado y escaldado por el chocolate, que estaba hirviendo. Bajamos al jardín y me encontré ante una estatua admirable.

Era una Venus, y de una belleza maravillosa. Su mano derecha, levantada a la altura del seno, estaba vuelta con la palma hacia dentro; el pulgar y los dos primeros dedos, extendidos, y los otros dos dedos ligeramente doblados. La otra mano, cerca de la cadera, sostenía el lienzo que cubría la parte inferior del cuerpo. La actitud de aquella estatua recordaba la del jugador de morra al que se da el nombre, nunca he sabido por qué, de Germanicus. Tal vez habían querido representar a la diosa jugando a la morra.

Fuera lo que fuese, resultaba imposible ver algo más perfecto que el cuerpo de aquella Venus; algo más elegante y más noble que el lienzo con que se cubría. Tenía ante mis ojos una obra maestra de la época de oro de la escultura: el Bajo Imperio. Y lo que más me maravillaba era la exquisita naturalidad de las formas, que hubieran podido creerse modeladas de un ser vivo, si la Naturaleza hubiese sido capaz de producir un ser tan perfecto.

El cabello, alzado sobre la frente, debía haber sido dorado en otros tiempos. La cabeza, pequeña como la de casi todas las estatuas griegas, estaba ligeramente inclinada hacia delante. En cuanto al rostro, me resultaría imposible describir su expresión, completamente distinta a la del rostro de cualquier otra estatua antigua que yo recuerde. No tenía aquella belleza tranquila y severa que los escultores griegos infundían a sus obras dando sistemáticamente una majestuosa inmovilidad a todos los rasgos. Aquí, por el contrario, podía adivinarse el definido propósito del artista de plasmar una malicia que llegaba a la maldad. Todos los rasgos aparecían ligeramente contraídos: los ojos un poco oblicuos, la boca levemente fruncida, las fosas nasales algo hinchadas… El desdén, la ironía y hasta la crueldad podían leerse perfectamente en aquel rostro que, a pesar de todo, era de increíble belleza. En realidad, cuanto más se miraba a aquella admirable estatua, más le deprimía a uno el pensamiento de que una belleza tan maravillosa pudiera ir unida a una ausencia total de sensibilidad.

—Si ha existido alguna vez el modelo de esta estatua —le dije a M. de Peyrehorade—, y dudo que haya vivido nunca una mujer como ésa, compadezco a sus amantes. Debió complacerse en hacerles morir de desesperación. En su rostro hay una crueldad indefinible, aunque he de confesar que nunca había visto un rostro tan hermoso.

C’est Vénus tout entière à sa prole attachée!

declaró M. de Peyrehorade, sumamente satisfecho por mi entusiasmo.

La expresión de infernal ironía de aquel rostro quedaba aumentada, tal vez, por el contraste de sus ojos plateados y muy brillantes con la pátina verde-negruzca que el

tiempo había dado a toda la estatua. Aquellos ojos brillantes producían cierta sensación de realidad, de vida. Recordé lo que me había dicho mi guía, que al mirar a la estatua se veía uno obligado a apartar los ojos de ella. Era casi cierto, y no pude evitar el sentirme disgustado conmigo mismo por la incomodidad que experimentaba ante aquella figura de bronce.

—Ahora que la ha admirado usted en detalle, mi querido colega en antigüedades —dijo M. de Peyrehorade—, iniciemos una conferencia científica. ¿Qué me dice de esa inscripción, en la que todavía no se ha fijado?

Me mostró el zócalo de la estatua, y pude leer allí las siguientes palabras:

CAVE AMANTEM

—*Quid dicis, doctissime?* —me preguntó mi huésped, frotándose las manos—. Vamos a ver si estamos de acuerdo sobre el sentido de ese *cave amantem*.

—Creo —respondí—, que puede tener dos sentidos. Puede traducirse por: «Desconfía del que te ama». Pero ignoro hasta qué punto sería correcta la traducción. Después de ver el diabólico rostro de la dama, me siento más inclinado a opinar que el artista quiso prevenir al espectador contra esta terrible belleza. Yo traduciría, pues: «Ten cuidado si *ella* te ama».

—¡Hum! —murmuró M. de Peyrehorade—. Sí, no niego que es admisible, pero personalmente prefiero la primera traducción. ¿Sabe usted quién fue el amante de Venus?

—Tuvo varios…

—Sí, desde luego, pero me refiero al primero, a Vulcano. El *cave amantem* puede significar también: «A pesar de toda tu belleza, de tu aire desdeñoso, tendrás por amante a un herrero, a un cojo». ¡Una hermosa lección, caballero, para las coquetas!

La explicación era tan forzada, que no pude evitar una sonrisa.

—El latín, con toda su concisión, no deja de ser un idioma terriblemente difícil de interpretar —dije, para no herir la susceptibilidad de mi huésped, al tiempo que retrocedía unos pasos para contemplar mejor la estatua.

—¡Un momento, colega! —dijo M. de Peyrehorade, cogiéndome por el brazo—. No lo ha visto usted todo. La estatua tiene otra inscripción. Súbase al zócalo y mire el brazo derecho.

Y al decir esto me ayudó a subirme al zócalo.

Me incliné sobre el cuello de la Venus, con la cual empezaba ya a familiarizarme. La contemplé un solo instante *por debajo de la nariz*, y vista de cerca me pareció aún más malvada y aún más bella. Luego me di cuenta de que tenía grabadas en el brazo algunas palabras en caracteres antiguos, a mi parecer. Las leí trabajosamente en voz alta, y M. de Peyrehorade fue repitiendo las palabras a medida que yo las pronunciaba, asintiendo con los gestos y con la voz. Leí lo siguiente:

VENERI TURBVL…
EVTICHES MYO
IMPERIO FECIT.

Después de la palabra TVRBVL de la primera línea, me pareció que habían algunas letras borradas; pero el TVRBVL era perfectamente legible.

—¿Qué significa eso? —me preguntó mi huésped con expresión radiante y sonriendo con malicia, pues suponía acertadamente que el TVRBVL en cuestión me dejaría intrigado.

—Hay una palabra a la que no encuentro explicación —respondí—. Todo lo demás es bastante fácil. Eutiches Myron ha hecho esta ofrenda a Venus por orden suya.

—Perfecto. Pero ¿Qué significa TVRBVL?

—Confieso que me ha puesto en un aprieto. Estoy buscando inútilmente algún calificativo de Venus que sirva para el caso. Veamos, ¿qué le parece TVRBVLENTA? Venus que turba, que agita… Ya se habrá dado usted cuenta que desde el primer momento me ha intrigado la expresión maliciosa de su rostro. Y TVRBVLENTA no me parece un calificativo demasiado duro para Venus —añadí en tono modesto, pues yo mismo distaba de estar satisfecho de mi propia explicación.

—¡Venus turbulenta! ¡Venus la alborotadora! ¡Ah! ¿Cree usted entonces que mi Venus es una Venus de *cabaret*? Ni hablar, caballero; es una Venus honesta. Pero voy a explicarle el significado de ese TVRBVL… aunque tiene que prometerme no divulgarlo hasta que esté impresa mi Memorial. No niego que me apetece la gloria de este descubrimiento… Los pobres diablos de provincias también tenemos derecho a algunas migajas del festín de la Ciencia. ¡Ustedes, los sabios de París, tienen ocasiones más que sobradas para hartarse!

Desde lo alto del pedestal, donde continuaba subido, le prometí solemnemente que jamás cometería la indignidad de robarle su descubrimiento.

—TVRBVL…, caballero —dijo, acercándose y bajando la voz por miedo a que otra persona que no fuera yo pudiera oírle—, debe leerse TVRBVLNERAE.

—Sigo sin comprender nada.

—Escuche bien lo que voy a decirle: A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay un pueblo que se llama Boulternère. El nombre es una corrupción del vocablo latino TVRBVLNERA. Esas corrupciones son muy frecuentes. Boulternère, caballero, fue una ciudad romana. Siempre lo había sospechado, pero nunca dispuse de una prueba fehaciente de ello. He aquí la prueba: esa Venus era la divinidad adorada en la ciudad de Boulternère, y el vocablo Boulternère, cuya antigüedad acabo de demostrar, prueba un hecho mucho más importante: ¡prueba que Boulternère, antes de ser una ciudad romana, fue una ciudad fenicia!

Se interrumpió para tomar aliento y para gozarse en mi sorpresa. Conseguí reprimir los irrefrenables deseos de echarme a reír que me asaltaron.

—En efecto —continuó—, TVRBVLNERA es fenicio puro. TVR y SVR son la misma palabra, ¿no es cierto? Y SVR era el nombre fenicio de Tiro; no tengo necesidad de recordarle a usted su significado. BVL es Baal, Bal, Bel, Bul, leves diferencias de pronunciación. En cuanto a NERA, me dio un poco más de trabajo encontrar una explicación lógica. A falta de un vocablo fenicio apropiado, me siento inclinado a creer que NERA procede del griego νηορς, húmedo, pantanoso. Por lo tanto, se trataría de un vocablo híbrido. Para justificar el νηρος, iremos a Boulternère y allí verá usted cómo los arroyos de la montaña forman lagunas infectas. Por otra parte, la terminación NERA pudo ser añadida mucho más tarde en honor de Nera Pivesuvia, esposa de Tetricus, la cual pudo haber realizado algo en favor de la ciudad de Turbul. Pero, debido a las lagunas, me inclino por la etimología de νηρος.

Se llevó a la nariz su caja de rapé con aire satisfecho.

—Pero dejemos a los fenicios y volvamos a la inscripción. Mi traducción es como sigue: A la Venus de Boulternère, Myron le dedica, por orden suya, esta estatua, su obra.

No había querido discutirle a M. de Peyrehorade su etimología, pero a mi vez quise dar muestras de penetración, y le dije:

—Un momento, caballero. Myron dedicó alguna cosa, pero no veo claro que fuera precisamente esta estatua.

—¡Cómo! —exclamó mi huésped—. ¿Acaso Myron no fue un famoso escultor griego? Su talento artístico debió transmitirse a sus descendientes: y uno de ellos fue el autor de esta estatua. No cabe duda alguna.

—Sin embargo —repliqué—, veo en este brazo una leve incisión. Supongo que debió servir para sostener algo, un brazalete, por ejemplo, que el tal Myron ofreció propiciatoriamente a Venus. Myron era un amante desgraciado. Venus estaba irritada contra él: y él trató de aplacarla ofreciéndole un brazalete de oro. Recuerde que *fecit* y *consecravit* son palabras sinónimas y a menudo se confunden. Si tuviera a mano algún texto de Gruter o de Orelli le mostraría más de un ejemplo. Es natural que un enamorado viera a Venus en sueños, y que imaginara que la diosa le ordenaba ofrecer un brazalete de oro a su estatua. Myron le ofreció un brazalete… Luego, los bárbaros o algún ladrón sacrílego…

—¡Ah! ¡Cómo se conoce que ha escrito usted novelas! —exclamó mi huésped, al tiempo que me daba la mano para ayudarme a bajar del zócalo—. No, caballero, es una obra de la escuela de Myron. No hace falta más que verlo.

Sabiendo lo inútil que resultaba contradecir a un anticuario emperrado en una teoría, incliné la cabeza con aire convencido y murmuré:

—Es un ejemplar admirable.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó en aquel momento M. de Peyrehorade—. ¡Otro acto de vandalismo! ¡Alguien ha arrojado una piedra a mi estatua!

Acababa de descubrir una mancha blanca debajo del seno de la Venus. Por mi parte, descubrí una mancha semejante en los dedos de su mano derecha, que en aquel

momento supuse producida por la misma piedra en su trayecto; también era posible que, en el choque, la piedra hubiese soltado un fragmento que fue a estrellarse sobre la mano de la estatua. Le conté a mi huésped lo que había presenciado la noche anterior desde mi ventana, y el inmediato castigo que siguió al insulto de los mozalbetes. M. de Peyrehorade se rio de buena gana y comparó el aprendiz a Diomedes, deseando que todos sus compañeros, como los del héroe griego, quedaran convertidos en pájaros blancos.

La campana del desayuno interrumpió en este punto nuestra conversación, y, al igual que la víspera, me vi obligado a comer como cuatro personas. Luego acudieron a la casa los colonos de M. de Peyrehorade; y mientras el dueño les atendía, su hijo me llevó a ver una calesa que había comprado en Toulouse para su prometida y que yo alabé sin reservas, no hace falta decirlo. Después me llevó con él a los establos, donde permanecí media hora escuchando elogios de los caballos, enterándome de su genealogía y de los premios que habían ganado en las carreras celebradas en la provincia. Finalmente, M. Alphonse me habló de su prometida, tras haberme mostrado una yegua gris que pensaba regalarle.

—Hoy la veremos —dijo—. No sé si a usted le parecerá bonita. Ustedes, los parisienses, son muy exigentes; aquí en Perpiñán, todo el mundo la encuentra encantadora. Y, además, es muy rica. Su tía de Prades le dejó todos sus bienes. ¡Oh! Voy a ser muy feliz con ella.

Me sorprendió profundamente el hecho de que un joven pareciera más impresionado por la dote que por los bellos ojos de su futura esposa.

—¿Entiende usted en joyas? —me preguntó a continuación M. Alphonse—. ¿Qué le parece ésta? Se trata del anillo que le regalaré mañana a la que ha de ser mi esposa.

Y al decir eso se quitó de la primera falange del dedo meñique un grueso anillo adornado con diamantes y en forma de dos manos entrelazadas; alusión que me pareció infinitamente poética. Era una joya antigua, pero me di cuenta de que había sido retocada para engastar en ella los diamantes. En la cara interior del anillo podía leerse en letra gótica lo siguiente: *Sempr’ab ti*, es decir, siempre contigo.

—Es un hermoso anillo —le dije—, aunque esos diamantes le han hecho perder un poco de su originalidad.

—¡Oh! Es mucho más bonito así —dijo M. Alphonse sonriendo—. Tiene engastados mil doscientos francos de diamantes. Me lo regaló mi madre. Era un anillo muy antiguo… de la época de los caballeros andantes. Fue el anillo de boda de mi abuela, que lo había heredado de la suya. ¡Dios sabe los años que hace que fue hecho!

—En París —le dije—, existe la costumbre de regalar un anillo de boda sencillo, habitualmente de dos metales distintos, como por ejemplo oro y platino. Ese otro anillo que lleva usted en el dedo sería muy apropiado. Éste, con los diamantes y las manos en relieve, resulta tan grande que quien lo lleve no podrá ponerse guantes.

—¡Oh! Mme. Alphonse se las arreglará como quiera.

Creo que estará muy contenta de poseer este anillo. Llevar mil doscientos francos en un dedo produce una sensación muy agradable. Ese anillo al que usted se refería —añadió, mirando con aire satisfecho la alianza que lucía en el dedo anular de su mano izquierda—, me lo regaló una mujer en París un jueves lardero. ¡Ah! ¡Qué bien me lo pasaba en París cuando estuve allí, hace dos años! ¡Allí sí que se divierte uno!

Y suspiró melancólicamente.

Aquel día debíamos ir a almorzar a Puygarrig, en casa de los padres de la novia; montamos en calesa y nos dirigimos al castillo, situado a legua y media de camino de Ille. Allí fui presentado y acogido como amigo de la familia. No hablaré del almuerzo ni de la conversación que le siguió y en la cual apenas tomé parte. M. Alphonse, sentado al lado de su prometida, le decía una palabra al oído cada cuarto de hora. En cuanto a ella, apenas alzaba los ojos del suelo, y cada vez que su novio le hablaba se ruborizaba modestamente pera le respondía con la mayor naturalidad.

Mlle. de Puygarrig tenía dieciocho años y su aspecto suave y delicado contrastaba con las formas atléticas de su robusto prometido. Era no solamente bonita, sino incluso seductora. Y su expresión bondadosa, no exenta con todo de un leve tinte de malicia, me recordó, a pesar mío, la Venus de mi huésped. En la comparación a que me entregué mentalmente, me pregunté si la belleza evidentemente superior de la estatua no podía atribuirse, en gran parte, a su expresión de tigresa; pues la energía, incluso en las malas pasiones, provoca siempre en nosotros una fuerte impresión y una especie de admiración involuntaria.

—«¡Qué lástima —me dije a mí mismo cuando salimos de Puygarrig— que una muchacha tan encantadora sea rica, y que su dote la haya hecho apetecible a un hombre indigno de ella!».

De regreso ya en Ille, y no sabiendo de qué tema hablar con Mme. de Peyrehorade, con quien juzgaba conveniente conversar de cuando en cuando, para no parecer descortés, se me ocurrió decirle:

—Desde luego, ustedes, los del Rosellón, no se asustan de nada. ¡Mira que celebrar una boda en viernes! En París somos más supersticiosos; nadie se atrevería a casarse en viernes.

—¡Dios mío! No me lo diga usted —replicó—. Si de mí hubiera dependido, puede estar seguro de que habría escogido otro día de la semana. Pero M. de Peyrehorade lo ha querido así, y hemos tenido que ceder. Sin embargo, estoy muy preocupada. ¿Y si ocurriera alguna desgracia? Desde luego, tiene que existir alguna razón para que todo el mundo tenga miedo del viernes…

—El viernes —intervino su marido— es el día de Venus. ¡Excelente día para una boda! Ya yo ve usted, mi querido colega, no pienso más que en mi Venus. Y le doy mi palabra de que he escogido el viernes pensando en ella. Mañana, antes de la boda, le sacrificaremos un par de palomas. Si supiera dónde encontrar un poco de incienso…

—¡Cállate ya, Peyrehorade! —le interrumpió su esposa, escandaliza—. ¡Incensar

a un ídolo! ¡Qué idea más abominable! ¿Qué dirían de nosotros si te atrevieras a hacer una cosa así?

—Por lo menos —dijo M. de Peyrehorade—, me permitirás que ponga en su cabeza una corona de rosas y de lilas:

Manibus date lilia plenis.

¿Se da usted cuenta, caballero? La Constitución es una filfa. ¿Quién dice que existe la libertad de cultos?

Aquella noche, antes de acostarme, fui informado del horario que regiría al día siguiente. A las diez en punto de la mañana, todo el mundo debería estar listo para la marcha. Después de tomar el chocolate, nos dirigiríamos a Puygarrig en carruaje. El matrimonio civil tendría efecto en la alcaldía del pueblo, y la ceremonia religiosa en la capilla del castillo. Después se serviría un almuerzo ligero. Después de almorzar, cada uno pasaría el tiempo como mejor pudiera hasta las siete de la tarde. A las siete regresaríamos a Ille, a casa de M. de Peyrehorade, donde cenarían juntas las dos familias. La cena terminaría como es de suponer: no pudiendo bailar, todo el mundo procuraría comer y beber a más y mejor.

Desde las ocho de la mañana me hallaba sentado delante de la Venus, lápiz en ristre, intentando por vigésima vez dibujar la cabeza de la estatua, sin conseguir captar su expresión. M. de Peyrehorade iba y venía a mi alrededor, dándome consejos, repitiéndome sus etimologías fenicias; luego colocaba rosas de Bengala en el pedestal de la estatua, y en tono tragicómico hacía votos por la felicidad de la pareja que iba a vivir bajo su techo. A eso de las nueve entró en la casa para atender a su tocado, y casi al mismo tiempo salió M. Alphonse, embutido en un traje nuevo, con guantes blancos, zapatos relucientes y una rosa en el ojal.

—¿Le hará usted un retrato a mi esposa? —me preguntó, inclinándose sobre mi dibujo—. Ella es también muy bonita.

En aquel momento, en el frontón situado al otro lado del jardín y al que ya hice alusión, se inició un partido de pelota a mano que desde el primer instante atrajo la atención de M. Alphonse. Por mi parte, fatigado y convencido de que me sería imposible fijar los rasgos de aquella diabólica Venus, aparté el dibujo a un lado y me puse a contemplar a los jugadores. Entre ellos habían varios muleros españoles, llegados la víspera. Eran aragoneses y navarros y poseían una sorprendente habilidad en el juego. Los indígenas, a pesar del estímulo que para ellos representaban la presencia y los consejos de M. Alphonse, no tardaron en ser derrotados por aquellos nuevos campeones. Los espectadores nacionales estaban consternados. M. Alphonse miró su reloj. No eran más que las nueve y media. Su madre no estaba aún peinada. No vaciló más: contempló su traje nuevo, se quitó la chaqueta y retó a los españoles. Yo observaba aquella escena sonriendo y un poco sorprendido.

—Hay que mantener en alto el honor del país —me dijo.

En aquel momento me pareció realmente hermoso. Estaba apasionado. Su tocado, que tanto le había preocupado hasta entonces, dejó de existir para él. Unos minutos antes no se hubiese atrevido a volver la cabeza por miedo a que se le torciera la corbata. Ahora, había dejado de pensar en su engomado cabello y en la raya de sus pantalones. ¿Y su prometida? A fe mía, creo que en aquellos instantes no le hubiese importado aplazar su boda. Le vi calzarse rápidamente un par de sandalias, arremangarse las mangas de la camisa y, seguro de sí mismo, ponerse al frente del bando perdedor, como César al frente de sus legiones. Pasé al otro lado del seto y me senté cómodamente a la sombra de un árbol para no perderme detalle del encuentro.

En contra de lo que esperaba todo el mundo, M. Alphonse falló el primer saque; desde luego, la pelota le llegó casi a ras de suelo después de haber sido lanzada con una fuerza sorprendente por un aragonés que parecía ser el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos cuarenta años, delgado y nervudo, de más de seis pies de estatura; su piel olivácea tenía un tono casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

M. Alphonse profirió una exclamación de furor.

—¡Ese maldito anillo! —gritó—. Me aprieta el dedo y me ha hecho fallar una pelota segura.

Contempló, no sin pesar, su anillo de diamantes, y terminó por quitárselo del dedo: me acerqué a él para recoger el anillo, pero M. Alphonse se dirigió rápidamente hacia la Venus, introdujo el anillo en el dedo anular de la estatua y volvió a ocupar su sitio al frente de sus tropas.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. A partir de entonces no tuvo un solo fallo, y los españoles fueron derrotados en toda la línea. Fue un bello espectáculo, que despertó el entusiasmo de los espectadores: unos prorrumpieron en gritos de alegría, lanzando sus gorras al aire; otros se arremolinaron en torno de M. Alphonse, estrechando sus manos y llamándole «orgullo del país». Si hubiera rechazado una invasión, dudo que hubiese recibido felicitaciones más entusiastas y más sinceras. El pesar de los vencidos era un lauro más que añadir a su victoria.

—Ya celebraremos otros partidos, amigo mío —dijo M. Alphonse al aragonés en tono de superioridad—. Pero tendré que daros algunos tantos de ventaja.

Me hubiera gustado que M. Alphonse se mostrara más modesto, y casi me apenó la humillación de su rival.

El gigante español acusó vivamente el insulto. Le vi palidecer bajo su piel morena. Abrió y cerró sus grandes manos varias veces y terminó por murmurar en voz ahogada: «*Me lo pagarás*»[2].

La voz de M. de Peyrehorade vino a turbar el triunfo de su hijo: mi huésped, sorprendido al no encontrarle dirigiendo el enjaezamiento de la calesa nueva, se sorprendió aún más al verle sudoroso y en mangas de camisa. M. Alphonse corrió hacia la casa, se lavó el rostro y las manos, volvió a ponerse la chaqueta nueva y los zapatos, y cinco minutos después marchábamos al trote por el camino que conducía a Puygarrig.

En el momento en que el cortejo iba a ponerse en marcha hacia la alcaldía, M. Alphonse se golpeó la frente con la mano y me dijo, en voz baja:

—¡Vaya plancha la mía! ¡He olvidado el anillo! ¡Lo he dejado en el dedo de esa Venus, que el diablo se lleve! No se lo diga usted a mi madre, por lo menos. Es posible que no se dé cuenta de nada.

—Podría usted enviar a alguien a buscarlo —le sugerí.

—No, ni pensarlo —respondió M. Alphonse—. Mi criado se ha quedado en Ille y no me fío un pelo de los de aquí. Mil doscientos francos de diamantes son capaces de hacer perder la cabeza a cualquiera. Además, ¿qué pensarían estas gentes de mi distracción? Se reirían de mí. Me llamarían el marido de la estatua… Y no creo que nadie se atreva a robarlo. Afortunadamente, el ídolo infunde mucho miedo a todos estos bergantes. No se atreven a acercarse a un par de metros de la Venus… ¡Bah! No tiene importancia. A fin de cuentas, tengo otro anillo.

Las dos ceremonias, la civil y la religiosa, se llevaron a cabo con la pompa adecuada; y Mlle. de Puygarrig recibió el anillo de una modista de sombreros de París, sin sospechar que su prometido acababa de sacrificar una prenda amorosa. Luego, la gente se sentó a la mesa y se bebió, se comió y se cantó en grande. Pensando en el delicado continente de la novia, aquella ruda alegría me molestaba lo indecible; pero la novia no parecía tan afectada como yo había supuesto, y no se mostraba ni remilgada ni torpe.

Tal vez el valor nos llega con las situaciones difíciles.

El almuerzo terminó cuando Dios quiso. Eran las cuatro de la tarde y los hombres fueron a pasearse por el parque, que era magnífico, o se quedaron a contemplar cómo bailaban las campesinas de Puygarrig ataviadas con sus mejores vestidos, en la explanada del castillo. De este modo pasamos algunas horas. Entretanto, las mujeres revoloteaban alrededor de la recién casada, la cual les mostraba sus regalos de boda. Luego se cambió de vestido, y me di cuenta de que había cubierto sus hermosos cabellos con un sombrerito de plumas, pues nada hay que corra tanta prisa a las mujeres como el ponerse las prendas que la costumbre les prohíbe llevar cuando son solteras.

Eran cerca de las ocho cuando nos dispusimos a regresar a Ille. Pero antes tuvo lugar una escena patética. La tía de Mlle. de Puygarrig, una mujer muy anciana y muy devota que había hecho de madre a la joven, no podía acompañarnos a Ille. En el momento de separarse de su sobrina, le dirigió un emotivo sermón acerca de sus deberes de esposa, sermón que terminó con un torrente de lágrimas y con unos interminables abrazos. M. de Peyrehorade comparó aquella separación al rapto de las Sabinas. Finalmente, nos pusimos en marcha, y durante el camino todo el mundo se esforzó en distraer a la recién casada y hacerla reír; pero los esfuerzos resultaron inútiles.

En Ille nos esperaba la cena. ¡Y qué cena! Si la ruda alegría del almuerzo me había sorprendido, mucho más me sorprendieron los equívocos y las chanzas de que

los comensales hicieron objeto a los recién casados, especialmente a la novia. El novio, que antes de sentarse a la mesa había desaparecido unos instantes, estaba pálido y muy serio. Bebía a cada momento el viejo vino de Collioure, un vino casi tan fuerte como el aguardiente. Yo estaba a su lado y me creí obligado a advertirle:

—¡Cuidado, amigo mío!

M. Alphonse me tocó con la rodilla por debajo de la mesa y me dijo, en voz baja:

—Cuando termine la cena… necesito hablar en privado con usted.

Me sorprendió el tono solemne que había adoptado. Le contemplé con atención, y noté la extraña alteración de sus rasgos.

—¿Se encuentra usted mal? —le pregunté.

—No.

Y siguió bebiendo.

Entretanto, en medio de grandes aplausos y aclamaciones, un niño de unos once años, que se había subido en la mesa, mostraba a los comensales una hermosa cinta de color blanco y rosa que acababa de arrancar del tobillo de la desposada. A esa cinta se le da el nombre de «liga de la novia». Inmediatamente fue cortada a pedazos y repartida entre los jóvenes, los cuales prendieron los trozos en los ojales de sus chaquetas, siguiendo una antigua costumbre que se conserva aún en algunas familias patriarcales. La novia enrojeció hasta la raíz del pelo… Pero su turbación llegó al colmo cuando M. de Peyrehorade, tras reclamar silencio, recitó algunas estrofas: «impromptus», las llamó él. Las recitó en catalán, y sólo puedo reproducir su significado, si es que lo entendí bien:

«¿Qué ocurre, amigos míos? ¿Acaso el vino que he bebido me hace ver doble? Aquí hay dos Venus…».

El novio volvió bruscamente la cabeza, con un gesto que provocó la risa general.

—Sí —continuó M. de Peyrehorade—, hay dos Venus bajo mi techo. Una de ellas la encontré en la tierra, como una trufa; la otra, bajada del cielo, acaba de obsequiarnos con su cinturilla.

Quería decir su liga.

—Hijo mío, debes escoger entre la Venus romana y la catalana. Si eres listo, te quedarás con la catalana. La romana es negra; la catalana es blanca. La romana es fría; la catalana inflama todo lo que se acerca a ella.

Este final provocó unos aplausos tan entusiásticos, unas risas tan sonoras, que por un momento creí que el techo se iba a desplomar sobre nuestras cabezas. Alrededor de la mesa no había más que tres rostros serios: los de los recién casados y el mío. Me dolía la cabeza y, además, una boda me pone siempre triste, sin que pueda explicarme el motivo. Por otra parte, desde el primer momento había sentido una extraña prevención contra aquella boda.

Cuando el teniente de alcalde hubo recitado los últimos versos de la velada —unos versos muy poco «poéticos», por cierto—, la gente se reunió en el salón para despedirse de la recién casada, que pronto sería acompañada a su habitación, pues ya

era casi medianoche.

M. Alphonse me cogió del brazo y me obligó a seguirle hasta una de las ventanas del salón, alejada del barullo general.

—Sé que va usted a reírse de mí —me dijo—. Pero, no sé lo que me ocurre… ¡Estoy embrujado!

—Vamos, vamos —traté de tranquilizarle—. Lo que sucede es que ha bebido usted demasiado vino de Collioure, mi querido Alphonse. Ya se lo advertí.

—Sí, es posible. Pero me ha sucedido algo mucho más terrible.

Hablaba de un modo entrecortado. Supuse que estaba completamente borracho.

—¿Recuerda usted mi anillo? —me preguntó, después de un breve silencio.

—Sí. ¿Lo han robado?

—No.

—Entonces, lo tiene usted.

—No… Yo… No he podido sacárselo del dedo a esa endemoniada Venus.

—¡Vaya! No habrá tirado usted de él con bastante fuerza.

—Sí… Pero la Venus… la Venus ha doblado el dedo.

Me miró fijamente con expresión malhumorada, y se apoyó en el alféizar de la ventana para no caer.

—¡Qué historia es ésa! —repliqué—. Lo que pasa es que apretó usted demasiado el anillo en el dedo de la estatua. Mañana, con la ayuda de unas tenazas, podrá sacarlo. Pero tenga cuidado y no estropee la estatua.

—¿Es que no lo entiende? Le digo a usted que la Venus ha doblado el dedo, ha cerrado la mano… Ahora es mi esposa, puesto que le coloqué el anillo de desposada… Y no quiere soltarlo.

Sentí un repentino escalofrío, y por un instante se me puso la carne de gallina. Luego, M. Alphonse suspiró profundamente y con su aliento me llegó una tufarada a vino. Toda emoción desapareció como por ensalmo.

«¡Desgraciado! —pensé—. Está borracho como una cuba».

—Usted es anticuario, caballero —continuó M. Alphonse con voz lastimera—. Habrá visto muchas de esas estatuas… y tal vez exista algún resorte, algún mecanismo… Si quisiera usted comprobarlo…

—De buena gana —asentí—. Vamos.

—No, preferiría que fuera usted solo.

Salí del salón.

El tiempo había cambiado durante la cena y la lluvia empezaba a caer con fuerza. Estaba a punto de ir a pedir un paraguas, cuando me detuve a pensar en la situación. Sería una gran estupidez por mi parte, me dije, ir a comprobar lo que me había dicho un hombre borracho. Entraba en lo posible que M. Alphonse quisiera hacerme objeto de una broma pesada, para que aquellos honrados provincianos tuvieran ocasión de reírse de un parisiense; y lo menos que podía sucederme era que me calara hasta los huesos y pillara un fuerte resfriado.

Desde la puerta, contemplé la estatua chorreante de agua y subí a mi habitación sin volver a entrar en el salón. Me acosté; pero el sueño tardó en acudir a mis párpados. Pensé en los acontecimientos de aquella jornada. Pensé en aquella joven tan hermosa y tan pura. No existe nada tan odioso, me dije, que un matrimonio de conveniencia. Dos seres que no se aman, ¿qué pueden decirse llegado el momento que dos amantes comprarían al precio de sus vidas?

En el curso de todos estos pensamientos, que resumo para no cansar al lector, había oído muchas idas y venidas en el interior de la casa, puertas que se abrían y cerraban, pasos que se alejaban hacia el extremo del pasillo opuesto a mi habitación. Se trataba, probablemente, de las mujeres que acompañaban a la desposada a su cámara nupcial. Luego, los pasos volvieron a acercarse y descendieron la escalera.

La casa había quedado sumergida en un profundo silencio. Pero, al cabo de un rato, alguien que andaba pesadamente subió la escalera. Los peldaños de madera crujieron fuertemente.

«¡Vaya un estúpido! —exclamé—. No me extrañaría nada que cayera rodando por la escalera».

Todo volvió a quedar tranquilo. Cogí un libro para variar el curso de mis ideas. Era una estadística del Departamento, que incluía una Memoria de M. de Peyrehorade acerca de los monumentos druídicos del distrito de Prades. Al llegar a la tercera página me quedé adormilado.

Dormí muy mal y me desperté varias veces. A eso de las cinco de la mañana, cuando cantó el gallo, llevaba ya veinte minutos desvelado. Iba a empezar un nuevo día. Entonces oí claramente el mismo andar pesado, el mismo crujir de los peldaños de madera que había oído antes de quedarme dormido. La cosa me intrigó. Me pregunté por qué se levantaría tan temprano M. Alphonse. No hallé ninguna respuesta que me pareciera plausible. Iba a cerrar de nuevo los ojos, cuando oí un fuerte rumor de pasos, seguidos del sonar de campanillas y del estrépito de puertas que se abrían y cerraban violentamente. A continuación, me pareció que alguien estaba gritando.

«¡El borracho habrá prendido fuego a la casa!», me dije, saltando rápidamente de la cama.

Me vestí a toda prisa y salí al pasillo. Del extremo opuesto llegaban gritos y lamentos, y una voz estridente que dominaba a todas las demás: «¡Hijo mío! ¡Hijo mío!». Era evidente que a M. Alphonse le había ocurrido alguna desgracia. Corrí hacia la cámara nupcial: estaba llena de gente. Mis ojos se clavaron, asombrados, en el joven tendido de través sobre la cama, uno de cuyos barrotes se había partido en dos. Estaba pálido, inmóvil. Junto a él, su madre lloraba y gritaba. M. de Peyrehorade, inclinado sobre su hijo, le frotaba las sienes con agua de colonia, le ponía un frasco de sales debajo de la nariz. ¡Todo inútil! M. Alphonse estaba muerto desde hacía mucho rato. En el otro extremo de la habitación, la desposada, tendida sobre un sofá, era presa de horribles convulsiones. Profería gritos inarticulados, y dos robustas sirvientas se las veían y se las deseaban para sujetarla.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué ha sucedido?

Me acerqué a la cama y traté de alzar el cuerpo del desgraciado joven; estaba ya rígido y frío. Sus apretados dientes y la contracción de sus rasgos indicaban que había muerto en medio de una espantosa agonía. No cabía duda de que había fallecido de muerte violenta. Sin embargo, en sus vestidos no se veía una sola gota de sangre. Desabroché su camisa y vi sobre su pecho una mancha violácea que se extendía de una parte a otra, como si hubiesen apretado su tórax con un dogal de acero. Mi pie se posó sobre un objeto duro caído en la alfombra; me incliné y vi que se trataba del anillo de diamantes.

Acompañé a M. de Peyrehorade y a su esposa a su habitación; luego hice que llevaran a ella a la desposada.

—No olviden ustedes que ahora tienen una hija y que deben velar por ella —les dije. Y les dejé solos.

No me cabía ninguna duda de que M. Alphonse había sido la víctima de un asesinato, cuyos autores habían encontrado el modo de introducirse durante la noche en la alcoba de la recién casada. Sin embargo, la mancha violácea en el pecho del cadáver me intrigaba sobremanera, ya que su dirección circular descartaba la posibilidad de que hubiera sido producida por un bastón o una barra de hierro. De pronto, recordé haber oído decir que los matones de Valence utilizaban unos largos saquitos de cuero llenos de arena para liquidar a sus enemigos. Al mismo tiempo, me acordé del mulero aragonés y de su amenaza; pero, con todo, me resultaba difícil admitir que una broma sin importancia hubiera inducido a aquel hombre a vengarse de un modo tan terrible.

Recorrí la casa, buscando algún lugar que hubiese sido violentado para introducirse en ella, y no pude descubrirlo. Bajé al jardín, para ver si los asesinos habían podido entrar por allí; pero mis pesquisas fueron igualmente vanas. La lluvia caída la víspera, por otra parte, había encharcado el suelo de modo que toda posible huella había desaparecido. Sin embargo, conseguí descubrir la impronta de unos pasos hundidos profundamente en el suelo. Iban en dos direcciones contrarias, pero sobre una misma línea, partiendo del ángulo del seto contiguo al frontón y prolongándose hasta la puerta principal de la casa. Podían ser los pasos de M. Alphonse cuando salió a buscar su anillo de diamantes. Por otro lado, el seto tenía en aquel punto mucha menos altura que en los otros lugares y los asesinos debieron franquearlo por allí. Pasando y volviendo a pasar ante la estatua, me detuve unos instantes a contemplarla. Esta vez, lo confieso, no pude evitar un estremecimiento al ver la expresión de irónica maldad de aquel rostro; y con la mente aún llena de las escenas horribles de que acababa de ser testigo, me pareció que la diosa infernal se regocijaba del infortunio que se había abatido sobre la casa.

Volví a mi habitación y permanecí en ella hasta mediodía. Entonces salí y pedí noticias de mis huéspedes. Estaban un poco más tranquilos. Mlle. de Puygarrig, mejor dicho, la viuda de M. Alphonse, había recobrado el conocimiento. Había

hablado incluso con el juez de Perpiñán, a la sazón en Ille, que había tomado declaración a la muchacha. También me pidió la mía. Le dije todo lo que sabía, sin ocultarle mis sospechas contra el mulero aragonés. El juez ordenó inmediatamente la detención de aquel hombre.

—¿Ha sacado usted alguna conclusión de la declaración de Mme. Alphonse? —le pregunté al magistrado.

—Sí; que esa desdichada joven se ha vuelto loca —me respondió, moviendo compasivamente; la cabeza—. Loca de remate. Juzgue usted mismo por lo que me ha contado.

«Hacía unos minutos que se había acostado —dice—, cuando se abrió la puerta de la habitación y alguien entró en ella. Mme. Alphonse estaba con el rostro vuelto hacia la pared y no se movió, convencida de que el recién llegado era su marido. Al cabo de un rato, el lecho gimió como si acabara de recibir un peso enorme. Mme. Alphonse estaba muy asustada, pero no se atrevió a volver la cabeza. Pasaron cinco, tal vez diez minutos… no puede precisarlo con exactitud. Mme. Alphonse hizo un movimiento involuntario, o quizá lo efectuara la persona tendida en la cama, el caso es que notó el contacto de algo tan frío como el hielo, según sus propias palabras Se tapó con el embozo, temblando de los pies a la cabeza. Poco después volvió a abrirse la puerta y entró alguien, diciendo: “Buenas noches, pequeña”. Y casi inmediatamente se alzaron las cortinas y penetró en la estancia la claridad de la luna. Mme. Alphonse oyó un grito ahogado. La persona que estaba tendida en la cama, a su lado, se incorporó y pareció extender los brazos hacia delante. En aquel momento, Mme. Alphonse volvió la cabeza… y vio, según dice, a su marido arrodillado junto a la cama, con la cabeza a la altura de la almohada, entre los brazos de un gigante verdoso, que le abrazaba furiosamente. Me repitió veinte veces, ¡pobrecilla!, que reconoció… ¿A que no adivina usted a quién? ¡A la Venus de Bronce, la estatua de M. de Peyrehorade! Desde que fue descubierta, todo el mundo sueña con ella. Pero, volvamos al relato de la desdichada loca. Ante aquel espectáculo, perdió el conocimiento, y probablemente al cabo de unos instantes había perdido la razón. No puede precisar en modo alguno cuánto tiempo permaneció desvanecida. Al volver en sí vio de nuevo al fantasma, o a la estatua, como ella dice, con la parte inferior del cuerpo en la cama y el busto extendido hacia delante, sosteniendo entre sus brazos a su marido, inmóvil. En aquel momento cantó un gallo. La estatua se bajó de la cama, dejó caer el cadáver y se marchó. Mme. Alphonse agitó desesperadamente el cordón de la campanilla, y el resto ya lo conoce usted».

Cuando trajeron al español, éste parecía muy tranquilo y se defendió con mucha sangre fría y presencia de ánimo. No negó haber proferido amenazas contra M. Alphonse, pero se justificó diciendo que al afirmar que su vencedor «se las pagaría», había querido decir que al día siguiente, más descansado, le derrotaría. Recuerdo que añadió:

—Un aragonés, cuando se siente ofendido, no espera a la noche para vengarse. Si

yo hubiera creído que M. Alphonse trataba de insultarme, le hubiera rajado con mi navaja allí mismo.

Se compararon sus zapatos con las huellas de pasos impresas en el jardín: los zapatos del aragonés eran mucho más grandes.

El dueño de la fonda donde se hospedaba el español, por su parte, afirmó que su huésped se había pasado toda la noche atendiendo a uno de sus mulos, que estaba enfermo.

Y, finalmente, el aragonés gozaba de una excelente reputación en toda la comarca, a la que acudía todos los años en visita de negocios. Por lo tanto, hubo que soltarle tras pedirle disculpas.

Me olvidaba de la declaración de un criado que fue la última persona que vio vivo a M. Alphonse. Fue en el momento en que iba a subir a la habitación de su mujer. Al ver al criado, le preguntó si sabía dónde estaba yo. Parecía preocupado. El criado respondió que no me había visto. Entonces, M. Alphonse suspiró, permaneció un largo rato en silencio y, finalmente, dijo: «*¡Vaya! ¡Se lo habrá llevado también el diablo!*».

Le pregunté al criado si M. Alphonse llevaba en aquel momento el anillo de diamantes. El hombre se quedó pensando unos instantes y terminó por decir que le parecía que no, que por lo menos él no se había dado cuenta.

—Desde luego —añadió—, si M. Alphonse hubiese llevado el anillo, no habría dejado de llamarme la atención, ya que estaba convencido de que se lo había entregado a Mme. Alphonse.

Al interrogar a ese hombre sentí que me invadía un poco del terror supersticioso que la declaración de Mme. Alphonse había difundido por la casa. El juez se me quedó mirando, con una irónica sonrisa, y no quise insistir.

Unas horas después de celebrarse el entierro de M. de Alphonse me disponía a marcharme de Ille. El carruaje de M. de Peyrehorade debía llevarme hasta Perpiñán. A pesar de lo débil que se encontraba, el pobre viejo quiso acompañarme hasta la verja del jardín. Lo cruzamos en silencio; el anciano andaba con dificultad, apoyándose en mi brazo. En el momento de separamos, dirigí una última mirada a la Venus. Estaba seguro de que mi huésped, aunque no compartiera los supersticiosos temores que la estatua inspiraba al resto de su familia, desearía desprenderse de un objeto que le recordaría sin cesar una espantosa desgracia. Pensaba sugerirle que la regalara a un museo. Me disponía a hablarle del asunto, cuando M. de Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia el lugar donde yo estaba mirando. Al ver la estatua, se deshizo en lágrimas. Lo abracé y, sin atreverme a pronunciar una sola palabra más, subí al carruaje que me aguardaba.

Desde entonces, no ha llegado a mi conocimiento nada capaz de proyectar un poco de luz sobre aquella misteriosa catástrofe.

M. de Peyrehorade falleció unos meses después de la muerte de su hijo. En su testamento me legó todos sus manuscritos, que tal vez algún día me decida a publicar.

Pero entre ellos no encontré la Memoria acerca de las inscripciones de la Venus.

P-S. Mi amigo M. de P. acaba de escribirme desde Perpiñán, diciéndome que la estatua ya no existe. Después de la muerte de su marido, lo primero que hizo Mme. de Peyrehorade fue mandar fundir la estatua y convertirla en una campana, que regaló a la iglesia de Ille. Pero, añade M. de P. parece que la desgracia persigue a los que poseen ese bronce. Desde que en Ille suena aquella campana, los viñedos se han helado dos veces.

EL SUEÑO

Ivan Turgeniev

I

En aquella época, yo vivía con mi madre en una pequeña ciudad a orillas del mar. Yo tenía diecisiete años y mi madre acababa de cumplir los treinta y cinco. Se había casado muy joven. Cuando mi padre murió yo no tenía más que siete años, pero lo recordaba perfectamente. Mi madre era una mujer menuda, rubia, con un rostro encantador aunque siempre triste, una voz dulce y suave y un perpetuo aire de timidez. De joven había sido célebre por su belleza, y conservó hasta el fin de sus días un indefinible atractivo. Nunca he visto ojos tan profundos, tan tiernos y melancólicos como los suyos, ni unos cabellos tan suaves, ni unas manos tan bonitas. Yo la adoraba y ella me quería, pero nuestra existencia se desarrollaba triste. Parecía como si un dolor oculto, incurable e inmerecido royera las entrañas de mi madre. Un dolor que no podía justificarse solamente en las añoranzas del pasado, por apasionadamente que hubiese amado a mi padre, por santamente que guardase su recuerdo. ¡No! Detrás de aquel dolor se escondía algo que yo no comprendía, pero que *sentía* de modo imperativo al contemplar aquellos ojos tranquilos e inmóviles, aquellos labios admirables, inmóviles también, que no se fruncían en un pliegue amargo, sino que estaban como fijos para siempre.

He dicho ya que mi madre me amaba. Sin embargo, habían momentos en que yo le resultaba molesto, en que mi presencia se le hacía insoportable. Como a pesar suyo, sentía hacia mí una repulsión de la que, más tarde, se arrepentía con lágrimas en los ojos y estrechándome fuertemente contra su pecho. Yo atribuía esos bruscos cambios de humor a su salud quebrantada, a su desdicha… Por otra parte, reconocía que tales accesos de antagonismo podían ser provocados, hasta cierto punto, por mi propia actitud. En efecto, de cuando en cuando me sentía asaltado por inexplicables impulsos de malignidad, que surgían en mí sin que pudiera explicarme los motivos. Aunque, después de todo, esos impulsos no solían coincidir con los de mi madre.

Nuestra existencia no se deslizaba, pues, con la placidez que pudiera suponerse del hecho de que no nos relacionábamos con nadie. Mi madre iba siempre vestida de negro, como si hubiera decidido guardar un luto perpetuo.

II

Mi madre concentraba en mí todos sus pensamientos, todas sus preocupaciones. Su vida estaba basada en la mía. Esa dependencia de los padres a los hijos no es siempre beneficiosa para estos últimos, y a veces resulta incluso perjudicial. Además, yo era hijo único, y los hijos únicos reciben a menudo una mala educación. Los

padres les enseñan a ser egoístas, lo cual significa una verdadera desgracia.

Aunque yo no era ni demasiado blando ni demasiado endurecido (dos características del hijo único), tenía los nervios precozmente descompuestos. Además, mi salud era frágil, como la de mi madre, a quien me asemejaba mucho físicamente. Rehuía la compañía de los muchachos de mi edad y, en general, me mostraba insociable y algo salvaje. Incluso con mi madre era muy poco locuaz. Mis mayores aficiones eran la lectura, los paseos solitarios y los ensueños. ¿Con qué soñaba? Sería difícil decirlo. Sin embargo, siempre me parecía estar en el umbral de una puerta entreabierta que me ocultaba misterios insondables. Permanecía allí expectante, con el corazón oprimido, sin decidirme a avanzar, preguntándome lo que ocurría al otro lado. Esperaba y desfallecía… o me adormecía. Si hubiese tenido una vena poética, indudablemente hubiera escrito versos; si me hubiese atraído la religión, tal vez hubiera ingresado en el claustro; pero ninguna de las dos cosas me atraía, y continuaba soñando y esperando.

III

Acabo de señalar mi costumbre de quedarme dormido bajo la influencia de ideas y de divagaciones imprecisas. Por regla general, dormía bastante, y los sueños desempeñaban un importante papel en mi existencia. Me visitaban casi todas las noches. Y yo no los olvidaba, sino que, por el contrario, trataba de interpretarlos; los consideraba como presagios e intentaba descifrar su oculta significación. Algunos de mis sueños se repetían de vez en cuando, lo cual me parecía sorprendente y extraño. Un sueño, especialmente, me tenía preocupado: Estoy vagando por la calle angosta y mal pavimentada de una ciudad antigua, caminando entre casas de piedra labrada, de varios pisos, y de tejados puntiagudos. Voy en busca de mi padre, que no está muerto pero que, por algún motivo desconocido, se esconde de nosotros en una de aquellas casas. Y he aquí que cruzo un portal bajo y oscuro, atravieso un patio oblongo, lleno de leños y de tablones, para entrar finalmente en una pequeña estancia iluminada por la claridad que penetra a través de dos ventanas redondas. En medio de la estancia está mi padre. Lleva una bata de casa y fuma en pipa. No tiene el menor parecido con mi verdadero padre; es un hombre alto, delgado, moreno; tiene la nariz aguileña y los ojos oscuros y penetrantes. Debe andar por los cuarenta años. Al verme parece enfurecerse, y a mí tampoco me alegra encontrarle, y me quedo inmóvil y perplejo. Da media vuelta, y luego empieza a recorrer la estancia a grandes pasos, murmurando palabras ininteligibles… Después se aleja, sin cesar de rezongar en voz baja, volviéndose continuamente a mirarme por encima del hombro. La estancia se ensancha, y luego se desvanece en la niebla. La idea de haber perdido de nuevo a mi

padre me sobrecoge el ánimo. Me lanzo en su persecución, pero ya no vuelvo a verlo, a pesar de que le oigo aún gruñir como un oso… La angustia me oprime, me despierto, y no consigo dormirme de nuevo.

Doy vueltas y más vueltas a mi sueño, sin llegar a captar su extraño significado.

IV

Llegó el mes de junio. Durante el verano, la ciudad donde vivíamos se animaba extraordinariamente. Numerosos barcos entraban en el puerto. Sobre los muelles aparecían una multitud de rostros nuevos, que se esparcían por las calles y ocupaban las terrazas de los cafés, con sus toldos de lona y sus mesitas blancas cargadas de picheles de estaño llenos de cerveza.

Y, hete aquí que un día, al pasar por delante de uno de esos cafés, vi a un hombre que inmediatamente atrajo mi atención. Llevaba una larga levita negra, un sombrero de paja hundido hasta los ojos, y permanecía sentado ante una mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Por debajo de su sombrero se escapaban unos rizos de pelo negro que le llegaban casi a la nariz; sus labios delgados sostenían una corta pipa. Aquel nombre me resultaba tan familiar, tenía tan grabados en mi memoria los rasgos de su rostro cetrino, que no pude evitar el detenerme ante él, preguntándome: «¿Quién es? ¿Dónde lo he visto?». Sin duda, el hombre sintió la intensidad de mi mirada, ya que alzó hacia mí sus negros y penetrantes ojos… A pesar mío, exclamé:

—¡Ah!

¡Aquel hombre era el padre que yo buscaba, el padre que veía en sueños!

Imposible equivocarse: el parecido era demasiado evidente. ¡Incluso la larga levita que cubría sus huesudos miembros recordaba, por su color y su hechura, a la bata de casa que mi padre llevaba en mi sueño!

«¿Estaré soñando? —me pregunté—. No. Estamos en pleno día, la multitud bulle a nuestro alrededor, el sol brilla en un cielo azul, y ante mí tengo a un hombre vivo, y no a un fantasma».

Me acerqué a una mesa libre, pedí un vaso de cerveza y un periódico y me senté muy cerca del enigmático personaje.

V

Escondiendo el rostro detrás de una hoja del periódico, seguí devorando con los

ojos a mi desconocido. Éste apenas se movía; se limitaba a alzar de cuando en cuando su cabeza inclinada. Era evidente que esperaba a alguien. Y yo lo miraba, lo miraba… De pronto me parecía estar viviendo una situación absurda: era simple juguete de una ilusión óptica y la semejanza no existía en ninguna parte… Pero he aquí que el «otro» se volvía ligeramente en su silla, o alzaba un poco las manos, y de nuevo estaba a punto de ponerme a gritar, viendo de nuevo ante mí a «mi padre nocturno».

El hombre acabó por notar mi insistente curiosidad y, tras haberme mirado a su vez unos instantes, primero con sorpresa, luego con expresión intrigada, hizo ademán de levantarse, pero dejó caer un bastoncillo apoyado en la mesa. Me puse inmediatamente en pie, recogí el bastoncillo y se lo entregué. Mi corazón palpitaba aceleradamente.

—Muchas gracias —me dijo el desconocido con voz seca, brusca y gangosa—. Eres un muchacho cortés, cosa rara en nuestros días. Permíteme que te felicite por ello: se ve que has recibido una excelente educación.

No recuerdo lo que respondí, pero aquello sirvió para que el desconocido y yo entabláramos conversación. Me enteré que era compatriota mío, y que acababa de llegar de América, donde había vivido varios años y adonde pensaba regresar en fecha próxima. Dijo llamarse el barón de… pero no entendí el nombre. Al igual que mi «padre nocturno», terminaba sus frases con una especie de vago murmullo interior. A su vez, quiso saber cómo me llamaba. Cuando le hube dicho mi nombre, pareció intrigado de nuevo y me preguntó si llevaba mucho tiempo viviendo en aquella ciudad, y con quién.

—Con mi madre —le respondí.

—¿Y tu padre?

—Hace muchos años que murió.

Quiso saber también cómo se llamaba mi madre, y al oír el nombre estalló en una carcajada que me sonó a falsa y por la cual me pidió disculpas inmediatamente, alegando que se había contagiado de los modales americanos y añadiendo que él mismo estaba considerado como un excéntrico. Finalmente, me preguntó dónde vivía. Se lo dije.

VI

La emoción que había experimentado al principio de nuestra entrevista fue desapareciendo poco a poco. Nuestro encuentro me pareció un hecho curioso… y nada más. No me gustaba en absoluto la leve sonrisa que acompañaba las preguntas del barón, ni la expresión de sus ojos, que parecían traspasarme: tenía algo de

dominante, de rapaz. En mis sueños no los había visto de aquel modo. ¡Aquel barón tenía un rostro insólito! ¡Un rostro cansado, perezoso, y al mismo tiempo juvenil, desagradablemente juvenil! El padre de mi sueño no tenía tampoco aquella profunda cicatriz que cruzaba de parte a parte la frente de mi interlocutor, y que no había notado antes de acercarme a él.

Apenas le había dicho el nombre de la cálle y el número de la casa donde vivíamos, cuando un moro de elevada estatura, envuelto hasta los ojos en una gran bufanda, se acercó por detrás del barón y le tocó ligeramente en el hombro. El barón se volvió y murmuró: «¡Ah! ¡Por fin has llegado!». Se despidió de mí con un gesto y siguió al moro al interior del café. Me quedé en la terraza, dispuesto a esperar el regreso del barón, no tanto para reanudar la conversación (no sé de qué hubiésemos podido hablar) como para confirmar mi primera impresión. Pero, pasó media hora, una hora, y el barón no apareció. Entré en el café, recorrí todos sus salones y no vi en parte alguna ni al barón, ni al moro… Sin duda se habían marchado por la puerta trasera.

Empecé a sentir un fuerte dolor de cabeza y, para despejarme, seguí la orilla del mar hasta un amplio parque público, cuyos árboles habían sido plantados dos siglos antes. Después de haber paseado casi dos horas a la sombra de las encinas y de los plátanos gigantes, regresé a casa.

VII

Apenas entré en el recibidor, nuestra sirvienta salió a mi encuentro en un estado de suma agitación. Adiviné inmediatamente que algo insólito había sucedido durante mi ausencia. En efecto, me enteré de que, una hora antes, había resonado un espantoso grito en la habitación de mi madre. La sirvienta, asustada, corrió a la habitación y encontró a mi madre tendida en el suelo, víctima de un síncope que la mantuvo un buen rato inconsciente. Al volver en sí, tuvo que meterse en cama y parecía aterrorizada y descompuesta; no pronunciaba una sola palabra, no respondía a las preguntas que se le dirigían y no cesaba de mirar a su alrededor, temblando. La sirvienta había enviado al jardinero en busca del médico. El doctor no tardó en presentarse y había recetado unos calmantes, pero la enferma se había negado a hablar con él.

El jardinero afirmaba que, poco antes de oír el grito de mi madre, había visto a un desconocido que corría hacia la puerta de la calle, pisoteando los arriates. (Vivíamos en una casa de dos plantas, cuyas ventanas se abrían sobre un hermoso jardín). No había podido ver el rostro del desconocido, pero dijo que era un hombre alto, delgado, que llevaba una larga levita y un sombrero de paja.

«¡Lo mismo que el barón!», pensé.

El jardinero no pudo alcanzarle, ya que lo habían llamado desde el interior de la casa y tuvo que ir en busca del médico.

Entré en la habitación de mi madre. Estaba tendida en el lecho con el rostro más blanco que la almohada sobre la cual reposaba su cabeza. Me reconoció, me dirigió una pálida sonrisa y me alargó la mano. Me senté junto a ella y la agobié a preguntas. Al principio lo negó todo, pero terminó por confesar que había visto algo que la asustó.

—¿Ha venido alguien a casa? —le pregunté.

—No, no, nadie —se apresuró a responder—. Pero, he creído… me ha parecido…

Al llegar a este punto se calló y se cubrió el rostro con las manos. Estaba a punto de repetirle lo que me había dicho el jardinero, y de contarle mi encuentro con el barón, pero las palabras murieron en mis labios antes de ser pronunciadas, sin que pudiera explicarme el motivo. Sin embargo, le dije que los espectros no se aparecían nunca a la luz del día.

—¡Oh! Déjame en paz, te lo ruego —murmuró mi madre—. No me atormentes ahora. Algún día sabrás…

Y volvió a callarse. Sus manos estaban frías y su pulso latía de un modo rápido e irregular. Le hice tomar el calmante que le había recetado el médico y salí de la habitación, a fin de no molestar su descanso.

No se levantó en todo el día. Permaneció tendida en la cama, inmóvil, silenciosa, suspirando profundamente de cuando en cuando y abriendo unos ojos espantados. A medida que pasaban las horas mi preocupación iba en aumento.

VIII

Al llegar la noche, mi madre se vio acometida por un acceso de fiebre. Me pidió que me fuese a mi habitación, pero, en lugar de obedecerla, me acosté en un sofá en un pequeño cuarto contiguo al suyo. Cada cuarto de hora me levantaba, me acercaba de, puntillas a la puerta y me quedaba escuchando… Todo permanecía silencioso. Sin embargo, no creo que mi madre durmiera en toda la noche. Cuando entré a darle los buenos días, a la mañana siguiente, me pareció que su rostro ardía y que sus ojos brillaban con un extraño fuego. En el curso del día experimentó una leve mejoría, pero al atardecer volvió a presentarse la fiebre. Hasta entonces, se había atrincherado en un obstinado silencio, pero de repente empezó a hablar en tono apasionado. No deliraba: sus palabras tenían sentido, aunque eran deshilvanadas. Poco antes de medianoche, se incorporó de repente en la cama con un movimiento espasmódico (yo

estaba sentado junto a ella), y, en el mismo tono apasionado, agitando débilmente los brazos, empezó su relato, sin volver ni una sola vez el rostro hacia mí… Se interrumpía, tomaba aliento, y seguía hablando… Era un espectáculo muy extraño. Se hubiera dicho que estaba soñando, que otra persona hablaba por su boca o la obligaba a hablar.

IX

—Escucha bien lo que voy a decirte —empezó—. Ya no eres un niño y debes saberlo todo. Hace tiempo, tuve una amiga muy íntima… Se casó con un hombre al que amaba, y fue muy feliz con él. Durante el primer año de su boda hicieron un viaje a la capital, para divertirse allí unas semanas. Se alojaron en un hotel de primera clase, frecuentaron los teatros, asistieron a recepciones y fiestas. Mi amiga era muy bonita y todo el mundo se fijaba en ella. Los jóvenes la cortejaban, aunque inútilmente, pero entre ellos había uno… un oficial… La seguía a todas partes, y dondequiera que se encontrara mi amiga tropezaba con la mirada de sus ojos negros y malvados. No se hizo presentar a ella, ni le dirigió jamás la palabra: se limitaba a mirarla de lejos con descaro e insolencia. Aquella presencia le amargó todos los placeres de la capital. Empezó a apremiar a su marido para que se decidiera a dar por terminadas aquellas vacaciones, y empezaron los preparativos de marcha. Pero, una noche, su marido acudió a un casino, invitado por unos oficiales del mismo regimiento que «el otro», para jugar a las cartas. Por primera vez, mi amiga se quedó sola. El marido tardaba en regresar. Mi amiga despidió a su doncella y se acostó. Y, repentinamente, sintió miedo y todo su cuerpo empezó a temblar. Le pareció haber oído unos leves golpes en la pared, unos pasos furtivos… En un rincón de la estancia ardía una lamparilla. La habitación estaba tapizada de damasco. De repente, la tapicería se entreabrió y surgió de ella, negro y alargado, el horrible personaje de la mirada insolente. Mi amiga quiso gritar, pero no pudo: el terror había agarrotado todos sus músculos. El recién llegado se acercó a ella a grandes pasos, elásticos como los de un tigre, y le cubrió la cabeza con algo sofocante, pesado, blanco… No sé lo que pasó a continuación. Mi amiga perdió el conocimiento. Cuando se disipó aquella espantosa niebla, cuando yo… cuando mi amiga volvió en sí, estaba sola en la habitación. Durante largo rato le resultó imposible pedir socorro. Finalmente, consiguió articular unos gritos y volvió a perder el conocimiento.

»Más tarde, vio a su marido junto a ella. Había estado en el casino hasta las dos de la madrugada. Estaba pálido. Empezó a interrogar a su esposa, pero ella no le contó nada. Luego, cayó enferma. Aprovechando un momento de soledad, examinó la parte de la pared por donde, bajo del tapizado de damasco, descubrió una puerta

secreta.

»Su anillo de boda había desaparecido de su mano. Era una alianza muy original: siete diminutas estrellas de brillantes alternadas con otras siete estrellas de plata. Se trataba de una antigua y valiosa joya de familia. Su marido la interrogó insistentemente acerca del anillo, pero mi amiga no pudo darle ninguna pista. Creyó que lo había dejado caer en alguna parte, lo revolvió todo, pero no consiguió encontrarlo. En cuanto el médico autorizó el viaje, los dos esposos regresaron a su hogar. El mismo día de su marcha, se tropezaron en la calle con unos hombres que transportaban una camilla en la cual yacía la víctima de un asesinato cometido junto a una mesa de juego. Le habían acuchillado en la frente, y… ¡asómbrate! ¡Se trataba del abominable visitante nocturno de la mirada insolente!

»Poco después, mi amiga se retiró al campo y fue madre por primera vez. Vivió varios años más con su marido, que nunca supo por ella lo que había ocurrido. Después de todo, ¿qué hubiera podido contarle? Ella misma no sabía nada. Pero la felicidad de los dos esposos se había desvanecido. Las tinieblas envolvieron su existencia, y ya no se disiparon jamás. No tuvieron otros hijos, ni antes, ni después…».

Mi madre se puso a temblar y escondió el rostro entre las manos.

—Dime, hijo mío —continuó al cabo de un rato—: ¿Crees que, pasara lo que pasara, mi amiga fue culpable de algo? ¿Qué podía reprocharse? Podía declarar ante Dios que en ningún momento tuvo intención de pecar. ¿Por qué, entonces, por qué puede alzarse el pasado ante ella, después de todos esos años, bajo un aspecto tan terrible, como ante un criminal torturado por la voz de su conciencia? Macbeth asesinó a Banquo… Nada de extraño tiene que le sucediera lo que le sucedió… Pero, yo…

Al llegar a este punto, las palabras de mi pobre madre se hicieron tan ininteligibles que ya no entendí una sola frase. Ahora no me cabía ninguna duda de que estaba delirando.

X

Como es de suponer, el relato de mi madre me afectó profundamente. En cuanto empezó a hablar comprendí que se trataba de ella misma, y no de una amiga. Y sus lapsus no habían hecho más que confirmar la primera impresión. ¡Era, pues, mi padre a quien, yo buscaba en sueños, a quien había visto en carne y hueso! No le habían matado, como suponía mi madre, sino solamente herido. Y había venido a verla, y emprendió la fuga al darse cuenta del terror que despertaba su presencia. De repente, todo me pareció claro: los involuntarios movimientos de repulsión de mi madre al

verme, y su dolor, y nuestra existencia solitaria… Recuerdo que en aquel momento sentí que la cabeza me daba vueltas y tuve que sostenerla entre mis manos, para no dejarme dominar por aquella impresión de vértigo. Al mismo tiempo, una idea fija se incrustó en mi mente: ¡decidí encontrar a aquel hombre a cualquier precio! ¿Por qué? ¿Con qué propósito? No lo sabía con exactitud, pero debía encontrarlo. ¡Para mí se había convertido en una cuestión de vida o muerte!

A la mañana siguiente, mi madre estaba mucho más tranquila. La fiebre remitió. Consiguió dominarse. Dejándola confiada al cuidado de nuestros sirvientes, me dispuse a dar cumplimiento a mi misión.

XI

Empecé, desde luego, por el café en el cual había encontrado al barón. Pero allí no le conocía nadie, nadie se había fijado en él. No era más que un oliente circunstancial. El moro, por su parte, no había pasado inadvertido; era un personaje demasiado singular para no despertar curiosidad. Pero nadie sabía quién era ni dónde vivía. Dejando mis señas, por si acaso, me puse a vagar por las calles, por los muelles, por las avenidas, mirando sin cesar a una y otra parte, sin conseguir ver a nadie que tuviera la menor semejanza con el barón o su acompañante. Al no haber entendido el nombre del barón, me vi privado del recurso de acudir a la policía. De todos modos, hice saber discretamente a dos o tres guardianes del orden (que, por cierto, me examinaron con aire de sorpresa y cierta desconfianza) que les recompensaría generosamente si conseguían localizar a los dos individuos que les describí lo más minuciosamente posible. Después de haber corrido inútilmente de un lugar a otro, regresé a casa a la hora de la cena, rendido. Mi madre se había levantado, pero a su tristeza de siempre se unía ahora una especie de pensativa interrogación, que me partió el corazón. Pasé la velada junto a ella, pero los dos permanecimos en silencio. No hizo la menor alusión a su relato, ni a lo que había sucedido la víspera… Por mi parte, tampoco hablé de ello. Se hubiera dicho que entre nosotros se había establecido un acuerdo tácito para no aludir a aquellos acontecimientos tan espantosos, tan extraños. Mi madre parecía avergonzada de lo que me había confesado en un momento de debilidad; o, quizá, no recordaba ya nada de lo que había dicho en su semidelirio febril. Sin embargo, al igual que el día anterior, evitaba mirarme.

No pude pegar el ojo en toda la noche. Fuera, había descargado súbitamente una terrible tormenta. El viento gemía y silbaba sin interrupción, y sus espantosos lamentos hendían la atmósfera como si, allá en lo alto, estuvieran sucediendo cosas horribles y espantosas. De madrugada me quedé adormilado… y he aquí que me

pareció ver que alguien entraba en mi habitación, me llamaba, pronunciaba mi nombre en voz baja, pero firme. Alcé la cabeza y no vi a nadie, pero me sorprendió comprobar que no tenía miedo, sino que estaba alegre. De repente, tuve el convencimiento de que alcanzaría sin dificultad el objetivo que me había propuesto. Me vestí a toda prisa y salí a la calle.

XII

La tormenta había amainado, pero en el ambiente perduraban aún sus últimos efectos. Era muy temprano y las calles estaban solitarias. En muchas de ellas veíanse trozos de chimenea, tejas, ramas desgajadas… «¿Qué habrá pasado en el mar?», me pregunté, ante aquellos despojos dejados por la tormenta. Estuve a punto de dirigirme hacia el puerto, pero mis pies, como obedeciendo a una atracción irresistible, me hicieron tomar la dirección opuesta. Diez minutos más tarde me encontraba en un barrio de la ciudad que no había visitado hasta entonces. Andaba despacio, paso a paso, pero sin detenerme jamás, presa de una curiosa sensación: esperaba que sucediera algo insólito, imposible, y, al mismo tiempo, estaba seguro de que por extraordinario que fuera no podía dejar de suceder.

XIII

¡Y he aquí que sucedió lo sorprendente, lo imprevisto! De pronto, a unos veinte pasos delante de mí, vi al moro que había hablado con el barón en mi presencia, en el café. Envuelto en la bufanda que tanto me había llamado la atención, pareció surgir del suelo, y, dándome la espalda, avanzó a grandes pasos a lo largo de la acera de una tortuosa callejuela. Me lancé inmediatamente en su persecución, pero (a pesar de que no miró hacia atrás ni una sola vez) el moro aceleró el paso y, antes de que me diera cuenta, desapareció detrás de una casa que hacía esquina. Eché a correr y di la vuelta a la esquina casi tan aprisa como el moro… ¿Qué había pasado? Ante mí se abría una calle, larga, angosta y completamente desierta. La bruma matinal la inundaba de su pálida claridad metálica, pero mis ojos la recorrieron en toda su extensión, sin divisar un alma viviente. El embozado moro había desaparecido con tanta rapidez como apareció. Mi asombro duró solamente un instante, pues en seguida me invadió otro sentimiento: aquella calle que se extendía ante mis ojos, aquella calle silenciosa y como muerta, me resultaba conocida. ¡Era la calle de mi sueño! Empecé a temblar —

la mañana era muy fría, pero inmediatamente, sin vacilar lo más mínimo, eché a andar, como asustado por mi certeza.

Andaba por el centro de la calle, mirando a uno y otro lado. Allí estaba, sí, allí estaba, a la derecha, la casa que yo había soñado. Allí estaba el antiguo portal, con sus artesonados de piedra a los lados. Las ventanas no eran redondas, es cierto, sino cuadradas… pero aquello no tenía importancia.

Llamé a la puerta, dos veces, tres veces, con creciente violencia. Se abrió lentamente, con un penoso rechinar de goznes. Se hubiera dicho que bostezaba. Delante de mí apareció una joven criada, con el pelo en desorden y los ojos soñolientos. Al parecer, acababa de levantarse de la cama.

—¿Es aquí donde vive el barón? —le pregunté, al tiempo que echaba un rápido vistazo al patio interior. Sí, todo era igual… allí estaban los leños y los tablones que había visto en mi sueño.

—No —me respondió la muchacha—. El barón ya no vive aquí.

—¡Cómo que no! ¡Es imposible!

—Ya no vive aquí. Se marchó ayer.

—¿A dónde?

—A las Américas.

—Las Américas… —repetí, a pesar mío—. Pero ¿va a regresar pronto?

—¡Quién sabe! Tal vez no regrese nunca.

—¿Ha vivido aquí mucho tiempo?

—No, una semana escasa. Ahora ya no está.

—¿Cómo se llama el barón?

La muchacha frunció el ceño.

—¿No sabe usted su nombre? Nosotros le llamábamos el barón, sencillamente. ¡Eh, Piotr! —gritó, viendo que yo hacía ademán de avanzar—. ¡Acércate! Aquí hay un desconocido que me está haciendo muchas preguntas…

Vi salir de la casa a un robusto menestral.

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que desea? —me preguntó en tono desabrido. Luego, tras haberme escuchado con expresión de desconfianza, me repitió lo que me había dicho la criada.

—Entonces, ¿quién vive en esta casa?

—Nuestro patrón.

—¿Quién es?

—El carpintero. En esta calle no hay más que carpinteros.

—¿Puedo verlo?

—No. Está durmiendo.

—¿Puedo entrar en la casa?

—No. Váyase.

—Bueno. En tal caso, ¿puedo venir más tarde a ver a su patrón?

—¿Por qué no? Desde luego. Siempre que guste. Por algo es comerciante. Pero,

ahora, váyase. ¡Vaya unas horas de ir de a visitar a la gente!

—¿Y el moro? —le pregunté a quema ropa.

El menestral fijó una mirada sorprendida, primero en mí y después en la muchacha.

—¿El moro? ¿Qué moro? —acabó por preguntar—. Vamos, váyase de una vez y vuelva más tarde. Entonces podrá hablar con el patrón.

Me encontré de nuevo en la calle. El portal se cerró de golpe detrás de mí, esta vez sin que rechinaran los goznes.

Anoté cuidadosamente la calle y el número de la casa, y me marché, pero no regresé a mi hogar. Sentía una especie de decepción. Todo lo que me había sucedido había sido tan extraño, tan extraordinario… No encajaba, desde luego, con aquel final tan estúpido. Había llegado a convencerme de que en aquella casa iba a encontrar la pequeña estancia con la que me había familiarizado en mi sueño, y, en medio de ella, a mi padre —el barón— con su bata de casa y su pipa… Y he aquí que el propietario era un carpintero que no tenía nada de misterioso y al que incluso, en caso de necesitarlos, se le podían encargar muebles.

¡Y mi padre había regresado a América! ¿Qué debía hacer yo ahora? ¿Contárselo todo a mi madre, o bien enterrar para siempre el recuerdo de aquel encuentro? Me sentía decididamente incapaz de aceptar que un acontecimiento que había empezado de un modo tan extraordinario, tan misterioso, pudiese desembocar en un final tan absurdo, tan prosaico.

No deseaba regresar a casa en aquel estado de ánimo y eché a andar dejándome guiar solamente por el azar. Me encaminé a las afueras de la ciudad.

XIV

Andaba con la cabeza inclinada, sin pensar y casi sin sentir nada, completamente absorto. Un rumor que se repetía a intervalos regulares me sacó de mi abstracción. Alcé la cabeza: a unos cincuenta pasos de distancia, gruñía y se agitaba el mar. Me di cuenta de que andaba sobre la arena de una duna. Sacudidas por la tormenta nocturna, las olas se prolongaban hasta el horizonte, en tanto que otras, de imponentes crestas, venían a morir continuamente sobre la playa. Me acerqué al agua y me puse a andar por el camino marcado por el flujo y el reflujo sobre la arena amarilla, sembrada de despojas, de largas algas marinas, de trozos de conchas y de largas cintas de *carex* en forma de serpiente. Las gaviotas de alas puntiagudas, surgiendo de las lejanas profundidades aéreas para perseguir al viento con gritos estridentes, ascendían, blancas como la nieve, hacia el cielo cubierto de nubes grises, y luego se dejaban caer bruscamente; como si se mecieran de ola en ola, se alejaban de nuevo, desaparecían

—centellas de plata— en los surcos de la espuma borboteante. Observé que algunas revoloteaban con obstinación sobre un gran roquedal que surgía, solitario, en el manto uniforme de la playa arenosa. Y junto al roquedal, contrastando violentamente con el color amarillento de la arena, vi algo negro, alargado… Agucé la vista. Un objeto oscuro, inmóvil, aparecía tendido junto a las rocas… A medida que me acercaba iba siendo más visible, más preciso… Estaba a unos treinta pasos del objeto en cuestión… ¡Sí! ¡Eran los contornos de un cuerpo humano! ¡Era un cadáver, un ahogado, que las olas habían arrojado a la playa!

¡Estaba ya junto al roquedal, y el cadáver era el de mi padre, el barón!

Me detuve, como herido por un rayo. De repente comprendí que durante toda la mañana había sido impulsado por fuerzas sobrenaturales, que me hallaba en su poder. Durante unos instantes no hubo en mi alma más que la inagotable resaca del mar, más que un mudo terror ante el destino que me había tocado en suerte…

XV

Estaba tendido de espaldas, ligeramente vuelto hacia un lado, con el brazo izquierdo encogido detrás de la cabeza y el derecho plegado debajo del cuerpo. Las olas lamían sus pies, calzados con altas botas de marino. Su corta chaqueta azul estaba abrochada; alrededor del cuello llevaba anudado un pañuelo rojo. El rostro cetrino, vuelto hacia el cielo, parecía expresar la burla. Unos dientes menudos se apretaban sobre el labio superior, fruncido. La empañada pupila de sus ojos entreabiertos se distinguía apenas del blanco oscurecido. Sus cabellos, llenos de arena, se esparcían por el suelo, dejando al descubierto una frente lisa, cruzada por la cicatriz violácea. La nariz aguileña descendía rectamente entre las hundidas mejillas. La tormenta de la noche anterior se había cobrado su tributo… ¡El barón no había regresado a América! El hombre que había ultrajado a mi madre, que había destrozado su vida —mi padre, sí, mi padre, no podía dudarlo— yacía impotente a mis pies. Experimenté a la vez una sensación de venganza cumplida, de piedad, de disgusto, de miedo, de un miedo aún más intenso, ante lo que estaba viendo y ante lo que había sucedido. Todo aquello de que ya he hablado: los impulsos malvados, culpables, que surgían en mi interior y me ahogaban, procedían de esto que tenía a mis pies. ¡Yo era como era, porque lo llevaba en la sangre!

De pie junto al cadáver, miraba, esperaba. ¿No iban a moverse aquellas pupilas muertas? ¿No iban a temblar aquellos labios hinchados? No, todo permaneció inmóvil. Incluso las gaviotas habían desaparecido. Ni un despojo, ni un trozo de madera, nada: el vacío por todas partes. Sólo él, y yo, y el lejano lamento del mar. Miré detrás de mí: el mismo vacío, también allí: una cordillera de dunas inmóviles

contra el horizonte. Me estremecí ante la idea de abandonar al desdichado en aquella soledad, expuesto a ser devorado por los peces y las aves. Una voz interior me decía que debía gritar, no para pedir socorro —era demasiado tarde—, sino para que me ayudaran a transportar el cadáver, a llevarlo al abrigo de un techo… Pero, de repente, me asaltó un terror indescriptible: me pareció que aquel muerto sabía que yo estaba allí, que él mismo había preparado aquel último encuentro. Creí incluso oír sus sordos gruñidos… Retrocedí unos pasos, y antes de volverme definitivamente eché una última mirada al cadáver. Algo que brillaba en su mano abierta atrajo mi atención: siete estrellas de brillantes, alternadas con siete estrellas de plata. Recuerdo que hice un esfuerzo para volver sobre mis pasos, para inclinarme… Siento todavía el helado contacto de aquellos dedos. Recuerdo que cerré los ojos y apreté los dientes mientras sacaba el anillo que se resistía a salir… Por fin me apoderé de él y eché a correr, temblándome las piernas, por la amarillenta y solitaria playa.

XVI

Sin duda, todo lo que había vivido aquella horrible mañana aparecía escrito en mi rostro cuando regresé a casa. En el momento en que entré en la habitación de mi madre, ésta se me quedó mirando con una expresión tal que, tra9 haber intentado inútilmente explicarle lo que había sucedido, le entregué el anillo sin pronunciar una sola palabra. Mi madre palideció intensamente y abrió desmesuradamente los ojos; por un instante, mientras contemplaba la alianza, brilló en sus pupilas una luz demencial. Luego me cogió por los hombros y se me quedó mirando fijamente, devorándome con sus ojos inmensos… La estreché cariñosamente entre mis brazos y después, lentamente, se lo conté todo: mi sueño, mi encuentro con el barón, en fin, todo… Mi madre me escuchó hasta el final sin interrumpirme ni una sola vez, sin hacerme una sola pregunta. Cuando termine de hablar, sus ojos parecieron animarse súbitamente. Se colocó el anillo en el dedo anular y, separándose de mí, empezó a ponerse un chal y un sombrero. Le pregunté a dónde pensaba ir. Me dirigió una mirada de asombro y quiso contestarme, pero su voz la traicionó. Se estremeció, al tiempo que se frotaba las manos como para calentárselas y, finalmente, musitó:

—Allá abajo, en seguida.

—¿Adónde, mamá?

—Allá donde está él… Quiero verle… quiero saber… Le reconoceré.

Traté de persuadirla para que renunciara a aquel proyecto, pero terminé por desistir, temiendo provocar una crisis nerviosa. Comprendí que me sería imposible oponerme a su deseo, y nos pusimos en marcha.

XVII

Y he aquí que anduve de nuevo sobre la arena de las dunas, aunque ahora no estaba solo. Llevaba a mi madre cogida del brazo. El mar estaba más tranquilo, pero su sordo rumor no presagiaba nada bueno. Llegamos finalmente a la vista del solitario roquedal. Desde lejos, traté de distinguir el cuerpo tendido bajo el sol, pero no vi nada. ¿Dónde estaba, pues, aquella cosa negra e inmóvil? Cuando nos detuvimos junto a la roca, el cadáver había desaparecido y sólo se veía, en el lugar donde estuvo tendido, una leve depresión en la arena que tenía la forma de un cuerpo, de unos brazos y de unas piernas… Y, a lo largo de las dunas, la impronta de unos pasos que se alejaban.

Mi madre y yo nos miramos el uno al otro y nuestros rostros expresaron el mismo indefinible terror.

«Él» se había levantado, quizá. «Él» se había marchado…

—¿Estaba… estaba muerto? —me preguntó mi madre en tono trémulo.

Incliné afirmativamente la cabeza. No hacía ni tres horas que había descubierto el cadáver del barón… Alguien lo había encontrado y se lo había llevado. «Habrá que buscar a la persona que lo ha hecho, saber dónde lo ha metido», me dije.

Sin embargo, lo más urgente, en aquel momento, era atender a mi madre.

XVIII

Mientras se dirigía hacia el lugar fatal, mi madre estaba atormentada por la fiebre, pero se había sobrepuesto a sí misma. La desaparición del cadáver le produjo una impresión terrible. Temí que hubiera perdido la razón. Conseguí a duras penas hacerla regresar a casa, la acosté y llamé de nuevo al médico. Sin embargo, en cuanto recobró el conocimiento, me exigió que partiera inmediatamente en busca de «aquel hombre». Obedecí. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, no pude descubrir nada. Acudí varias veces al puesto de policía, recorrí todos los pueblos de los alrededores, hice insertar anuncios en varios periódicos, indagué por todas partes. Todo fue en vano. Me informaron que un ahogado había sido arrojado a la playa la noche anterior. Acudí inmediatamente al lugar que me indicaron, pero el hombre había sido ya enterrado y, por la descripción que de él me hicieron, no podía ser el barón. Pude enterarme del barco que había tomado el barón para dirigirse a América. Al principio, todo el mundo aseguraba que el barco en cuestión había naufragado durante la tormenta. Luego, unos meses más tarde, se corrió la voz de que había anclado sin novedad en el puerto de Nueva York. No sabiendo qué hacer, me dediqué a buscar al

moro, ofreciéndole, por medio de la prensa, una suma importante si accedía a presentarse en nuestra casa. Y, efectivamente, un moro de elevada estatura y envuelto en una bufanda se presentó en casa mientras yo estaba ausente. Pero, después de interrogar a la criada, volvió a marcharse y no se presentó más…

De este modo se desvaneció todo vestigio de mi… padre; de este modo desapareció, sin posibilidad de retomo, en la sombra impenetrable.

Mi madre y yo no volvimos a hablar nunca más de él. Recuerdo, sin embargo, que un día mostró curiosidad por saber por qué no le había contado nunca, antes de que sucediera lo que sucedió, mi extraño sueño. «Era un sueño muy…», empezó a decir, pero no completó la frase.

Estuvo enferma mucho tiempo, e incluso después de su curación nuestras relaciones no volvieron a ser lo que habían sido en otros tiempos. Mi madre se sintió avergonzada en mi presencia hasta el día de su muerte. Sí, avergonzada… Es una desgracia sin remedio posible. Todo se borra. El recuerdo de los acontecimientos familiares más trágicos pierde su intensidad, se suaviza con el correr del tiempo. Pero, cuando entre dos seres se instala una sensación de vergüenza, no existe nada en el mundo capaz de desalojarla de allí.

Nunca más he vuelto a tener aquel sueño. He dejado ya de investigar acerca de mi padre. Pero siempre me ha parecido, me parece todavía hoy, oír en sueños unos lamentos espantosos e interminables. Unos lamentos que resuenan en alguna parte detrás de una alta muralla imposible de escalar; el oírlos me parte el corazón, y lloro con los ojos cerrados. No acierto a comprender su origen. ¿Es un ser humano que gime, o es el prolongado y furioso rugido del agitado mar? Y he aquí que el lamento se funde en un gruñido de fiera, y yo me despierto, con el alma llena de angustia y de temor.

CARMILLA

Sheridan Le Fanu

VIVÍAMOS en Estiria, en un castillo. No es que nuestra fortuna fuera principesca, pero en aquel rincón del mundo era suficiente una pequeña renta anual para poder llevar una vida de gran señor. En cambio, en nuestro país y con nuestros recursos sólo habríamos podido llevar una existencia acomodada. Mi padre es inglés y yo, naturalmente, tengo un apellido inglés, pero no he visto nunca Inglaterra.

Mi padre servía en el ejército austríaco. Cuando alcanzó la edad del retiro, con su reducido patrimonio pudo adquirir aquella pequeña residencia feudal, rodeada de varias hectáreas de tierra.

No creo que exista nada más pintoresca y solitario. El castillo está situado sobre una suave colina y domina un extenso bosque. Una carretera angosta y abandonada pasa por delante de nuestro puente levadizo, que nunca he visto levantar: en su foso nadan los cisnes entre las blancas corolas de los nenúfares.

Dominando este conjunto se levanta la amplia fachada del castillo con sus numerosas ventanas, sus torres y su capilla gótica. Delante del castillo se extiende el pintoresco bosque; a la derecha, la carretera discurre a lo largo de un puente gótico tendido sobre un torrente que serpentea a través del bosque.

He dicho que es un lugar muy solitario. Juzgad vosotros mismos si digo la verdad. Mirando desde la puerta de entrada hacia la carretera, el bosque que rodea nuestro castillo se extiende quince millas a la derecha y doce a la izquierda. El pueblo habitado más próximo está en esa última dirección, a una distancia aproximada de siete millas.

El castillo más cercano y de cierta notoriedad histórica es el del general Spieldorf, a unas veinte millas a la derecha.

He dicho «el pueblo *habitado* más próximo», porque al oeste, sólo a tres millas, en dirección al castillo del general Spieldorf, hay un pueblecito en ruinas con su iglesia gótica también en ruinas; allí están las tumbas, casi ocultas entre piedras y follaje, de la orgullosa familia Karstein, extinguida hace tiempo. La familia Karstein poseía antaño el desolado castillo que, desde la espesura del bosque, domina las silenciosas ruinas del pueblo.

Hay una leyenda que explica por qué fue abandonado por sus habitantes este extraño y melancólico paraje. Pero ya hablaré de ella más adelante.

El número de habitantes de nuestro castillo era muy exiguo. Excluyendo a los criados y a los habitantes de los edificios anexos, estábamos solamente mi padre, el hombre más simpático del mundo pero de edad bastante avanzada, y yo, que en la época en que ocurrieron los hechos que voy a narrar tenía solamente diecinueve años.

Mi padre y yo constituíamos toda la familia. Mi madre, de una familia noble de Estiria, murió cuando yo era aún una niña. Sin embargo, tuve una inmejorable ama, la señora Perrodon, de Berna. Era la tercera persona en nuestra modesta mesa. La cuarta

era la señorita Lafontaine, una dama en toda la extensión de la palabra, que ejercía las funciones de institutriz, para completar mi educación.

Algunas muchachas amigas mías venían de vez en cuando al castillo y, algunas veces, yo les devolvía la visita. Éstas eran nuestras habituales relaciones sociales. Naturalmente, también recibíamos visitas imprevistas de «vecinos». Por vecinos se entienden a las personas que habitaban dentro de an radio de cuatro o cinco leguas.

Puedo aseguraros que, en general, era ana vida muy aislada.

El primer acontecimiento que me produjo una terrible impresión y que aún ahora sigue grabado en mi mente, es al propio tiempo uno de los primeros sucesos de mi vida que puedo recordar.

La *nursery*, como la llamábamos, aunque era sólo para mí, estaba en una habitación grandiosa del último piso del castillo, y tenía el techo inclinado, con molduras de madera de castaño. Tendría yo unos seis años cuando una noche, despertándome de improviso, miré a mi alrededor y no vi a la camarera de servicio. Creí que estaba sola. No es que tuviera miedo… pues era una de aquellas afortunadas niñas a quienes han evitado expresamente las historias de fantasmas y los cuentos de hadas, que vuelven a los niños temerosos ante una puerta que chirría o ante la sombra danzante que produce sobre la pared cercana la luz incierta de una vela que se extingue. Si me eché a llorar fue seguramente porque me sentí abandonada; pero, con gran sorpresa, vi al lado de mi cama un rostro bellísimo que me contemplaba con aire grave. Era una joven que estaba arrodillada y tenía sus manos bajo mi manta. La observé con una especie de placentero estupor, y cesé en mi lloriqueo. La joven me acarició, se echó en la cama a mi lado y me abrazó, sonriendo. De repente, me sentí calmada y contenta, y me dormí de nuevo.

De súbito, me desperté con la escalofriante sensación de que dos agujas me atravesaban el pecho profunda y simultáneamente. Proferí un grito. La joven dio un salto hacia atrás, cayendo al suelo, y me pareció que se escondía debajo de la cama.

Por primera vez sentí miedo y me puse a gritar con todas mis fuerzas. La niñera, la camarera y el ama acudieron precipitadamente, pero cuando les conté lo que me había ocurrido estallaron en risas, a la vez que trataban de tranquilizarme. Aunque yo era solamente una niña, recuerdo sus rostros pálidos y su angustia mal disimulada. Las vi buscar debajo de la cama, por todos los rincones de la habitación, en el armario, y oí a mi ama susurrar a la niñera:

—¡Mira! Alguien se ha echado en la cama, junto a la niña. Aún está caliente.

Recuerdo que la camarera me acarició y que las tres mujeres examinaron mi pecho, en el punto donde yo les dije que había sentido la punzada. Me aseguraron que no se veía ninguna señal.

El día siguiente lo pasé en un continuo estado de terror: no podía quedarme sola un instante, ni siquiera a plena luz del día.

Recuerdo a mi padre junto a mi cama, hablándome en tono festivo, así como preguntando a la niñera y riéndose de sus respuestas. Luego hacía muecas, me

abrazaba y me aseguraba que todo había sido un sueño sin importancia.

Pero yo no estaba tranquila, porque sabía que la visita de aquella extraña criatura no había sido un sueño.

He olvidado todos mis recuerdos anteriores a este acontecimiento, y muchos de los posteriores, pero la escena que acabo de describir aparece vivida en mi mente como los cuadros de una fantasmagoría surgiendo de la oscuridad.

Una tarde de verano, particularmente apacible, mi padre me pidió que le acompañara a dar un paseo por el maravilloso bosque que se extiende ante el castillo.

—El general Spieldorf no vendrá a visitarnos, como esperábamos —me dijo, durante el paseo.

Nuestro vecino debía pasar varias semanas en el castillo. Con él debía venir también su joven sobrina y pupila, la señorita Reinfelt. Yo no conocía a la señorita Reinfelt, pero me la habían descrito como una joven encantadora. Quedé muy desilusionada ante la noticia que acababa de darme mi padre; mucho más de lo que pueda imaginar alguien que viva habitualmente en la ciudad. Aquella visita, y la nueva amistad que seguramente había de surgir de ella, había sido objeto diario de mis pensamientos durante muchas semanas.

—¿Cuándo vendrán? —pregunté.

—El próximo otoño. Dentro de un par de meses —respondió mi padre, y añadió —: Me alegro, querida, de que no hayas conocido a la señorita Reinfelt.

—¿Por qué? —inquirí, molesta y curiosa al mismo tiempo.

—Porque la pobre muchacha ha muerto.

Quedé sumamente impresionada. El general Spieldorf decía en su última carta, seis o siete semanas antes, que su sobrina no se encontraba muy bien, pero nada hacía pensar en la posibilidad, ni siquiera remota, de un grave peligro.

—Aquí tienes la carta del general —continuó mi padre, entregándomela—. Me parece que está muy trastornado. Indudablemente, cuando escribió la carta se hallaba muy excitado.

Nos sentamos en un banco de piedra, junto al sendero de los tilos. El sol desaparecía con todo su melancólico esplendor detrás del horizonte selvático, y el torrente que discurría junto a nuestra mansión reflejaba el colorido escarlata del cielo, cada vez más pálido.

La carta del general Spieldorf era tan insólita y apasionada, que la releí detenidamente para comprender su sentido. Quizás el dolor había trastornado su mente.

Decía así:

«He perdido a mi querida sobrina: la quería como a una hija. La he perdido, y solamente ahora lo sé todo. Ha muerto en la paz de la inocencia y en la fe de un futuro bendito. El monstruo que ha traicionado nuestra ciega hospitalidad ha sido el culpable de todo. Creí recibir en mi casa a la inocencia, a la alegría, a una compañía querida para mi Berta, ¡Dios mío! ¡Qué loco he sido! Consagraré los días que me

quedan de vida a la caza y destrucción del monstruo. Sólo me guía una débil luz. Maldigo mi ceguera y mi obstinación… todo… Es demasiado tarde. En estos momentos no puedo escribir ni hablar con serenidad; estoy demasiado trastornado. En cuanto esté mejor me dedicaré a la búsqueda e iré posiblemente hasta Viena. Dentro de un par de meses, hacia el otoño, iré a visitaros, si es que aún estoy vivo. Al propio tiempo os contaré lo que ahora no tengo fuerzas para escribir. Adiós. Rogad por mí, queridos amigos».

Aquí terminaba la carta. Si bien yo no había conocido a Berta Reinfelt, mis ojos se llenaron de lágrimas. La noticia de su muerte me impresionó muchísimo.

Devolví a mi padre la carta del general. El sol se hundía cada vez más en el ocaso y la tarde era dulce y clara. Paseando bajo la tibia luz del atardecer, nos entretuvimos haciendo cábalas sobre el posible sentido de las incoherentes y violentas afirmaciones de aquella carta. En el puente levadizo encontramos a la señorita Lafontaine y a la señora Perrodon, que habían salido a admirar el magnífico claro de luna.

Frente a nosotros se extendía el prado por el cual nos habíamos paseado. A la izquierda, el camino discurría bajo unas venerables árboles y desaparecía en la espesura del bosque. A la derecha, la carretera pasaba sobre un puente severo y pintoresco a la vez, junto al cual se erguía una torre en ruinas. En el fondo del prado, una ligera neblina delimitaba el horizonte con un velo transparente, y de cuando en cuando se veían brillar las aguas del torrente a la luz de la luna.

Lo mismo a mi padre que a mí, nos seducía lo pintoresco y nos quedamos contemplando en silencio la espléndida llanura que se extendía ante nosotros. Las dos buenas señoras, a pocos pasos, discutían acerca del paisaje y hablaban de la luna.

La señora Perrodon era más bien gruesa y veía todas las cosas desde un punto de vista romántico. La señorita Lafontaine pretendía ser psicóloga y algo mística. Aquella tarde afirmó que la intensa luminosidad de la luna estaba en relación directa con una especial actividad espiritual. Los efectos de una luna llena como aquélla podían ser múltiples. Influía en los sueños, en la locura, en la gente nerviosa y hasta en los hechos materiales.

—Esta noche —dijo—, la luna está llena de influjos magnéticos. Mirad cómo brillan las ventanas con un resplandor plateado, como si unas manos invisibles hubieran iluminado las estancias para recibir huéspedes espectrales.

En aquel momento, el insólito rumor de las ruedas de un carruaje y del galope de muchos caballos sobre la carretera atrajo nuestra atención. Parecía aproximarse descendiendo de la colina que dominaba el viejo puente; muy pronto, un pequeño tropel desembocó por aquel punto. Primero cruzaron el puente dos caballeros, luego apareció un carruaje tirado por cuatro corceles, y finalmente otros dos caballeros que cerraban el cortejo.

Parecía el coche de una persona de rango. Nuestra atención quedó prendida en aquel espectáculo inusitado, que no tardó en hacerse aún más interesante, porque, cuando apenas habían pasado la curva del puente, uno de los caballos del tiro se

desbocó y, contagiando su pánico a los otros, arrancó a todo el tiro con un galope desenfrenado, irrumpiendo entre los caballeros que precedían al carruaje y avanzando hacia nosotros con la violencia y la furia de un huracán.

En aquel momento culminante, la escena adquirió caracteres de tragedia, debido a unos gritos femeninos procedentes del interior del vehículo.

Mi padre permaneció en silencio, mientras nosotras lanzábamos exclamaciones de terror. El final no se hizo esperar. El punto de enlace de la carretera con el puente levadizo estaba delimitado a un lado por un soberbio tilo, y al otro por una cruz de piedra. Los caballos, que marchaban a una velocidad vertiginosa, se desviaron asustados al ver la cruz, arrastrando las ruedas contra las raíces salientes del árbol. Asustada por lo que podía ocurrir, me tapé el rostro con las manos, no resistiendo la idea de ver cómo la carroza se salía del camino. En aquel mismo instante oí el grito de mis compañeras, que estaban un poco más adelantadas que yo. Abrí los ojos, impulsada por la curiosidad, y contemplé una escena sumamente confusa. Dos caballos yacían en el suelo. El carruaje estaba volcado, apoyado sobre uno de sus lados, con dos ruedas al aire. Los hombres se afanaban arreglando el vehículo, de cuyo interior había salido una señora de aspecto autoritario, que retorcía nerviosamente entre sus manos un pañuelo. Ayudamos a salir del carruaje a una joven, al parecer desmayada. Mi padre se había acercado a la señora de más edad, sombrero en mano, ofreciéndole ayuda y cobijo en el castillo. La señora no parecía oír nada, y sólo tenía ojos para la frágil muchachita que había sido reclinada en el respaldo de un banco.

Me acerqué. La joven había perdido el conocimiento, pero sin duda estaba con vida. Mi padre, que se preciaba de tener algunos conocimientos médicos, le tomó el pulso y aseguró a la señora, que se había presentado a sí misma como madre de la joven, que la pulsación, si bien débil e irregular, era perceptible. La señora juntó sus manos y alzó los ojos al cielo, al parecer en un momentáneo transporte de gratitud; luego, repentinamente, se desahogó haciendo gestos teatrales, que, sin embargo, son espontáneos en cierto tipo de personas. Era una mujer de buen ver, que en su juventud debió haber sido seductora. Delgada, aunque no flaca, iba vestida de terciopelo negro. Su pálida fisonomía conservaba una expresión orgullosa y autoritaria, a pesar de la agitación, del momento.

—¡Qué desgracia la mía! —exclamó, retorciéndose las manos—. Estoy efectuando un viaje que es cuestión de vida o muerte. Una hora de retraso puede tener consecuencias irreparables. No es posible que mi hija pueda restablecerse del golpe recibido y continuar un viaje cuya duración no es posible prever. Deberé dejarla forzosamente en el trayecto. No quiero correr el riesgo de llegar con retraso. ¿A qué distancia se encuentra el pueblo más próximo? Es necesario que la lleve hasta allí, para recogerla a mi regreso. ¡Y pensar que tendré que pasar por lo menos tres meses sin ver a mi querida hija, sin tener noticias suyas!

Tiré a mi padre de la chaqueta y le susurré al oído:

—Padre, dile que la deje con nosotros… Me gustaría mucho. Hazlo por mí.

—Si la señora quiere confiar su hija a los cuidados de la mía y de nuestra ama, la señora Perrodon, si permite que su hija se quede con nosotros, bajo mi responsabilidad, hasta su regreso, lo consideraremos como un gran honor y tendremos para ella los cuidados y la devoción que el deber de la hospitalidad imponen —dijo mi padre solemnemente.

—No puedo aceptarlo —respondió la desconocida, con mucha circunspección—; sería abusar demasiado de su amabilidad.

—Al contrario, nos haría un gran favor. Precisamente vendría a llenar un inesperado vacío. Hoy mismo, mi hija ha sufrido una gran desilusión, debido a la noticia de que se ha frustrado una visita que esperábamos. Si confía su hija a nuestros cuidados, será su mejor consuelo.

En el aspecto y actitudes de aquella señora había algo tan especial e imponente, y en cierto sentido fascinante, que, aun prescindiendo del séquito que la acompañaba, daba la impresión de ser una persona de rango.

Entretanto, el carruaje había sido levantado y los caballos, ya calmados, estaban de nuevo enganchados.

La señora dirigió a su hija una mirada que a mí no me pareció afectuosa, como era de esperar después de la terrible escena, y seguidamente llamó a mi padre con un gesto y se apartaron unos pasos de nosotros. Mientras hablaba, la señora mantuvo una expresión fría y grave, muy poco acorde con su anterior conducta.

Conversaron unos minutos; luego, la señora regresó y dio unos pasos hacia su hija, que yacía entre los brazos de la señora Perrodon. Se arrodilló a su lado y le susurró algo al oído. La besó apresuradamente y luego entró precipitadamente en el carruaje, cerrando la portezuela, mientras los portillones trepaban al pescante y los batidores espoleaban sus caballos. Los postillones hicieron restallar sus látigos y los caballos se lanzaron al galope; el carruaje desapareció entre una nube de polvo, seguido de los dos caballeros que cerraban el cortejo.

Seguimos con la mirada su carrera hasta que desapareció definitivamente entre la niebla y dejó de oírse el chirrido de sus ruedas y fragor de los cascos de los caballos lanzados al galope.

Para demostrar que no habíamos sido víctimas de una alucinación quedaba entre nosotros la muchacha, que precisamente en aquel momento estaba recobrando el sentido. No pude verla, porque tenía el rostro vuelto hacia la parte opuesta al lugar donde yo me encontraba, pero oí su voz muy dulce, que preguntaba en tono suplicante:

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde estoy? No veo el carruaje…

La señora Perrodon contestó a sus preguntas lo mejor que pudo, y, paulatinamente, la joven fue recordando lo que había sucedido. Al enterarse de que nadie había sufrido el menor daño, quedó muy aliviada. Pero cuando le dijimos que su madre la había dejado a nuestro cuidado y que tardaría unos tres meses en regresar

a buscarla, se echó a llorar. Iba a acercarme a ella para ayudar a la señora Perrodon en sus esfuerzos por consolarla, pero la señorita Lafontaine me detuvo, diciendo:

—No se acerque a ella, señorita. En el estado en que se encuentra, no podría soportar más de una persona a la vez.

Pensé que podría visitarla en cuanto la hubieran acomodado en su habitación. Entretanto, mi padre había enviado en busca del médico que vivía a unas dos leguas de distancia, y ordenó preparar una habitación para alojar a la muchacha.

La desconocida se puso en pie y, apoyándose en el brazo de la señora Perrodon, cruzó lentamente el puente levadizo y entró en nuestro jardín. La camarera la acompañó inmediatamente a la habitación que le había sido destinada.

—¿Le agrada nuestra invitada? —pregunté a la señora Perrodon—. Dígame qué impresión le ha causado.

—Me agrada mucho —contestó—. Creo que es la muchacha más bonita que he visto en toda mi vida. Tiene aproximadamente la edad de usted y es verdaderamente encantadora.

—¿No se han dado cuenta de que en el carruaje había otra persona? —intervino la señorita Lafontaine—. Una mujer que ni siquiera ha asomado la cabeza.

No, no la habíamos visto. La señorita Lafontaine nos describió a un extraño personaje, vestido de negro, con un turbante rojo en la cabeza, que miraba continuamente por la ventanilla, haciendo gestos y muecas de desprecio en dirección a las dos mujeres. Tenía unos ojos saltones y sus dientes salientes parecían los de una arpía.

—¿Han notado ustedes el desagradable aspecto que tenían los sirvientes? —preguntó a su vez la señora Perrodon.

—Sí —convino mi padre—, parecían mastines. Nunca había visto tipos como ésos. Espero que cuando crucen el bosque no desvalijen a la señora. Pero, deben ser unos bribones muy hábiles. Lo han arreglado todo en un momento.

—Quizás estaban cansados del largo viaje —dijo la señora Perrodon—. Además de su aspecto poco recomendable, tenían la cara demacrada y parecían estar furiosos. Debo confesar que han despertado mi curiosidad, pero confío en que la muchacha nos lo explicará todo mañana, cuando se encuentre mejor.

—No creo que lo haga —dijo mi padre con una sonrisa ambigua, como si supiera más de lo que decía.

Esto excitó mi curiosidad por saber lo que la señora vestida de negro le había dicho a mi padre en el curso de la breve conversación que sostuvieron. Apenas me quedé a solas con él intenté sonsacarle. Mi padre no se hizo rogar.

—No hay ningún motivo para que te lo oculte. La señora me dijo que temía dejarnos a su hija, porque se trata de una muchacha de salud delicada y tiene los nervios alterados, aunque no padece ataques ni alucinaciones.

—¿No te parece algo raro que te dijera esto? No tenía ninguna necesidad de aclarar ese extremo…

—De todos modos, eso es lo que me dijo —me interrumpió mi padre—. Me explicó que está efectuando un largo viaje, de vital importancia para ella. Está obligada a viajar con la mayor rapidez y discreción posibles. Dentro de tres meses vendrá a recoger a su hija. Entretanto, no debe decir nada acerca de su personalidad y del lugar adonde se dirige. Al pronunciar la palabra «discreción», la ha subrayado con una pausa, mirándome a los ojos con cierta dureza. Creo que es importante. ¿Has visto lo de prisa que se ha marchado? Espero no haber cometido una tontería al hacerme cargo de esa muchacha.

Aunque el médico no llegó hasta la una de la madrugada, no pude irme a la cama. Cuando el doctor regresó al salón, su informe fue muy optimista. La paciente se había levantado y su pulsación era regular. No tenía ninguna herida y el trauma nervioso no había dejado huella. Nada se oponía a que yo la visitara, si ella lo consentía. En consecuencia, le envié recado por medio de la camarera, preguntándole si podía hacerle una breve visita.

La camarera regresó inmediatamente, diciendo que la joven se alegraría mucho con mi visita. No perdí un solo instante.

Habíamos alojado a nuestra invitada en una de las habitaciones más hermosas del castillo. La joven estaba recostada, a la luz de los candelabros, en la cabecera de la cama. Su graciosa figura aparecía envuelta en una bata de seda recamada de flores y orlada con una cinta de raso que su madre le había echado a los pies, cuando aún estaba en el suelo.

Pero, apenas me acerqué a la cama para saludarla, algo me hizo enmudecer y retroceder unos pasos.

Trataré de explicarme. El rostro que tenía ante mí era el mismo que se me había aparecido durante aquella terrible noche de mi infancia, el rostro que tanto me había impresionado y sobre cuya aparición había reflexionado durante años, horrorizándome en secreto.

Era un rostro encantador, y su expresión conservaba la melancólica dulzura que tenía cuando lo vi por primera vez. De repente, se iluminó con una sonrisa, como si también la joven acabara de reconocer a una vieja amiga.

Se produjo un silencio que duró unos instantes. Finalmente, la joven habló: yo no podía hacerlo.

—¡Qué raro! —exclamó—. Hace unos años vi tu rostro en sueños, y desde entonces me ha obsesionado de tal modo, que no he podido olvidarlo.

—Sí que es curioso —dije, tratando de sobreponerme al horror que me había impedido pronunciar una palabra hasta aquel momento—. También yo te vi hace unos años —doce, exactamente—, no sé si en un sueño o en la realidad. Y tampoco he podido olvidar tu rostro desde entonces.

Su sonrisa se hizo más dulce y desapareció el aire de curiosidad que había notado en los primeros momentos en la joven. Me sentí más confiada, y cumplí con mis deberes de anfitriona, dándole la bienvenida a nuestro hogar y expresándole la

satisfacción que a todos los de la casa, y especialmente a mí, nos había producido su imprevista llegada. Mientras hablaba, le cogí la mano. Yo era algo tímida, hecho muy comprensible si se tiene en cuenta la soledad en que vivía, pero aquella situación especial me hizo elocuente, casi audaz. La joven apretó súbitamente mi mano y la estrechó entre las suyas, mirándome con sus ojos brillantes. Sonrojándose, sonrió de nuevo y contestó a mi saludo. Aunque yo no me había recobrado del todo de mi primera impresión, me senté a su lado y la joven me dijo:

—Ante todo, es necesario que te cuente cómo y dónde te vi por primera vez. Es realmente extraordinario que nos hayamos soñado mutuamente tal como somos ahora, a pesar de que el sueño tuvo lugar cuando éramos unas niñas. Yo no tenía más de seis años. Desperté de repente de un sueño agitado y me pareció encontrarme en una habitación muy distinta a mi *nursery*, una estancia cuyas paredes estaban revestidas de madera de color oscuro y que aparecía llena de camas, sillas y otros muebles. Recuerdo que las camas estaban vacías y que en la habitación no había nadie más que yo. Contemplé la habitación con gran curiosidad, admirando, entre otras cosas, un gran candelabro de hierro de dos brazos que reconocería entre mil si volviera a verlo. Luego me subía a una de las camas para llegar hasta la ventana, pero en aquel mismo instante oí un llanto procedente de una de las camas. Entonces fue cuando te vi. Eras tal como ahora te veo, una muchacha bellísima, de cabellos dorados y enormes ojos azules. También tus labios eran los mismos. Tu modo de mirar me conquistó inmediatamente. Salté a la cama y te abracé; creo que nos quedamos dormidas durante un rato. Me despertó un grito: te habías despertado y estabas chillando. Me asusté y caí al suelo, donde perdí el conocimiento. Cuando recobré el sentido me hallaba de nuevo en mi casa, en mi habitación. Nunca he podido olvidar tu rostro. No es posible que todo aquello fuese un simple sueño. Realmente, la muchacha que vi eres tú.

Le conté entonces mi visión, que suscitó en mi nueva amiga una admiración que no me pareció simulada.

—No sé cuál de las dos se asustó más —dijo, sonriendo—. Si no hubieras sido tan encantadora, creo que me habría asustado más… ¿No te parece que lo mejor será pensar que nos conocimos hace doce años y que, por tanto somos viejas amigas? Yo, por lo menos, creo que desde nuestra infancia estábamos predestinadas a serlo. Y por mi parte nunca he tenido una verdadera amiga. ¿La encontraré ahora?

Suspiró, y me miró apasionadamente con sus hermosos ojos negros. En realidad, aquella joven me atraía de un modo inexplicable, pero al propio tiempo me inspiraba una indefinible repulsión. Sin embargo, pese a lo contradictorio de mis sentimientos, lo que predominaba era la atracción. Aquella joven desconocida —hasta cierto punto — me interesaba y me conquistaba. ¡Era tan hermosa y fascinante! Recuerdo que noté en ella cierto cansancio y me apresuré a desearle las buenas noches. Añadí:

—Será mejor que esta noche duerma una camarera contigo. Fuera, en el pasillo, me aguarda una sirvienta. Es muy seria y no te molestará.

—Eres muy amable —respondió la joven—, pero si hay otra persona en mi habitación no puedo dormir. No necesito ayuda, y quiero confesarte una pequeña debilidad mía: tengo horror a los ladrones. En cierta ocasión, mi casa fue desvalijada y asesinaron a dos camareras. Desde entonces tengo la costumbre de cerrar la puerta con llave. Tendrás que disculparme, pero no puedo evitarlo.

Durante un rato me retuvo entre sus brazos; luego me susurró al oído:

—Buenas noches, querida. Me desagrada separarme de ti, pero es hora de descansar. Hasta mañana. No pasaremos mucho rato separadas.

Se dejó caer sobre la almohada, suspirando, mientras sus hermosos ojos me contemplaban con expresión amorosa y melancólica. Suspiró de nuevo.

—Buenas noches, amiga mía.

Los jóvenes se enamoran y encariñan al primer impulso. Me lisonjeaba el evidente afecto que me demostraba aquella joven, aunque me parecía que yo no había hecho nada para merecerlo. Me encantó la confianza que me había demostrado desde el primer momento. Parecía indudable que estábamos predestinadas a ser amigas íntimas.

Llegó el día siguiente, y volvimos a vemos. Su compañía me hacía feliz por muchas razones. A la luz del día no había perdido su encanto. Era, sin duda, la más hermosa criatura que jamás había visto, y el desagradable recuerdo que conservaba de su aparición en el curso de mi sueño infantil se había trocado en una placentera sensación.

La joven me confesó que también ella había experimentado un sobresalto al reconocerme, y el mismo sentimiento de repulsión que se mezclaba a mi simpatía. Las dos nos reímos de nuestro asombro.

He dicho que había en ella muchas cosas que me fascinaban, pero también otras que me desagradaban.

Empezaré por describirla físicamente: era de estatura mediana, delgada y de formas muy armoniosas. Aparte de que sus movimientos eran lánguidos —verdaderamente muy lánguidos—, nada en su aspecto denotaba que estuviera enferma. Tenía una tez sonrosada y luminosa, y sus facciones eran pequeñas y correctas. Sus ojos eran negros y brillantes, sus cabellos realmente espléndidos: no he visto nunca una cabellera tan larga y sedosa como la suya cuando la soltaba sobre sus hombros. A menudo sumergía mi mano entre sus cabellos y reía tontamente ante lo insólito de su peso. Eran unos cabellos mórbidos y vivos, de color castaño oscuro con reflejos dorados. Me gustaba sentirlos en mi mano y luego soltarlos mientras mi amiga, sentada en un sillón, hablaba sin cesar. Me gustaba retorcerlos, entrelazarlos, jugar con ellos. ¡Cielo santo! ¡Si lo hubiese sabido todo!

He señalado que algunas de sus particularidades no me convencían. He dicho que la confianza que me había otorgado desde el primer momento me había conquistado.

No obstante, todo cuanto hacía referencia a ella misma, a su madre o a cualquier aspecto de su vida particular o familiar, despertaba en la joven una extraña reticencia. Desde luego, no era razonable por mi parte insistir en esos aspectos, y tal vez no me portaba bien. Mi obligación era la de respetar la solemne orden dada a mi padre por la señora vestida de negro. Pero la curiosidad es un sentimiento que carece de escrúpulos, y ninguna muchacha soporta de buen grado verse desilusionada por lo que le interesa: ¿Qué podía haber de malo en el hecho de que mi amiga me contara lo que tan ardientemente deseaba saber? ¿Acaso no tenía confianza en mi sentido del honor? ¿Por qué no me creía cuando le aseguraba que jamás divulgaría una sola palabra de lo que me dijera?

Su persistente negativa, acompañada siempre de una sonrisa, me parecía una actitud totalmente en desacuerdo con su edad. No puedo decir que el hecho fuera motivo de discusiones entre nosotras, porque resultaba imposible enfadarse con la joven. Tal vez lo inconveniente, e incluso descortés, fuera mi insistencia, pero me sentía realmente acuciada por la curiosidad.

Sus explicaciones no me aclaraban nada, o por lo menos eso creía yo. Pueden resumirse en tres vagas revelaciones.

La primera era su nombre: Carmilla.

La segunda, que los miembros de su familia eran nobles o intelectuales.

Y la tercera, que su casa estaba situada a occidente de la nuestra.

No me dijo su apellido, ni sus títulos nobiliarios, ni el nombre de sus propiedades, ni siquiera la región donde vivía. Y no es que yo la atosigara continuamente con mis preguntas: me limitaba, simplemente, a intercalarlas siempre que la ocasión era propicia. Prefería las fórmulas indirectas. Una o dos veces, en realidad, la ataqué frontalmente. Pero, cualquiera que fuese la táctica que empleaba, el resultado era siempre el mismo: un rotundo fracaso. Los reproches y las caricias no servían de nada, aunque debo confesar que sabía eludir las preguntas con una evidente destreza, y que parecía francamente disgustada por no poder satisfacer mi curiosidad. Siempre que se planteaba una de estas situaciones, me echaba los brazos al cuello, me estrechaba contra su pecho y apoyaba su mejilla en la mía, murmurándome al oído:

—Querida, sé que tu corazón se siente herido. No me juzgues cruel: me limito a obedecer una ley ineludible que constituye mi fuerza y mi debilidad. Si tu corazón está herido, el mío sangra con el tuyo. En medio de mi gran tristeza, vivo de tu exuberante vida, y tú morirás, morirás dulcemente por la mía. Es algo inevitable. Y así como yo me acerco a ti, tú, a tu vez, te acercarás a otros y aprenderás el éxtasis de la crueldad, que es una forma del amor. No intentes saber nada más de mí ni de mi vida, pero ten confianza con todo tu amor.

Y después de haber hablado con una voz suave, queda, me estrechaba entre sus brazos, y sus labios, besándome tiernamente, me inflamaban las mejillas.

Aquella excitación y aquel lenguaje me resultaban incomprensibles. Intentaba eludir sus abrazos, no demasiado frecuentes, pero me faltaban energías. Sus palabras

resonaban en mis oídos como una canción de cuna y domeñaban mi resistencia sumergiéndome en una especie de sopor, del cual sólo despertaba cuando me libraba de sus brazos. Aquellas incomprensibles expansiones no me gustaban. Experimentaba una extraña y tumultuosa sensación que, si bien en cierto sentido me resultaba agradable, me inundaba al mismo tiempo de temor y de repulsión. Siempre que tenía lugar una de esas escenas me sentía sumamente turbada, y, al tiempo que aumentaba el placer que me producía, aumentaba también mi repugnancia.

—Sé que lo que acabo de explicar podrá parecer paradójico, pero no puedo expresar de otra forma lo que sentía.

Han transcurrido diez años desde que tuvieron lugar aquellos hechos, y la mano me tiembla aún al escribir acerca de la situación en que inconscientemente me vi envuelta.

A veces, después de un largo período de indiferencia, mi extraña y bellísima amiga me cogía súbitamente la mano, estrechándomela con pasión. Se sonrojaba y me miraba con ojos ora lánguidos, ora de fuego. Su conducta era tan semejante a la de un enamorado, que me producía un intenso desasosiego. Deseaba evitarla, y al propio tiempo me dejaba dominar. Carmilla me cogía entre sus brazos, me miraba intensamente a los ojos, sus labios ardientes recorrían mis mejillas con mil besos y con un susurro apenas audible, me decía:

—Serás mía… debes ser mía… Tú y yo debemos ser una sola cosa, y para siempre.

Después se echaba hacia atrás, apoyándose en el respaldo del sillón, cubriéndose los ojos con las manos; y yo me sentía trastornada en lo más profundo de mi ser.

—¿Qué quieres decir con tus palabras? —intentaba saber—. ¿Te recuerdo acaso a alguna persona a la que amaste mucho? No me gusta que me hables así. Cuando lo haces no pareces la misma. Y tampoco yo me reconozco a mí misma cuando me miras y me hablas de este modo.

No hallaba una explicación satisfactoria a aquellas efusiones. Sin embargo, no parecían afectadas, ni falsas. Indudablemente, se trataba de una explosión espontánea de un instinto o sentimiento reprimido.

¿Acaso Carmilla sufría alucinaciones? ¿Estaría loca, a pesar de lo que afirmó su madre antes de marcharse? ¿O se trataba, simplemente, de una argucia romántica? En más de una ocasión había leído la historia de un joven que se introducía en casa de su amada vestido de mujer y con la ayuda de una aventurera… ¿Sería éste el caso? La hipótesis: lisonjeaba mi vanidad, pero no tenía la menor consistencia. Durante largos períodos de tiempo, yo no representaba absolutamente nada para Carmilla, la cual se limitaba a dirigirme alguna mirada ardiente, eso sí. Y aparte de aquellos fugaces momentos de excitación, sus modales eran absolutamente femeninos. Sus costumbres, por otra parte, eran bastante raras. Generalmente, se levantaba muy tarde, nunca antes del mediodía. Entonces tomaba únicamente una taza de chocolate, muy caliente. A continuación paseábamos, juntas un rato, muy corto, ya que no

tardaba en sentirse fatigada; regresábamos al castillo o nos sentábamos en un banco, debajo de los árboles. Lo más curioso era que su languidez física no iba nunca acompañada de postración mental. Su conversación era siempre chispeante y vivaz.

De cuando en cuando hacía alguna vaga alusión a su hogar, a su infancia o a algún recuerdo de su existencia, y a través de sus palabras se adivinaba que sus hábitos y costumbres eran muy dispares a los nuestros. De esas ocasionales alusiones llegué a colegir que su país natal estaba mucho más lejos de lo que había creído al principio.

Una tarde en que nos hallábamos sentadas bajo los árboles, desfiló ante nosotros un cortejo fúnebre. Se trataba del entierro de una muchacha muy bonita y a la cual yo conocía porque era hija del guarda forestal. El pobre hombre marchaba detrás del féretro que contenía los restos de su querida y única hija y parecía tener el corazón destrozado. Le seguían algunos aldeanos, cantando un himno funerario.

Cuando el cortejo pasó delante nuestro me puse en pie en señal de respeto, y uní mi voz a las suyas. Mi amiga me tiró rudamente del vestido y yo me volví, sorprendida. En tono irritado, me dijo:

—¿Es que no te das cuenta de lo desafinado de sus voces?

—Pues a mí me parece un canto muy dulce —respondí, molesta por aquella intempestiva intromisión, y porque temía que los acompañantes del entierro observaran nuestra discusión.

El canto continuó.

—¡Me destrozan los tímpanos! —exclamó Carmilla en tono rabioso, tapándose los oídos con las manos—. Detesto los entierros y los funerales. ¡Cuántas cosas inútiles! Porque tú has de morir, todos han de morir, y todos, después de la muerte, son mucho más felices. ¡Regresemos a casa!

—Mi padre ha ido también al cementerio. ¿Lo sabías?

—No, no me importa. Ni siquiera sé quién es el muerto —replicó mientras sus ojos centelleaban.

—Se trata de aquella muchacha que hace unos quince días creyó haber visto un fantasma. Desde entonces ha ido empeorando, y ayer por la mañana falleció.

—No me hables de fantasmas: esta noche no podría dormir.

—Espero que no haya una epidemia por estos alrededores. Existen algunos síntomas —continué—. La mujer del pastor murió hace una semana, y también dijo que había notado una extraña opresión en el cuello, como si alguien tratara de ahogarla. Mi padre dice que esas alucinaciones son frecuentes en los casos de fiebres epidémicas. La mujer se hallaba perfectamente el día anterior, pero después de aquella noche se debilitó inesperadamente y al cabo de una semana falleció.

—Bien, supongo que ya habrán terminado con los cantos fúnebres. Nuestros oídos ya no se verán torturados, de nuevo. Todas estas cosas me ponen nerviosa. Siéntate a mi lado, más cerca. Cógeme la mano. Apriétala fuerte, más fuerte…

Nos habíamos retirado unos pasos y Carmilla se sentó en un banco. Su semblante

se había transformado de tal modo, que me asusté. Se había puesto pálida. Sus dientes rechinaban y apretaba los labios, sacudida por un continuo escalofrío. Todas sus energías parecían empeñadas en luchar contra aquel ataque. Finalmente, profirió un ahogado grito y se tranquilizó paulatinamente, superada la crisis de histerismo.

—Esto sucede cuando se agobia a la gente con himnos funerarios —dijo—. No me sueltes, me siento ya mucho mejor.

Tal vez para desvanecer la profunda impresión que me había producido el verla sumida en aquella crisis, mientras regresábamos a casa se mostró muy animada y parlanchina.

Aquello pasó como una nube de verano. Pero aún tuve ocasión de asistir a una nueva explosión de cólera de Carmilla.

Cierto día estábamos contemplando el paisaje desde uno de los grandes ventanales del salón, cuando vimos a un vagabundo que cruzaba el puente levadizo, encaminándose hacia el patio del castillo. Le conocía perfectamente. Cada seis meses venía al castillo.

Era un jorobado, y su rostro tenía la expresión mordaz que suele verse en los hombres que son víctimas de una deformidad física. Llevaba una barbita oscura y puntiaguda y al sonreír abría la boca de oreja a oreja, mostrando unos dientes blanquísimos. Vestía con una zamarra de piel de búfalo, adornada con numerosas cintas y campanillas. De su espalda colgaban una linterna y dos cajas cuyo contenido me era ya conocido: en una de ellas guardaba una salamandra, y en la otra una mandrágora. Llevaba también un violín, una caja de amuletos contra el mal de ojo y varios estuches de contenido diverso. Se apoyaba en un bastón de madera negra, con una contera de cobre. Iba acompañado de un perro esquelético que le seguía fielmente a todas partes. Pero el animal se detuvo en medio del puente levadizo, erizó el pelo y prorrumpió en lúgubres aullidos, negándose a avanzar.

Entretanto, el vagabundo había llegado al centro del patio y, quitándose el grotesco sombrero, se inclinó en una cómica reverencia. Luego empuñó el violín y empezó a tocar una alegre melodía, acompañándola con un canto tan desafinado y unos pasos de danza tan cómicos, que me eché a reír a pesar de lo mucho que me habían impresionado los siniestros aullidos del perro.

—¿Desean las señoritas comprar un amuleto contra el vampiro, que según he oído decir merodea por estos alrededores como un lobo? —dijo el vagabundo, dejando caer el sombrero al suelo—. La gente muere por doquier, pero yo tengo un talismán que no falla; sólo hay que coserlo a la almohada, y cuando el vampiro se presenta puede uno reírse de él en sus propias barbas.

Los amuletos consistían en unas cintas de papel transparente, con cifras y dibujos cabalísticos.

Inopinadamente, Carmilla compró un talismán y yo la imité. El vagabundo nos observaba y nosotras sonreíamos divertidas; al menos yo. Pero, de repente, mientras nos miraba, los ojos del vagabundo —unos avispados ojos azules— parecieron

descubrir algo que por un instante atrajo su atención. Inmediatamente sacó un estuche de cuero repleto de toda clase de pequeños instrumentos de acero.

—Mire, señorita —me dijo, mostrándome el estuche—, además de algunas actividades menos útiles, practico la de dentista. ¿Quieres callarte de una vez, animalucho? Si no paras de aullar, la señorita no oirá lo que le digo. Como le iba diciendo, soy dentista, y su amiga tiene los dientes más afilados que he visto en mi vida; largos, afilados, puntiagudos como una lanza, como un alfiler. Sí, los he visto perfectamente: son unos dientes peligrosos. Yo entiendo de estas cosas, y aquí estoy con mi lima, mi punzón y mis pinzas. Se los dejaré redondeados y bonitos. Si la señorita consiente, en vez de dientes de pez tendrá una dentadura digna de su belleza. ¿Se ha enfadado la señorita? ¿He sido demasiado atrevido? ¿La he ofendido?

Carmilla, en efecto, le miraba con una expresión de odio. Se apartó de la ventana, acusándome:

—¿Y permites que ese charlatán me insulte de ese modo? ¿Dónde está tu padre? Quiero pedirle que lo eche del castillo. Mi padre hubiera ordenado que le apalearan, para quemarlo luego vivo.

Sin embargo, en cuanto no tuvo ante sus ojos al hombre que la había insultado su cólera desapareció tan rápidamente como había surgido; al cabo de unos instantes había olvidado ya al jorobado y sus extravagantes palabras.

Aquella misma tarde, mi padre llegó muy excitado. Nos contó que se había presentado otro caso parecido a los anteriores y de los cuales ya he hablado. La hermana de un colono de nuestra finca, que vivía a una milla de distancia de nuestro castillo, había enfermado repentinamente. Decía que había sido atacada por un ser monstruoso, y su estado se agravaba, lenta pero inexorablemente.

—En rigor —dijo mi padre—, todo esto puede ser atribuido a causas naturales. Esos infelices se sugestionan con narraciones inverosímiles, y de este modo provocan sus alucinaciones.

—No deja de ser una cosa terrible —observó Carmilla.

—Desde luego —asintió mi padre.

—Me asusta pensar que puedo ser víctima de una alucinación semejante. Aunque sólo fuera una alucinación, ha de ser tan horrible como si se tratara de un hecho real.

—Estamos en las manos de Dios —afirmó mi padre—. Nada puede ocurrir sin su consentimiento, y todo terminará bien para aquellos que le aman. Es nuestro Creador. Él nos ha hecho y cuidará de nosotros.

—Yo creo —replicó Carmilla— que todas las cosas suceden por imperativo de la naturaleza. Y que la enfermedad que se propaga por la comarca es también cosa de la naturaleza. ¿No le parece?

—Hoy vendrá el médico —dijo mi padre, eludiendo contestar a la pregunta de la muchacha—. Me gustará saber qué opina el doctor de este fenómeno, y qué nos aconseja.

—Los médicos nunca me han servido para nada —replicó Carmilla.

—¿Has estado enferma? —le pregunté.

—Más enferma de lo que tú hayas estado jamás.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, mucho: lo he olvidado todo, excepto el dolor y la debilidad.

—Entonces, serías muy joven…

—Creo que sí. Pero, no hablemos más de esto. No quieras hacer sufrir a tu amiga.

Me miró lánguidamente a los ojos y, cogiéndome del talle, me sacó de la habitación.

—¿Por qué se divierte tanto tu padre asustándome? —me preguntó, una vez estuvimos fuera, temblando ligeramente.

—No lo creas, querida, no es ésa su intención.

—Y tú, ¿estás asustada?

—Lo estaría si pensara que también nosotras corremos el mismo peligro que esa pobre gente.

—¿Te asusta la idea de la muerte?

—Desde luego, a todo el mundo le asusta esa idea.

—¿Crees, por ejemplo, que es espantoso morir mientras se ama? Dos amantes que mueren juntos… y de este modo pueden vivir juntos para siempre… Las muchachas no son más que orugas y sólo se transforman en mariposas cuando llega el verano. Entretanto, son crisálidas y larvas, cada una con sus formas e inclinaciones particulares. Hay un cierto señor Buffon que así lo cuenta.

Por la noche vino el médico y se encerró con mi padre en su despacho, donde permanecieron durante largo rato. Era un médico con mucha experiencia, de unos sesenta años. Su rasurado rostro aparecía tan lisos como la superficie de una calabaza. Cuando salían del despacho, oí que mi padre decía, riendo:

—Me admira oír esas palabras en boca de un hombre tan sensato como usted. ¿Qué opina, entonces, de los hipógrifos y de los dragones?

También el médico se reía, sacudiendo la cabeza.

—En todo caso, la vida y la muerte han sido siempre un misterio y sabemos muy poco acerca de lo que puede suceder.

Se alejaron charlando y ya no pude oír nada más. En aquel momento ignoraba cuáles habían sido las hipótesis aventuradas por el doctor, pero ahora creo adivinarlas.

Una tarde llegó de Gratz el hijo del restaurador de cuadros, transportando en su carro dos grandes cajas llenas de cuadros. Su llegada constituyó un verdadero acontecimiento. Las cajas quedaron en el atrio; los criados se encargaron del joven y lo acompañaron a la cocina para que le dieran de cenar. Luego se unió a nosotros en el atrio grande, donde nos habíamos reunido previamente para abrir las cajas.

Carmilla estaba sentada y miraba distraídamente los viejos, cuadros, casi todos

retratos, que habían sido enviados a restaurar. Mi madre pertenecía a una antigua familia húngara, y la mayor parte de los cuadros procedían de mi familia materna. Mi padre iba leyendo en una lista los títulos de los cuadros, y el artesano los iba sacando de las cajas. Ignoro el valor que podían tener, aunque eran antiguos y algunos muy curiosos Yo los veía por primera vez en mi vida, ya que la humedad y el polvo habían ocultado las telas durante mucho tiempo.

—No había visto nunca este cuadro —comentó mi padre, señalando la tela que el restaurador tenía en la mano—. Aquí, en un ángulo, figura el nombre, que pude descifrar antes de enviarlo al restaurador: Marcia Karstein. Lleva la fecha de 1768. Será interesante ver lo que ha surgido ahora…

Me acordé de aquel cuadro. Se trataba de una pequeña tela, sin marco, de forma cuadrangular y tan ennegrecida por el paso del tiempo que jamás pudimos contemplar a aquella Marcia Karstein, si es que en realidad se trataba de su retrato.

El restaurador exhibió la tela con evidente orgullo. Era una joven de rostro hermosísimo, y quedé asombrada por la viveza de su expresión. Pero lo que más me asombró fue su extraordinario parecido con Carmilla.

—¿Te das cuenta, querida? —le pregunté—. Esto es un verdadero milagro. Eres tú misma, viva y sonriendo. Sólo le falta hablar. ¿No te parece extraordinario? ¡Mira, papá! Tiene también un pequeño lunar en la garganta…

Mi padre esbozó una sonrisa y dijo:

—Realmente, es de un parecido extraordinario*

Pero, ante mi sorpresa, no prestó mayor atención al hecho y continuó su tarea con el restaurador. Por mi parte, sentía aumentar mi admiración a medida que contemplaba el retrato.

—¿Me permites que lo cuelgue en mi habitación, papá? —le pedí a mi padre.

—Desde luego, querida —dijo—. Me alegra que te guste. Debe ser más hermoso de lo que yo creía, si es que se parece tanto a tu amiga.

Carmilla no pareció haber oído el cumplido. Estaba retrepada en un sillón y me contemplaba fijamente con sus hermosos ojos, con la boca ligeramente entreabierta y sonriendo como en éxtasis.

—Ahora sí que puede leerse bien el nombre —dije—. No es Marcia. Parece escrito con letras de oro. El nombre es Mircalla, condesa de Karstein. Encima del nombre hay una pequeña corona, y debajo una inscripción: «Anno Domini 1698». Yo desciendo de los Karstein.

—¡Ah! —exclamó lánguidamente Carmilla—. También yo creo que soy una descendiente lejana de esa familia. ¿Viven aún algunos de sus miembros?

—No creo que exista nadie que lleve el apellido. La familia quedó extinguida a raíz de la guerra civil, hace muchísimo tiempo. Las ruinas del castillo se encuentran a sólo unas leguas de aquí.

—Muy interesante —murmuró distraídamente Carmilla—. Pero, mira qué hermoso claro de luna tenemos hoy. —Miró a través de la entornada puerta—. ¿Y si

fuésemos a dar un paseo?

—Esta noche me recuerda la de tu llegada —dije.

Carmilla suspiró, esbozando una sonrisa.

Se puso en pie y salimos al patio cogidas por la cintura. Anduvimos lentamente y en silencio hasta el puente levadizo. Ante nuestros ojos se extendía una hermosa llanura, bañada por la luz de la luna.

—¿De modo que recuerdas aún el día de mi llegada? —me susurró Carmilla al oído—. ¿Te alegra tenerme aquí?

—Soy muy feliz, querida Carmilla —respondí.

—Y has pedido que te dejaran colgar aquel cuadro en tu habitación —murmuró mi amiga con un suspiro. Luego me apretó más estrechamente con el brazo que ceñía mi talle y apoyó su cabeza en mi hombro.

—¡Qué romántica eres, Carmilla! —exclamé—. Cuando me cuentes la historia de tu vida, estoy segura de que será como si me leyeras una novela de amor.

Me besó silenciosamente.

—Estoy convencida, Carmilla, de que has estado enamorada —proseguí—. Y me atrevería a afirmar que sigues preocupada por algún asunto amoroso.

—Nunca me he enamorado, y nunca me enamoraré —afirmó Carmilla—. A no ser que me enamore de ti…

A la luz de la luna, aparecía más hermosa que nunca. Tras dirigirme una extraña y tímida mirada, ocultó la cara en mi cuello, entre mis cabellos, respirando agitadamente; parecía a punto de estallar en sollozos y me apretaba la mano, temblando. Su mórbida mejilla quemaba contra la mía. Murmuró:

—¡Querida! Yo vivo en ti, y tú morirás en mí. ¡Te quiero tanto!

Me separé de ella. Carmilla me miraba ahora con unos ojos de los que habían desaparecido el fuego y la vida. Y como si saliera de un sueño, añadió:

—Regresemos. Vámonos a casa.

—Me parece que estás enferma, Carmilla; deberías tomar un vasito de vino —le dije.

—Sí, creo que sí. Ahora me encuentro mucho mejor. Dentro de unos minutos estaré completamente bien. Sí, tomaré un vaso de vino. —Y, acercándose a la puerta, añadió—: Déjame mirar un instante; quizá sea la última vez que veo la luna contigo.

—¿De veras te sientes mejor, Carmilla? —pregunté.

Por un instante, temí que se hubiera contagiado de aquella extraña epidemia que azotaba la comarca.

—Papá se apenaría mucho si supiera que te encuentras mal y no lo dices. Nuestro médico es un hombre muy inteligente.

—Todos sois excesivamente buenos conmigo. Pero lo que yo tengo no es cosa de médicos. No estoy enferma, sino solamente un poco débil. El menor esfuerzo me deja agotada. Pero me recobro muy fácilmente. ¿Ves? Ya estoy bien.

Así lo parecía. Seguimos charlando durante un rato, y Carmilla se mostró muy

animada. El resto de aquella tarde transcurrió sin que se produjera ninguna recaída en lo que yo llamaba su «exaltación».

Las ardientes miradas de Carmilla, su modo absurdo de expresarse, me asustaban a veces, lo confieso.

Pero aquella noche ocurrió algo que debía provocar un cambio radical en el curso de mis pensamientos.

Acompañé a Carmilla a su habitación, como de costumbre, y me quedé charlando con ella mientras se preparaba para acostarse.

—Creo que llegará un día —dije— en que tendrás una absoluta confianza en mí.

Se volvió, sonriente, pero no contestó.

—No contestas —le dije—, porque no puedes darme una respuesta satisfactoria, ¿verdad? No debería habértelo sugerido…

—Tienes perfecto derecho a hacerlo —replicó Carmilla—. Te quiero mucho, y te considero merecedora de recibir todas mis confidencias, puedes creerlo. Pero estoy atada a una promesa, más atada que una religiosa a sus votos, y no puedo hablar de mí, ni siquiera contigo. Pero se acerca el momento en que lo sabrás todo. Me juzgarás cruel y egoísta, muy egoísta, pero recuerda que el amor es siempre así. Cuanto más intensa es la pasión, más egoísta resulta. No puedes imaginarte lo celosa que estoy de ti. Tú has de venir conmigo; has de quererme hasta la muerte. O puede que me odies, da lo mismo. Pero ven conmigo y ódiame a través de la muerte y del más allá. En mi vocabulario no existe la palabra «indiferencia».

—Ya estás otra vez diciendo cosas que no tienen sentido —objeté.

—Soy extravagante, tonta y caprichosa. Pero tranquilízate: en adelante hablaré cuerdamente. ¿Has bailado alguna vez?

—No. Debe ser encantador, ¿verdad?

—Casi lo he olvidado. Hace tantos años…

Me eché a reír.

—No eres tan vieja como todo eso… No puedes haber olvidado aún tu primer baile.

—Sólo haciendo un gran esfuerzo puedo recordarlo. Lo veo todo a través de algo que se interpone entre el recuerdo y yo, como una cortina tupida y, al mismo tiempo, transparente. Aquella noche estaba como muerta en mi cama. Me hirieron aquí —se tocó el pecho— y nunca he vuelto a ser la misma.

—¿Has estado a punto de morir?

—Sí. Un amor cruel, un amor caprichoso había invadido mi vida. El amor exige sacrificios. Y en los sacrificios corre la sangre. Ahora deja que me abandone al sueño. Estoy muy cansada. ¿Cómo podré levantarme a cerrar la puerta con llave?

Le di las buenas noches y salí de la estancia con una sensación de inquietud.

Los delirios de las personas nerviosas son contagiosos, y casi siempre acaban por ser imitadas por los que tienen un temperamento afín. También yo había adoptado las costumbres de Carmilla; cerraba con llave la puerta de mi habitación, sugestionada

por su fantástico miedo a unos hipotéticos agresores nocturnos, asesinos o ladrones. También, como Carmilla, inspeccionaba minuciosamente mi habitación cada noche, antes de acostarme, para asegurarme de que no había nadie escondido en ella.

Después de tomar todas aquellas prudentes medidas, me acosté y me quedé dormida casi inmediatamente. Tenía una luz encendida en mi habitación. Era una antigua costumbre, de cuya inutilidad nadie había podido convencerme. Sólo así podía descansar tranquila. Pero los sueños atraviesan los muros de piedra, iluminan las habitaciones vacías y oscurecen las iluminadas, y los personajes que intervienen en el sueño entran y salen a placer, burlándose de los cerrojos.

Aquella noche tuve un sueño que fue el comienzo de una extraña angustia. No podría llamarlo una obsesión, porque tenía la certeza de que estaba dormida, de que me hallaba en mi habitación y yacía en mi cama. Vi, o creí ver, la habitación con sus muebles de siempre, pero más a oscuras; a los pies de mi cama se movía algo escurridizo, que no pude distinguir claramente. De repente, me di cuenta de que se trataba de un animal grande y negro, como cubierto de hollín. Parecía un monstruoso gato. Tendría aproximadamente un metro y medio de longitud, y lo deduje porque cuando se paseaba al pie de la cama ocupaba toda su anchura. Se paseaba como una fiera enjaulada. Me sentí tan aterrorizada, que no tenía fuerzas ni para gritar. Los pasos del animal eran cada vez más rápidos, y la habitación se oscurecía por momentos. Noté que algo se encaramaba a mi cama. Unos ojos enormes se acercaron a los míos y de pronto sentí un penetrante dolor en el pecho, como si me hubiesen clavado dos alfileres. Me desperté con un grito. La habitación estaba iluminada por la luz que dejaba encendida cada noche, y a los pies de mi cama había una figura femenina vestida de negro y con la cabellera caída en cascada sobre los hombros. Estaba inmóvil como una estatua. No se oía ningún rumor, ni siquiera el de su respiración. La miré, y la figura pareció moverse; se deslizó hasta la puerta, que estaba abierta, y desapareció. Inmediatamente, me sentí como liberada de un gran peso y pude moverme y respirar. Mi primer pensamiento fue que Carmilla había querido gastarme una broma y que yo me había olvidado de cerrar la puerta. Pero me levanté y la encontré cerrada por dentro, como siempre. La idea de abrirla me aterrorizaba. Volví a acostarme y escondí la cabeza debajo de las sábanas, más muerta que viva.

Al día siguiente no quise quedarme sola ni un momento. Debí de habérselo contado todo a mi padre, pero no lo hice por dos motivos opuestos. Primero, porque temí que se burlase de mi historia y me dolían sus burlas; y, segundo, porque temí que creyese que también yo era víctima de aquella misteriosa enfermedad que se propagaba por la comarca. Mi padre tenía el corazón débil y no quería asustarlo.

Pero se lo conté todo a la señora Perrodon y a la señorita Lafontaine. Las dos se dieron cuenta de que me hallaba en un estado de anormal excitación. La señorita Lafontaine se echó a reír, pero vi que la señora Perrodon me miraba preocupada.

—A propósito —dijo la señorita Lafontaine, riendo—; en el camino de los tilos,

detrás de la habitación de la señorita Carmilla, hay fantasmas.

—¡Tonterías!, —exclamó la señora Perrodon, la cual debió encontrar inoportuna aquella asociación de ideas—. ¿Quién le ha contado esa historia, querida?

—Martin dice que ha ido dos veces a reparar la vieja balaustrada antes del amanecer, y siempre ha visto la misma figura de mujer andando por el camino de los tilos.

—No le diga nada a Carmilla —supliqué—. Su ventana da al camino, y es una muchacha más impresionable aún que yo.

Aquel día, Carmilla se levantó más tarde que de costumbre.

—Esta noche me he asustado mucho —dijo—. Estoy segura de haber visto algo horrible. Menos mal que tenía el amuleto que le compré al pobre jorobado. ¡Y pensar que lo traté tan mal! He soñado que una cosa negra se acercaba a mi cama, y me he despertado aterrorizada. Durante unos, segundos, he visto realmente una figura negra al lado de la chimenea, pero he tocado el amuleto que guardo debajo de la almohada y la figura ha desaparecido. Estoy convencida de que, si se hubiese acercado más, habría terminado degollada como aquellas pobres mujeres…

—Bien, escucha lo que voy a contarte…

Le conté mi aventura nocturna. Pareció asustarse.

—¿Y tenías el amuleto contigo? —me preguntó.

—No. Lo metí en un jarrón de porcelana del salón, pero esta noche me lo llevaré a la cama, ya que tú crees tanto en su eficacia.

Después de tanto tiempo, no acierto a comprender cómo pude dominar mi terror y dormir sola en mi habitación aquella noche. Recuerdo perfectamente que puse el amuleto debajo de mi almohada y que me quedé casi inmediatamente dormida, con un sueño mucho más profundo que la noche anterior.

También la noche siguiente fue tranquila. Dormí profundamente y sin sueños, pero me desperté cansada y melancólica; aunque no puedo decir que fuese una sensación desagradable.

—También yo he pasado una noche magnífica —me dijo Carmilla por la mañana —. He cosido el amuleto a mi camisón. La noche anterior lo tenía demasiado lejos. Estoy segura de que todo es pura imaginación. Creía que los sueños eran engendrados en nosotros por el espíritu del mal, pero el médico me dijo que no es cierto. Se trata de una fiebre o una enfermedad que llama a la puerta, y al no poder pasar deja aquella señal de alarma.

—¿Y por qué crees en la eficacia del amuleto?

—Supongo que está empapado en alguna droga que sirve de antídoto contra la malaria.

—Pero ¿actúa solamente sobre el cuerpo?

—Desde luego. ¿Crees que los espíritus maléficos se asustarían de unas cintas de

colores o de un poco de perfume barato? No, seguro que no. Esos males flotan en el aire, atacan primero a los nervios y luego infectan el cerebro, pero antes de que puedan instalarse definitivamente, el antídoto entra en acción y los destruye. Estoy convencida de que ése ha sido el efecto del amuleto. No se trata de magia, sino de un remedio natural.

Durante algunas noches más dormí perfectamente. Pero cada mañana sentía el mismo cansancio, y todo el día estaba dominada por la misma sensación de languidez. Me parecía haber cambiado. Una extraña melancolía se apoderaba de mí. La idea de la muerte se abría camino en mi mente. El estado en que me hallaba sumida era triste, pero también dulce. Y de todos modos, fuera lo que fuese, mi alma lo aceptaba. No quería admitir que estaba enferma, ni decírselo a mi padre; ni llamar al médico.

Durante aquellos días, Carmilla me prodigó sus atenciones mucho más que antes y sus momentos de «exaltación» fueron también más frecuentes.

Sin darme cuenta la enfermedad se había apoderado de mí, la enfermedad más extraña que jamás haya afectado a un ser mortal. Me acostumbraba cada vez más a la sensación de impotencia que invadía todo mi ser. La primera transformación que descubrí en mí era casi placentera: algo parecido a la curva que inicia el descenso al infierno. Mientras dormía experimentaba una vaga y curiosa sensación. Generalmente era un súbito temblor, agradable, helado, como el que se experimenta cuando uno se baña en un río y nada contra la corriente. Una serie de sueños que parecían interminables seguían al temblor, pero eran sueños tan confusos que nunca conseguía recordar, después, ni el escenario, ni los personajes, ni sus actos. Me dejaban una sensación de terror y de cansancio, como si acabara de realizar un gran esfuerzo mental o de correr un grave peligro. Los únicos recuerdos que me quedaban de todos esos sueños eran la sensación de haber permanecido en un lugar tenebroso, la de haber conversado con gente a la que no podía ver y el eco de una voz femenina tan profunda que parecía hablarme desde muy lejos: una voz que me intimidaba y me sojuzgaba siempre. A veces sentía el roce de una mano que me acariciaba las mejillas; otras, la presión de unos labios ardientes que me besaban, más apasionadamente a medida que los besos descendían hacia mi garganta. Allí sentía el último beso. Mi corazón latía más de prisa, mi respiración se hacía más entrecortada. Luego experimentaba una sensación de ahogo y, en medio de una terrible convulsión, perdía la consciencia.

Estos terribles hechos me sucedían ahora tres veces a la semana y dejaban en mí una profunda huella. Estaba pálida, el círculo morado que rodeaba mis ojos era cada vez más visible y mi languidez aumentaba día a día.

Mi padre me preguntaba frecuentemente si me encontraba mal, pero con una obstinación que ahora me parece inexplicable, le aseguraba una y otra vez que estaba perfectamente bien. En cierto sentido, era verdad. No sentía dolor alguno ni podía quejarme de ningún malestar físico. Mi dolencia me parecía imaginaria y, por

penosos que fueran mis sufrimientos, los cultivaba amorosamente y en secreto.

Carmilla se quejaba de sueños y de sensaciones febriles parecidas a las mías, aunque menos alarmantes. Si hubiera sido capaz de comprender mi situación, habría pedido ayuda y consejo de rodillas. Pero el narcótico de una influencia insospechada obraba en mí y mis sentidos estaban embotados.

Hablaré ahora de un sueño que me condujo a un extraño descubrimiento.

Una noche, en vez de la solitaria voz que oía en el vacío, oí otra voz más dulce y más tierna, y al mismo tiempo más terrible, que decía: «Tu madre te advierte que tengas cuidado con el asesino». En el mismo instante apareció inesperadamente una luz y vi a Carmilla de pie cerca de mi cama, embutida en su blanco camisón completamente manchado de sangre.

Me desperté sobresaltada, convencida de que Carmilla había sido asesinada. Salté de la cama pidiendo socorro. La señora Perrodon y la señorita Lafontaine salieron de sus habitaciones, alarmadísimas, y encendieron una lámpara del rellano de la escalera. Les contó lo que me había sucedido e insistí en ver a Carmilla. Acudimos a su dormitorio y la llamamos a través de la puerta. No respondió, a pesar de nuestros gritos, y el hecho nos alarmó a todas, ya que la puerta estaba cerrada por dentro. Regresamos a mi habitación y agitamos furiosamente la campanilla que había a la cabecera de mi cama. Si mi padre hubiese dormido en nuestro mismo piso le hubiésemos llamado inmediatamente, pero dormía en el piso bajo, fuera del alcance de nuestras voces, y para llegar hasta su habitación era necesario organizar una expedición para la cual ninguna de nosotras se sentía con fuerzas. Los criados llegaron corriendo. Entretanto, nos habíamos puesto una bata y calzado unas zapatillas. Volvimos a la habitación de Carmilla, y, después de llamarla de nuevo repetidas veces, ordené a los criados que forzaran la puerta. Una vez abierta, penetramos en el dormitorio: todo estaba en orden, tal como lo había visto al dar las buenas noches a Carmilla. Pero mi amiga había desaparecido.

Al ver que la única señal de desorden en la habitación era la producida por nuestra irrupción, nos tranquilizamos un poco y no tardamos en recobrar el buen sentido y en despedir a los criados. La señorita Lafontaine aventuró la opinión de que Carmilla, despertada repentinamente al sentir que forzaban la puerta, se había asustado y se había escondido debajo de la cama o dentro del armario: era natural que no saliera mientras el mayordomo y los criados se hallaran en la habitación. La llamamos de nuevo, pero no respondió. Eso aumentó nuestra perplejidad y nuestra zozobra. Examinamos las ventanas, pero estaban cerradas. Supliqué a Carmilla, si estaba escondida, que no prolongara por más tiempo aquella burla y acabara con nuestra ansiedad, saliendo de su escondite. Pero todo fue en vano. Era evidente que no estaba en el dormitorio, ni en el tocador. Yo estaba intrigadísima. Tal vez Carmilla había descubierto un pasadizo secreto… El viejo guarda decía que existía uno en el castillo, pero nadie recordaba dónde, exactamente. El misterio se aclararía, indudablemente, pero de momento estábamos perplejas.

Eran las cuatro de la madrugada y preferí pasar el resto de la noche en la habitación de la señora Perrodon. Pero la luz del día no trajo la solución al enigma: Carmilla había desaparecido. Mi padre estaba desesperado, pensando en lo que iba a ocurrir cuando regresara la madre de la muchacha… Yo también estaba desesperada, pero mi desesperación tenía otras causas.

Transcurrió la mañana en medio de la mayor alarma y agitación. Se habló incluso de rastrear el río. Llegó el mediodía y la situación no había cambiado. A eso de la una se me ocurrió echar otro vistazo a la habitación de Carmilla. Llegué allí y mi asombro no tuvo límites: ¡Carmilla estaba en su habitación, mirándose al espejo! No podía creer en lo que estaban viendo mis ojos. Mi amiga me llamó con un gesto. En su rostro se leía el miedo. Corrí hacia ella, la abracé y besé repetidas veces, y luego me precipité hacia la campanilla y la agité desesperadamente para que acudieran todos y se tranquilizaran.

—¡Querida Carmilla! —exclamé—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Dónde has estado?

—Ha sido una noche prodigiosa —me respondió—. Después de cerrar la puerta del dormitorio, como de costumbre, me acosté. He dormido sin interrupción y sin sueños, pero al despertar me he encontrado sobre el diván del tocador, con su puerta abierta y la de la habitación forzada. ¿Cómo es que no me he despertado? Tiene que haberse producido un gran alboroto, y yo tengo el sueño muy ligero… ¿Cómo puede ser que me haya encontrado fuera de mi cama sin haberme enterado de nada?

Entretanto, habían llegado mi padre, la señora Perrodon, la señorita Lafontaine y varios criados. Naturalmente, Carmilla fue asediada a preguntas, pero su respuesta fue siempre la misma. Mi padre daba vueltas por la habitación, sumido, al parecer, en hondas reflexiones. Vi que Carmilla le seguía con la mirada, y en sus ojos había una expresión preocupada. Finalmente, mi padre despidió a los criados, se acercó a mi amiga y, cogiéndola delicadamente por la mano, la condujo hasta el diván, donde se sentaron.

—¿Me permites que te haga una pregunta, querida? —inquirió mi padre.

—Desde luego. Tiene usted perfecto derecho a preguntar lo que quiera, siempre que no traspase los límites impuestos por mi madre.

—Bien, querida, no hablaremos de lo que tu madre me prohibió, sino de lo ocurrido esta noche. Te has levantado de la cama y has salido de la habitación, sin despertarte. Y todo esto estando puertas y ventanas cerradas por dentro. Tengo una teoría, pero antes quiero hacerte una pregunta.

Todos conteníamos la respiración.

—La pregunta es ésta: ¿eres sonámbula?

—No, ahora no. Pero lo fui en mi infancia.

—Ya. Y, en aquella época, ¿te levantabas con frecuencia de la cama en sueños?

—Sí. Por lo menos, así me lo decía mi niñera.

Mi padre sonrió, asintiendo.

—Lo ocurrido tiene una fácil explicación. Carmilla es sonámbula; abre la puerta y

no deja, como de costumbre, la llave en la cerradura, sino que, siempre en sueños, cierra por la parte de afuera y se lleva la llave. Luego recorre las veinticinco habitaciones de este piso, y quizá también las de las otras plantas. Esta casa está llena de escondrijos, de desvanes y de trastos viejos. Se tardaría una semana en explorarla a fondo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, pero no del todo —respondió Carmilla.

—¿Y cómo explicas, papá, que se haya despertado en el tocador, que yo había registrado minuciosamente?

—Carmilla regresó cuando vosotras os habíais ya marchado. Regresó dormida, naturalmente, y al despertarse se asombró de encontrarse allí. Ojalá todos los misterios tuvieran una explicación tan sencilla como éste, Carmilla —añadió mi padre, satisfecho.

En aquel momento, Carmilla estaba más hermosa que nunca. Creo que fue entonces cuando mi padre comparó su aspecto con el mío, porque súbitamente dijo:

—Tienes muy mal aspecto, Laura.

Como sea que Carmilla no quería que ninguna sirvienta pasara la noche en su habitación, mi padre ordenó que uno de los criados durmiera delante de la puerta de su dormitorio, a fin de que la muchacha no pudiera salir sin ser vista por nadie.

Aquella noche transcurrió tranquila, y a la mañana siguiente, el médico, que mi padre había enviado a buscar sin yo saberlo, vino a visitarme. La señora Perrodon me acompañó a la biblioteca, donde me aguardaba el doctor. Le expliqué lo que me sucedía de un tiempo a esta parte, y mientras avanzaba en mi relato noté que su aspecto se hacía más pensativo. Nos hallábamos ante una ventana, uno al lado del otro. Cuando terminé de hablar se apoyó en la pared y me miró con un interés que dejaba traslucir cierto horror. Tras meditar unos instantes, mandó llamar a mi padre. Éste llegó sonriendo, pero su sonrisa desapareció al ver la expresión preocupada del médico. Inmediatamente se enfrascaron en una conversación que sostuvieron en voz baja, como si temiendo que la señora Perrodon o yo, que nos manteníamos apartadas, pudiéramos oír lo que hablaban. De pronto, mi padre volvió los ojos hacia mí. Estaba pálido y parecía intensamente preocupado.

—Laura, querida, acércate.

Obedecí, sintiéndome alarmada por primera vez, ya que a pesar de mi creciente debilidad no creía estar enferma.

—Me ha dicho usted antes que tuvo la sensación de que le clavaban dos alfileres en el cuello, la noche en que sufrió aquella pesadilla —me dijo el médico—. ¿Le duele aún en el lugar donde sintió los pinchazos?

—No, en absoluto —respondí.

—¿Puede señalarme con el dedo el punto exacto?

—Debajo mismo de la garganta, aquí —respondí.

Llevaba un vestido de cuello alto, que cubría la parte señalada.

—¿Quiere pedirle a su padre, por favor, que le desabroche el cuello? Es necesario que conozca todos los síntomas.

Obedecí: el punto señalado estaba unas dos pulgadas más abajo del cuello.

—¡Dios mío! —exclamó mi padre, palideciendo.

—¿Se da usted cuenta? —inquirió el médico, con expresión de triunfo.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada.

—Nada, señorita, no hay más que una pequeña marca azulada, tan diminuta como una cabeza de alfiler —dijo el médico. Y, volviéndose hacia mi padre, añadió—: Veremos lo que se puede hacer.

—¿Es peligroso? —insistí, angustiada.

—No lo creo —respondió el médico—. Estoy convencido de que mejorará rápidamente. Quisiera hablar con la señora Perrodon —añadió, dirigiéndose a mi padre.

Mi padre llamó a la señora Perrodon.

—La señorita Laura no se encuentra tan bien como sería de desear —le dijo el médico—. No creo que sea nada de cuidado. Sin embargo, hay que adoptar ciertas precauciones, en beneficio suyo. Es indispensable que no deje sola a la señorita Laura ni un solo instante. Por ahora, es el único remedio que puedo prescribir, pero deseo que cumpla mis instrucciones al pie de la letra. ¿Entendido?

Mi padre salió para acompañar al médico. Les vi cruzar el puente levadizo, absortos en una animada discusión. Luego vi cómo el médico montaba a caballo, saludaba a mi padre y se alejaba hacia oriente.

Casi al mismo tiempo llegó el correo de Dranfeld, con un paquete de correspondencia para mi padre.

Media hora después, mi padre se reunió conmigo: tenía una carta en la mano.

—Es del general Spieldorf —dijo—. Llegará mañana, o quizás hoy mismo.

Me entregó la carta abierta, pero no parecía satisfecho como de costumbre cuando un huésped, especialmente un buen amigo como el general, venía a visitamos. Parecía estar ocultándome algo.

—Querido papá, ¿quieres explicármelo todo? —le dije, cogiéndole del brazo y mirándole con expresión suplicante—. ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Me ha encontrado muy enferma?

—No, querida. Dice que te repondrás pronto. —Pero su tono era seco—. De todos modos, preferiría que nuestro amigo el general hubiese escogido otro momento para su visita.

—Pero… Dime, papá, ¿qué enfermedad tengo?

—Ninguna. No me atormentes con tus preguntas —respondió.

Nunca había dado muestras de tanta irritación al hablar conmigo. Después se dio

cuenta de que me había lastimado, y añadió:

—Lo sabrás todo dentro de un par de días, es decir, sabrás lo que sé yo. Entretanto, no me hagas preguntas.

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse, pero luego, antes de que yo tuviera tiempo de detenerme a pensar en lo raro que resultaba todo lo que estaba sucediendo, volvió sobre sus pasos para decirme que quería ir a Karstein y que había hecho preparar el carruaje para las doce. La señora Perrodon y yo le acompañaríamos. Quería visitar al sacerdote que vivía en aquel lugar, y, dado que Carmilla no le conocía, podía reunirse con nosotros más tarde, cuando se levantara. Podía venir en compañía de la señorita Lafontaine, la cual llevaría también lo necesario para un almuerzo en las ruinas del castillo.

A las doce en punto nos pusimos en marcha. Pasado el puente levadizo giramos a la derecha y tomamos el camino que conducía al pueblo deshabitado y a las ruinas del castillo de Karstein. Debido a lo accidentado del terreno, la carretera da muchas vueltas y serpentea ora junto a un precipicio, ora por la ladera de una colina, en una inagotable variedad de paisajes. En una de las innumerables revueltas del camino nos encontramos inesperadamente en presencia de nuestro amigo el general, que avanzaba a caballo hacia nosotros, seguido de su criado, también a caballo. Tras las cordiales efusiones de bienvenida, pasó a ocupar el sitio que quedaba libre en nuestro carruaje y envió el caballo al castillo con su criado.

Habían transcurrido solamente diez meses desde la última vez que le habíamos visto, pero su aspecto había cambiado como si hubiesen pasado diez años. Una expresión angustiada había sustituido a su habitual aire de tranquila serenidad. No era sólo la transformación que cabe esperar en una persona que ha sufrido un gran dolor: una especie de furor apasionado parecía haber contribuido a llevarle a la actual situación.

Apenas reemprendimos la marcha, el general comenzó a contamos el engaño —según su propia expresión— que había conducido a la muerte a su joven sobrina. De repente se dejó arrastrar por una ola de furor y de amargura, profiriendo invectivas contra las artes diabólicas de que había sido víctima. Mi padre, comprendiendo que debían existir motivos extraordinarios para que el ecuánime general se expresara en aquellos términos, le pidió que nos contara, si no le resultaba demasiado penoso, los hechos que justificaban tan violentas expresiones.

—Con mucho gusto —replicó el general—. Pero no van a creerlo.

—¿Y por qué no? —inquirió mi padre.

—Porque usted, amigo mío, sólo cree en lo que responde a sus prejuicios y a sus ilusiones. También yo era como usted. Pero ahora he aprendido algo más.

—Póngame a prueba —insistió mi padre—. Soy menos dogmático de lo que usted cree. Además, me consta que usted basa siempre sus opiniones en pruebas fehacientes, y por lo tanto estoy dispuesto a respetar sus conclusiones.

—Tiene usted razón: si he llegado a creer en la existencia de hechos prodigiosos,

no ha sido a la ligera. Y puedo asegurarle que he sido víctima de una verdadera conspiración sobrenatural.

Vi que mi padre, a pesar de su promesa, miraba al general con ojos que reflejaban evidentes dudas acerca de la capacidad intelectual de su viejo amigo. Afortunadamente, el general no se dio cuenta. Miró con ojos impregnados de tristeza el paisaje selvático que se extendía ante nosotros.

—¿Van ustedes a las ruinas de Karstein? —preguntó—. Curiosa coincidencia… Precisamente quería pedirles que me acompañaran allí. Quiero examinarlas detenidamente. ¿Es cierto que hay una capilla en ruinas con numerosas tumbas de aquella extinguida familia?

—Sí, y son muy interesantes —respondió mi padre—. ¿Se propone usted, quizá, reivindicar su propiedad?

Mi padre hizo aquella pregunta en tono de broma, pero el general respondió completamente en serio.

—De ningún modo —exclamó secamente—. Tengo la intención de exhumar algunos ejemplares de aquella hermosa raza. Espero, con la ayuda de Dios, llevar a cabo un piadoso sacrilegio que librará a la tierra de algunos monstruos y permitirá dormir tranquilamente a personas de bien que tienen derecho a acostarse en paz, sin que sobre sus cabezas penda la amenaza de unos malvados asesinos.

Mi padre le miró de nuevo. Pero esta vez no había desconfianza en su mirada, sino que trataba de ser penetrante y perspicaz.

—La casta de los Karstein —dijo— se extinguió hace mucho tiempo. Cien años, por lo menos. Mi mujer descendía de los Karstein por línea materna. Pero el apellido y el título desaparecieron hace casi un siglo. El castillo está en ruinas y el pueblo deshabitado; hace más de cincuenta años que no sale humo por sus chimeneas.

—Eso es lo que me han contado, exactamente. Y otras cosas que le asombrarán. Pero será mejor que lo cuente siguiendo un orden lógico. ¿Recuerda usted a mi sobrina? Era la muchacha más hermosa del mundo, y hace sólo tres meses estaba aún viva.

Mi padre apretó afectuosamente la mano del general. Las lágrimas llenaron los ojos del anciano, que no trató de ocultarlas.

—Mi sobrina era el consuelo de mi vejez. Y ahora, todo ha terminado. No me queda mucho tiempo de vida, pero, con la ayuda de Dios, confío en que antes de morir podré prestar un gran servicio al género humano.

«La cosa empezó así: mi sobrina se preparaba con impaciencia para visitarles a ustedes. En el curso de aquellos preparativos, fuimos invitados a una fiesta ofrecida por mi viejo amigo el conde de Carlofed, cuyo castillo dista unas seis leguas del de Karstein. La noche en que empezó mi desgracia se celebró un fastuoso baile de máscaras. El parque del castillo estaba iluminado con farolillos de colores, y los fuegos artificiales fueron de una magnificencia nunca vista. ¡Y qué música! Usted ya sabe que la música es mi debilidad. Las mejores orquestas del mundo, y los mejores

cantantes de ópera europeos. Nunca había asistido a una fiesta tan brillante, ni siquiera en París. Mi querida sobrina estaba hermosísima. No iba disfrazada. La emoción y la alegría ponían en su rostro un encanto indefinible. Me di cuenta de que otra joven, que vestía lujosamente y llevaba un antifaz, miraba a mi sobrina con especial interés. La había visto ya al comienzo de la velada, en la terraza del castillo: estaba cerca de nosotros y su actitud demostraba un vivísimo interés. La acompañaba una dama, vestida con el mismo lujo y también cubierta con un antifaz, que tenía el aire autoritario de una persona de rango.

»En aquel momento estábamos en un salón. Mi pobre sobrina había bailado mucho y descansaba sentada en una silla, cerca de la puerta. Yo estaba sentado junto a ella. Las dos damas se acercaron a nosotros y la más joven ocupó una silla vacía al lado de mi sobrina en tanto que la de más edad venía a sentarse junto a mí. Empezó hablando consigo misma, como si estuviera refunfuñando. Luego, aprovechándose de la impunidad que le confería el antifaz, se dirigió a mí en el tono de una antigua amiga, llamándome por mi nombre. Sus palabras excitaron mi curiosidad. Se refirió a las numerosas ocasiones en que nos habíamos encontrado, en la Corte o en alguna casa elegante. Hizo alusión a incidentes que yo no recordaba, pero que al serme citados por ella acudieron de nuevo a mi memoria.

»Sentí que mi curiosidad iba en aumento. Deseaba ardientemente saber quién se escondía detrás de aquel antifaz, mientras la dama parecía divertirse con el juego. Entretanto, la joven, a la cual la dama de más edad llamaba con el extraño nombre de Millarca, había entablado conversación con mi sobrina. Se presentó a sí misma diciendo que su madre era una antigua amiga mía, elogió el vestido que llevaba mi niña y alabó discretamente su belleza. La divirtió con sus agudas observaciones acerca de la gente que se apiñaba en el salón, y al poco rato charlaban como si se conocieran de toda la vida. Luego, la joven desconocida se quitó al antifaz: tenía un rostro bellísimo, de facciones tan agradables y seductoras que resultaba imposible escapar a su atractivo. Mi pobre sobrina quedó seducida al instante. También la desconocida parecía haber sido fascinada por mi sobrina. Por mi parte, valiéndome de la familiaridad que permite un baile de disfraces, dirigí algunas preguntas personales a mi interlocutora.

»—Me ha puesto usted en un brete —confesé, riendo—. ¿Quiere ser clemente conmigo ahora? ¿Por qué no me hace el honor de quitarse el antifaz, como ha hecho su hija?

»—Es una petición descabellada —respondió—. ¡Pedir a una dama que renuncie a un privilegio! Por otra parte, no podría usted reconocerme: han pasado demasiados años desde que me vio por primera vez. Mire a mi hija Millarca y comprenderá que ya no puedo ser joven. Prefiero que no tenga usted ocasión de compararme con la imagen que conserva de mí. Además, usted no lleva antifaz y no puede ofrecerme nada a cambio.

»—Recurro a su clemencia —dije.

»—Y yo a la suya —replicó.

»—Por lo menos, ya que me ha honrado con su conversación, le ruego que me diga su nombre. ¿Debo llamarla señora condesa?

»Se echó a reír de buena gana y sin duda hubiera encontrado el medio de eludir mi pretensión, de no haberse producido un hecho fortuito… aunque ahora estoy convencido de que todo había sido planeado minuciosamente.

»—Mire… —empezó a decir, pero se vio interrumpida por la presencia de un caballero vestido de negro, de extraña apariencia y rostro exangüe como el de un cadáver. Tampoco iba disfrazado. Se inclinó cortésmente ante mi compañera y dijo:

»—¿Me permite la señora condesa unas palabras en privado?

»Mi interlocutora se volvió al instante hacia el recién llegado, llevándose un dedo a los labios para indicarle silencio. Luego, dirigiéndose a mí, se disculpó:

»—Le ruego que me guarde el asiento, general: regresaré en seguida.

»Se alejó en compañía del caballero vestido de negro. Vi cómo hablaban animadamente, antes de desaparecer entre la multitud.

»Mientras me torturaba tratando de identificar a la dama que tan amablemente parecía recordarme, regresó acompañada del mismo caballero de rostro cadavérico. Oí que este último le decía: “Le advierto, condesa, que el carruaje espera en la puerta”. Y, tras inclinarse profundamente, desapareció.

»—¿De modo que la perdemos a usted, señora condesa? Espero que será por poco tiempo —aventuré. Y me incliné a mi vez ante ella.

»—Sí, tengo que marcharme —respondió—. Y es posible que mi ausencia se prolongue unas semanas. Acabo de recibir noticias muy desagradables… Y usted, ¿ha recordado ya quién soy?

»—Ya le he dicho que no.

»—Lo sabrá, descuide. Pero no ahora. Somos amigos, más íntimos y más antiguos de lo que usted sospecha. Pero ahora no le puedo revelar mi identidad. Dentro de tres semanas pasaré por su castillo. Entonces tendré mucho gusto en que reanudemos nuestra vieja amistad. De momento, estoy muy preocupada por la noticia que acaban de darme. Tengo que recorrer más de cien millas con la mayor rapidez posible. Y si no fuese por la reserva que me veo obligada a guardar acerca de mi identidad, le pediría un favor… Mi pobre hija cayó del caballo durante una cacería y fue arrastrada por el animal más de una milla. Quedó con los nervios destrozados y nuestro médico le recomendó descanso absoluto. Yo tendré que viajar día y noche, sin interrupción. Está en juego una vida… pero ya le hablaré de ello la próxima vez que nos veamos.

»Y a continuación me pidió el favor a que había aludido. Se trataba de alojar a su hija en mi casa durante su ausencia. Era una petición un poco rara, por no decir atrevida. La condesa me desconcertó adelantándose a todas mis posibles suspicacias, diciéndome que comprendía lo incorrecto de su proceder, pero que, conociéndome como me conocía, sabía que yo me haría cargo de lo insólito de las circunstancias que

la obligaban a comportarse de aquel modo. Y en aquel mismo instante, por una fatalidad que debió ser tan premeditada cómo todo lo que estaba sucediendo, se acercó mi sobrina pidiéndome que invitara a su nueva amiga Millarca a pasar unos días en nuestra casa.

»En cualquier otra ocasión hubiera salido del paso diciéndole que aguardara hasta que pudiésemos enterarnos de la identidad de aquellas damas. Pero debo confesar que las facciones delicadas de la joven desconocida, con su extraordinario poder de fascinación, me habían conquistado. De modo que consentí estúpidamente en hacerme cargo de la muchacha mientras durase la ausencia de su madre.

»El caballero vestido de negro regreso en busca de mi interlocutora. Lo último que me pidió la dama fue que no tratara de averiguar la identidad de la joven hasta su regreso.

»Luego susurró algunas palabras al oído de su hija; la abrazó fríamente y se alejó acompañada del fúnebre personaje.

»A la mañana siguiente Millarca se instaló en nuestra casa. En el fondo, me sentía satisfecho de haber encontrado a una joven tan agradable para que hiciera compañía a mi sobrina.

»Pero no tardó en surgir el reverso de la medalla. Al principio, Millarca se quejaba de una gran debilidad; estaba aún convaleciendo del accidente que había sufrido, y no salía de su habitación antes del mediodía. Luego descubrimos de un modo casual que, a pesar de que cerraba siempre la puerta de su habitación con llave, no estaba en ella todas las horas que la creíamos allí. Un día, de madrugada, la vi andar bajo los árboles, en dirección a oriente: miraba como una persona en trance. Pensé que era sonámbula. Pero esta hipótesis no resolvía las dudas que se me habían planteado. ¿Cómo salía de la habitación, si estaba cerrada por dentro? ¿Cómo salía de la casa sin abrir puertas ni ventanas? Mientras me debatía en esta situación contradictoria, se me presentó una preocupación más grave.

»Mi sobrina languidecía de un modo misterioso. Empezó por tener espantosas pesadillas, luego dijo que recibía la visita de un espectro que a veces se parecía a Millarca y otras tenía el aspecto de una bestia inidentificable que daba vueltas alrededor de su cama. No tardaron en presentarse otros síntomas: una sensación dolorosa debajo de la garganta, como si la pincharan con dos alfileres, la impresión de que se ahogaba y una subsiguiente pérdida del conocimiento…».

¡Cuál no sería mi emoción al oír describir los síntomas que yo misma había experimentado! Especialmente, después de haber oído la descripción de las costumbres y características de nuestra hermosa invitada, Carmilla.

Habíamos llegado al término de nuestro viaje. Ante nosotros se extendían las ruinas de un pueblo, entre gigantescos árboles.

Descendimos en silencio del carruaje; todos estábamos absortos en nuestros

pensamientos. Subimos una empinada cuesta y nos encontramos ante el castillo de Karstein.

—He aquí su palacio —dijo el general—. Era una estirpe malvada. Resulta difícil creer que incluso después de muertos puedan seguir infectando a la humanidad con su horrible concupiscencia. Miren: allí está la capilla.

Señaló un edificio de estilo gótico escondido entre el follaje.

—Oigo el hacha de un leñador muy cerca de aquí —continuó—. Quizá pueda facilitarnos la información que buscamos y señalamos la tumba de Mircalla, condesa de Karstein. A veces, estos aldeanos conservan el recuerdo de las tradiciones locales acerca de las grandes familias…

—En casa tengo un retrato de Mircalla, condesa de Karstein —dijo mi padre—. ¿Le gustaría verlo?

—Desde luego. Pero tenemos tiempo de sobra —respondió el general—. Creo haber visto el original, y espero convencerme después de explorar la capilla.

—¡Cómo! —exclamó mi padre—. ¿Pretende haber visto a la condesa Mircalla? Pero ¡si hace más de un siglo que murió!

—No está tan muerta como la gente cree —replicó el general.

Cuando pasábamos por debajo del arco que daba acceso a la capilla gótica en ruinas, añadió:

—En los pocos años que me quedan de vida sólo deseo tener ocasión de una cosa: vengarme. Y, afortunadamente, la venganza puede realizarse aún por medio de un brazo mortal.

—¿De qué venganza está hablando? —preguntó mi padre, cada vez más asombrado.

—Quiero cortar la cabeza del monstruo —respondió el general en un acceso de cólera, golpeando el suelo con el pie y alzando sus manos como si empuñara un hacha invisible y la blandiera ferozmente en el aire.

—¡Qué es lo que dice! —gritó mi padre.

—Le cortaré la cabeza con un hacha, con una hoz, con cualquier herramienta que pueda servir para rebanarle el cuello a un criminal ¡Mirad! —gritó, temblando de rabia—. Esta madera servirá de cepo. Veo que su hija está cansada: déjela reposar.

Me dejé caer sobre un bloque de madera medio oculto entre los hierbajos que salían por entre las losas del pavimento de la capilla. Entretanto, el general llamó al leñador que estaba podando las ramas secas de los árboles, muy cerca de allí. Se nos acercó un viejo fornido, que llevaba un hacha en la mano, pero resultó que no sabía nada acerca de aquellas ruinas. Sin embargo, nos informó que conocía a un guarda forestal que vivía a unas leguas de distancia y que podría hablarnos de todas y cada una de las piedras de la capilla.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted en este bosque? —le preguntó mi padre.

—Hasta hace poco tiempo he sido leñador a las órdenes del guarda forestal. Mi padre, mi abuelo y toda mi familia, durante generaciones, hemos tenido el mismo

oficio. Podría mostrarles las casas en que vivieron mis antepasados.

—¿Por qué quedó deshabitado el pueblo?

—Porque recibía la visita de los espectros. Parece ser que los persiguieron hasta sus tumbas, exhumaron los cadáveres con los medios acostumbrados y fueron destruidos en la forma habitual: decapitados, traspasados con un palo y quemados. Sin embargo, muchos aldeanos habían perdido la vida. A pesar de todos los esfuerzos que se hicieron, a pesar de abrir tantas tumbas y de privar a tantos vampiros de su horrible existencia, el pueblo no quedó totalmente libre de la influencia diabólica. Pero un noble moravo, que vino a estudiar esta parte del país, oyó hablar de estos hechos y, siendo experto en la materia como otros muchos compatriotas suyos, se ofreció para librar al pueblo de aquella obsesión. Y he aquí lo que hizo: una noche de luna llena, trepó a la torre de la capilla poco después de ponerse el sol. Se quedó allí de guardia hasta que vio salir al vampiro de la tumba y despojarse de su blanco sudario para dirigirse al pueblo, a fin de atormentar a sus habitantes. Una vez se hubo alejado el vampiro, el extranjero descendió de la torre, recogió el sudario y volvió a encaramarse a su observatorio. Cuando el vampiro regresó de su expedición y no encontró el sudario en el lugar donde lo había dejado, empezó a aullar, enfurecido por la pérdida de su atavío fúnebre. El moravo, entonces, llamó al vampiro y le desafió a que subiera a lo alto de la torre para recuperar su sudario. El vampiro aceptó el reto y empezó a trepar por el campanario. Pero cuando estaba a punto de alcanzar la cima, el moravo le golpeó con su sable en la cabeza, partiéndole el cráneo en dos y haciéndole caer al fondo de la capilla. Luego bajó de la torre, decapitó al vampiro y al día siguiente entregó la cabeza y el cuerpo a los aldeanos, que lo atravesaron con un palo y lo quemaron, según las reglas establecidas para estos casos. El noble moravo estaba autorizado por un documento de la familia Karstein a cambiar el emplazamiento de la tumba de la condesa Mircalla, cosa que hizo, sin que nadie sepa el lugar donde está enterrada actualmente.

—¿Puede usted decirme dónde estaba antes? —preguntó el general.

Pero el leñador debía tener un trabajo urgente porque, olvidándose de recoger su hacha, se marchó sin contestar a la pregunta. Y mi padre y yo nos quedamos a escuchar el final del relato del general.

«Mi querida sobrina empeoraba a ojos vista. El médico ignoraba la naturaleza exacta de su enfermedad. Al darse cuenta de mi preocupación, propuso una consulta con uno de los mejores médicos de Gratz. Era un hombre que conocía a fondo su profesión y tenía mucha experiencia. Después de haber examinado a mi sobrina, los dos médicos se encerraron en la biblioteca para conferenciar. Desde la habitación contigua pude oír sus voces, de un tono mucho más violento de lo que cabía esperar en una discusión puramente científica. Llamé a la puerta y entré. El viejo médico de Gratz defendía su teoría. Su colega la impugnaba con evidente ironía, y de cuando en cuando no podía evitar el reírse francamente de las sugerencias de su colega. Mi entrada interrumpió la discusión.

»—General —me dijo nuestro médico—, parece ser que mi ilustre colega opina que tenemos más necesidad de un brujo que de un médico.

»—Perdone, perdone —replicó el viejo médico de Gratz con evidente disgusto—. Daré mi opinión —y a mi modo— en otra ocasión. De momento, siento decirle que mi intervención no puede ser de ninguna utilidad. De todos modos, antes de marcharme tendré el honor de hacerle una sugerencia.

»Se sentó ante una mesa y empezó a escribir.

»Parecía que la consulta no había dado resultado alguno. Me estaba paseando por el jardín, sumamente agitado, cuando se me acercó el viejo médico de Gratz. Se disculpó por molestarme y me dijo que, en conciencia, no podía marcharse sin ofrecerme una explicación. Dijo que tenía la seguridad de no equivocarse: no existía ninguna enfermedad con aquellos síntomas, y la muerte de mi, sobrina era inminente. Le quedaba solamente un día, tal vez dos, de vida. Si lograba detener el proceso fatal, quizá pudiese recobrar las fuerzas. Pero, en su estado actual, bastaría otro ataque para extinguir la última llama de vida.

»—¿Y de qué naturaleza es el ataque a que alude usted? —le pregunté.

»—En esta nota se lo explico todo. Llame a un sacerdote y abra y lea la carta solamente en su presencia. Puede que no la comprenda, pero tenga en cuenta que es una cuestión de vida o muerte. Si no encuentra un sacerdote inmediatamente, puede leerla usted solo.

»En los alrededores no había ningún sacerdote, por lo que me decidí a leer la carta. En cualquier otro momento me hubiese reído de su contenido. Pero ¡a cuántas charlatanerías se somete uno cuando está en una situación apurada, cuando todos los medios conocidos han fracasado y está en peligro la vida de un ser querido! El médico decía en su carta que la enferma recibía la visita de un vampiro. Las punzadas que había notado en la garganta habían sido producidas por los dientes afilados y largos de uno de aquellos horripilantes seres. No cabía la menor duda, añadía, dado el lugar donde se habían producido los pinchazos, que se trataba de la mordedura típica de un vampiro, cosa que confirmaría cualquier experto.

»Yo era bastante escéptico en lo que respecta a la existencia de fantasmas y vampiros en general. En aquel momento, al pensar en la teoría expuesta por el anciano médico, me dije a mí mismo que una gran erudición y una despejada inteligencia pueden ir aliadas con la locura. Pero estaba tan desesperado, que decidí seguir las instrucciones contenidas en la carta.

»Me escondí en el tocador que comunicaba con el cuarto de la pobre enferma, alumbrada toda la noche por una vela, y esperé a que mi sobrina se durmiera. A través de la rejilla situada encima de la puerta del tocador miraba el sable que había colocado sobre una mesa, por prescripción del médico. Al cabo de un rato vi una forma oscura que se arrastraba a los pies de la cama y que se lanzaba súbitamente al cuello de mi sobrina, al tiempo que se transformaba en una gran masa palpitante. Me quedé como petrificado por espacio de unos segundos. Luego abrí la puerta del

tocador, empuñé el sable y me acerqué a la cama. El monstruo se dejó caer al suelo y se quedó inmóvil junto al lecho. Me miraba fijamente, con una expresión de ferocidad en sus pupilas. A pesar de lo horrible de su aspecto, pude reconocer a Millarca. Descargué el sable con todas mis fuerzas, pero el monstruo estaba ya junto a la puerta, ileso. Corrí detrás de él, pero desapareció como por ensalmo. Mi sable se rompió contra la puerta. No sé cómo describir lo que sucedió aquella horrible noche. Todos los moradores de la casa se despertaron y se pusieron en movimiento. El espectro de Millarca había desaparecido. Pero su víctima se agravó rápidamente y a primeras horas de la madrugada falleció».

El anciano general estaba descompuesto. Mi padre y yo permanecimos en silencio. Al cabo de un rato, mi padre avanzó por la capilla, leyendo cuidadosamente las inscripciones de las lápidas. El general, por su parte, se había apoyado en el muro y se enjugó los ojos con un pañuelo. Las voces familiares de Carmilla y de la señorita Lafontaine, que en aquel momento se acercaban, me reanimaron.

De repente, por debajo de un arco rematado por uno de aquellos monstruos grotescos que brotaban de la imaginación de los antiguos escultores góticos, vi aparecer la seductora figura de Carmilla. Me puse en pie para contestar a su sonrisa, particularmente atractiva, cuando el viejo general lanzó un grito y se interpuso entre nosotras, blandiendo el hacha que el leñador se había dejado olvidada.

El rostro de Carmilla había sufrido una transformación brutal. Retrocedió. Pero, antes de que yo pudiera gritar, el general descargó el hacha sobre ella con todas sus fuerzas. Carmilla pareció inclinarse hacia delante a consecuencia del golpe, pero en realidad lo que hizo fue coger la muñeca del general con su delicada mano. El anciano se debatió vigorosamente, luchando por soltarse, pero se vio obligado a abrir la mano y dejar caer el hacha. Carmilla desapareció como si se la hubiera tragado el aire. El general, tambaleándose, se apoyó en el muro. Sus cabellos estaban erizados y su rostro aparecía empapado en sudor. Estaba pálido como un muerto. Todo lo que acabo de contar sucedió en un par de segundos. No sé si llegué a perder el conocimiento. Lo primero que recuerdo después de la desaparición de Carmilla es la voz de la señora Perrodon, preguntándome:

—¿Dónde está la señorita Carmilla?

Por fin pude contestar que no lo sabía.

—Ha salido de aquí hace un momento —dije, señalando la puerta por la cual había entrado la señora Perrodon.

—Yo estaba allí y no la he visto.

Inmediatamente empezó a llamarla por su nombre, sin obtener respuesta.

—¿Se hace llamar Carmilla? —inquirió el general, que no se había recobrado totalmente.

—Efectivamente —respondí.

—Carmilla… Millarca… —murmuró él general—. No cabe ninguna duda, es la misma que en otro tiempo se llamó Mircalla de Karstein. Querida Laura, márchese

inmediatamente de esta tierra maldita. Creo que no verá nunca más a Carmilla.

Mientras el general pronunciaba estas palabras, entro en la capilla uno de los hombres más extraños que he visto en mi vida. Era alto, delgado, muy cargado de hombros y vestía de negro. Tenía la tez morena y surcada de profundas arrugas. Llevaba un sombrero pasado de moda, adornado con una enorme pluma. Sus cabellos largos y grasientos caían sobre su espalda. Andaba lentamente, arrastrando los pies. Usaba anteojos con montura de oro y su mirada se fijaba alternativamente en el techo de la capilla y en él pavimento. Sus largos y delgados brazos oscilaban continuamente, como el péndulo de un reloj.

—¡Éste es mi hombre! —gritó el general al verlo, precipitándose a su encuentro con manifiesta alegría—. ¡Mi querido barón! ¡Cuánto me alegra verle! No esperaba encontrarle tan pronto.

Llamó con un gesto a mi padre, que, entretanto, había regresado de su exploración, y le presentó a aquel extraño personaje, llamándole simplemente «barón». Inmediatamente, los tres hombres se enfrascaron en una animada conversación. El desconocido sacó de su bolsillo un raído plano y lo extendió sobre el granito rosado de una tumba. Con un lápiz, empezó a trazar líneas de un extremo a otro del plano, consultando con la vista determinados lugares de la capilla, lo cual me hizo suponer que se trataba de un plano del edificio en que nos hallábamos. También consultaba a menudo un cuaderno de notas sucio y amarillento, cuyas páginas estaban llenas de una apretada escritura.

Los tres hombres acabaron por dirigirse hacia el lado opuesto a aquel en que yo me encontraba y luego empezaron a medir la distancia en pasos entre las tumbas. Finalmente, se detuvieron ante el muro y lo examinaron atentamente, levantando la hiedra que lo cubría en aquel lugar. No tardaron en descubrir una lápida de mármol, sobre la cual aparecían esculpidas unas letras.

Ayudados por el leñador, que había regresado en busca de su hacha, arrastraron hasta un lugar iluminado la enorme lápida. Se trataba, en efecto, del sepulcro de Millarca, condesa de Karstein. El general alzó las manos al cielo en silenciosa acción de gracias.

—Mañana —oí que decía— vendrá el Comisario. Actuaremos de acuerdo con los preceptos legales.

Luego, encarándose con el anciano de los lentes con montura de oro, le estrechó calurosamente las manos.

—¿Cómo puedo agradecerle su ayuda, barón? ¿Cómo podríamos expresarle nuestra gratitud? Ha librado usted a esta comarca de una horrible plaga. Gracias a usted, hemos podido localizar al más odioso de los monstruos.

Mi padre se acercó a mí y me abrazó y besó repetidas veces.

—Ya es hora de que regresemos a casa —dijo.

Sus palabras sonaron a mis oídos como música celestial, pues nunca me había sentido tan cansada como en aquel momento.

Una vez en el castillo, mi satisfacción se trocó en espanto al descubrir que no había noticias de Carmilla. No me dieron ninguna explicación acerca de lo que había ocurrido en las ruinas del castillo, y era evidente que mi padre prefería, por el momento, conservar el secreto.

La ausencia de Carmilla, que en aquellas circunstancias resultaba de lo más siniestro, me tenía en vilo. Y mi inquietud aumentó con los preparativos que se hicieron para pasar aquella noche. Dos sirvientas, además de la señora Perrodon, se quedaron en mi habitación, en tanto que mi padre y uno de los criados montaban guardia ante la puerta.

Al día siguiente, tuvieron lugar en la capilla de Karstein, con las formalidades de rigor, los actos previstos. Se abrió la tumba de la condesa de Karstein. El general y mi padre reconocieron en ella a la bellísima y pérfida invitada. A pesar de que llevaba enterrada más de ciento cincuenta años, sus facciones estaban llenas de vida. Tenía los ojos completamente abiertos. El cadáver no parecía haber sufrido el proceso de descomposición.

Los dos médicos que asistían a la ceremonia atestiguaron el hecho prodigioso de que el cadáver respiraba, aunque muy débilmente, y que era posible captar los leves latidos de su corazón. Los miembros conservaban su flexibilidad y la carne era elástica. El féretro de plomo estaba lleno de sangre, que empapaba al cadáver. Se trataba de un caso irrefutable de vampirismo. De acuerdo con las antiguas prácticas, alzaron el cadáver y atravesaron su pecho con una estaca. Luego le cortaron la cabeza, y del cuello seccionado brotó un chorro de sangre. A continuación colocaron el cuerpo y la cabeza sobre un montón de leña y le prendieron fuego, hasta que no quedó más que un montón de cenizas. Las cenizas fueron dispersadas a los cuatro vientos, y a partir de entonces la región quedó libre de vampiros.

Mi padre conserva una copia del informe de la Comisión Imperial, con la firma de todos los que presenciaron aquella horrible ceremonia. De este documento oficial he copiado la descripción de la macabra escena.

No he contado estos hechos serenamente. ¡Oh, no! No puedo pensar en aquellos sucesos sin sentirme profundamente trastornada. Si no me lo hubieran solicitado tantas veces, nunca me hubiese decidido a escribir la historia de unos sucesos que destrozaron —quizá para siempre— mis nervios, proyectando la sombra de aquel horror indecible que, a pesar de los años transcurridos, continúa acosándome día y noche, haciéndome insoportable la soledad.

Añadiré algunas palabras acerca del extraño barón de Vordenburg, gracias a cuya erudición fue posible el descubrimiento de la tumba de la condesa Mircalla.

Vivía en Gratz, de una pequeña renta —todo lo que le quedaba de la fortuna de su familia—, y se dedicaba al estudio del vampirismo, en todas sus formas. Había leído todo lo que se había escrito sobre la materia: la *Magia Posthuma*, el *Phlegon de mirabilibus*, el *Agustinus de cura pro mortuis*, el *Philosophicae et Christianae cogitationes de vampiriis*, de John Christopher Heremberg, y muchos otros libros de

los cuales sólo recuerdo algunos de los que prestó a mi padre.

Tenía un voluminoso archivo de todos los casos judiciales incoados por vampirismo, y de ellos había deducido algunos principios fundamentales acerca de los vampiros.

Por ejemplo, la palidez mortal que se atribuye a esa clase de espectros es pura ficción literaria. En realidad, tanto en la tumba como cuando se muestran públicamente tienen un aspecto saludable. Cuando se abre su féretro aparecen las mismas señales que demostraron que la condesa de Karstein, fallecida siglo y medio antes, era un vampiro.

Lo más inexplicable era y sigue siendo cómo pueden salir de su tumba y regresar a ella. La doble vida de los vampiros se mantiene gracias al sueño cotidiano en la tumba. Su monstruosa avidez de sangre de seres vivos les proporciona la energía necesaria para subsistir durante las horas de vigilia. El vampiro está propenso a ser víctima de vehementes pasiones, parecidas a las del amor, ante determinadas personas. Pera obtener su sangre, pone en juego una paciencia infinita y recurre a toda clase de estratagemas a fin de superar los obstáculos que le separan del objeto deseado. No desiste de su empresa hasta que su pasión ha sido colmada y ha podido sorber la vida de la codiciada víctima. Llegan incluso a contraer matrimonio con ella, prorrogando su placer criminal con el refinamiento de un epicúreo. Pero con más frecuencia se encamina directamente a su objetivo, vence por la fuerza y devora a su víctima en un solo festín.

Parece que el vampiro, algunas veces, debe sujetarse a determinadas condiciones. En el ejemplo que acabo de relatar, Mircalla debía limitarse al uso de un nombre que, si no era siempre exactamente el suyo, debía contener todas las letras que lo componían: Mircalla, Carmilla, Millarca…

Mi padre explicó al barón de Vordenburg, que fue nuestro huésped durante un par de semanas, la historia del caballero moravo y del vampiro de la capilla de Karstein, y le preguntó al barón cómo había podido descubrir el emplazamiento exacto de la tumba, tanto tiempo ignorada, de la condesa Mircalla.

El barón sonrió enigmáticamente. Miró el estuche de sus anteojos, que tenía en la mano, lo sospesó unos instantes y luego, alzando de nuevo la mirada, dijo:

—Poseo muchos escritos y documentos de aquel notable personaje. El más curioso es una especie de narración acerca de su visita a Karstein, que usted acaba de mencionar. Naturalmente, la leyenda deforma siempre los hechos. Es posible que le tomaran por un noble moravo, ya que se había cambiado de nombre. En realidad era un noble que había nacido en la Alta Estiria. En su juventud había sido el amante apasionado y predilecto de la bellísima Mircalla, condesa de Karstein. La muerte prematura de su amada le abismó en un dolor inconsolable. Creo necesario aclarar que los vampiros pueden multiplicarse y crecer, de acuerdo con una ley que rige para esos monstruos. Suponed un lugar completamente libre de esta amenaza. ¿Cómo es que se presenta y desarrolla?

»Imaginen ustedes que un individuo, suficientemente perverso, se mata. En determinadas circunstancias, los suicidas pueden transformarse en vampiros. Este vampiro empieza a visitar a los seres vivos mientras duermen. Estos últimos se mueren y, una vez sepultados, se transforman casi invariablemente en vampiros. Eso fue lo que le sucedió a la bellísima Mircalla, que era visitada por uno de esos monstruos. Mi antepasado Vordenburg, cuyo título llevo, descubrió esta historia y en el curso de los estudios a los cuales se había dedicado profundizó mucho en esta materia. Entre otras cosas, llegó a la conclusión de que se sospechaba del vampirismo de la condesa que, en vida, fue su ídolo. Se horrorizó ante la idea de que sus restos pudieran ser profanados en una póstuma ejecución. Dejó un curioso documento que demuestra que el vampiro, una vez privado de su doble existencia, queda condenado a otra aún más terrible. Y decidió, en consecuencia, preservar de esa posibilidad a su amada Mircalla. Simulando un viaje de estudios, se trasladó a Karstein y consiguió hacer desaparecer el rastro y el recuerdo de la tumba de Mircalla. Pero, pasados unos años y próximo el final de sus días, pensando en el mundo que pronto iba a abandonar, consideró bajo otro aspecto lo que había hecho y se sintió aterrado.

»Trazó los diseños y notas que me han servido de guía, y confesó por escrito lo que había llevado a cabo. Tal vez pensó hacer algo más positivo, pero la muerte se lo impidió. Sólo valiéndose de la mano de uno de sus descendientes ha podido dirigir, demasiado tarde para muchos, la búsqueda del monstruo».

Más tarde, en el curso de una conversación, añadió:

—Una de las pruebas del vampirismo es la fuerza de las manos. La frágil mano de Mircalla apretó como dogal de acero la mano del general, cuando éste levantó el hacha para matarla. La fuerza de la mano de un vampiro deja una huella indeleble en su presa, produciendo una atrofia que se cura sólo muy lentamente, y no en todos los casos.

La primavera siguiente la pasé en Italia con mi padre. Viajamos durante un año. Necesité mucho tiempo para que el horror de aquellos hechos fueran disolviéndose en mi recuerdo. Incluso ahora, a muchos años de distancia, la imagen de Carmilla se me aparece frecuentemente en sus diversos y cambiantes aspectos: unas veces es la hermosísima y lánguida joven; otras, el monstruo que vi en las ruinas del castillo… Y a menudo, en medio de una pesadilla, tiemblo de miedo porque me parece oír los leves pasos de Carmilla que se acercan a la puerta de mi habitación.

¿QUE ERA AQUELLO?

Fitz-James O'Brien

DEBO confesar que llego a la extraña narración que voy a relatar con considerable temor. Los sucesos que me propongo describir tienen un carácter tan extraordinario, que estoy completamente seguro de encontrarme con la incredulidad más absoluta y hasta con burlas. Acepto éstas de antemano. Confío tener el suficiente valor literario para enfrentarme con aquella incredulidad. Tras madura reflexión, he resuelto narrar, del modo más sencillo y sincero que pueda, ciertos hechos misteriosos observados por mí en el pasado mes de julio, que no encuentran paralelo en los anales de las ciencias físicas.

Habito en la calle Veintiséis, número 10, de Nueva York. En cierto modo, es una casa muy interesante. En los últimos dos años, tiene fama de estar embrujada. Es una mansión amplia y majestuosa, rodeada por lo que en otro tiempo fue un jardín, pero que ahora sólo es un espacio verde que se emplea para tender la ropa. La seca taza de lo que fue una fuente y algunos árboles frutales descuidados y marchitos indican que en tiempos pasados este lugar fue un retiro agradable y sombreado, lleno de flores y frutos, y del dulce susurro de las aguas.

La casa es muy grande. Un amplio vestíbulo conduce a una escalera de caracol, que rodea dicho vestíbulo. Todas las demás habitaciones son igualmente espaciosas. Fue construida quince o veinte años atrás por el señor A., conocido hombre de negocios neoyorquino, que hace un lustro sumió al mundo de las finanzas en la mayor confusión a consecuencia de un enorme fraude bancario. El señor A., como es de todos conocido, escapó a Europa y murió poco después de un ataque cardíaco. En cuanto la noticia de su fallecimiento llegó aquí y se comprobó su certeza, corrió el rumor por la calle Veintiséis de que la casa número 10 estaba embrujada. La ley había desposeído de sus propiedades a la viuda del financiero y la casa entonces sólo estaba habitada por un guarda y su mujer, colocados allí por el administrador a cuyas manos había pasado para su venta o alquiler. El matrimonio declaró que con frecuencia oía ruidos extraños; que las puertas se abrían solas; que los muebles, diseminados aún por distintas habitaciones, eran amontonados unos sobre otros durante la noche por manos desconocidas; que pies invisibles subían y bajaban la escalera en pleno día, acompañados del crujir de vestidos de seda igualmente invisibles y del deslizar de manos a lo largo de las macizas barandillas. Estaban tan asustados que se negaron a seguir viviendo allí. El administrador lo tomó a risa, los despidió y puso a otros en su puesto. Los ruidos y las manifestaciones sobrenaturales continuaron. El asunto llegó a oídos de la vecindad, que lo difundió, y, como consecuencia, la casa estuvo desalquilada durante tres años. Varias personas iniciaron gestiones para alquilarla, pero sea como fuese, y siempre antes de que se cerrase el contrato, llegaban a sus oídos los desagradables rumores y rehusaban continuar los tratos.

Así las cosas, mi patrona, que tenía en aquel tiempo una pensión en la calle

Bleecker y que deseaba mudarse a un lugar más apartado del centro, concibió la audaz idea de alquilar el número 10 de la calle Veintiséis. Aprovechando que tenía en su casa un grupo de huéspedes animosos e inteligentes, nos expuso su plan, manifestando francamente todo lo que había oído respecto a las condiciones fantasmagóricas de la mansión a que deseaba trasladarnos. A excepción de dos personas timoratas —un capitán de marina y un emigrante que había regresado de California, quienes inmediatamente anunciaron que nos abandonarían—, todos los huéspedes de la señora Moffat declaramos que la acompañaríamos en su audaz incursión por el mundo de los espíritus.

Efectuamos la mudanza en el mes de mayo, y nuestra nueva residencia nos encantó. La parte de la calle Veintiséis donde está situada, entre la Séptima Avenida y la Octava, es uno de los lugares más agradables de Nueva York. Los jardines que hay en la parte de atrás de las casas se extienden a lo largo del Hudson y forman en verano una verdadera galería de follaje. El aire es puro y sano y, cuando sopla, la brisa viene directamente de las colinas de Weehawken, al otro lado del río. El descuidado jardín que rodea la casa, aunque en los días de lavado tenía demasiada ropa tendida, nos proporcionaba un poco de verde césped donde descansar la vista y un fresco refugio en las noches veraniegas; nos gustaba fumar allí un cigarro en la oscuridad, mientras observábamos las luciérnagas que hacían brillar sus linternas entre la larga hierba.

Como es natural, en cuanto estuvimos instalados en el número 10, nos dispusimos a esperar a los fantasmas.

Aguardábamos su visita con gran ansiedad. En las comidas, el tema de nuestras conversaciones era lo sobrenatural. Uno de los huéspedes que había adquirido «El aspecto oculto de la Naturaleza», de Catalina Crowe, para su propia delectación, fue considerado como enemigo público por todos los demás, pues queríamos que hubiera comprado veinte ejemplares. El pobre llevó una vida desdichada mientras le duró su lectura. Se estableció un servicio de espionaje alrededor suyo. Si dejaba olvidado el libro por un instante y abandonaba su habitación, se apoderaban inmediatamente de él y lo leían en voz alta en los lugares más recónditos, formando grupos reducidos. Yo me sentía una persona de gran importancia porque se había corrido el rumor de que estaba versado en el conocimiento de lo sobrenatural, y que en una ocasión había escrito un cuento cuyo protagonista era un fantasma. Si por casualidad crujía una mesa o un panel del zócalo de madera cuando estábamos reunidos en el amplio salón, se hacía un momento de silencio y todos nos disponíamos a oír un rechinar de cadenas y ver una figura espectral.

Tras un mes de excitación psíquica, nos vimos forzados a reconocer, con el mayor disgusto, que no se había manifestado nada en absoluto que pareciese sobrenatural. En cierta ocasión, el cocinero negro aseguró que su vela había sido apagada por un ser invisible, mientras se estaba desnudando para acostarse. Pero como yo había descubierto más de una vez a este achocolatado caballero en condiciones tales que

una vela le debía parecer doble, supuse que, habiéndose excedido aún más en sus libaciones, se habría invertido este fenómeno.

En este estado de cosas y ya casi inesperadamente, ocurrió un incidente tan terrible y extraordinario, que ante su mero recuerdo vacila mi razón. Fue el 10 de julio. Después de cenar me encaminé al jardín con mi amigo el doctor Hammond, para fumar nuestra acostumbrada pipa. Independientemente de ciertas simpatías espirituales existentes entre el doctor y yo, estábamos ligados el uno al otro por un vicio común: ambos fumábamos opio. Cada uno de nosotros conocía el secreto del otro y lo respetaba. Disfrutábamos juntos de esa maravillosa expansión del pensamiento, de esa prodigiosa intensificación de las facultades perceptivas, de esa ilimitada sensación de existencia en que nos parecía tener puntos de contacto con el universo entero… En una palabra: de esa inimaginable felicidad espiritual que yo no cambiaría por un trono, pero que deseo, amigo lector, nunca jamás saborees.

Aquellas horas de felicidad producida por el opio, que el doctor y yo pasábamos juntos en secreto, estaban reguladas con precisión científica. No fumábamos a ciegas aquella droga paradisíaca, dejando nuestras ensoñaciones al azar; por el contrario, pilotábamos cuidadosamente nuestra conversación por los canales más resplandecientes y tranquilos del espíritu. Hablábamos del Oriente y procurábamos imaginar el mágico panorama de sus brillantes escenarios. Comentábamos a los más sensitivos poetas, a aquellos que describían la vida con rico colorido y con vitalidad, rebosantes de pasión, dichosos con el dominio de la juventud, la fuerza y la belleza. Si hablábamos de «La Tempestad», de Shakespeare, nos extendíamos sobre Ariel y evitábamos a Calibán. Como los *gueber*, volvíamos nuestra mirada hacia el Oriente y contemplábamos únicamente el aspecto brillante de las cosas.

El colorido que sabíamos dar expertamente a nuestros pensamientos producía en nuestras sensaciones subsiguientes un tono adecuado. Los hechiceros esplendores de la Arabia legendaria teñían nuestros sueños. Paseábamos por el pequeño jardín con porte de reyes. El croar de la rana adherida a la corteza del marchito círculo resonaba en nuestros oídos cual melodía de músicos celestiales. Casas, muros y calles se fundían como nubes de lluvia, y visiones gloriosas e inimaginables se extendían ante nosotros. Era aquélla una camaradería embelesadora. Gozábamos más intensamente de aquellos grandes deleites porque, incluso en los momentos de mayor éxtasis, estábamos conscientes de la presencia del otro. Nuestros placeres, aunque individuales, eran gemelos, vibrando y desarrollándose en musical acuerdo.

Durante la noche en cuestión, del 10 de julio, el doctor y yo nos dejamos arrastrar por una desacostumbrada discusión metafísica. Encendimos nuestras grandes pipas de espuma de mar, llenas de exquisito tabaco turco, entre el que se escondía una negra bolita de opio que, como la nuez del cuento de hadas, guardaba dentro de sus reducidos límites maravillas que están más allá del alcance de los reyes. Nos pusimos a pasear de un lado a otro mientras conversábamos. Una extraña perversión dominaba el curso de nuestros pensamientos. No querían fluir éstos a lo largo de los luminosos

canales por los cuales procurábamos encauzarlos. Por alguna razón inexplicable se desviaban continuamente a oscuros y solitarios cauces, donde reinaban las más lúgubres tinieblas. En vano fue que, siguiendo nuestra costumbre, nos lanzásemos a las costas de Oriente y hablásemos de sus alegres bazares, de los esplendores de la época del califa Harún, de los harenes y de los áureos palacios. Negros espíritus se alzaban incesantemente del fondo de nuestra conversación y se extendían, como aquel genio que el pescador del cuento liberó de la vasija de cobre, hasta conseguir oscurecer toda la brillantez de nuestras visiones. Insensiblemente fuimos cediendo a la oculta fuerza que nos impulsaba, y nos entregamos a tétricas reflexiones. Llevábamos ya un buen rato hablando de la inclinación a lo sobrenatural del espíritu humano y de la afición casi universal a lo terrorífico, cuando Hammond me preguntó de repente:

—¿Qué crees que es lo más terrorífico que hay?

La pregunta me dejó confuso. Ya sabía yo que hay muchas cosas terribles. Tropezar con un cadáver en la oscuridad. Contemplar, como yo en cierta ocasión, una mujer arrastrada por un rápido y profundo río, agitando locamente los brazos, con la cara terriblemente descompuesta y lanzando chillidos pavorosos mientras se la llevaba la corriente, en tanto que los espectadores permanecíamos helados de espanto, asomados a una ventana que daba al río a una altura de sesenta pies, sin poder hacer el más mínimo esfuerzo por salvarla, contemplando mudamente su postrer estertor y su desaparición bajo las aguas. Los restos destrozados de un buque naufragado, sin vida visible, cuando se encuentran flotando indiferentemente en medio del océano, sugieren también un inmenso terror, cuya magnitud permanece oculta. Pero aquella pregunta me suscitó de repente la idea de que tenía que haber una enorme y denominadora personificación del miedo, un rey de los horrores, ante el cual todos los demás serían ridículos. ¿Qué podría ser? ¿A qué género de circunstancias debería su existencia?

—Te confieso, Hammond —contesté a mi amigo—, que nunca he considerado ese tema. Intuyo que debe haber algo más terrible que cualquier otra cosa, pero no puedo dar ni la más vaga definición.

—Me pasa lo que a ti, Harry —respondió—. Yo también intuyo que soy capaz de experimentar un terror mayor que todo lo que la mente humana haya concebido, algo que combine, en amalgama espantosa y sobrenatural, elementos que hasta ahora han sido considerados como incompatibles. Los gritos que suenan en «Wieland», la novela de Brockden Brown, son algo terrible. Lo es también la descripción del Morador del Umbral en el «Zanoni», de Bulwer, pero —añadió moviendo la cabeza lúgubremente— hay algo más terrible aún que todo eso.

—¡Oye, Hammond —interrumpí—, abandonemos este género de conversación, por el amor de Dios! Sufriremos por su causa, estate seguro de ello.

—No sé lo que me pasa esta noche —replicó—, pero por mi mente pasan toda clase de pensamientos fantásticos y espantosos. Creo que esta noche podría escribir

un cuento como los de Hoffmann, si tuviera algunas dotes literarias.

—Bueno, si vamos a ponernos hoffmannescos en nuestra charla, me voy a la cama. El opio y las pesadillas nunca deben mezclarse. ¡Es algo horrible! Buenas noches, Hammond.

—Buenas noches, Harry. Que tengas sueños agradables.

—Y tú, miserable fantasmón, que sueñes con vampiros, brujos y demonios.

Nos separamos y fuimos a nuestros respectivos dormitorios. Me desnudé rápidamente y me metí en la cama, cogiendo, como de costumbre, un libro para leer hasta que me viniera el sueño. Abrí el volumen tan pronto como hube apoyado mi cabeza en la almohada e inmediatamente lo arrojé al otro extremo de la habitación. Se trataba de las «Historias de monstruos», de Goudon, una obra francesa muy curiosa que últimamente me habían enviado de París, pero que en el estado de espíritu en que me encontraba era para mí la compañía menos adecuada. Decidí dormirme de una vez, de modo que, apagando la lámpara de gas hasta dejar sólo un resplandor azulado en el extremo del tubo, me dispuse a descansar.

La habitación estaba en completa oscuridad. La pizca de gas que aún permanecía encendida apenas alumbraba a una distancia de tres pulgadas en torno al mechero. Desesperadamente, extendí el brazo por encima de mis ojos, como para impedir incluso la visión de aquello, y traté de no pensar en nada. Fue en vano. Los malditos temas tratados por Hammond en el jardín seguían introduciéndose en mi cerebro. Batallé contra ellos. Erigí murallas mentales, procuré rodearme de remansos espirituales para mantenerlos alejados, pero seguían amontonándose sobre mí. Y, mientras yacía como un cadáver, con la esperanza de que mediante una completa inactividad física facilitase el reposo mental, sobrevino el horrible accidente. Algo cayó, al parecer del techo, sobre mí, e inmediatamente sentí que dos manos huesudas rodeaban mi garganta intentando estrangularme.

No soy un cobarde, y poseo un vigor físico considerable. Lo inopinado del ataque, en lugar de aturdirme, puso todos mis músculos en tensión. Mi cuerpo actuó por instinto, antes de que mi cerebro tuviera tiempo de darse cuenta de lo horrible de mi situación. En un instante enlacé mis musculosos brazos alrededor de aquel ser y lo apreté, con toda la energía de la desesperación, contra mi pecho. En pocos segundos las huesudas manos que se habían cerrado sobre mi garganta aflojaron su presa y pude volver a respirar. Empezó entonces una lucha de terrible violencia. Sumido en la más profunda oscuridad, absolutamente ignorante de la naturaleza de aquello que me había atacado tan de repente, observando que mi presa se me escapaba con frecuencia, a causa, según me pareció, de la completa desnudez de mi asaltante, mordido por agudos dientes en los hombros, el cuello y el pecho, teniendo que proteger a cada momento mi garganta contra un par de fuertes y ágiles manos, que no podía apresar ni con los mayores esfuerzos… Para combatir contra aquello era necesario todo el vigor, la destreza y el valor que poseía.

Al fin, tras una lucha silenciosa, mortal y agotadora, mediante una serie de

esfuerzos increíbles de energía, conseguí ponerme encima de mi asaltante. Una vez que lo hube inmovilizado con mi rodilla sobre lo que debía ser su pecho, comprendí que había vencido. Descansé un momento para tomar aliento. Oía jadear debajo de mí a aquel ser en la oscuridad y sentía los violentos latidos de su corazón. Parecía tan agotado como yo, le que constituía un alivio para mí. Recordé entonces que acostumbraba a colocar debajo de la almohada, al acostarme, un pañuelo grande de seda. Lo busqué a tientas y lo encontré. En pocos segundos até de cualquier modo los brazos de aquel ser.

Me sentí entonces bastante seguro. Ya no había nada que hacer más que dar la vuelta a la llave del gas y, después de ver quién era mi asaltante, despertar a toda la casa. Confesaré que sentía cierto orgullo por no haber dado la alarma antes y haber hecho la captura solo y sin ayuda.

Sin abandonar mi presa ni un instante, me deslicé de la cama al suelo arrastrando conmigo a mi cautivo. Sólo tenía que dar unos pasos para llegar al mechero de gas. Los di con las mayores precauciones, sujetando con fuerza a aquel ser como en un tornillo de carpintero. Por fin llegué junto al puntito de luz azul que me indicaba dónde estaba el mechero. Rápido como un relámpago, solté una mano y abrí todo el chorro de luz. Me volví para ver a mi prisionero.

No puedo describir la sensación que experimenté en aquel momento. Supongo que debí gritar de terror, porque en menos de un minuto se aglomeraron en mi habitación todos los huéspedes de la casa. Todavía hoy me estremezco al recordar aquel espantoso momento. *¡No vi nada!* Así es. Tenía un brazo firmemente aferrado en torno a una forma corporal que respiraba fatigosamente. Con la otra mano apretaba con todas mis fuerzas un cuello aparentemente tan humano como lo era el mío propio; y a pesar de aquella cosa viviente apresada entre mis brazos, y a pesar de aquel cuerpo apretado contra el mío, al resplandor brillantísimo de un copioso chorro de luz, *¡no vi absolutamente nada!* ¡Ni siquiera un contorno vaporoso!

Aun ahora no puedo darme cuenta de la situación en que, me encontraba. No puedo recordar, por completo, el asombroso incidente. La imaginación intenta en vano comprender aquella terrible paradoja.

Aquello respiraba. Yo sentía su cálido aliento en mi mejilla. Había luchado ferozmente. Tenía manos que me habían agarrado momentos antes. Su piel era suave como la mía. Allí estaba, apretado fuertemente contra mí, tan sólido como una piedra, ¡y, sin embargo, completamente invisible!

Me pregunto, extrañado, cómo no me desmayé o enloquecí en aquel instante. Algún instinto prodigioso debió sostenerme, porque, en realidad, en lugar de aflojar mi presa ante el terrible *enigma*, pareció como si el terror aumentara mi vigor y apreté mi brazo con fuerza tan extraordinaria, que sentí cómo temblaba angustiado aquel ser.

En ese mismo instante entró Hammond en mi habitación al frente de los demás. Tan pronto como contempló mi rostro —que debía de ofrecer un aspecto espantoso—

se precipitó hacia mí gritando:

—¡Cielo santo! ¡Harry! ¿Qué te ha ocurrido?

—¡Hammond! ¡Hammond! —grité—. ¡Ven aquí! ¡Esto es terrible! ¡Un ser extraño me ha atacado en la cama y me he apoderado de él, pero no puedo verlo! ¡No puedo verlo!

Hammond, estupefacto sin duda por el terror auténtico que revelaba mi aspecto, dio unos pasos hacia delante con expresión anhelante y confusa. Perfectamente perceptible, una risita entre dientes surgió del resto de los asistentes a la escena. Esta risa contenida me puso furioso. ¡Reírse de una persona en mi situación! Era el peor género de crueldad. Actualmente comprendo la razón que tenían. La apariencia de un hombre luchando violentamente con el aire, como debió de parecerles, y pidiendo socorro contra algo imaginario, no podía por menos que ser ridícula. Pero entonces fue tanta mi rabia contra el burlón grupo que si hubiera podido los hubiese pulverizado allí donde estaban.

—¡Hammond! ¡Hammond! —volví a gritar desesperadamente—. ¡Por el amor de Dios, ven a mí! Sólo puedo sujetar esto un momento más. Me está venciendo. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

—Harry —susurró Hammond acercándose a mí—. Has fumado demasiado opio.

—Te juro, Hammond, que no es una alucinación —respondí en el mismo tono bajo de voz—. ¿No ves cómo sacude todo mi cuerpo con sus esfuerzos? Si no me crees, convéncete. ¡Tócalo!

Hammond avanzó y puso su mano en el lugar que yo le indicaba. Lanzó un grito salvaje. ¡Lo había tocado!

En un instante encontró en un rincón de mi habitación un trozo largo de cuerda e inmediatamente lo lió alrededor del cuerpo del ser invisible que yo sujetaba entre los brazos.

—Harry —dijo con voz ronca y agitada, pues, aunque conservaba su presencia de ánimo, estaba profundamente emocionado—, ya está seguro. Puedes soltarlo si estás cansado, amigo mío. Este ser misterioso no puede moverse.

Yo estaba completamente agotado y abandoné gustosamente mi presa.

Hammond se quedó sujetando los cabos de la cuerda que ataba al ser invisible y que enrolló en torno de su mano. Ante él, como si se sostuviera por sí misma, se veía una soga entrelazada, tensa y apretadamente, en torno a un espacio vacío. Nunca he visto a un hombre que pareciese tan completamente dominado por el terror. No obstante, su faz expresaba todo el valor y la decisión que yo sabía que poseía. Sus labios, aunque blancos, estaban firmemente apretados, y a simple vista se podía percibir que, aunque presa de espanto, no estaba acobardado.

La confusión que se produjo entre los huéspedes de la casa que fueron testigos de aquella extraordinaria escena, que contemplaron la pantomima de atar a aquel ser forcejeante, que me veían casi cayéndome de agotamiento físico cuando pude soltar a mi prisionero, y el terror que se apoderó de ellos al ver todo esto, es imposible de

describir. Los más cobardes huyeron del departamento. Los pocos que se quedaron se agruparon cerca de la puerta y no pudimos convencerles para que se aproximasen a Hammond y a su extraño cautivo. La incredulidad seguía revelándose a través de su terror. No tenían el valor de satisfacer su curiosidad, y, sin embargo, dudaban. Fue inútil que suplicase a algunos de ellos que se acercaran y se convencieran por el tacto de que en aquella habitación había un ser vivo e invisible. Eran incrédulos, pero no se atrevían a desengañarse. Preguntaban cómo un cuerpo sólido, vivo y que respiraba, podía ser invisible. Mi contestación fue la siguiente: hice una señal a Hammond, y ambos, venciendo nuestra irresistible repugnancia y temor a tocar a aquella invisible criatura, la levantamos del suelo cada uno por un extremo, atada como estaba, y la llevamos hasta la cama. Su peso era el de un muchacho de catorce años, poco más o menos.

—Ahora, amigos míos —dije mientras la sosteníamos en alto sobre la cama—, puedo darles una prueba evidente de que aquí hay un cuerpo sólido y pesado, que, sin embargo, no pueden ver ustedes. Tengan la bondad de contemplar atentamente la superficie de la cama.

Yo mismo estaba sorprendido de mi valor al tratar aquel extraño suceso con tanta tranquilidad, pero es que me había recobrado de mi primitivo terror y experimentaba una especie de orgullo científico que dominaba cualquier otro sentimiento.

La mirada de los circunstantes se fijó inmediatamente sobre mi cama. A una señal dada, Hammond y yo dejamos caer aquel ente extraño. Se oyó el ruido apagado de un cuerpo pesado al caer en una superficie blanda. Las maderas de la cama crujieron. Una huella se señaló claramente sobre la almohada y sobre toda la cama.

El grupo que era testigo de aquello lanzó un débil grito, y se precipitó fuera de la habitación. Nos dejaron a Hammond y a mí a solas con nuestro misterio.

Permanecimos en silencio durante algún tiempo, escuchando la respiración apagada e irregular del ser que yacía sobre la cama, y observando cómo removía las sábanas al luchar, impotente, para librarse de su prisión. Por fin habló Hammond.

—Harry, esto es espantoso.

—Sí, es espantoso.

—Pero no inexplicable.

—¿No inexplicable? ¿Qué quieres decir con eso? Desde el comienzo del mundo no ha ocurrido cosa parecida. No sé qué pensar. ¡Dios quiera que no haya enloquecido y que no sea esto una fantasía de demente!

—Razonemos un poco, Harry. Aquí hay un cuerpo sólido que tocamos, pero que no podemos ver. El caso es tan insólito que nos llena de terror. Sin embargo, ¿es que no existe un fenómeno semejante a éste? Cojamos un pedazo de cristal puro. Es tangible y transparente. Una cierta impureza en su composición química es lo único que impide que no sea totalmente transparente e invisible. No es teóricamente imposible, fíjate bien en eso, sino que es fácil fabricar un cristal que no refleje ni el más mínimo rayo luminoso, un cristal tan puro y homogéneo en sus átomos que los

rayos solares pasen a través de él como a través del aire, refractados pero no reflejados. No vemos el aire y, sin embargo, lo sentimos.

—Todo eso está muy bien, Hammond, pero ésas son substancias inanimadas. El cristal no respira y el aire tampoco. *Este ser* tiene un corazón que palpita, una voluntad que lo mueve, unos pulmones que aspiran y respiran.

—Te olvidas de los fenómenos de que tan frecuentemente hemos oído hablar de un tiempo a esta parte —contestó el doctor gravemente—. En las llamadas reuniones espiritistas, manos invisibles agarran las de las personas que rodean la mesa, y son manos cálidas, carnales, que parecen latir como las humanas.

—¡Cómo! ¿Crees, entonces, que este ser es…?

—Yo no sé lo que es —fue la contestación solemne—, pero, si quieres, con tu ayuda lo investigaré a fondo.

Velamos juntos durante toda la noche, fumando sin parar, a la cabecera de aquel ser sobrenatural, que se agitó y jadeó hasta que, al parecer, se cansó y pudimos deducir, por su respiración apagada y regular, que se había dormido.

A la mañana siguiente toda la casa estaba en movimiento. Los huéspedes se habían congregado en el descansillo ante mi habitación, y Hammond y yo éramos aclamados como héroes. Tuvimos que contestar a mil preguntas referentes a nuestro prisionero, pero nadie, salvo nosotros, consintió en poner los pies en aquel departamento.

Aquel ser se había despertado. Esto era evidente por el modo convulsivo con que se agitaban las ropas de la cama. Hacía esfuerzos para escapar. Era algo espantoso contemplar aquellas muestras indirectas de sus terribles contorsiones y angustiosos forcejeos para liberarse.

Hammond y yo habíamos estado torturando nuestros cerebros durante toda la noche para encontrar algún medio de averiguar la forma y apariencia general de aquel ser enigmático. Por lo que pudimos deducir pasando las manos por las formas de aquella criatura, sus contornos y rasgos eran humanos. Tenía boca, una cabeza lisa y sin pelo, una nariz poco saliente, y sus pies y manos parecían los de un muchacho. Al principio pensamos colocar aquel ser sobre una superficie lisa y trazar su contorno con tiza, como trazan los zapateros el contorno de la planta del pie. Pero este proyecto fue desechado como carente de valor. Tal contorno no nos daría la más ligera idea de su conformación.

Me asaltó una feliz idea. Sacaríamos un molde de aquello en escayola. Esto nos proporcionaría su figura exacta y satisfaría todos nuestros deseos. Pero ¿cómo hacerlo? Los movimientos de aquel ser removerían la envoltura plástica y estropearían el molde. Tuve otra idea. ¿Por qué no cloroformizarlo? Tenía órganos respiratorios, como nos demostraba su respiración. Una vez reducido a un estado de insensibilidad, podríamos hacer de él lo que quisiéramos. Mandamos a buscar cloroformo a casa del doctor X y, después de que aquel digno médico se hubo recobrado de su primer asombro, él mismo procedió a administrárselo. Tres minutos

más tarde pudimos quitar las ligaduras de aquel ser, y un moldeador se puso afanosamente a cubrir la invisible figura con la húmeda escayola. Cinco minutos después teníamos un molde y, antes de que fuera de noche, una tosca reproducción de aquel ser misterioso. Tenía formas humanas; retorcidas, groseras y horribles, pero humanas. Era pequeño: su estatura no pasaba de cuatro pies y unas pulgadas, pero sus miembros revelaban un desarrollo muscular sin igual. Su rostro superaba en fealdad a todo lo que habíamos visto anteriormente. Ni Gustavo Doré, ni Callot, ni Tony Johannot concibieron nunca algo tan horrible. Hay un rostro en una de las ilustraciones de este último, en «*Un voyage on il vous plaire*», que se aproxima algo al semblante de aquella criatura, pero sin igualarlo. Era la fisonomía que yo hubiera imaginado para un vampiro. Parecía capaz de alimentarse con carne humana.

Una vez satisfecha nuestra curiosidad, y después de exigir a todos los de la casa que guardaran el secreto, se planteó la cuestión de qué haríamos con nuestro enigmático ser. Era imposible conservar en casa algo tan horroroso y era igualmente imposible volverlo a dejar suelto por el mundo. Confieso que hubiera votado gustosamente por la destrucción de aquella criatura. Pero ¿quién asumirá la responsabilidad? ¿Quién se encargaría de la ejecución de aquella imagen de un ser humano? Día tras día aquella cuestión era discutida seriamente. Todos los huéspedes abandonaron la casa. La señora Moffat estaba desesperada y nos amenazó a Hammond y a mí con toda clase de castigos legales si no nos llevábamos de allí aquel ser horroroso. Nuestra contestación fue: «Si usted lo desea nos iremos de aquí, pero nos negamos a llevar con nosotros a ese ser. Lléveselo usted si quiere. Apareció en su casa, así que está bajo su responsabilidad». Naturalmente no había respuesta a esto.

La parte más extraña del asunto era que estábamos completamente ignorantes de qué era lo que comía habitualmente aquel ser. Todo lo que se nos ocurría que podría tomar lo fuimos colocando ante él, pero nunca lo tocó. Era terrible estar junto a él día tras día ver agitarse las sábanas; oír su difícil respiración y saber que se estaba muriendo de hambre.

Pasaron diez, doce, quince días y aún seguía viviendo. No obstante, las pulsaciones se hacían más imperceptibles y casi llegaron a cesar. Era evidente que aquel ser se estaba muriendo por carencia de alimento. Mientras duró esta lucha por la vida, me sentí angustiado. No podía dormir. Por horrible que fuera aquella criatura, era penoso pensar en los tormentos que debía de sufrir.

Finalmente, murió. Hammond y yo lo encontramos una mañana frío y rígido en la cama. El corazón había cesado de latir, y los pulmones de respirar. Nos apresuramos a enterrarlo en el jardín. Fue una extraña ceremonia fúnebre la de colocar un cadáver invisible en la húmeda fosa. Di el molde del cuerpo al doctor X, que lo conserva en su museo de la calle Décima.

He querido escribir este relato del suceso más extraño que nunca llegó a mis oídos, porque estoy a punto de emprender un largo viaje del que nunca regresaré.

EL DUQUE DE PORTLAND

Villier De L'Isle-Adam

En estos últimos años, a su vuelta de Levante, Ricardo, duque de Portland, el joven lord célebre antaño en toda Inglaterra por sus fiestas nocturnas, sus victoriosos purasangre, su ciencia de boxeador, sus cacerías de zorros, sus castillos, su fabulosa fortuna, sus viajes de aventuras y sus amores, no se había dejado ver.

Una sola vez, al oscurecer, se había visto su secular carroza dorada atravesando Hyde-Park con las cortinillas cerradas, a plena carrera y rodeada de jinetes portando antorchas.

Después —reclusión tan brusca como extraña—, el duque se había retirado a su casa solariega, haciéndose habitante solitario de aquel macizo castillo construido en viejas edades, en medio de sombríos jardines y campos con árboles, y situado en el cabo de Portland.

Por toda vecindad, un rojo fulgor que iluminaba día y noche, a través de la bruma, los pesados barcos que cabeceaban a lo lejos, cruzando sus penachos de humo en el horizonte.

Una especie de sendero en pendiente hacia el mar, una sinuosa galería excavada en las rocas y bordeada de pinos salvajes, que abre sus pesadas verjas doradas sobre la misma arena de la playa, sumergida a las horas de la marea alta.

Bajo el reinado de Enrique VI se forjaron leyendas de este castillo-fortaleza, cuyo interior resplandecía de riquezas feudales.

En la plataforma que une las siete torres velan aún, esculpidos en piedra, entre las almenas, un grupo de arqueros y algunos caballeros del tiempo de las Cruzadas; todos en actitudes de combate.

En la noche, estas estatuas —cuyas figuras aparecen añora borradas por las lluvias tempestuosas y los hielos de varios centenares de inviernos y las expresiones de sus rostros muchas veces cambiadas por los retoques del rayo—, ofrecen un vago aspecto que se presta a las más supersticiosas visiones. Y cuando, levantadas en masas multiformes por una tempestad, se estrellan las olas, en la obscuridad, contra el promontorio de Portland, a la imaginación del paseante perdido —ayudada por la iluminación de la luna entre las sombras graníticas—, se puede presentar, frente al castillo, algún antiguo asalto sostenido por una heroica guarnición de soldados fantasmas contra una legión de malos espíritus.

¿Qué significaba este aislamiento del despreocupado señor inglés? ¿Padecía alguna crisis? ¡Un corazón tan naturalmente alegre!… ¡Imposible! ¿Alguna mística influencia sufrida en su viaje por Oriente? Quizás. En la Corte se inquietaban por esta desaparición. Un mensaje de Westminster, de la propia Reina, había sido dirigido al lord invisible.

Acodada cerca de un candelabro, la reina Victoria estaba atareada aquella tarde de audiencia extraordinaria. A su lado, sentada en un taburete de marfil, una joven

lectora, miss Elena H…

Llegó la respuesta, sellada en negro, de lord Portland.

La muchacha, habiendo abierto el pliego ducal, recorrió con sus ojos azules —sonrientes pedazos de cielo— las pocas líneas que contenía. Bruscamente, sin una palabra, con los ojos cerrados, la presentó a Su Majestad.

También la Reina leyó en silencio.

A las primeras palabras, su rostro, generalmente impasible; pareció ensombrecerse con extraña tristeza. Incluso, se estremeció. Después, en silencio, aproximó el papel a las bujías encendidas. Inmediatamente dejó caer sobre las losas la carta que se consumía.

—*Mylords* —dijo a los pares, agrupados a escasa distancia—, no volveréis a ver a nuestro querido duque de Portland. Ya no acudirá más al Parlamento. Le dispensaremos de ello mediante un privilegio. Su secreto debe ser respetado. No os preocupéis más por él y que ninguno de sus huéspedes intente jamás dirigirle la palabra.

Después, despidiendo con un gesto al viejo correo del castillo:

—Diréis al duque de Portland lo que acabáis de ver y de oír —agregó lanzando una mirada a las cenizas negras de la carta.

Tras estas palabras misteriosas, la Reina se había levantado para retirarse a sus habitaciones. Sin embargo, al ver a su lectora, que se había quedado inmóvil y como dormida, con la mejilla apoyada en su brazo joven y blanco, sobre el muaré purpúreo de la mesa, la Reina, sorprendida aún, murmuró dulcemente:

—¿Me sigues, Elena?

Como la muchacha persistiera en su actitud, todos los presentes corrieron hacia ella.

Sin que palidez alguna revelara su emoción —¿cómo iba a palidecer una flor de lis?—, se había desvanecido.

Un año después de las palabras pronunciadas por Su Majestad —durante una tormentosa noche de otoño— los navíos que pasaban a algunas leguas del cabo Portland vieron el castillo iluminado.

—¡Oh, no era la primera de las fiestas nocturnas ofrecidas al comienzo de cada estación del año por el lord *ausente!*

Y daban que hablar, pues su sombría excentricidad alcanzaba lo fantástico y el duque no asistía jamás a ellas.

No era en las habitaciones del castillo donde se daban las fiestas. Nadie había vuelto a entrar allí; el mismo lord Ricardo, que habitaba solitario un torreón, parecía haberlas olvidado.

Desde su vuelta, había mandado cubrir, con inmensos espejos de Venecia, los muros y las bóvedas de los vastos subterráneos de su mansión. El suelo estaba ahora enlosado de mármoles y de brillantes mosaicos. Cortinas de trama vertical, entreabiertas por franjas de cadeneta, separaban una serie de salas maravillosas,

donde bajo magníficas balaustradas de oro iluminadas, aparecía un conjunto de muebles orientales con arabescos preciosos, en medio de vegetaciones tropicales, fuentes de agua perfumada sobre pórfido y hermosas estatuas.

Allí, con la amable invitación del castellano de Portland, que «lamentaba estar siempre *ausente*», se reunía una multitud elegante, lo más escogido de la joven aristocracia inglesa, los más seductores artistas y las más bellas despreocupadas de la *gentry*.

Lord Ricardo estaba representado por uno de sus amigos de *antes*. Y comenzaba entonces una noche principescamente libre.

Sólo, en el sitio de honor del festín, el sillón del joven lord quedaba vacío, y el escudo ducal del respaldo siempre aparecía velado por un amplio crespón de duelo.

Las miradas, muy pronto encendidas por la embriaguez, se volvían gustosamente a presencias más encantadoras.

¡Así, a medianoche, se ahogaban bajo tierra, en Portland, en maravillosas salas, entre aromas de flores exóticas, las risas el tintineo de las copas, las canciones ebrias y la música!

Pero, si a aquella hora se hubiera levantado de la mesa alguno de los convidados y, para respirar el aire del mar, se hubiese aventurado al exterior, en la oscuridad, por la playa, entre las ráfagas de desolados vientos, quizás hubiera percibido un espectáculo capaz de turbar su humor optimista, al menos para el resto de la noche.

En efecto, frecuentemente y a aquella misma hora, por las vueltas del sendero que conducía hacia el mar, un caballero envuelto en amplia capa, cubierto el rostro por una máscara de seda negra a la que estaba adaptada una capucha circular que ocultaba toda la cabeza, se encaminaba, la lumbre de un cigarro en la mano enguantada, hacia la playa. Como en fantasmagoría de gusto anticuado, le precedían dos servidores de cabellos blancos; a algunos pasos, le seguían otros dos con humeantes antorchas rojizas.

Delante de ellos caminaba un niño, también con librea de duelo, y este paje agitaba una vez por minuto el corto batir de una campana, para advertir a lo lejos que se apartaran del camino del paseante. Y el aspecto de este pequeño grupo producía una impresión tan glacial como si fuera el cortejo de un condenado.

Se abría ante ese hombre la verja de la ribera; la escolta le dejaba solo y avanzaba entonces hacia el borde del agua. Allí, como perdido en una pensativa desesperación, embriagándose en la desolación del espacio, permanecía taciturno, semejante a los espectros de piedra de la plataforma, bajo el viento, la lluvia y los relámpagos, ante el mugir del océano. Tras una hora de meditación, el tétrico personaje, acompañado siempre de las antorchas y precedido del sonar de la campana, volvía por el sendero hacia la torre. Y, frecuentemente, vacilando, se agarraba a las asperezas de las rocas.

La mañana que había precedido a esta fiesta, la joven lectora de la Reina, siempre

en gran duelo desde el primer mensaje, rezaba en el oratorio de Su Majestad cuando le fue entregado un billete escrito por uno de los secretarios del duque.

Sólo contenía estas dos palabras, que leyó con un estremecimiento: «Esta noche».

Ésta fue la de su arribada a Portland en una de las embarcaciones reales. Una forma juvenil y femenina, con sombrío manto, descendió sola. La visión, tras de orientarse por la playa nocturna, se apresuró corriendo hacia las antorchas, hacia el sonido de campana que traía el viento.

En la arena, apoyado en una piedra y agitado a cada momento por un temblor mortal, el hombre de la máscara misteriosa estaba tendido sobre su capa.

—¡Desgraciado! —exclamó en un sollozo y ocultando el rostro con las manos la joven aparición, cuando llegó a su lado.

—¡Adiós! —respondió él.

Se escuchaban a lo lejos canciones y risas, procedentes de los subterráneos de la mansión feudal, cuya iluminación se reflejaba ondulada en el agua.

—Eres libre —agregó él, dejando caer su cabeza en la piedra.

—¡Y tú estás liberado! —respondió la blanca aparición, elevando una pequeña cruz de oro hacia los cielos plenos de estrellas, ante la mirada del hombre silencioso.

Después de un gran silencio, y como ella permaneciera así ante él, inmóvil; con los ojos cerrados:

—¡Hasta *luego,* Elena! —murmuró. Cuando, tras una hora de espera, se aproximaron los servidores, vieron a la muchacha de rodillas sobre la arena y rezando, cerca de su dueño.

—El duque de Portland ha muerto les dijo.

Y, apoyándose en el hombro de uno de los viejos, volvió a la embarcación que la había traído.

Tres días después se leía esta noticia en el *Diario de la Corte:*

«Miss Elena H…, la prometida del duque de Portland, convertida a la religión ortodoxa, ha tomado ayer el hábito de las Carmelitas de L…».

¿Cuál era el secreto por el cual el potente lord acababa de morir?

Un día, en sus lejanos viajes por Oriente, habiéndose alejado de su caravana por los alrededores de Antioquía, el joven duque, charlando con los guías del país, oyó hablar de un mendigo ante el cual todo el mundo se alejaba con horror y que vivía solo, en medio de unas ruinas.

Se le ocurrió la idea de visitar a este hombre, pues nadie escapa a su destino.

Ahora bien; ese Lázaro fúnebre era el último depositario de la gran lepra, de la lepra seca y sin remedio, del mal inexorable del cual sólo Dios podía resucitar.

Solo, pues, Portland, a pesar de los ruegos de sus aterrados guías, se atrevió a

desafiar el contagio en la especie de caverna donde respiraba aquel paria de la Humanidad.

Y allí, por una fanfarronada de gran gentilhombre, intrépido hasta la locura, dándole un puñado de oro a ese agonizante miserable, el pálido señor *le había dado su mano*.

En el mismo instante pasó una nube por sus ojos. Al oscurecer, sintiéndose perdido, abandonó la ciudad y las tierras del interior, para ganar el mar e intentar una curación en su castillo o morir en él.

Pero, ante los terribles progresos que se declararon durante la travesía, el duque comprendió que no podía conservar otra esperanza que la de una rápida muerte.

—¡Todo había terminado! ¡Adiós, juventud, brilló de un nombre ilustre, prometida amada, posteridad de la raza! ¡Adiós, fuerzas, alegrías, fortuna incalculable, belleza, porvenir! Todas las esperanzas se habían sepultado en el hueco de aquella mano terrible. El lord había heredado del mendigo. Un segundo de arrogancia —un momento demasiado noble, más bien— había arrebatado esta existencia luminosa y llevado al secreto de una muerte desesperada…

Así pereció el duque Ricardo de Portland, el último leproso del mundo.

FLORES DE LAS TINIEBLAS

Villier De L'Isle-Adam

¡Oh los bellos atardeceres! Ante los brillantes cafés de los bulevares, en las terrazas de las horchaterías de moda, ¡qué de mujeres con trajes multicolores, qué de elegantes «callejeras» dándose tono!

Y he aquí las pequeñas vendedoras de flores, que circulan con sus frágiles canastillas.

Las bellas desocupadas aceptan esas flores perecederas, sobrecogidas, misteriosas…

—¿Misteriosas?

—¡Sí, si las hay!

Existe —sabedlo, sonrientes lectoras—, existe en el mismo París cierta agencia que se entiende con varios conductores en los entierros de lujo, incluso con enterradores, para despojar a los difuntos de la mañana, no dejando que se marchiten *inútilmente* en las sepulturas todos esos espléndidos ramos de flores, esas coronas, esas rosas que, por centenares, el amor filial o conyugal coloca diariamente en los catafalcos.

Estas flores casi siempre quedan olvidadas después de las fúnebres ceremonias. No se piensa más en ello; se tiene prisa por volver. ¡Se concibe!…

Es entonces cuando nuestros amables enterradores se muestran más alegres. ¡No olvidan las flores estos señores! No están en las nubes; son gente práctica. Las quitan a brazadas, en silencio. Arrojarlas apresuradamente por encima del muro, sobre un carretón propicio, es para ellos cosa de un instante.

Dos o tres de los más avispados y espabilados transportan la preciosa carga a unos floristas amigos, quienes, gracias a sus manos de hada, distribuyen de mil maneras, en ramitos de corpiño, de mano, en rosas aisladas inclusive, esos melancólicos despojos.

Llegan luego las pequeñas floristas nocturnas, cada una con su cestita. Pronto circulan incesantemente, a las primeras luces de los reverberos, por los bulevares, por las terrazas brillantes, por los mil y un sitios de placer.

Y jóvenes aburridos y deseosos de hacerse agradables a las elegantes, hacia las cuales sienten alguna inclinación, compran esas flores a elevados precios y las ofrecen a sus damas.

Éstas, todas con rostros empolvados, las aceptan con una sonrisa indiferente y las conservan en la mano, o bien las colocan en sus corpiños.

Y los reflejos del gas empalidecen los rostros.

De suerte que estas criaturas-espectros, adornadas, así, con flores de la Muerte, llevan, sin saberlo, el emblema de amor que ellas dieron y el del amor que reciben.

LA MUJER ALTA

Pedro Antonio De Alarcón

I

¡Qué sabemos! Amigos míos… ¡Qué sabemos! —exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de Montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, a legua y media de El Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia, sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viviendo, pero cuyo nombre se me ha olvidado—. Sentémonos, como es de rigor y *está escrito*… en nuestro programa —continuó Gabriel—, a descansar y hacer por la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borregos que aquí se han comido nuestros ilustres maestros Don Miguel Bosch, Don Máximo Laguna, Don Agustín Pascual y otros grandes naturalistas; os contaré una rara y peregrina historia en comprobación de mi tesis…, reducida a manifestar, aunque me llaméis oscurantista, que en el Globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales; esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la conciencia ni de la filosofía, tal y como hoy se entienden (o no se entienden) semejantes *palabras, palabras y palabras*, que diría Hamlet…

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso a cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de Montes tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler, desde el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos y comiéndose una carga de víveres fiambres pagados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era en el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de San Luis… Inclínome a creer el de San Luis. Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y la vida ordinaria…

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

—Creo que no me tacharéis de visionario… Por fortuna o desgracia mía, soy, digámoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y tan positivista como el que más, bien que incluya entre los datos positivos de la Naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento… Pues bien; a propósito de fenómenos sobrenaturales o extranaturales, oíd lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar; decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

El caso fue como sigue… ¡A ver! ¡Echad una gota, que ya se habrá refrescado el

pellejo dentro de esa bullidora y cristalina fuente, colocada por Dios en esa pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

II

—Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de Caminos llamado Telesforo X…, que murió en 1860…

—Yo no…

—¡Yo sí!

—Yo también: un muchacho andaluz, con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del Marqués de Moreda…, y que murió de ictericia…

—¡Ese mismo! —continuó Gabriel—. Pues bien; mi amigo Telesforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábanselo varias empresas particulares en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las mujeres para casar o mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y entre ellas alguna muy buena moza que… Pero la tal viuda no viene ahora a cuenta, pues a quien Telesforo quiso con toda formalidad fue a su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente *usufructuario*…

—¡Señor Don Gabriel, al orden!

—Sí…, si voy al orden, pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, écheme otro medio vaso… ¡Bueno está de verdad ese vino! Con que atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabéis los que la conocisteis, que Joaquinita murió de repente en los Baños de Santa Águeda, al fin del verano de 1859… Hallábame yo en Pau cuando me dieron la triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que la unía a Telesforo… A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen un aneurisma, me pareció, desde luego, indicio de mala salud… Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable… Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince o veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo… No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin lanzar ni el más leve suspiro; dio en seguida algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente a uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, a su despacho particular, situado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

—Mucho me alegro de que hayas venido… Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo… Ocúrreme una cosa muy particular y extraña, que sólo un amigo como tú podría oír sin considerarme imbécil o loco, y acerca de la cual necesito oír alguna opinión serena y fría, como la ciencia… Siéntate… —prosiguió diciendo, cuando hubimos llegado a su despacho—, y no temas en manera alguna que vaya a angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida… ¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente a poco que entiendas las cuitas humanas y yo no quiero ser consolado ni ahora, ni después, ni nunca! De lo que te voy a hablar con la detención que requiere el caso, o sea, tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal a esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto…

—¡Habla! —respondí yo, comenzando a sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.

—Oye… —repuso él, enjugándose la sudorosa frente.

III

No sé si por fatalidad —continuó Telesforo— innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta a los niños en la cuna, el caso es que desde mis tiernos años no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me lo figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, a altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fue necesario, y recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré a palos y a tiros en Despeñaperros a mis sublevados peones, hasta que los reduje a la obediencia. Toda mi vida, en Jaén, en Madrid y en otros varios puntos, he andado a deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y si por acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran

ladrones o simples perdonavidas, a ellos les ha tocado huir o echarse a un lado, dejándome libre el mejor camino… Pero si el bulto era una mujer sola, parada o andando, y yo iba también solo, y no veía más alma viviente por ningún lado… entonces (ríete si se te antoja, pero créeme) poníaseme carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espíritu; pensaba en almas del otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reír en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, o me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también a reír y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta fríamente de que, pues yo no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, a quien la miseria, el vicio o algún accidente desgraciado, tendrían a tal hora fuera de su hogar, y a quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio por si lo necesitaba o dar limosna si me lo pedía… Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, ¡y cuenta que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y transnochadoras…! Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca a adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre tan pronto como llegaba a mi casa o veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba a los pocos minutos, como no se recuerdan las equivocaciones o necesidades sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años… (desgraciadamente, tengo varios motivos para poder fijar fecha: ¡la noche del 15 al 16 de noviembre del año 1857!), volvía yo a las 3 de la madrugada, a aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle de La Montera, en que recordarás viví por entonces… Acababa de salir, a hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de… (te lo diré, aunque te sorprenda), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la policía, pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y a la cual me habían llevado a mí aquella noche por primera… y última vez. Sabes que nunca he sido jugador: entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba a reducirse a trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (*demimonde* puro), so pretexto de jugar algunos maravedises al Enano, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fue que a eso de las 12 comenzaron a llegar nuevos tertulios, que venían del Teatro Real o de los salones verdaderamente aristocráticos, y mudose de juego, y salieron a relucir monedas de oro, después billetes y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco a poco en la selva oscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aún quedé debiendo un dineral… con el pagaré correspondiente, es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiosa y

apurada.

Volvía yo, digo, a mi casa aquella noche, tan a deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, a quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posición…, cuando, a poco de penetrar en mi calle por el extremo que da a la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construida en la acera que yo llevaba, advertí que en el hueco de su cerrada puerta estaba de pie, inmóvil, y rígida, como si fuese un palo, una mujer muy alta y fuerte, como de 60 años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mientras que su destentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa…

El propio terror o delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente diome no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, o sea, en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los pormenores más ligeros de su figura y de su traje… Voy a ver si coordino mis impresiones del modo y forma que las recibí, y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro a la mortecina luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena…

»Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante! Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón… ¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré *mujer* fue su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros; luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de búho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de oscuro agujero, y, por último, su traje de mozuela de Lavapiés, el pañolito nuevo de algodón que llevaba en la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad a giganta tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañolejo de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataría de un hombre disfrazado… Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca…, ¡no sé de qué! ¡De algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle…! ¡Dijérase que, desde la cuna, había presentido yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina, y ventea, y reconoce a su antagonista natural antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, solo con sentir sus pisadas!

No eché a correr en cuanto vi a la esfinge de mi vida, menos por vergüenza o varonil decoro, que por temor, a que mi propio miedo le revelase quién era yo, o le

diese alas para seguirme, para acometerme, para… ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la prolongada y angosta calle en que me hallaba yo solo, enteramente solo, con aquella misteriosa estantigua, a quien creía capaz de aniquilarme con una palabra… ¿Qué hacer para llegar hasta allí? ¡Ah! ¡Con qué ansia veía a lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde a todas horas hay agentes de la autoridad…!

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelererar el paso, pero ganar siempre terreno, aún a costa de años de mi vida y de salud, y de esta manera, poco a poco, irme acercando a mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo.

Así caminaba…; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto se me ocurrió una idea horrible, espantosa, y, sin embargo, muy racional: ¡la idea de volver la cabeza a ver si me seguía mi enemiga!

»Una de dos… pensé con la rapidez del rayo, o mi terror tiene fundamento o es un locura; si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mi, estará alcanzándome y no hay salvación para mí en el mundo… Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me convenceré de ello en el presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta preservándose del frío o esperando a que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna».

Formulando este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Que desventura! ¡La mujer alta me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro!

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío? ¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el aspecto de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

¡Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! El caso fue que di un grito y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver el coco y que no dejé de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera…

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. ¡Y eso que la calle de la Montera estaba también sola! Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en todo su longitud, y que estaba suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la *mujer alta* si por acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna!

Con todo, guárdeme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

«¡Esa bribona, me dije, se habrá metido en el hueco de otra puerta…! Pero mientras sigan alumbrando los faroles no se moverá sin que yo lo note desde aquí…».

En esto vi aparecer a un sereno por la calle del Caballero de Gracia y lo llamé sin desviarme de mi sitio; díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer; que entrase en dicha calle por la de Peligros, a la cual debía dirigirse por la de la Aduana; que yo permanecería quieto en aquella otra salida y que con tal medio no podía escapársenos el que a todas luces era un ladrón o un asesino.

Obedeció el sereno; tomó por la calle de la Aduana, y cuando yo vi avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado a nadie, a pesar de haber registrado puerta por puerta.

—Se habrá metido en alguna casa… —dijo, el sereno.

—¡Eso será! —respondí yo abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme a otro calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero cuyo picaporte llevaba también siempre conmigo, a fin de no molestar a mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche! ¡Mis desgracias del 15 al 16 de noviembre no había concluido!

—¿Qué ocurre? —le pregunté con extrañeza.

—Aquí ha estado —me respondió visiblemente conmovido—, esperando a usted desde las 11 hasta las 2,30 horas, el señor comandante Falcón, y me ha dicho que, si venía usted a dormir a casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer…

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte… Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno frecuentes y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito a mis hermanos que en el caso de un repentino desenlace funesto telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de la manera más conveniente… ¡No me cabía, pues, duda de que mi padre había fallecido!

Senteme en una butaca a esperar el día y a mi amigo, y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, y ¡Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y, al parecer, heterogéneas, que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo; mi pérdida en el juego, el encuentro con la mujer alta y la muerte de mi honrado padre!

A las 6 en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio…

Arrojeme en sus brazos llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

—¡Llora, sí, hombre, llora! ¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

IV

—Mi amigo Telesforo —continuó Gabriel después que hubo apurado otro vaso de vino— descansó también un momento al llegar a este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:

—Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrenatural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio a quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico: que el mío eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar, que iba a pedirme limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, o bien una repugnante Celestina de aquel barrio, no muy católico en materia de amores…

También quise creerlo yo así; también lo llegué a creer al cabo de unos meses; no obstante lo cual hubiera dado entonces años de vida por la seguridad de no volver a encontrarme a la *mujer alta*. ¡En cambio, hoy daría toda mi sangre por encontrármela de nuevo!

—¿Para qué?

—¡Para matarla en el acto!

—No te comprendo…

—Me comprenderás si te digo que volví a tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina…

—Cuéntame…, cuéntame…

—Poco más tengo, que decirte. Eran las cinco de la madrugada; volvía yo de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi antigua querida la viuda de T…, ¡de quien érame ya preciso separarme por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz, a quien estaban enterrando en Santa Águeda a aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia Oriente. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir a cortar la calle del Prado, o sea a pasar de una a otra sección de la calle del Lobo, cruzó por delante de mí, como viniendo de la Plaza de las Cortes y dirigiéndose a la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto… Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años… ¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca! Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza, y cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar a nado una impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá con más regocijo que miedo, pues consideraba vencida y anulada a la odiosa bruja, en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese…

De pronto, y cerca ya de ésta mi casa, acometiome como un vértigo de terror pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía oscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mi; en si ya la tendría encima…

Vuélvome en esto…, y ¡allí estaba! ¡Allí, a mi espalda, casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojuelos, mostrándome la asquerosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto…!

Pasé del terror a la más insensata ira, a la furia salvaje de la desesperación, y arrojeme sobre el corpulento vejestorio; tirelo contra la pared, echándole una mano a la garganta, y me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer…

Ella había lanzado entretanto, un aullido ronco y agudo al propio tiempo que me pareció falso, o fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

—¿Por qué la ha tomado usted conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

—¡Luego usted recuerda —grité— haberme visto en otra parte!

—¡Ya lo creo, alma mía! —respondió sardónicamente—. ¡La noche de San Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años…!

Sentí frío dentro de los tuétanos.

—Pero ¿quién es usted? —le dije sin soltarla—. ¿Por qué corre detrás de mí? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—Yo soy una débil mujer… —contestó diabólicamente—. ¡Usted me odia y me teme sin motivo…! Y si no, dígame usted señor caballero; ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vio?

—¡Porque la aborrezco a usted desde que nací! ¡Porque es usted el demonio de mi vida!

—¿De modo que usted me conocía hace mucho tiempo? ¡Pues mira, hijo, yo también a ti!

—¡Usted me conocía! ¿Desde cuando?

—¡Desde antes que nacieras! Y cuando te vi pasar junto a mí hace tres años, me dije a mí misma: ¡*Éste es*!

—Pero ¿quién soy yo para usted? ¿Quién es usted para mí?

—¡El demonio! —respondió la vieja escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando a correr velocísimamente con las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas y sin que sus pies moviesen ruido alguno al tocar la tierra…

¡Locura intentar alcanzarla…! Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente, y por la calle del Prado también. Era completamente de día. La mujer alta siguió corriendo o volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; parose allí a mirarme, amenazándome una y otra vez, esgrimiendo el abanico cerrado,

y desapareció detrás de una esquina…

Cuando entré en mi casa me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, ¡había muerto el día anterior en Santa Águeda! El desgraciado padre se lo había telegrafiado a Falcón para que me lo dijese… ¡A mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al encontrarme al demonio de mi vida! ¿Comprendes ahora que necesito matar a la enemiga innata de mi felicidad, a esa inmunda vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero ¿qué digo matar? ¿Es mujer? ¿Es criatura humana? ¿Por qué la he presentido desde que nací? ¿Por qué me reconoció al verme? ¿Por qué no se me presenta si no cuando me ha sucedido alguna gran desdicha? ¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Anticristo? ¿Quién es? ¿Qué es…?

V

—Os hago gracia, mis queridos amigos —continuó Gabriel—, de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telesforo; pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural o sobrehumano… Vosotros diréis más: vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos terror pánico y por otros delirio emotivo; que, aun siendo verdad todo lo que se refería acerca de la mujer alta, habría que atribuirlo a coincidencias casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, o ser una ratera o una mendiga, o una zurcidora de voluntades, como se dijo así propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido…

—¡Admirable suposición! —exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas—. ¡Eso mismo íbamos a contestarte nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos y veréis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocáis ahora. ¡El que desgraciadamente no se equivocó fue Telesforo! ¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronunciar la palabra locura que hallar explicación a ciertas cosas que pasan por la tierra!

—¡Habla! ¡Habla!

—Voy allá; y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

VI

—A los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fui destinado a la provincia de Albacete en mi calidad de Ingeniero de Montes; y no habían transcurrido muchas semanas cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillón, sin trabajar ni querer ver a nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. Comprendí entonces por qué no contestaba mis cartas, y hube de reducirme a pedir noticias suyas al coronel Falcón, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes…

Después de cinco meses de ausencia, regresé a Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuán… Me acuerdo como de lo que hice ayer. Aquella noche compré la indispensable *Correspondencia de España*, y lo primero que leí en ella fue la noticia de que Telesforo había fallecido y la invitación a su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté a la triste ceremonia. Al llegar al cementerio de San Luis, adonde fui en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja y muy alta, que se reía impíamente al ver bajar el féretro y que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar a la abierta y ansiosa tumba…

A la primera ojeada reconocí, con asombro y pavura, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañolejo de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa…

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero del odio que había profesado a mi infortunado amigo…

Confieso que entonces mi miedo fue superior a la maravilla que me causaban aquellas nuevas coincidencias o casualidades. Veía patente que alguna relación sobrenatural anterior a la vida terrena había existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero en tal momento sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba a heredar semejante infortunio…

La mujer alta se echó a reír, y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía… Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo o desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el camposanto

con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándome a un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas…

Y digo para siempre, porque han pasado quince años y no he vuelto a verla… Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado…

¡Conque vamos a cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos! ¿Los consideráis todavía naturales?

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento o historia que acabáis de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron a Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y a la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias…

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo a cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

UN LADRÓN AFORTUNADO

Guy de Maupassant

ESTABAN sentados en el comedor de un hotel de Barbizón.

—Os digo que no vais a creerlo.

—Bueno, cuéntalo, de todos modos.

—De acuerdo, os lo contaré. Pero antes debo advertiros que la historia es completamente cierta en todos sus extremos, incluso en aquellos que os parezcan más inverosímiles.

Y el viejo artista empezó su relato:

—Aquella noche habíamos cenado en casa de Soriel. Y cuando digo cenado, quiero decir que todos habíamos bebido más de la cuenta, Éramos tres jóvenes calaveras. Soriel (el pobre ha muerto ya), Le Poittevin, el pintor de marinas, y yo. Le Poittevin también está muerto.

«Nos habíamos tumbado en el suelo de la pequeña habitación contigua al estudio, y el único de nosotros que no estaba borracho del todo era Le Poittevin. Soriel, que era el más loco de los tres, estaba tendido de espaldas, con los pies en alto apoyados en una silla, discurseando acerca de la guerra y de los uniformes del Imperio, cuando, de repente, se puso en pie, se acercó al armario donde guardaba sus cosas y sacó un uniforme de húsar y se lo puso. A continuación sacó un uniforme de granadero y dijo a Le Poittevin que se lo pusiera; Le Poittevin se resistía a hacerlo, de modo que nos vimos obligados a embutírselo a la fuerza. Le estaba tan ancho, que el pobre Le Poittevin parecía completamente perdido en su interior. Yo me disfracé de coracero. Tras pasarnos revista, Soriel exclamó: “Bien, muchachos. Ya que somos soldados, bebamos como soldados”.

»La ponchera se llenó y se vació un par de veces. Estábamos cantando a pleno pulmón una vieja canción cuartelera, cuando Le Poittevin, que a pesar del ponche conservaba algo de lucidez, alzó una mano y dijo:

»—¡Atención, muchachos! Estoy seguro de haber oído pasos en el estudio.

»—¡Un ladrón! —gritó alegremente Soriel—. ¡Buena suerte!

»Y la emprendió con la «Marsellesa»:

«A las armas, ciudadanos…».

»Luego cogió varias armas de las panoplias que adornaban las paredes y nos equipó de acuerdo con nuestros uniformes. Yo recibí un mosquetón y un sable. A Le Poittevin le correspondió una enorme carabina con la bayoneta calada. Soriel, no encontrando lo que deseaba, cogió una pistola, se la puso al cinto y blandiendo un hacha de guerra en una mano abrió cautelosamente con otra la otra puerta del estudio. El ejército avanzó. Al llegar al centro de la habitación, Soriel se encaró con nosotros

y nos dijo:

»—Yo soy general. Tú (señalándome a mí) eres los coraceros, y debes impedir que el enemigo huya a la desbandada… es decir, vigilarás la puerta. Tú (señalando a Le Poittevin), eres los granaderos y me servirás de escolta.

»Cumpliendo órdenes, me quedé junto a la puerta del estudio mientras la tropa avanzaba en misión de reconocimiento y desaparecía detrás de un gran lienzo a medio pintar. Al cabo de unos segundos oí un terrible ruido. Corrí con la vela en la mano para averiguar lo que había ocurrido y encontré a Le Poittevin apuntando con su bayoneta al pecho del general, en tanto que Soriel hacía voltear su hacha por encima de la cabeza de sus granaderos. Una vez descubierto el error, el general ordenó:

»—¡Mucho cuidado, amigos!

»Durante los veinte minutos siguientes exploramos el estudio de rincón a rincón, sin ningún resultado. De pronto, Le Poittevin dijo que nos habíamos olvidado de mirar en el armario. Como era bastante profundo, introduje la cabeza en él, alumbrando el interior con la vela. Retrocedí, estupefacto. ¡Un hombre, un hombre vivo, estaba de pie dentro del armario, mirándome con fijeza! Me recobré rápidamente y cerré con llave la puerta del armario. A continuación retrocedimos unos pasos para celebrar consejo.

»Las opiniones estaban divididas. Soriel deseaba quemar al ladrón en el interior del armario. Le Poittevin sugirió dejarlo dentro hasta que muriese de hambre y yo propuse hacerle volar con dinamita. Finalmente, aceptamos la sugerencia de Le Poittevin y decidimos iniciar el asedio. Le Poittevin montó la primera guardia con su larga carabina al hombro, mientras Soriel y yo trasladábamos al estudio la ponchera y las pipas. Luego nos sentamos los tres ante el armario y bebimos a la salud del prisionero. Tras unos cuantos brindis, Soriel sugirió que debíamos sacar al ladrón del armario y echarle una ojeada.

»¡Hurra!, grité. Empuñamos de nuevo las armas y nos dispusimos a abrir la puerta del armario. Finalmente lo conseguimos y Soriel, empuñando su descargada pistola, penetró el primero en la oscuridad del armario. Le Poittevin y yo le seguimos, aullando como locos y, después de una breve lucha en la oscuridad, sacamos al ladrón. Era un viejo cándido de aspecto miserable y pelo blanco, pobremente vestido. Le atamos de pies y manos y le obligamos a sentarse en una butaca. Durante todas estas operaciones no dijo ni palabra.

»—Vamos a juzgar a este miserable —dijo Soriel, a quien el ponche había revestido de una gran solemnidad. Yo estaba tan borracho, que la cosa me pareció lo más natural del mundo. Le Poittevin fue nombrado defensor y yo fiscal. El preso fue condenado a muerte, pese a la defensa de su abogado.

»—Ahora, le ejecutaremos —dijo Soriel—. No obstante, este hombre no puede morir sin arrepentirse de sus pecados —añadió, sintiéndose repentinamente escrupuloso—. Uno de nosotros irá a buscar a un sacerdote.

»Yo objeté que era demasiado tarde, de modo que Soriel propuso que yo mismo actuara de sacerdote y le dijo al preso que debía confesarme todos sus pecados. El viejo estaba aterrorizado. Por primera vez, habló para preguntar qué clase de malvados éramos. Tenía una voz cascada.

»—¡No pueden hacer eso conmigo! —gimió.

»Soriel le obligó a ponerse de rodillas y, temiendo que no estuviera bautizado, vertió un vaso de ron sobre su cabeza, al tiempo que decía:

»—¡Confiesa tus pecados! ¡Ha llegado tu última hora!

»—¡Socorro! ¡Socorro! —empezó a gritar el viejo, rodando por el suelo y derribando todo lo que encontraba a su paso. Temiendo que pudiera despertar a los vecinos, le amordazamos.

»—Vamos, terminemos de una vez —dijo Soriel en tono impaciente. Colocó el cañón de su pistola contra la sien del viejo y apretó el gatillo. Yo le imité, pero las armas estaban descargadas y no sucedió nada. Le Poittevin, que nos había estado contemplando en silencio, dijo:

»—¿Tenemos realmente derecho a matar a este hombre?

»—¡Le hemos condenado a muerte! —replicó Soriel.

»—Sí, pero no tenemos ningún derecho a matar a un paisano. Debemos entregarle a las autoridades civiles.

»Admitimos la fuerza del argumento y, como el viejo no podía andar, le atamos a una silla y Le Poittevin y yo cargamos con ella, mientras Soriel protegía la retaguardia. Así llegamos a la Comisaría. El jefe de policía, que nos conocía desde hacía tiempo y estaba acostumbrado a nuestras bromas, creyó que tratábamos de tomarle el pelo y se negó en redondo a admitir al preso. Soriel insistió, pero el jefe terminó poniéndose serio y nos dijo muy severamente que dejáramos ya de hacer el tonto y nos marcháramos a casa, sin complicar más la cosa. No nos quedaba otra alternativa que llevar de nuevo al viejo a casa de Soriel.

»—¿Qué es lo que vamos a hacer con él? —pregunté.

»—El pobre viejo debe estar terriblemente cansado —dijo Le Poittevin en tono compasivo.

»En efecto, el viejo bandido parecía medio muerto y yo sentí una repentina compasión hacia él (el ponche, indudablemente); le libré de la mordaza.

»—¿Cómo se encuentra, buen hombre? —le pregunté.

»—¿Cómo voy a encontrarme después de lo que han hecho ustedes conmigo? —sollozó.

»Aquello ablandó también a Soriel. Libró al viejo de sus ataduras y empezó a tratarle como a un viejo amigo. Inmediatamente preparamos un nuevo ponche. En cuanto estuvo preparado le ofrecimos un vaso al viejo, que se lo bebió de un solo trago. Un brindis siguió a otro brindis. El viejo bebía más que Soriel, Le Poittevin y yo juntos; pero, en cuanto amaneció, se puso en pie y dijo:

»—Lo siento mucho, pero me veo obligado a despedirme de ustedes; tengo que

volver a casa.

»Le rogamos que quedara un rato más en nuestra compañía, pero se negó a complacernos. Profundamente entristecidos por su marcha, le acompañamos hasta la puerta. Soriel alumbraba el camino con la palmatoria, y cuando el viejo empezó a bajar las escaleras le advirtió cariñosamente:

»—Abuelo, tenga usted cuidado al llegar al último escalón».

EL FANTASMA DE CANTERVILLE

Oscar Wilde

I

CUANDO míster Hiram B. Otis, el ministro de América, compró Canterville-Chase, todo el mundo le dijo que cometía una gran necedad, porque la finca estaba embrujada.

Hasta el mismo lord Canterville, como hombre de la más escrupulosa honradez, se creyó en el deber de participárselo a míster Otis, cuando llegaron a discutir las condiciones.

—Nosotros mismos —dijo lord Canterville— nos hemos resistido en absoluto a vivir en ese sitio desde la época en que mi tía-abuela, la duquesa de Bolton, tuvo un desmayo, del que nunca se repuso por completo, motivado por el espanto que experimentó al sentir que dos manos de esqueleto se posaban sobre sus hombros, estando vistiéndose para cenar. Me creo en el deber de decirle, míster Otis, que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia, que viven actualmente, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, agregado del King's-College de Oxford. Después del trágico accidente ocurrido a la duquesa, ninguna de las doncellas quiso quedarse en casa, y lady Canterville no pudo ya conciliar el sueño a causa de los ruidos misteriosos que llegaban del corredor y de la biblioteca.

—Milord —respondió el ministro—, adquiriré el inmueble y el fantasma bajo inventario. Llego de un país moderno, en el que podemos tener todo cuanto el dinero es capaz de proporcionar, y esos mozos nuestros, jóvenes y avispados, que recorren de parte a parte el viejo continente, que se llevan los mejores actores de ustedes, y sus mejores *primadonnas*, estoy seguro de que si queda todavía un verdadero fantasma en Europa vendrán a buscarlo en seguida para colocarle en uno de nuestros museos públicos o para pasearle por los caminos como un fenómeno.

—El fantasma existe; me lo temo —dijo lord Canterville, sonriendo—, aunque quizá se resiste a las ofertas de los intrépidos empresarios de ustedes. Hace más de tres siglos que se le conoce. Data, con precisión, de 1574, y no deja de mostrarse nunca cuando está a punto de ocurrir alguna defunción en la familia.

—¡Bah! Los médicos de cabecera hacen lo mismo, lord Canterville. Amigo mío, un fantasma no puede existir y no creo que las leyes de la naturaleza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa.

—Realmente, son ustedes muy naturales en América —dijo lord Canterville, que no acababa de comprender la última observación de míster Otis—. Ahora bien, si le gusta a usted tener un fantasma en casa, mejor que mejor. Acuérdese únicamente de que yo le previne.

Algunas semanas después se cerró el trato y, a fines de estación, el ministro y su familia emprendieron el viaje hacia Canterville.

Mistress Otis, que con el nombre de miss Lucrecia R. Tappan, de la calle West,

52, había sido una ilustre beldad de Nueva York, era todavía una mujer guapísima, de edad regular, con unos ojos hermosos y un perfil soberbio.

Muchas damas americanas, cuando abandonan su país natal, adoptan aires de persona atacada de una enfermedad crónica y se figuran que eso es uno de los sellos de distinción de Europa; pero mistress Otis no cayó nunca en ese error.

Tenía una naturaleza magnífica y una extraordinaria vitalidad.

A decir verdad, era completamente inglesa, bajo muchos aspectos, y hubiese podido citársela en buena lid para sostener la tesis de que lo tenemos todo en común con América, hoy día, excepto la lengua, como es de suponer.

Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington por sus padres, en un momento de patriotismo que él no cesaba de lamentar, era un muchacho rubio, de bastante buena figura, que se había erigido en candidato a la diplomacia, dirigiendo un cotillón en el casino de Newport durante tres temporadas seguidas, y aun en Londres pasaba por ser un bailarín excepcional.

Sus únicas debilidades eran las gardenias y la pairia; aparte de eso, era perfectamente sensato.

Miss Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y graciosa como un cervatillo, con un bonito aire de despreocupación en sus grandes ojos azules.

Era una amazona maravillosa y, sobre su *poney*, derroto una vez en carreras al viejo lord Bilton, dando dos veces la vuelta al parque, ganándole por caballo y medio, precisamente frente a la estatua de Aquiles, lo cual provocó un entusiasmo tan delirante en el joven duque de Cheshire, que la propuso acto continuo el matrimonio, y sus tutores tuvieron que expedirle aquella misma noche a Eton, bañado en lágrimas.

Después de Virginia venían dos gemelos, conocidos de ordinario con el nombre de Estrellas y Bandas, porque se les encontraba siempre ostentándolas.

Eran unos niños encantadores y, con el ministro, los únicos verdaderos republicanos de la familia.

Como Canterville-Chase está a siete millas de Ascot, la estación más próxima, míster Otis telegrafió que fueran a buscarle en coche descubierto, y emprendieron la marcha en medio de la mayor alegría.

Era una noche encantadora de julio en que el aire estaba aromado de olor a pinos.

De vez en cuando oíase a una paloma arrullándose con su voz más dulce, o entreveíase entre la maraña y el frú frú de los helechos la pechuga, de oro bruñido, de algún faisán.

Ligeras ardillas les espiaban desde lo alto de las hayas, a su paso; unos conejos corrían como exhalaciones a través de los matorrales o sobre los collados herbosos, levantando su rabo blanco.

Sin embargo, no bien entraron en la avenida de Canterville-Chase, el cielo se cubrió repentinamente de nubes. Un extraño silencio pareció invadir toda la atmósfera, una gran bandada de cornejas cruzó calladamente por encima de sus cabezas y, antes de que llegasen a la casa, ya habían caído algunas gotas.

En los escalones se hallaba para recibirles una vieja pulcramente vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos.

Era mistress Umney, el ama de gobierno que mistress Otis, a vivos requerimientos de lady Canterville, accedió a conservar en su puesto.

Hizo una profunda reverencia a la familia cuando echaron pie a tierra y dijo con un singular acento de los buenos tiempos antiguos:

—Les doy la bienvenida a Canterville-Chase.

La siguieron, atravesando un hermoso *hall* de estilo Tudor, hasta la biblioteca, largo salón espacioso que terminaba en un ancho ventanal acristalado.

Estaba preparado el té.

Luego, una vez que se quitaron los trajes de viaje, sentáronse todos y se pusieron a curiosear en torno suyo, mientras mistress Umney iba de un lado para otro.

De pronto, la mirada de mistress Otis cayó sobre una mancha de un rojo oscuro que había sobre el pavimento, precisamente al lado de la chimenea, y, sin darse cuenta de sus palabras, dijo a mistress Umney:

—Veo que han vertido algo en ese sitio.

—Sí, señora —contestó mistress Umney en voz baja—. Ahí se ha vertido sangre.

—¡Es espantoso! —exclamó mistress Otis—. No quiero manchas de sangre en un salón. Es preciso quitar eso inmediatamente.

La vieja sonrió y con la misma voz baja y misteriosa, respondió:

—Es sangre de lady Leonor de Canterville, que fue muerta en ese mismo sitio por su propio marido, sir Simón de Canterville, en 1565. Sir Simón la sobrevivió nueve años, desapareciendo de repente en circunstancias misteriosísimas. Su cuerpo no se encontró nunca, pero su alma culpable sigue embrujando la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y por otras personas, pero quitarla… es imposible.

—Todo eso son tonterías —exclamó Washington Otis—. El producto «quita-manchas», el limpiador incomparable del «campeón Pinkerton» hará desaparecer eso en un abrir y cerrar de ojos.

Y antes de que el ama de gobierno, aterrada, pudiese intervenir, *ya* se había arrodillado y frotaba vivamente el entarimado con una barrita de una substancia parecida al cosmético negro.

A los pocos instantes, la mancha había desaparecido sin dejar rastro.

—Ya sabía yo que el Pinkerton la borraría —exclamó en tono triunfal, paseando una mirada circular sobre su familia llena de admiración.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó la estancia sombría, y el retumbar del trueno levantó a todos, menos a mistress Umney, que se desmayó.

—¡Qué clima más atroz! —dijo tranquilamente el ministro, encendiendo un largó veguero—. Creo que el país de los abuelos está lleno de gente, que no hay buen tiempo bastante para todo el mundo. Siempre opiné que lo mejor que pueden hacer

los ingleses es emigrar.

—Querido Hiram —replicó mistress Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Descontaremos eso de su salario en caja. Así no se volverá a desmayar.

En efecto, mistress Umney no tardó en volver en sí. Sin embargo, veíase que estaba conmovida hondamente; y con voz solemne advirtió a mistress Otis que debía esperarse algún disgusto en la casa.

—Señores, he visto con mis propios ojos unas cosas… que pondrían los pelo de punta a un cristiano. Y durante noches y noches, no he podido pegar los ojos a causa de los hechos terribles que pasaban.

A pesar de lo cual, míster Otis y su esposa aseguraron vivamente a la buena mujer que no tenían miedo ninguno de los fantasmas.

La vieja ama de llaves, después de haber impetrado la bendición de la Providencia sobre sus nuevos amos, y de arreglárselas para que le aumentasen el salario, se retiró a su habitación renqueando.

II

La tempestad se desencadenó durante toda la noche, pero no produjo nada extraordinario.

Al día siguiente, por la mañana, cuando bajaron a almorzar, encontraron de nuevo la terrible mancha sobre el entarimado.

—No creo que tenga la culpa el Limpiador sin rival —dijo Washington—, pues lo he ensayado sobre toda clase de manchas. Debe ser cosa del fantasma.

En consecuencia, borró la mancha, después de frotar un poco.

Al otro día, por la mañana había reaparecido.

Y, sin embargo, la biblioteca permaneció cerrada la noche anterior, llevándose arriba la llave mistress Otis.

Desde entonces, la familia empezó a interesarse por aquello.

Míster Otis se hallaba a punto de creer que había estado demasiado dogmático negando la existencia de los fantasmas.

Mistress Otis expresó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica, y Washington preparó una larga carta a mistress Myers y Podmore, basada en la persistencia de las manchas de sangre cuando provienen de un crimen.

Aquella noche disipó todas las dudas sobre la existencia objetiva de los fantasmas.

La familia había aprovechado la frescura de la tarde para dar un paseo en coche.

Regresaron a las nueve, tomando una ligera cena.

La conversación no recayó ni un momento sobre los fantasmas; de manera que faltaban hasta las condiciones más elementales de espera y de receptibilidad que preceden tan a menudo a los fenómenos psíquicos.

Los asuntos que discutieron, por lo que luego he sabido por mistress Otis, fueron simplemente los habituales en la conversación de los americanos cultos que pertenecen a las clases elevadas, como, por ejemplo, la inmensa superioridad de miss Janny Davenport sobre Sarah Bernhardt, como actriz; la dificultad para encontrar maíz verde, galletas de trigo sarraceno y polenta, aun en las mejores casas inglesas; la importancia de Boston en el desenvolvimiento del alma universal; las ventajas del sistema que consiste en anotar los equipajes de los viajeros, y la dulzura del acento neyorkino, comparado con el dejo de Londres.

No se trató para nada de lo sobrenatural; no se hizo ni la menor alusión indirecta a sir Simón de Canterville.

A las once, la familia se retiró.

A las once y media estaban apagadas todas las luces.

Poco después míster Otis se despertó con un ruido singular en el corredor, fuera de su habitación.

Parecía un ruido de hierros viejos, y se acercaba cada vez más.

Se levantó en el acto, encendió una luz y miró la hora.

Era la una en punto.

Míster Otis estaba perfectamente tranquilo. Se tomó el pulso y no le encontró nada alterado.

El ruido extraño continuaba, al mismo tiempo que se oía claramente el sonar de unos pasos.

Míster Otis se puso las zapatillas, cogió un frasquito alargado de su tocador y abrió la puerta.

Y vio frente a él, en el pálido claro de luna, a un viejo de aspecto terrible.

Sus ojos parecían carbones encendidos. Una larga cabellera gris caía en mechones revueltos sobre sus hombros. Sus ropas, de corte antiguado, estaban manchadas y en jirones. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas y unos grilletes herrumbrosos.

—Mi distinguido señor —dijo míster Otis— permítame que le ruegue vivamente que se engrase esas cadenas. Le he traído para ello una botellita del engrasador Tammany-Sol-Levante. Dicen que una sola untura es eficacísima, y en la etiqueta hay varios certificados de nuestros teólogos más ilustres que dan fe de ello. Voy a dejársela aquí, al lado de las mecedoras, y tendré un verdadero placer en proporcionarle más si así lo desea.

Dicho lo cual, el ministro de los Estados Unidos dejó el frasquito sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville permaneció algunos minutos inmóvil de indignación.

Después tiró, lleno de rabia, el frasquito contra el suelo encerado y huyó por el

corredor, lanzando gruñidos cavernosos y despidiendo una extraña luz verde.

Sin embargo, cuando llegaba a la gran escalera de roble, se abrió de repente una puerta. Aparecieron dos siluetas infantiles, vestidas de blanco, y una voluminosa almohada le rozó la cabeza.

Evidentemente, no había tiempo que perder, así es que, utilizando como medio de fuga la cuarta dimensión del espacio, se desvaneció a través del estuco, y la casa recobró su tranquilidad.

Llegado a un cuartito secreto del ala izquierda, se adosó a un rayo de luna para tomar aliento y se puso a reflexionar para darse cuenta de su situación.

Jamás en toda su brillante carrera, que duraba ya trescientos años seguidos, fue injuriado tan groseramente.

Se acordó de la duquesa viuda, en quien provocó una crisis de terror, estando mirándose al espejo, cubierta de brillantes y de encajes; de las cuatro doncellas, a quienes había enloquecido, produciéndoles convulsiones histéricas, sólo con hacerles visajes entre las cortinas de una de las habitaciones destinadas a invitados; del rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo, cuando volvía el buen señor de la biblioteca, a una hora avanzada, y que desde entonces se convirtió en mártir de toda clase de alteraciones nerviosas; de la vieja señora de Tremouillac, que, al despertarse a medianoche, le vio sentado en un sillón, al lado de la lumbre, en forma de esqueleto, entretenido en leer el diario que redactaba ella de su vida, y que, de resultas de la impresión, tuvo que guardar cama durante seis meses, víctima de un ataque cerebral. Una vez curada se reconcilió con la Iglesia y rompió toda clase de relaciones con el señalado escéptico monsieur de Voltaire.

Recordó igualmente la noche terrible en que el bribón de lord Canterville fue hallado agonizante en su tocador, con una sota de espadas hundida en la garganta, viéndose obligado a confesar que por medio de aquella carta había timado la suma de 10.0000 libras a Carlos Fox, en casa de Grookford. Y juraba que aquella carta se la hizo tragar el fantasma.

Todas sus grandes hazañas le volvían a la memoria.

Vio desfilar al mayordomo que se levantó la tapa de los sesos por haber visto una mano verde tamborilear sobre los cristales; y a la bella lady Steelfield, condenada a llevar alrededor del cuello un collar de terciopelo negro para tapar la señal de cinco dedos, impresos como con un hierro candente sobre su blanca piel, y que terminó por ahogarse en el vivero que había al extremo de la Avenida Real.

Y, lleno del entusiasmo ególatra del verdadero artista, pasó revista a sus creaciones más célebres.

Se dedicó una amarga sonrisa al evocar su última aparición en el papel de «Rubén el Rojo, o el rorro estrangulado», su debut en el de «Gibeon el Vampiro flaco del páramo de Bexley» y el furor que causó una tarde encantadora de junio sólo con jugar a los bolos con sus propios huesos sobre el campo de hierba de *lawn-tennis*.

¿Y todo para qué?

¡Para que unos miserables americanos le ofreciesen el engrasador marca «Sol-Levante» y le tirasen almohadas a la cabeza! Era realmente intolerable.

Además, la historia nos enseña que jamás fue tratado ningún fantasma de aquella manera.

Llegó a la conclusión de que era preciso tomarse el desquite, y permaneció hasta el amanecer en actitud de profunda meditación.

III

A la mañana siguiente, cuando el almuerzo reunió a la familia Otis, se discutió extensamente acerca del fantasma.

El ministro de los Estados Unidos estaba, como era natural, un poco ofendido viendo que su ofrecimiento no había sido aceptado.

—No quisiera, en modo alguno, injuriar personalmente al fantasma —dijo— y reconozco que, dada la larga duración de su estancia en la casa, no era nada cortés tirarle una almohada a la cabeza…

Siento tener que decir que esta observación tan justa provocó una explosión de risa en los gemelos.

—Pero, por otro lado —prosiguió míster Otis— si se empeña, sin más ni más, en no hacer uso del engrasador marca «Sol-Levante», nos veremos precisados a quitarle las cadenas. No habrá manera de dormir con todo ese ruido a la puerta de las alcobas.

Pero, sin embargo, en el resto de la semana no fueron molestados.

Lo único que les llamó la atención fue la reaparición continua de la mancha de sangre sobre el *parquet* de la biblioteca.

Era realmente muy extraño, tanto más cuanto que mistress Otis cerraba la puerta con llave por la noche, igual que las ventanas.

Los cambios de color que sufría la mancha, comparables a los de un camaleón, produjeron asimismo frecuentes comentarios en la familia.

Una mañana era de un rojo obscuro, casi violáceo; otras veces era bermellón; luego de un púrpura espléndido, y un día, cuando bajaron a rezar, según los ritos sencillos de la libre iglesia episcopal reformada de América, la encontraron de un hermoso verde esmeralda.

Como es natural, estos cambios caleidoscópicos divirtieron grandemente a la reunión, y hacíanse apuestas todas las noches con entera tranquilidad.

La única persona que no tomó parte en la broma fue la joven Virginia.

Por razones ignoradas, sentíase siempre impresionada ante la mancha de sangre, y estuvo a punto de llorar la mañana que apareció verde esmeralda.

El fantasma hizo su aparición un domingo por la noche. Al poco tiempo de estar

todos ellos acostados, les alarmó un enorme estrépito que se oyó en el *halt*.

Bajaron apresuradamente y se encontraron con que una armadura completa se había desprendido de su soporte, cayendo sobre las losas.

Cerca de allí, sentado en un sillón de alto respaldo, el fantasma de Canterville se restregaba las rodillas, con una expresión de agudo dolor sobre su rostro.

Los gemelos, que se habían provisto de sus cañas de majuelos, le lanzaron inmediatamente dos huesos con esa seguridad de puntería que sólo se adquiere a fuerza de largos y pacientes ejercicios sobre el profesor de caligrafía.

Mientras tanto el ministro de los Estados Unidos mantenía al fantasma bajo la amenaza de su revólver, y, conforme a la etiqueta californiana, le intimaba a levantar los brazos.

El fantasma se alzó bruscamente lanzando un grito de furor salvaje y se disipó en medio de ellos, como una niebla, apagando de paso le vela de Washington Otis y dejándoles a todos en la mayor oscuridad.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, una vez dueño de sí, se decidió a lanzar su célebre repique de carcajadas satánicas.

Había experimentado ya, en diferentes ocasiones, utilidad de aquel procedimiento.

Contaba la gente que aquello hizo encanecer en una sola noche el peluquín de lord Raker.

Lo cierto es que no necesitaron más tres sucesivas amas de gobierno para decidirse a dimitir antes de terminar el primer mes en su cargo.

Por consiguiente lanzó su carcajada más horrible, despertando paulatinamente los ecos en las antiguas bóvedas; pero, apenas apagados éstos, se abrió una puerta y apareció, vestida de azul claro, mistress Otis.

—Me temo —dijo la dama— que esté usted indispuesto y aquí le traigo un frasco de la tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, esto le sentará muy bien.

El fantasma la miró con ojos llameantes de furor, y se creyó en el deber de metamorfosearse en un gran perro negro.

Era un truco que le había dado una reputación merecidísima, y al cual atribuía el médico de la familia la idiotez incurable del tío de lord Canterville, el honorable Tomás Horton.

Pero un ruido de pasos que se acercaban le hizo vacilar en su cruel determinación, y se contentó con volverse un poco fosforescente.

En seguida se desvaneció, después de lanzar un gemido sepulcral, porque los gemelos iban a darle alcance.

Una vez en su habitación, sintiose destrozado, presa de la agitación más violenta.

La ordinariez de los gemelos, el grosero materialismo de mistress Otis, todo aquello resultaba realmente vejatorio; pero, lo que más le humillaba era no tener ya fuerzas para llevar la cota de malla.

Contaba con hacer impresión aun en unos americanos modernos, con hacerles estremecer a la vista de un espectro acorazado, ya que no por motivos razonables, al menos por deferencia hacia su poeta nacional, Longfellow, cuyas poesías delicadas y atrayentes habíanle ayudado con frecuencia a matar el tiempo, mientras los Canterville estaban en Londres.

Además, era su propia armadura. La llevó con éxito en el torneo de Kenilworth, siendo felicitado calurosamente por la *Reina-Virgen* en persona.

Pero cuando quiso ponérsela, quedó aplastado por completo con el peso de la enorme coraza y del yelmo de acero. Y se desplomó pesadamente sobre las losas de piedra, despellejándose las rodillas y contusionándose la muñeca derecha.

Durante varios días estuvo malísimo y no pudo salir de su morada más que lo necesario para mantener en buen estado la mancha de sangre.

No obstante lo cual, a fuerza de cuidados, acabó por restablecerse y decidió hacer una tercera tentativa para aterrorizar al ministro de los Estados Unidos y a su familia.

Eligió para su reaparición en escena el viernes, 17 de agosto, consagrando gran parte del día a pasar revista a sus trajes.

Su elección recayó al fin en un sombrero de ala levantada por un lado y caída del otro, con una pluma roja, en un sudario deshinchado por las mangas y el cuello, y, por último, en un puñal mohoso.

Al atardecer estalló una gran tormenta. El viento era tan fuerte que sacudía y cerraba violentamente las puertas y ventanas de la vetusta casa. Realmente, aquél era el tiempo que le convenía. He aquí lo que pensaba hacer:

Iría sigilosamente a la habitación de Washington Otis, le musitaría unas frases ininteligibles, quedándose al pie de la cama y le hundiría tres veces seguidas el puñal en la garganta, a los sones de una música apagada.

Odiaba sobre todo a Washington porque sabía perfectamente que era él quien acostumbraba a quitar la famosa mancha de sangre de Canterville, empleando el «Limpiador incomparable de Pinkerton».

Después de reducir al temerario, al despreocupado joven, entraría en la habitación que ocupaban el ministro de los Estados Unidos y su mujer.

Una vez allí, colocaría una mano viscosa sobre la frente de mistress Otis, y, al mismo tiempo, murmuraría con voz sorda al oído del ministro tembloroso los secretos terribles del osario.

En cuanto a la pequeña Virginia, aún no tenía decidido nada. No le había insultado nunca. Era bonita y cariñosa. Unos cuantos gruñidos sordos que saliesen del armario le parecían más que suficientes, y, si no bastaban para despertarla, llegaría hasta tirarla de la puntita de la nariz con sus dedos rígidos por la parálisis.

A los gemelos estaba resuelto a darles una lección: lo primero que haría sería sentarse sobre sus pechos, con objeto de producirles la sensación de la pesadilla. Luego, aprovechando que sus camas estaban muy juntas, se alzaría en el espacio libre entre ellas, con el aspecto de un cadáver verde y frío como el hielo, hasta que se

quedasen paralizados de terror. En seguida, tirando bruscamente su sudario, daría la vuelta al dormitorio en cuatro patas, como un esqueleto blanqueado por el tiempo, moviendo los ojos en sus órbitas, en su creación de «Daniel el mudo, o el esqueleto del suicida», papel en el cual hizo un gran efecto en varias ocasiones. Creía estar tan bien en éste, como en su otro papel de «Martín el demente, o el misterio enmascarado».

A las diez y media oyó subir a la familia a acostarse.

Durante algunos instantes, le inquietaron las tumultuosas carcajadas de los gemelos, que se divertían evidentemente, con su loca alegría de colegiales, antes de meterse en la cama.

Pero a las once y cuarto todo quedó nuevamente en silencio, y cuando sonaron las doce se puso en camino.

La lechuza chocaba contra los cristales de la ventana. El cuervo crascitaba en el hueco de un tejo centenario, y el viento gemía vagando alrededor de la casa, como un alma en pena; pero la familia Otis dormía, sin sospechar la suerte que le esperaba.

Oía con toda claridad los ronquidos regulares del ministro de los Estados Unidos, que dominaban el ruido de la lluvia y de la tormenta.

Se deslizó furtivamente a través del estuco. Una sonrisa perversa se dibujaba sobre su boca cruel y arrugada, y la luna escondió su rostro tras una nube cuando pasó delante de la gran ventana ojival, sobre la que estaban representadas, en azul y oro, sus propias armas, y las de su esposa asesinada.

Seguía andando siempre, deslizándose como una sombra funesta, que parecía hacer retroceder de espanto a las mismas tinieblas en su camino.

En un momento dado le pareció oír que alguien le llamaba; se detuvo, pero era tan sólo un perro que ladraba en la Granja Roja.

Prosiguió su marcha, refunfuñando extraños juramentos del siglo XVI, y blandiendo de vez en cuando el puñal enmohecido en el aire de medianoche.

Por fin, llegó a la esquina del pasillo que conducía a la habitación del infortunado Washington.

Allí hizo una breve parada.

El viento agitaba en torno de su cabeza sus largos mechones grises, y ceñía en pliegues grotescos y fantásticos el horror indecible del fúnebre sudario.

Sonó entonces el cuarto en el reloj.

Comprendió que había llegado el momento.

Se dedicó una risotada, y dio la vuelta a la esquina. Pero, apenas lo hizo, retrocedió lanzando un gemido lastimero de terror, y escondiendo su cara lívida entre sus largas manos huesosas.

Frente a él había un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como la pesadilla de un loco.

La cabeza del espectro era pelada y reluciente; su faz, redonda, carnosa y blanca; una risa horrorosa parecía retorcer sus rasgos en una mueca eterna; por los ojos

brotaba, a oleadas, una luz escarlata; la boca tenía el aspecto de un ancho pozo de fuego, y una vestidura horrible, como la del mismo Simón, envolvía con su nieve silenciosa aquella forma gigantesca.

Sobre el pecho tenía colgado un cartel con una inscripción en caracteres extraños, antiguos.

Quizás era un rótulo infamante, donde estaban escritos delitos espantosos, una terrible lista de crímenes.

Tenía, por último, en su mano derecha una cimitarra de acero resplandeciente.

Como no había visto nunca fantasmas hasta aquel día, sintió un pánico terrible y, después de lanzar a toda prisa una segunda mirada sobre el monstruo atroz, regresó a su habitación, trompicando en el sudario que le envolvía.

Cruzó la galería corriendo y acabó por dejar caer el puñal enmohecido en las botas de montar del ministro, donde lo encontró el mayordomo al día siguiente.

Una vez refugiado en su retiro, se desplomó sobre un reducido catre de tijera, tapándose la cabeza con las sábanas. Pero, al cabo de un momento, el valor indomable de los antiguos Canterville se despertó en él y tomó la resolución de hablar al otro fantasma en cuanto amaneciese.

Por consiguiente, no bien el alba plateó las colinas con su contacto, volvió al sitio en que había visto por primera vez al horroroso fantasma.

Pensaba que después de todo dos fantasmas valían más que uno solo, y que, con ayuda de su nuevo amigo, podría contender victoriosamente con los gemelos. Pero cuando llegó al sitio, hallose en presencia de un espectáculo terrible.

Sucedíale algo indudablemente al espectro, porque la luz había desaparecido por completo de sus órbitas.

La cimitarra centelleante se había caído de su mano y estaba recostado sobre la pared en una actitud forzada e incómoda.

Simón se precipitó hacia delante y le cogió en sus brazos; pero cuál no sería su terror viendo despegarse la cabeza y rodar por el suelo, mientras el cuerpo tomaba la posición supina; y notó que abrazaba una cortina blanca de lienzo grueso, y que yacían a sus pies una escoba, un machete de cocina y una calabaza vacía.

Sin poder comprender aquella curiosa transformación, cogió con mano febril el cartel, leyendo a la claridad grisácea de la mañana estas palabras terribles:

HE-AQUÍ-EL-FANTASMA-OTIS
EL ÚNICO-ESPÍRITU-AUTÉNTICO-Y-VERDADERO
¡DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES!
TODOS-LOS-DEMÁS-ESTÁN-FALSIFICADOS

Y la entera verdad se le apareció como en un relámpago.

¡Había sido burlado, chasqueado, engañado!

La expresión característica de los Canterville reapareció en sus ojos, apretó las

mandíbulas desdentadas y, levantando por encima de su cabeza sus manos amarillas, juró, según el ritual pintoresco de la antigua escuela, «que cuando el gallo tocase por dos veces el cuerno de su alegre llamada se consumirían sangrientas hazañas, y el crimen, de callado paso, saldría de su retiro».

No había terminado de formular este juramento terrible cuando de una alquería lejana, de tejado de ladrillo rojo, salió el canto de un gallo.

Lanzó una larga risotada, lenta y amarga, y esperó, Esperó una hora y después otra; pero por alguna razón misteriosa, no volvió a cantar el gallo.

Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las criadas le obligó a abandonar su terrible guardia y regresó a su morada, con altivo paso, pensando en su juramento vano y en su vano proyecto fracasado.

Una vez allí, consultó varios libros de caballería, cuya lectura le interesaba extraordinariamente, y pudo comprobar que el gallo cantó siempre dos veces en cuantas ocasiones se recurrió a aquel juramento.

—¡Que el diablo se lleve a ese animal volátil! —murmuró—. ¡En otro tiempo hubiese caído sobre él con mi buena lanza, atravesándole el cuello y obligándole a cantar otra vez, para mí, aunque reventara!

Y dicho esto, se retiró a su confortable caja de plomo y allí permaneció hasta la noche.

IV

Al día siguiente el fantasma se sintió muy débil, muy cansado.

Las terribles emociones de las cuatro últimas semanas empezaban a producir su efecto.

Tenía el sistema nervioso completamente alterado y temblaba al más ligero ruido.

No salió de su habitación en cinco días y concluyó por hacer una concesión en lo relativo a la mancha de sangre del *parquet* de la biblioteca. Puesto que la familia Otis no quería verla, era indudablemente que no la merecía. Aquella gente estaba colocada a ojos vistas en un plano inferior de vida material, y era incapaz de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensibles.

La cuestión de las apariciones de fantasmas y el desenvolvimiento de los cuerpos astrales eran realmente para ellos cosa desconocida e, indiscutiblemente, fuera de su alcance.

Constituía para él un deber ineludible mostrarse en el corredor una vez a la semana, y farfullar por la gran ventana ojival el primero y el tercer miércoles de cada mes. No veía ningún medio digno de sustraerse a su obligación.

Verdad es que su vida fue muy criminal, pero, quitado eso, era hombre muy

concienzudo en todo cuanto se relacionaba con lo sobrenatural.

Así, pues, los tres sábados siguientes atravesó, como de costumbre, el corredor entre doce de la noche y tres de la madrugada, tomando todas las precauciones posibles para no ser visto ni oído.

Se quitaba las botas, pisaba lo más ligeramente que podía sobre las viejas maderas carcomidas, envolvíase en una gran capa de terciopelo negro, y no dejaba de usar el «Engrasador Sol-Levante» para engrasar sus cadenas. Me veo precisado a reconocer que sólo después de muchas vacilaciones se decidió a adoptar este último medio de protección. Pero al fin, una noche, mientras cenaba la familia, se deslizó en el dormitorio de mistress Otis y se llevó el frasquito.

Al principio se sintió un poco humillado, pero después fue suficientemente razonable para comprender que aquel invento merecía grandes elogios y que cooperaba, en cierto modo, a la realización de sus proyectos.

A pesar de todo, no se vio a cubierto de matracas.

No dejaban nunca de tenderle cuerdas de lado a lado del corredor para hacerle tropezar en la obscuridad, y una vez que se había disfrazado para el papel de «Isaac el negro, o el cazador del bosque de Hogsley», cayó cuan largo era al poner el pie sobre una pista de maderas enjabonadas que habían colocado los gemelos desde el umbral del salón de Tapices hasta la parte alta de la escalera de roble.

Esta última afrenta le dio tal rabia, que decidió hacer un esfuerzo para imponer su dignidad y consolidar su posición social, y formó el proyecto de visitar a la noche siguiente a los insolentes chicos de Eton, en su célebre papel de «Ruperto el temerario, o el conde sin cabeza».

No se había mostrado con aquel disfraz desde hacía setenta años, es decir, desde que causó con él tal pavor a la bella lady Bárbara Modish, que ésta retiró su consentimiento al abuelo del actual lord Canterville y se fugó a Gretna Green, con el arrogante Jack Castletown, jurando que por nada del mundo consentiría en emparentar con una familia que toleraba los paseos de un fantasma tan horrible por la terraza, al atardecer.

El pobre Jack fue al poco tiempo muerto en duelo por lord Canterville en la pradera de Wandsworth y lady Bárbara murió de pena en Tumbridge Wells, antes de terminar el año; así es que fue un gran éxito por todos conceptos.

Sin embargo, era, permitiéndome emplear un término de *argot* teatral para aplicarle a uno de los mayores misterios del mundo sobrenatural (o en lenguaje más científico) *del mundo superior a la Naturaleza*, era, repito, una creación de las más difíciles y necesitó sus tres buenas horas para terminar los preparativos.

Por fin, todo estuvo listo, y él contentísimo de su disfraz.

Las grandes botas de montar, que hacían juego con el traje, eran, eso sí, un poco holgadas para él; y no pudo encontrar más que una de las dos pistolas de arzón; pero, en general, quedó satisfechísimo, y a la una y cuarto pasó a través del estuco y bajó al corredor.

Cuando estuvo cerca de la habitación, ocupada por los gemelos, y que llamaré el dormitorio azul, por el color de sus cortinajes, se encontró con la puerta entreabierta.

A fin de hacer una entrada sensacional, la empujó con violencia; pero se le vino encima una jarra de agua que le empapó hasta los huesos, no dándole en el hombro por unos milímetros.

Al mismo tiempo oyó unas risas sofocadas, que partían de la doble cama con dosel.

Su sistema nervioso sufrió tal conmoción que regresó a sus habitaciones a todo escape, y al día siguiente tuvo que permanecer en la cama con un fuerte reuma.

El único consuelo que tuvo, fue el de no haber llevado su cabeza sobre los hombros; pero, sin esto, las consecuencias hubieran podido ser más graves.

Desde entonces, renunció para siempre a espantar a aquella recia familia de americanos, y se limitó a vagar por el corredor, con zapatillas de orillo, envuelto el cuello en una gruesa bufanda, por temor a las corrientes de aire, y provisto de un pequeño arcabuz, para el caso en que fuese atacado por los gemelos.

Hacia el 19 de septiembre fue cuando recibió el golpe de gracia.

Había bajado por la escalera hasta el espacioso *hall*, seguro de que en aquel sitio, por lo menos, estaba a cubierto de jugarretas; y se entretenía en hacer observaciones satíricas sobre las grandes fotografías del ministro de los Estados Unidos, y de su mujer, hechas en casa de Sarow.

Iba vestida sencilla, pero decentemente, con un largo sudario, salpicado de moho de cementerio. Habíase atado la quijada con una tira de tela amarilla, y llevaba una linternita y un azadón de sepulturero.

En una palabra, iba disfrazado de «Jonás el desenterrado, o el ladrón de cadáveres de Chertsey Barn».

Era una de sus creaciones más notables, y de la que guardaban recuerdo, con más motivo, los Canterville, ya que fue la verdadera causa de su riña con lord Rufford, vecino suyo.

Serían próximamente las dos y cuarto de la madrugada, y, a su juicio, no se movía nadie en la casa. Pero cuando se dirigía tranquilamente del lado de la biblioteca, para ver lo que quedaba de la mancha de sangre, se abalanzaron hacia él, desde un rincón sombrío, dos siluetas, agitando locamente sus brazos sobre sus cabezas, mientras gritaban a su oído.

—¡Uú! ¡Uú! ¡Uú!

Lleno de un terror pánico, cosa muy natural en aquellas circunstancias, se precipitó del lado de la escalera, pero se encontró frente a Washington Otis, que le esperaba armado con la regadera del jardín; de tal modo, que cercado por sus enemigos, casi acorralado, tuvo que evaporarse en la gran estufa de hierro colado, que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y abrirse paso hasta sus habitaciones, por entre tubos y chimeneas, llegando a su domicilio en el tremendo estado en que lo pusieron la agitación, el hollín y la desesperación.

Desde aquella noche, no volvió a vérsele nunca de expedición nocturna.

Los gemelos se quedaron muchas veces en acecho para sorprenderle, sembrando de cáscaras de nuez los corredores todas las noches, con gran molestia de sus padres y de los criados. Pero fue inútil.

Su amor propio estaba profundamente herido, sin duda, y no quería mostrarse.

En vista de ello, míster Otis se puso a trabajar en su gran obra sobre la historia del partido democrático; obra que había empezado tres años antes.

Mistress Otis organizó un *clamb-bake*[3] extraordinario, del que se habló en toda la comarca.

Los niños se dedicaron a jugar a la barra, al *ecarte*, al *poker* y a otras diversiones nacionales de América.

Virginia dio paseos a caballo por las carreteras, en compañía del duquesito de Cheshire, que se hallaba en Canterville pasando su última semana de vacaciones.

Todo el mundo se figuraba que el fantasma había desaparecido, hasta el punto de que míster Otis escribió una carta a lord Canterville para comunicárselo, y recibió en contestación otra carta en la que éste le testimoniaba el placer que le producía la noticia y enviaba sus más sinceras felicitaciones a la digna esposa del ministro.

Pero los Otis se equivocaban.

El fantasma seguía en la casa; y, aunque se hallara muy delicado, no estaba dispuesto a retirarse, sobre todo después de saber que figuraba entre los invitados el duquesito de Cheshire, cuyo tío, lord Francis Stilton, apostó una vez con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville.

A la mañana siguiente se encontraron a lord Stilton tendido sobre el suelo de la casa de juego en un estado de parálisis tal, que, a pesar de la edad avanzada que alcanzó, no pudo ya nunca pronunciar más palabra que ésta:

—¡Seis doble!

Esta historia era muy conocida en su tiempo, aunque, en atención a los sentimientos de dos familias nobles, se hiciera todo lo posible por ocultarla; y existe un relato detallado de todo lo referente a ella en el tomo tercero de las «Memorias de lord Tattle sobre el Príncipe Regente y sus amigos».

Desde entonces el fantasma deseaba vivamente probar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con los que además estaba emparentado por matrimonio, pues una prima hermana suya se casó en segundas nupcias con el señor Bulkeley, del que descienden en línea directa, como todo el mundo sabe, los duques de Cheshire.

Por consiguiente, hizo sus preparativos para mostrarse al pequeño enamorado de Virginia en su famoso papel del «Viejo, vampiro, o el benedictino desangrado».

Era un espectáculo tan espantoso que, cuando la vieja lady Starbury se lo vio representar, es decir, la víspera del año nuevo 1764, empezó a lanzar chillidos agudos que tuvieron por resultado un fuerte ataque de apoplejía y su fallecimiento al cabo de tres días, no sin que desheredara antes a los Canterville y legase todo su dinero a su farmacéutico de Londres.

Pero, a última hora, el terror que le inspiraban los gemelos le retuvo en su habitación, y el duquesito durmió tranquilo en el gran lecho con dosel coronado de plumas del dormitorio real, soñando con Virginia.

V

Unos días después, Virginia y su adorador de cabello rizado dieron un paseo a caballo por los prados de Brockley, paseo en el que ella se desgarró su vestido de amazona al saltar un seto, de tal manera, que de vuelta a su casa entró por la escalera de detrás para que no la viesen.

Al pasar corriendo por delante de la puerta del salón de tapices, que estaba abierta de par en par, le pareció ver a alguien dentro.

Pensó que sería la doncella de su madre que iba con frecuencia a trabajar a esa habitación.

Asomó la cabeza para encargarle que le cosiese el vestido.

¡Pero, con gran sorpresa suya, quien allí estaba era el fantasma de Canterville en persona!

Habíase acomodado ante la ventana, contemplando el oro llameante de los árboles amarillentos que revoloteaba por el aire, las hojas enrojecidas que bailaban locamente a lo largo de la gran avenida.

Tenía la cabeza apoyada en una mano, y toda su actitud revelaba el desaliento más profundo.

Realmente presentaba un aspecto tan abrumado, tan abatido, que la pequeña Virginia, en vez de ceder a su primer impulso, que fue echar a correr y encerrarse en su cuarto, se sintió llena de compasión y tomó el partido de ir a consolarle.

Tenía la muchacha un paso tan ligero y él una melancolía tan honda, que no se dio cuenta de su presencia hasta que le habló.

—Lo he sentido mucho por usted —dijo—, pero mis hermanos regresan mañana a Eton, y entonces, si se porta usted bien, nadie le atormentará.

—Es inconcebible pedirme que me porte bien —le respondió, contemplando estupefacto a la jovencita que tenía la audacia de dirigirle la palabra—. Perfectamente inconcebible. Es necesario que yo sacuda mis cadenas, que gruña por los agujeros de las cerraduras y que corretee de noche. ¿Eso es lo que usted llama portarse mal? No tengo otra razón de ser.

—Eso no es una razón de ser. En sus tiempos fue usted muy malo, ¿sabe? Mistress Umney nos dijo, el mismo día que llegamos, que mató usted a su esposa.

—Sí, lo reconozco —respondió incautamente el fantasma—. Pero era en asunto de familia y nadie tenía que meterse.

—Está muy mal matar a nadie —dijo Virginia, que a veces adoptaba un bonito gesto de gravedad puritana, heredado quizá de algún antepasado venido de Nueva Inglaterra.

—¡Oh, no puedo sufrir la severidad barata de la moral abstracta! Mi mujer era feísima. No almidonaba nunca lo bastante mis puños y no sabía nada de cocina. Mire usted, un día había yo cazado un soberbio ciervo en los bosques de Hogsley, un hermoso macho de dos años. ¡Pues no puede usted figurarse cómo me lo sirvió! Pero, en fin, dejemos esto. Es asunto liquidado, y no encuentro nada bien que sus hermanos me dejasen morir de hambre, aunque yo la matase.

—¡Que le dejaron morir de hambre! ¡Oh, señor fantasma!… Don Simón, quiero decir, ¿es que tiene usted hambre? Hay un *sandwich* en mi costurero. ¿Le gustaría?

—No, gracias, ahora ya no como; pero, de todos modos, lo encuentro amabilísimo por su parte. ¡Es usted bastante más atenta que el resto de su horrible, arisca, ordinaria y ladrona familia!

—¡Basta! —exclamó Virginia, dando con el pie en el suelo—. El arisco, el horrible y el ordinario lo es usted. En cuanto a lo de ladrón, bien sabe usted que me ha robado mis colores de la caja de pinturas para restaurar esa ridícula mancha de sangre en la biblioteca. Empezó usted por coger todos mis rojos, incluso el bermellón, imposibilitándome para pintar puestas de sol. Después agarró usted el verde esmeralda y el amarillo cromo. Y, finalmente, sólo me queda el añil y el blanco china. Así es que ahora no puedo hacer más que claros de luna, que da grima ver, e incomodísimos además de colorear. Y no le he acusado, aun estando fastidiada y a pesar de que todas esas cosas son completamente ridículas. ¿Se ha visto alguna vez sangre color verde esmeralda?…

—Vamos a ver —dijo el fantasma, con cierta dulzura— ¿y qué iba yo a hacer? Es dificilísimo en los tiempos actuales agenciarse sangre de verdad, y ya que su hermano empezó con su quitamanchas incomparable, no veo por qué no iba yo a emplear los colores de usted para resistir. En cuanto al tono, es cuestión de gusto. Así, por ejemplo, los Canterville tienen sangre azul; la sangre más azul que existe en Inglaterra… Aunque ya sé que ustedes los americanos no hacen el menor caso de esas cosas.

—No sabe usted nada, y lo mejor que puede hacer es emigrar y así se formará idea. Mi padre tendrá un verdadero gusto en proporcionarle un pasaje gratuito, y aunque haya derechos de puertas elevadísimos sobre toda clase de ideas, no le pondrán dificultades en la Aduana. Y, una vez en Nueva York, puede usted contar con un gran éxito. Conozco infinidad de personas que darían cien mil dólares por tener antepasados, y que sacrificarían mayor cantidad aún por tener un fantasma de familia.

—Creo que no me divertiría mucho en América.

—Quizá se deba a que allí no tenemos ni ruinas, ni curiosidades —dijo burlonamente Virginia.

—¡Qué curiosidades, ni qué ruinas! —contestó el fantasma—. Tienen ustedes su

marina y sus modales.

—Buenas noches; voy a pedir a papá que conceda a los gemelos una semana más de vacaciones.

—¡No se vaya, miss Virginia, se lo suplico! —exclamó el fantasma—. Estoy tan solo y soy tan desgraciado que no sé qué hacer. Quisiera ir a acostarme y no puedo.

—Pues es inconcebible: no tiene usted más que meterse en la cama y apagar la luz. Algunas veces es dificilísimo permanecer despierto, sobre todo en una iglesia, pero en cambio, dormir es muy sencillo. Ya ve usted, los gemelos saben dormir admirablemente, y no son los más listos.

—Hace trescientos años que no duermo —dijo el anciano tristemente, haciendo que Virginia abriese mucho sus hermosos ojos azules llenos de asombro—. Hace ya trescientos años que no duermo, así es que me siento cansadísimo.

Virginia adoptó un grave continente y sus finos labios se movieron como pétalos de rosa.

Se acercó, y, arrodillándose al lado del fantasma, contempló su rostro envejecido y arrugado.

—Pobrecito Fantasma —profirió a media voz— ¿y no hay ningún sitio donde pueda usted dormir?

—Allá lejos, pasado el pinar —respondió él en voz baja y soñadora—, hay un jardincito. La hierba crece en él alta y espesa; allí pueden verse las grandes estrellas blancas de la cicuta; allí, el ruiseñor canta toda la noche. Canta toda la noche, y la luna de cristal helado deja caer su mirada y el tejo extiende sus brazos de gigante sobre los durmientes.

Los ojos de Virginia se empañaron de lágrimas y sepultó la cara entre sus manos.

—Se refiere usted al jardín de la Muerte —murmuró.

—Sí, de la Muerte, ¡que debe ser hermosa! ¡Descansar en la blanda tierra oscura, mientras las hierbas se balancean encima de nuestra cabeza, y escuchar el silencio! No tener ni ayer ni mañana. Olvidarse del tiempo y de la vida, morar en paz. Usted puede ayudarme; usted puede abrirme de par en par las puertas de la Muerte, porque el amor le acompaña a usted siempre y el Amor es más fuerte que la Muerte.

Virginia tembló. Un estremecimiento helado recorrió todo su ser y durante unos instantes hubo un gran silencio. Parecíale vivir en un sueño terrible.

Entonces el fantasma habló de nuevo con una voz que resonaba como los suspiros del viento:

—¿Ha leído usted alguna vez la antigua profecía que hay sobre las vidrieras de la biblioteca?

—¡Oh, muchas veces! —exclamó la muchacha levantando los ojos—. La conozco muy bien. Está pintada con unas curiosas letras doradas y se lee con dificultad. No tiene más que estos seis versos:

«Cuando una joven rubia logre hacer brotar
una oración de los labios del pecador,
cuando el almendro estéril dé fruto
y una niña deje correr su llanto,
entonces, toda la casa recobrará la tranquilidad
y volverá la paz a Canterville».

—Pero no sé lo que significan.

—Significan que tiene usted que llorar conmigo mis pecados, porque no tengo lágrimas, y que tiene usted que rezar conmigo por mi alma, porque no tengo fe, y entonces, si ha sido usted siempre dulce, buena y cariñosa, el ángel de la muerte se apoderará de mí. Verá usted seres terribles en las tinieblas, y voces funestas murmurarán en sus oídos, pero no podrán hacerle ningún daño, porque contra la pureza de una niña, no pueden nada las potencias infernales.

Virginia no contestó, y el fantasma retorcióse las manos en la violencia de su desesperación sin dejar de mirar la rubia cabeza inclinada.

De pronto se irguió la joven, muy pálida, con un fulgor extraño en los ojos.

—No tengo miedo —dijo con voz firme— y rogaré al ángel que se apiade de usted.

Levantose el fantasma de su asiento lanzando un débil grito de alegría, cogió la blonda cabeza entre sus manos con una gentileza que recordaba los tiempos pasados, y la besó.

Sus dedos estaban fríos como el hielo, y sus labios abrasaban como el fuego, pero Virginia no flaqueó; después le hizo atravesar la estancia sombría.

Sobre el tapiz de un verde apagado estaban bordados unos pequeños cazadores. Soplaban en sus cuernos adornados de flecos, y con sus lindas manos hacíanle gestos de que retrocediese.

—Vuelve sobre tus pasos, Virginita. ¡Vete! —gritaban.

Pero el fantasma le apretaba en aquel momento la mano con más fuerza, y ella cerró los ojos para no verlos.

Horribles animales de colas de lagarto y de ojazos saltones parpadearon maliciosamente en las esquinas de la chimenea, mientras le decían en voz baja:

—Ten cuidado, Virginita, ten cuidado. Podríamos no volver a verte.

Pero el fantasma apresuró entonces el paso y Virginia no oyó nada.

Cuando llegaron al extremo de la estancia, el viejo se detuvo, murmurando unas palabras que ella no comprendió. Volvió Virginia a abrir los ojos y vio disiparse el muro lentamente, como una neblina, y abrirse ante ella una negra caverna.

Un áspero y helado viento les azotó, sintiendo la muchacha que la tiraban del Vestido.

—De prisa, de prisa —gritó el fantasma— o será demasiado tarde.

Y en el mismo momento el muro se cerró de nuevo detrás de ellos, y el salón de

Tapices quedó desierto.

VI

Unos diez minutos después sonó la campana para el té, y Virginia no bajó.

Mistress Otis envió a uno de los criados a buscarla.

No tardó en volver diciendo que no había podido descubrir a miss Virginia por ninguna parte.

Como la muchacha tenía la costumbre de ir todas las tardes al jardín a coger flores para la cena, mistress Otis no se inquietó lo más mínimo. Pero sonaron las seis y Virginia no aparecía.

Entonces su madre se sintió seriamente intranquila y envió a sus hijos en su busca, mientras ella y su marido recorrían todas las habitaciones de la casa.

A las seis y media volvieron los gemelos diciendo que no habían encontrado huellas de su hermana por parte alguna.

Entonces se conmovieron todos extraordinariamente y nadie sabía qué hacer, cuando míster Otis recordó de repente que pocos días antes había permitido acampar en el parque a una tribu de gitanos.

Así es, que salió inmediatamente para Blackfell-Hollow, acompañado de su hijo mayor y de dos criados de la granja.

El duquesito de Cheshire, completamente loco de inquietud, rogó con insistencia a míster Otis que le dejase acompañarle, más éste se negó temiendo algún jaleo. Pero cuando llegó al sitio en cuestión, vio que los gitanos se habían marchado.

Se dieron prisa en huir, sin duda alguna, pues el fuego ardía todavía, y quedaban platos sobre la hierba.

Después de mandar a Washington y a los dos hombres que registrasen los alrededores, se apresuró a regresar, y envió telegramas a todos los inspectores de policía del condado, rogándoles buscasen a una joven raptada por unos vagabundos o gitanos.

Luego hizo que le trajeran su caballo, y después de insistir para que su mujer y sus tres hijos se sentaran a la mesa, partió con un *groom* por el camino de Ascot.

Había recorrido apenas dos millas, cuando oyó un galope a su espalda.

Se volvió, viendo al duquesito que llegaba en su *poney*, con la cara sofocada y la cabeza descubierta.

—Lo siento muchísimo —le dijo el joven con voz entrecortada—, pero me es imposible comer mientras Virginia no aparezca. Se lo ruego, no se enfade conmigo. Si nos hubiera usted permitido casarnos el año último, no habría pasado esto nunca. No me rechaza usted, ¿verdad? ¡No puedo, ni quiero irme!

El ministro no pudo menos de dirigir una sonrisa a aquel mozo guapo y atolondrado, conmovidísimo ante la abnegación que mostraba por Virginia.

Inclinándose sobre su caballo, le acarició los hombros bondadosamente, y le dijo:

—Pues bien, Cecil, ya que insiste usted en venir, no me queda más remedio que admitirle en mi compañía; pero, eso sí, tengo que comprarle un sombrero en Ascot.

—¡Al diablo, sombreros! ¡Lo que quiero es Virginia! —exclamó el duquesito riendo.

Y acto seguido galoparon hasta la estación.

Una vez allí, míster Otis preguntó al jefe si no habían visto en el andén de salida a una joven, cuyas señas correspondiesen con las de Virginia, pero no averiguó nada sobre ella.

No obstante lo cual, el jefe de la estación expidió telegramas a las estaciones del trayecto, ascendentes y descendentes, y le prometió ejercer una vigilancia minuciosa.

En seguida, después de comprar un sombrero para el duquesito, en una tienda de novedades que se disponía a cerrar, míster Otis cabalgó hasta Bexley, pueblo situado cuatro millas más allá, y que, según le dijeron, era muy frecuentado por los gitanos.

Hicieron levantarse al guarda rural, pero no pudieron conseguir ningún dato de él.

Así es, que, después de atravesar la plaza, los dos jinetes, tomaron otra vez el camino de casa, llegando a Canterville a eso de las once, rendidos de cansancio y con el corazón desgarrado por la inquietud.

Se encontraron allí con Washington y los gemelos, esperándoles a la puerta, con linternas, porque la avenida estaba muy oscura.

No se había descubierto la menor señal de Virginia. Los gitanos fueron alcanzados en el prado de Brockley, pero no estaba la joven entre ellos.

Explicaron la prisa de su marcha, diciendo que habían equivocado el día que debía celebrarse la fecha de Chorton, y que el temor de llegar demasiado tarde, les obligó a darse prisa.

Además, parecieron desconsolados por la desaparición de Virginia, pues estaban agradecidísimos a míster Otis por haberles permitido acampar en su parque. Cuatro de ellos se quedaron detrás para tomar parte en las pesquisas.

Se hizo vaciar el estanque de las carpas. Registraron la finca en todos sentidos, pero no consiguieron nada.

Era evidente que Virginia estaba perdida, al menos por aquella noche, y fue con un aire de profundo abatimiento como entraron en casa míster Otis y los jóvenes seguidos del *groom*, que llevaba de las bridas al caballo y al *poney*.

En el *hall* encontráronse con el grupo de los criados llenos de terror.

La pobre mistress Otis estaba tumbada sobre un sofá de la biblioteca, casi loca de espanto y de ansiedad, y la vieja ama de gobierno le humedecía la frente con agua de Colonia.

Fue una comida tristísima.

No se hablaba apenas, y hasta los mismos gemelos parecían despavoridos y

consternados, pues querían mucho a su hermana.

Cuando terminaron, míster Otis, a pesar de los ruegos del duquesito, mandó que todo el mundo se acostase, ya que no podía hacerse cosa alguna aquella noche; al día siguiente telegrafiaría a Scotland Yard para que pusieran inmediatamente varios detectives a su disposición.

Pero he aquí que, en el preciso momento en que salían del comedor, sonaron las doce en el reloj de la torre.

Apenas acababan de extinguirse las vibraciones de la última campanada, cuando oyose un crujido acompañado de un grito penetrante.

Un trueno formidable bamboleó la casa, una melodía que no tenía nada de terrenal flotó en el aire. Un lienzo de pared se despegó bruscamente en lo alto de la escalera, y sobre el rellano, muy pálida, casi blanca, apareció Virginia llevando en la mano una cajita.

Inmediatamente se precipitaron todos hasta ella.

Mistress Otis la estrechó apasionadamente contra su corazón.

El duquesito casi la ahogó con la violencia de sus besos, y los gemelos ejecutaron una danza de guerra salvaje alrededor del grupo.

—¡Ah!, ¡hija mía!, ¿dónde te habías metido? —dijo míster Otis bastante enfadado, creyendo que les había querido dar una broma a todos ellos—. Cecil y yo hemos registrado toda la comarca en busca tuya, y tu madre ha estado a punto de morirse de espanto. No vuelvas a dar bromitas de ese género a nadie.

—¡Menos al fantasma, menos al fantasma! —gritaron los gemelos continuando sus cabriolas.

—Hija mía querida, gracias a Dios que te hemos encontrado; ya no nos volveremos a separar —murmuraba mistress Otis besando a la muchacha, toda trémula, y acariciando sus cabellos de oro que se desparramaban sobre sus hombros.

—Papá —dijo dulcemente Virginia—, estaba con el fantasma. Ha muerto ya. Es preciso que vayáis a verle. Fue muy malo, pero se ha arrepentido sinceramente de todo lo que había hecho y antes de morir me ha dado esta caja de hermosas joyas.

Toda la familia la contempló muda y aterrada, pero ella tenía un aire muy solemne y muy serio.

En seguida, dando media vuelta, les precedió a través del hueco de la pared y bajaron por un corredor secreto.

Washington les seguía llevando una vela encendida que cogió de la mesa. Por fin, llegaron a una gran puerta de roble, erizada de recios clavos.

Virginia la tocó y entonces la puerta giró sobre sus goznes enormes, y se hallaron en una habitación estrecha y baja, con el techo abovedado y que tenía una ventanita.

Junto a una gran argolla de hierro empotrada en el muro, con la cual estaba encadenado, veíase un largo esqueleto, extendido cuan largo era sobre las losas.

Parecía estirar sus dedos descarnados como intentando llegar a un plato y a un cántaro de forma antigua, colocados de tal forma que no pudiese alcanzarlos.

El cántaro había estado lleno de agua, indudablemente, pues tenía su interior tapizado de moho verde.

Sobre el plato no quedaba más que un montón de polvo.

Virginia se arrodilló junto al esqueleto, y, uniendo sus manitas, se puso a rezar en silencio, mientras la familia contemplaba con asombro la horrible tragedia, cuyo secreto acababa de serle revelado.

—¡Atiza! —exclamó de pronto uno de los gemelos, que había ido a mirar por la ventanilla, queriendo adivinar hacia qué lado del edificio caía aquella habitación—. ¡Atiza! El antiguo almendro que estaba seco ha florecido. Se ven admirablemente las hojas a la luz de la luna.

—¡Dios le ha perdonado! —dijo gravemente Virginia, levantándose. Y un magnífico resplandor parecía iluminar su rostro.

—¡Eres un ángel! —exclamó el duquesito, ciñéndole el cuello con sus brazos y besándola.

VII

Cuatro días después de estos curiosos sucesos, a eso de las once de la noche, salía un fúnebre cortejo de Canterville-House.

El carro iba arrastrado por ocho caballos negros, cada uno de los cuales llevaba adornada la cabeza con un gran penacho de plumas de avestruz, que se balanceaban.

La caja de plomo iba cubierta con un rico paño de púrpura, sobre el cual estaban bordadas en oro las armas de los Canterville.

A cada lado del carro y de los coches marchaban los criados, llevando antorchas encendidas.

Toda aquella comitiva tenía un aspecto grandioso e impresionante.

Lord Canterville presidía el duelo; había venido del país de Gales expresamente para asistir al entierro y ocupaba el primer coche con la pequeña Virginia.

Después iban el ministro de los Estados Unidos y su esposa, y detrás Washington y los dos muchachos.

En el último coche iba mistress Umney. Todo el mundo convino en que, después de haber sido atemorizada por el fantasma por espacio de más de cincuenta años, tenía realmente derecho de verle desaparecer para siempre.

Cavaron una profunda fosa en un rincón del cementerio, precisamente bajo el tejo centenario; y dijo las últimas oraciones, del modo más patético, el reverendo Augusto Dampier.

Una vez terminada la ceremonia, los criados, siguiendo una antigua costumbre establecida en la familia Canterville, apagaron sus antorchas.

Luego, al bajar la caja a la fosa, Virginia se adelantó, colocando encima de ella una gran cruz hecha con flores de almendro, blancas y rojas.

En aquel momento salió la luna de detrás de una nube e inundó el cementerio con sus silenciosas oleadas de plata; y de un bosquecillo cercano se elevó el canto de un ruiseñor.

Virginia recordó la descripción que le hizo el fantasma del jardín de la Muerte; sus ojos se llenaron de lágrimas y apenas pronunció una palabra durante el regreso.

A la mañana siguiente, antes que lord Canterville partiese para la ciudad, míster Otis conferenció con él, respecto de las joyas entregadas por el fantasma a Virginia.

Eran soberbias, magníficas.

Había, sobre todo, un collar de rubíes en una antigua montura veneciana, que era un espléndido trabajo del siglo XVI, y el conjunto representaba tal cantidad que míster Otis sentía vivos escrúpulos en permitir a su hija que se quedase con ellas.

—Milord —dijo el ministro—, sé que en este país se aplica la mano muerta lo mismo a los objetos menudos que a las tierras, y es evidente, evidentísimo para mí, que estas joyas deben quedar en poder de usted como legado de familia. Le ruego, por lo tanto, que consienta en llevárselas a Londres, considerándolas simplemente como una parte de su herencia que le fuera restituida en circunstancias extraordinarias. En cuanto a mi hija, no es más que una chiquilla, y hasta hoy, me complace decirlo, siente poco interés por esas futilezas de lujo superfluo. He sabido igualmente por mistress Otis, cuya autoridad no es despreciable en cosas de arte, dicho sea de paso, pues ha tenido la suerte de pasar varios inviernos en Boston siendo muchacha, que esas piedras preciosas tienen un gran valor monetario, y que si se pusieran en venta producirían una bonita suma. En estas circunstancias, lord Canterville, reconocerá usted, indudablemente, que no puedo permitir que queden en manos de ningún miembro de mi familia. Además de que todos esos *bibelots* y todos esos juguetes, por muy apropiados y necesarios que sean a la dignidad de la aristocracia británica, estarían fuera de lugar entre personas educadas según los severos principios, según los inmortales principios, pudiera decirse, de la sencillez republicana. Quizá me atrevería a asegurar que Virginia tiene gran interés en que le deje usted la cajita que encierra esas joyas en recuerdo de las locuras y de los infortunios del antepasado. Y como esa caja está muy vieja, y por consiguiente deterioradísima, quizás encuentre usted razonable acoger favorablemente su petición. En cuanto a mí, confieso que me sorprende grandemente ver a uno de mis hijos demostrar interés por una cosa de la Edad Media, y la única explicación que le encuentro es que Virginia nació en un barrio de Londres, al poco tiempo de regresar mistress Otis de una excursión a Atenas.

Lord Canterville escuchó imperturbable el discurso del digno ministro, atusándose, de vez en cuando, su bigote gris, para ocultar una sonrisa involuntaria.

Una vez que hubo terminado míster Otis, le estrechó cordialmente la mano, y contestó:

—Mi querido amigo, su encantadora hijita ha prestado un servicio importantísimo a mi desgraciado antecesor. Mi familia y yo le estamos reconocidísimos por su maravilloso valor, y por la sangre fría que ha demostrado. Las joyas le pertenecen, sin duda alguna, y, creo, a fe mía, que si tuviese yo la suficiente insensibilidad para quitárselas, el viejo tunante saldría de su tumba al cabo de quince días, para infernarme la vida. En cuanto a que sean joyas de familia, no podrían serlo sino después de estar especificadas como tales en un testamento, en forma legal; y la existencia de estas joyas permaneció siempre ignorada. Le aseguro que son tan mías como de su mayordomo. Cuando miss Virginia sea mayor, sospecho que le encantará tener cosas tan lindas que llevar. Además, míster Otis, olvida usted que adquirió el inmueble y el fantasma bajo inventario. De modo que todo lo que pertenece al fantasma, le pertenece a usted. A pesar de las pruebas de actividad que ha dado sir Simón por el corredor, no por eso deja de estar menos muerto, desde el punto de vista legal, y su compra le hace a usted dueño de lo que le pertenecía a él.

Míster Otis se quedó muy preocupado ante la negativa de lord Canterville, y le rogó que reflexionara nuevamente en su decisión; pero el excelente par se mantuvo firme, y terminó por convencer al ministro de que aceptase el regalo del fantasma.

Cuando, en la primavera de 1890, la duquesita de Cheshire fue presentada por primera vez en la recepción de la Reina, con motivo de su casamiento, sus joyas fueron motivo de general admiración. Porque Virginia fue agraciada con el tortil o lambrequin de baronía, que se otorga como recompensa a todas las americanitas juiciosas, y se casó con su novio, en cuanto éste tuvo edad para ello.

Eran ambos tan agradables, y se amaban de tal modo, que a todo el mundo le encantó aquel matrimonio, menos a la vieja marquesa de Dumbleton, que venía haciendo todo lo posible por atrapar al duquesito, y casarle con una de sus siete hijas.

Para conseguirlo, dio lo menos tres grandes comidas costosísimas.

Cosa rara: Míster Otis sentía una viva simpatía personal por el duquesito, pero, teóricamente, era enemigo del *particularismo*, y, según sus propias palabras, «era de temer que, entre las influencias debilitantes de una aristocracia ávida de placer, fueran olvidados por Virginia los verdaderos principios de la sencillez republicana».

Pero nadie hizo caso de sus observaciones, y cuando avanzó por la nave lateral de la iglesia de San Jorge, en Hanover-Square, llevando a su hija del brazo, no había hombre más orgulloso en toda Inglaterra.

Después de la luna de miel, el duque y la duquesa regresaron a Canterville-Chase, y al día siguiente de su llegada, por la tarde, fueron a dar una vuelta por el cementerio solitario, próximo al pinar.

Al principio les preocupó mucho lo relativo a la inscripción que debía grabarse sobre la losa fúnebre de sir Simón, pero concluyeron por decidir que se pondrían simplemente las iniciales del viejo gentilhombre y los versos escritos en la ventana de la biblioteca.

La duquesa llevaba unas rosas magníficas que desparramó sobre la tumba;

después de permanecer allí un rato, pasearon por las ruinas del claustro de la antigua abadía.

La duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, recostado a sus pies, y fumando un cigarrillo, contemplaba sus lindos ojos.

De pronto, tiró el cigarrillo, y, cogiéndole una mano, le dijo:

—Virginia, una mujer no debe tener secretos con su marido.

—Y no los tengo, querido Cecil.

—Sí los tienes —respondiole sonriendo—. No me has dicho nunca lo que sucedió mientras estuviste encerrada con el fantasma.

—Ni se lo he dicho nunca a nadie —replicó gravemente Virginia.

—Ya lo sé; pero bien me lo podías decir a mí.

—Cecil, te ruego que no me lo preguntes. No puedo realmente decírtelo. ¡Pobre sir Simón! Le debo mucho. Sí, no te rías, Cecil, le debo mucho, realmente. Me hizo ver lo que es la vida, lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que la muerte.

El duque se levantó para besar amorosamente a su mujer.

—Puedes guardar tu secreto mientras posea yo tu corazón —dijo a media voz.

—Siempre fue tuyo.

—Y se lo dirás algún día a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.

LA PAZ DE MOWSLE BARTON

«Saki» (H. H. Munro)

CREFTON LOCKYER estaba cómoda y tranquilamente sentado en el borde del terreno, mitad huerto, mitad jardín, que se hallaba cerca del patio de la granja Mowsle Barton. Después de los largos años pasados en medio del ruido y la agitación de la vida ciudadana, la calma y la paz de aquella morada entre las colinas impresionaba su ánimo de una manera casi insoportable. El tiempo y el espacio parecían haber perdido su significación y su brusquedad; los minutos se fundían en las horas; los prados y los barbechos se extendían a lo lejos y se mezclaban dulce e imperceptiblemente. Las hierbecillas del seto se aventuraban hasta el medio de los arriates mientras que el boj y los alhelíes lanzaban sus contraataques hasta el patio de la granja y el camino. Algunas gallinas de aspecto somnoliento y unos patos solemnes y preocupados parecían sentirse tan a gusto en el patio como en el huerto o en el camino; nada parecía tener sitio fijo; ni siquiera las puertas estaban siempre encajadas en sus goznes. Y sobre toda la escena campeaba una sensación de paz casi mágica. A mediodía se tenía la impresión de que siempre había sido mediodía y que siempre seguiría siendo mediodía; en el crepúsculo uno comprendía que jamás podía haber sido otra cosa más que crepúsculo.

Crefton Lockyer, decíamos, estaba confortablemente instalado en su asiento rústico, bajo un viejo níspero, y se decía que aquél era el puerto que su espíritu apenas se había atrevido a soñar y que su cuerpo deseara tan a menudo. Tenía decidido quedarse a vivir entre aquellas gentes sencillas y amistosas, procurándose poco a poco el confort de que le gustaba rodearse y tratando de vivir, en la medida de lo posible, al estilo de las gentes del país.

Estaba madurando lentamente aquella resolución cuando una vieja atravesó el huerto cojeando. La reconoció en seguida: vivía en la granja, era la madre, o tal vez la suegra de Mrs. Spurfield, su actual propietaria. Se dispuso a saludarla amablemente, pero ella se le adelantó:

—Hay algo escrito con tiza, allá en la puerta, ¿qué pone?

Hablaba de una manera completamente impersonal, como si llevara años deseando hacer esa pregunta, de la que más valía desembarazarse. Pero sus ojos miraban con impaciencia, sobre la cabeza de Crefton, la puerta de una pequeña casita, que constituía la vanguardia de los edificios de la alquería.

«Martha Pillamon es una vieja bruja», tal era la inscripción que descifró la mirada inquisidora de Crefton; dudó en dar a la publicidad semejante afirmación, ya que, mientras no se demostrase lo contrario, aquélla podía muy bien ser la tal Martha en persona. El nombre de soltera de Mistress Spurfield podía perfectamente ser Pillamon. Y la mujer vieja, delgada y reseca que se hallaba ante él podía, por cierto, corresponder a la idea que en aquella región tenían de una bruja.

—Es algo a propósito de una mujer llamada Martha Pillamon —explicó

prudentemente.

—¿Qué dice de ella?

—Algo un poco irrespetuoso —dijo Crefton—; dice que es una bruja. No debían escribirse cosas como ésa.

—Sin embargo, es la verdad —declaró su interlocutora con notable satisfacción. Después, aportando una colaboración personal a la filiación de la llamada Pillamon, añadió:

—¡Es un sapo viejo!

Dicho lo cual, se alejó, siempre cojeando, hacia el patio de la granja, gritando con su voz cascada:

—¡Martha Pillamon es una vieja bruja!

—¿Ha oído usted lo que dice? —murmuró una voz débil y furiosa, en algún lugar a espaldas de Crefton. Al volverse precipitadamente, apareció otra vieja delgada, amarillenta y desmedrada, que tenía todo el aspecto de sentirse herida en lo más vivo. Evidentemente, se trataba de Martha Pillamon en persona. El huerto debía ser el lugar de paseo favorito de las viejas de la vecindad.

—Eso no son más que mentiras; repugnantes mentiras —añadió la vocecilla—. Betsy Groot es la que es una bruja. Ella y su hija, la cochina avispa. ¡Ya les echaré un buen sortilegio a las dos asquerosas!

Mientras se alejaba, con paso indeciso, se apercibió del letrero escrito en la puerta, con tiza.

—¿Qué han escrito aquí? —preguntó, volviéndose hacia Crefton.

—Votad a Soarker —respondió Crefton, con la decidida resolución del hombre que ama la paz.

La vieja refunfuñó; luego sus gruñidos y su chal rojo, descolorido, desaparecieron poco a poco entre los árboles. Crefton se levantó al fin y se dirigió a la granja. De pronto le pareció que el ambiente era menos pacífico.

La alegre animación de la hora del té en la vieja cocina de la alquería, que Crefton había encontrado tan agradable las tardes anteriores, parecía ahora haber cedido lugar a una melancolía disimulada. Reinaba un silencio triste y pesado, y el propio té, cuando lo probó, le pareció a Crefton una infusión tibia y sin sabor, que hubiera bastado para disipar todo el espíritu de regocijo de un carnaval.

—Es inútil echar la culpa al té —se apresuró a decir Mrs. Spurfield al ver que su huésped miraba a la taza con cortés incredulidad—. El agua no quiere hervir, eso es todo.

Crefton se volvió hacia el hogar, donde un fuego extraordinariamente vivo ardía bajo la gran tetera negra; un hilillo de vapor salía del pitorro pero, aparte de eso, la tetera parecía ignorar la presencia de las brasas ardientes en el fogón.

—Lleva así más de una hora y no hay forma de que hierva —dijo Mrs. Spurfield, y añadió, a modo de explicación—: Estamos embrujados.

—Ha sido Martha Pillamon la que nos ha hecho esta faena, pero se la voy a pagar

en la misma moneda al viejo sapo. Voy a hacerle un hechizo.

—Pero el agua no tiene más remedio que hervir —protestó Crefton, ignorando aquellas alusiones a influencias ocultas—. Puede que el carbón esté húmedo.

—No hervirá, ni para la hora de la cena ni para el desayuno de mañana por la mañana, ni siquiera aunque la dejásemos toda la noche en el fuego —declaró Mrs. Spurfield.

No mentía, tuvieron que hacer toda la comida o frita o asada al horno, y una vecina complaciente les preparó el té, que llegó a la casa en un estado de calor muy relativo.

—Supongo que usted se irá ahora que la situación se ha hecho incómoda —observó Mrs. Spurfield a la hora del desayuno—; hay personas que le abandonan a uno cuando las cosas se ponen mal.

Crefton negó categóricamente haber soñado siquiera modificar sus planes; sin embargo, en su fuero interno notó que la atmósfera cálida y cordial de los días precedentes no reinaba ya en la casa. Miradas desconfiadas, silencios opresivos y breves frases sueltas eran ahora el menú habitual. En cuanto a la vieja, se pasaba el día entero sentada en la cocina o en el jardín, murmurando amenazas y hechizos contra Martha Pillamon. Había algo a la vez terrorífico y lastimoso en el espectáculo de aquellos frágiles restos de humanidad que dedicaban sus últimas energías a hacerse mutuamente la vida imposible. El odio era la única facultad que parecía haber sobrevivido vigorosamente, cuando todas las demás estaban en plena decadencia. Y lo más extraño de todo ello era que, efectivamente, parecía que emanaba un temible poder sobrenatural de aquel rencor y aquellas maldiciones. Las explicaciones de los más escépticos no servían para aclarar el hecho de que ni el agua de la tetera ni la de la marmita llegaban a hervir, por vivo y ardiente que fuera el fuego. Crefton se amparó mientras pudo en la teoría de un defecto cualquiera en el carbón, pero un fuego de leña obtenía los mismos resultados y cuando un infiernillo de alcohol, que se hizo enviar a propósito, no dio resultado alguno, comprendió que había entrado bruscamente en contacto con un aspecto desconocido y maléfico de fuerzas ocultas. A algunos kilómetros de allí, por una brecha entre las colinas, se veía una carretera, que los coches atravesaban, de vez en cuando, pero allí, tan lejos de las arterias de la más moderna de las civilizaciones, había una casa embrujada, donde algo que se parecía mucho a la hechicería se había entremetido en la vida cotidiana.

Al atravesar el jardín, para llegarse hasta el camino donde esperaba encontrar el confortable sentimiento de paz que se echaba tanto de menos en la casa y junto al fogón —sobre todo junto al fogón—, Crefton encontró a la madre de su huéspeda que, sentada bajo el níspero, murmuraba por lo bajo, para sí misma: «Que se hundan cuando estén nadando, que se hundan cuando estén nadando», repetía incansablemente, como un niño repite la lección que está estudiando. De vez en cuando, estallaba en una carcajada aguda en la que apuntaba una nota de malicia que no resultaba agradable de oír. Crefton se alegró de alejarse por la quietud del camino,

tapizado de hierba, que parecía no conducir a parte alguna; un sendero, más estrecho y más hundido que los demás, le atrajo y se sintió casi afligido cuando comprobó que aquel camino en miniatura llevaba a una habitación humana. Una casucha que parecía abandonada, con un pequeño huerto mal cuidado y unos cuantos manzanos torcidos por los vientos, se elevaban en el lugar en que un rápido riachuelo se ensanchaba para formar un estanque de regular dimensión, antes de deslizarse de nuevo entre los sauces que habían detenido su curso. Crefton se apoyó en el tronco de un árbol y, por encima del torbellino del lago, contempló la humilde casita que se hallaba ante él; el único signo de vida venía de una pequeña procesión de patos, un poco desplumados, que se dirigían en fila india al borde del agua. Siempre hay algo fascinante en la metamorfosis de un pato que, de un ave de pasos torpes y lentos, se convierte de pronto, al entrar en el agua, en un magnífico nadador, gracioso y rápido; Crefton esperó para ver al jefe de la fila lanzarse a la superficie del estanque. Al mismo tiempo tenía el extraño sentimiento de que iba a ocurrir algo inusitado y desagradable. El pato se lanzó al agua lleno de confianza, y un instante después se hundió bajo la superficie. Su cabeza apareció un momento y volvió a desaparecer, dejando en el agua un remolino de burbujas, mientras batía furiosamente en el líquido elemento con sus patas y sus alas. El pato se estaba ahogando, evidentemente. Al principio Crefton creyó que se habría quedado prisionero en algunas hierbas, o que un sollo, o una rata de agua le había atrapado bajo el agua. Pero no había rastro de sangre en la superficie, y el cuerpo del pato, agitado por sobresaltos desesperados, seguía la corriente, demostrando con ello que no estaba atrapado por nada, fuese lo que fuese. Mientras tanto, un segundo pato se había tirado al agua y un segundo cuerpo fue muy pronto a agitarse y retorcerse bajo la superficie del agua. Era un espectáculo desolador ver los picos que aparecían de vez en cuando sobre el agua, como en aterrorizada protesta ante la traición de un elemento de ordinario tan seguro y familiar. Crefton contempló, con una especie de terror, a un tercer pato que saltaba el borde del lago, se lanzaba al agua y compartía la suerte de sus compañeros. Sintió un gran alivio cuando el resto de la tropa, alarmándose al fin por aquellos accidentes, se volvía para atrás, con el cuello tendido, y se alejaba del peligro, lanzando, mientras se alejaban, un penetrante grito de inquietud. Eh aquel instante Crefton se dio cuenta de que no estaba solo ni había sido el único testigo de la escena: una vieja sarmentosa y encorvada, a la que reconoció en el acto como Martha Pillamon, de siniestra reputación, había seguido el sendero hasta el borde del agua y contemplaba fijamente la danza macabra de las aves ahogadas, que seguían, en siniestro cortejo, los giros de la corriente. La vieja empezó a gritar con una voz temblorosa de rabia:

—¡Ha sido la grandísima zorra de Betsy Croot la que ha hecho esto! Pero ¡me las pagará todas, ya lo veréis!

Crefton se alejó sin hacer ruido, antes de que su presencia fuera notada. Antes de que la vieja proclamara la culpabilidad de Betsy Croot, recordó, no sin un sentimiento de incomodidad, los murmullos que ésta última había estado salmodiando: «que se

ahoguen cuando estén nadando». La última amenaza de un sortilegio de represalias le llenó de aprensión. Su facultad de raciocinio no lograba descartar el hecho de que las amenazas de las viejas no podían considerarse mera chochez. Toda la familia de Mowsle Barton estaba sufriendo el enojo de una vieja vengativa, capaz de materializar sus rencores personales en una forma extremamente concreta y quién era capaz de averiguar en qué forma iba a vengar la muerte de los tres patos. Como ahora estaba formando parte en la familia, Crefton podía encontrarse envuelto en alguna manifestación altamente desagradable, del poder maléfico de Martha Pillamon. Comprendía muy bien que se estaba abandonando a absurdas imaginaciones, pero el comportamiento del infiernillo de alcohol y la escena del lago le habían conmovido enormemente. Y el hecho de que sus temores fueran tan vagos e imprecisos hacía que la cosa pareciera aún más terrorífica; cuando se deja que lo imposible tome carta de naturaleza en un asunto, las posibilidades se convierten en prácticamente ilimitadas.

Al día siguiente Crefton se levantó tan pronto como de costumbre, después de una de las noches menos reposantes que había pasado en la granja. Sus sentidos, agudizados, notaron en el acto esa atmósfera de sutil incomodidad que se abate sobre una casa herida por la calamidad. Las vacas habían sido ordeñadas, pero se encontraban reunidas en el patio esperando con impaciencia que alguien las llevara al campo, y las gallinas, en el corral, recordaban ruidosamente, con un gran griterío, que ya era hora de que se les diera el grano matinal; la bomba de agua, cuya discordante música se hacía oír todos los días, a intervalos irregulares, desde buena mañana, guardaba hoy un silencio de mal augurio. En la casa se oían idas y venidas, voces que se acercaban y se alejaban y largos silencios inquietantes. Crefton terminó su aseo y se dirigió hacia la escalera. Oyó una voz baja y quejumbrosa, una voz reducida a un susurro tembloroso, en la que reconoció la de Mrs. Spurfield.

—Se irá, puedes darlo por seguro —decía—; es de esos que ahuecan el ala en cuanto las cosas se ponen mal de verdad.

Crefton comprendió que, en efecto, era probablemente de ésos y se dijo que había momentos en que uno tenía que conformarse con la idea que los demás se hacían de uno mismo.

Volvió sigilosamente a su habitación, recogió sus pertenencias e hizo las maletas; dejó sobre una mesa el dinero que debía por la pensión y se escabulló por una puertecilla que daba al patio. Todo el averío del corral se precipitó hacia él, lleno de esperanza; desembarazándose de sus interesadas atenciones, rodeó las paredes del establo, las cochiqueras y los graneros, hasta que se encontró en el camino, detrás de la granja. Unos minutos de marcha, que no se convirtió en carrera desatada gracias al peso de las maletas, le pusieron en la carretera, donde el camionero del reparto matinal no tuvo inconveniente en recogerle y llevarle hasta la ciudad vecina. En un recodo de la carretera tuvo una última visión de la granja: los viejos tejados terminados en punta, las casitas de las distintas dependencias, cubiertas de bálago, en el huerto descuidado y el níspero, con el banco de madera, todo se destacaba, con una

nitidez casi espectral, a la luz de la mañana. Sobre todo ello flotaba un aire de posesión mágica, que Crefton, en los primeros días, había tomado por paz.

El ruido y la agitación de la estación de Paddington resonó en sus oídos como un himno de bienvenida.

—Todo este jaleo y esta precipitación es malísimo para los nervios —comentó un viajero—; yo prefiero la calma y la paz del campo.

Crefton, para su fuero interno, se dijo que renunciaba para siempre a esa paz soñada. Una sala de baile abarrotada, brillantemente iluminada, con una orquesta que interpretase, con estrépito, la más movida y ruidosa de las músicas: ése era para él el ideal en materia de sedativos.

SREDNI VASHTAR

«Saki» (H. H. Munro)

CONRADIN tenía diez años y el médico había declarado que no llegaría a vivir arriba de cinco años más. El doctor era un hombre dulce y afeminado, que no contaba demasiado, pero su opinión estaba compartida por Mrs. De Ropp, la cual contaba mucho. Mrs. De Ropp era prima y tutora de Conradin y, a los ojos del muchacho, representaba los tres quintos de las cosas del mundo: las desagradables, necesarias y reales; los otros dos quintos, en perpetua oposición con los precedentes, no existían más que en su imaginación. Uno de aquellos días, pensaba Conradin, él sucumbiría a la irresistible presión de las cosas necesarias y enojosas, tales como la enfermedad, las prohibiciones tendentes a hacerle vivir entre algodón en rama y el sempiterno aburrimiento. Sin su imaginación, espoleada por la soledad, hubiera sucumbido mucho tiempo atrás.

Mrs. De Ropp no se atrevía a confesarse, ni siquiera en los momentos de mayor sinceridad, que detestaba a Conradin y, sin embargo, puede que, vagamente, se diera cuenta de que fastidiarlo «por su bien», era una tarea que no le molestaba en absoluto. Conradin la odiaba con una ferocidad que sabía disimular maravillosamente. Los raros placeres que conseguía darse se acrecentaban por el ácido saborcillo que le proporcionaba la idea de que disgustarían a su tutora, la cual había condenado a la imaginación diciendo que era una criatura impura que no merecía que se la dejase entrar en el pensamiento.

El triste y lóbrego jardín no le gustaba demasiado a Conradin, daban a él demasiadas ventanas, todas ellas dispuestas a abrirse en cualquier momento para dejar pasar una voz que le prohibía hacer esto o aquello, o para recordarle que era la hora de tomar sus medicinas. Los escasos árboles frutales que había, estaban celosamente colocados fuera de su alcance, como si se tratase de extraños especímenes vegetales en medio de un árido desierto, aunque la verdad era que con dificultad se hubiera hallado un hortelano que ofreciera más de diez chelines por la totalidad de la producción anual. Pero en un rincón olvidado, casi oculto por unas zarzas medio mustias, había un viejo cobertizo para herramientas, de proporciones muy apropiadas y Conradin encontró un puerto entre sus paredes, algo que era a la vez cuarto de juegos y catedral. Pobló la cabaña con una muchedumbre de fantasmas familiares, nacidos, en parte, de los recuerdos de sus lecturas y, en parte, de su propia imaginación. La cabaña abrigaba también a dos pensionistas de carne y hueso. En un rincón vivía una gallina de andrajoso plumaje a la cual el niño prodigaba un cariño que no solía tener otras ocasiones de expansionarse. Más al fondo, en la oscuridad, había una gran gazapera dividida en dos compartimientos, uno de los cuales estaba cerrado con unas barras de hierro estrechamente enlazadas. Aquélla, era la habitación de un gran hurón que un muchacho, aprendiz de carnicero, había introducido, clandestinamente, en el lugar en que se hallaba, a cambio de las tristes economías

amasadas en secreto por Conradin. Al chiquillo le inspiraba un miedo terrible aquel animal tan vivo, de colmillos acerados, pero era el más precioso de sus bienes. Su sola presencia en el cobertizo le producía una alegría secreta y tremenda, que había que ocultar cuidadosamente a la Mujer, nombre con el que, en secreto, llamaba a su prima. Un buen día, Dios sabe cómo, se le ocurrió un nombre magnífico para el animal, y desde aquel instante se convirtió para él en una divinidad y le hizo objeto de un culto. Todos los jueves, en la sombra silenciosa y húmeda del cobertizo de las herramientas, celebraba un culto misterioso y complicado ante la gazapera en que habitaba Sredni Vashtar, el gran hurón. Delante de la gazapera depositaba amapolas en verano y bayas rojas en invierno, ya que era un dios al que gustaba el aspecto silvestre e impaciente de la vida, al contrario que a la Mujer, que, por lo que Conradin había podido observar, se orientaba en otra dirección, completamente distinta. En las grandes solemnidades esparcía delante de la conejera nuez moscada en polvo. Uno de los aspectos más importantes de este rito era que la nuez tenía que ser robada. Estas fiestas no tenían fecha fija, sino que estaban destinadas a celebrar algún acontecimiento especial. Cuando a Mr. De Ropp le estuvieron doliendo tantísimo las muelas durante tres días, Conradin celebró el suceso durante los tres días y llegó casi a convencerse de que Sredni Vashtar era personalmente responsable de aquel dolor. Si la enfermedad hubiera durado un día más, se habría acabado toda la provisión de nuez moscada.

La gallina no participaba en el culto a Sredni Vashtar. Conradin había decidido, desde hacía mucho tiempo, que ella era anabaptista. El muchacho no tenía ni la menor idea de lo que significaba ser anabaptista, pero, desde el fondo de su corazón, deseaba que fuera algo un poco alborotador y poco respetable. Mrs. De Ropp era el patrón con el que medía su odio hacia toda respetabilidad.

Ai cabo del tiempo, la frecuencia de las visitas de Conradin al cobertizo de las herramientas y el rato que allí pasaba acabó por llamar la atención de su tutora. «No es bueno para él arrastrarse por allí tanto rato» decidió de pronto, y una mañana, a la hora del desayuno, anunció que había vendido y mandado al pueblo a la gallina, la noche antes. Con sus ojos miopes, contempló a Conradin, esperando una explosión de rabia y despecho, explosión a la que estaba dispuesta a afrontar con un montón de razonamientos y de excelentes preceptos. Pero Conradin no dijo nada: no tenía nada que decir. Algo, no obstante, cierta crispación de su carita pálida, inspiró a Mrs. De Ropp una pasajera inquietud, ya que, a la hora del té, hizo servir tostadas con mantequilla, cosa que jamás consentía, bajo pretexto de que eran malas para él y de que su preparación «era ordinaria», reproche imperdonable a sus ojos de burguesa.

—Yo creía que te gustaban las tostadas —exclamó con aire vejado, al darse cuenta de que el niño no las tocaba.

—Algunas veces —contestó Conradin.

Aquella tarde hubo una innovación en el culto rendido al dios de la conejera. Hasta entonces, Conradin se había limitado a cantar sus alabanzas. Aquella noche le

pidió un favor:

—Haz algo por mí, Sredni Vashtar.

Algo, sin precisar qué. Como Sredni Vashtar era un dios, ya sabría qué hacer. Ahogando un sollozo que le vino a la garganta al contemplar vacío el otro rincón del cobertizo, volvió a incorporarse al mundo que detestaba tanto.

Y todas las noches, en las tinieblas acogedoras de su habitación, y todas las tardes, en la penumbra del cobertizo de las herramientas, Conradin repetía su amarga letanía:

—Sredni Vashtar, haz algo por mí.

Mrs. De Ropp se dio cuenta de que las visitas al cobertizo no cesaban; un día emprendió una nueva jira de inspección.

—¿Qué guardas en esa gazapera cerrada con llave? —le preguntó—. Estoy segura de que son conejillos de Indias. Voy a limpiar de porquerías todo esto.

Conradin crispó los labios, pero la Mujer registró su habitación hasta encontrar la llave, cuidadosamente escondida, después de lo cual se fue al cobertizo para proseguir la pesquisa. Era un atardecer muy frío y Conradin había recibido órdenes de no abandonar la casa. Desde la ventana más alejada del comedor se podía distinguir la puerta del cobertizo, a través de un claro en el matorral. Conradin se instaló allí; vio entrar a la Mujer, después se la imaginó abriendo la puerta de la conejera sagrada y examinando con sus ojos de miope la gran cama de paja que ocultaba a su dios. Puede que, con su torpe impaciencia, se pusiese a remover la paja. Por última vez, murmuró su plegaria, pero comprendía que no esperaba nada de Sredni Vashtar. Sabía que la Mujer acabaría por salir del cobertizo con una sonrisita de desprecio, mientras que, dentro de una hora o dos, el jardinero se llevaría a su espléndido dios, que ya no sería un dios, sino un simple hurón de color tostado, metido en una jaula. Y sabía que la Mujer triunfaría siempre, como ahora iba a salir triunfante, y que él tendría que seguir soportando, cada vez más penosamente, sus enredos, sus cicaterías, su dominio y su autoridad, hasta el día en que ya nada tuviera importancia, hasta que las predicciones del doctor se cumplieran. Lleno de amargura por su derrota, se puso a cantar el himno de su dios amenazado.

> Sredni Vashtar avanzó,
> Sus pensamientos eran rojos y sus dientes eran blancos.
> Sus enemigos pedían la paz, pero él los hizo morir.
> Sredni Vashtar el Magnífico.

Interrumpió repentinamente la canción y se apretó más contra el cristal de la ventana. La puerta del cobertizo había quedado entreabierta y los minutos pasaban. Eran unos minutos muy largos, pero aun así iban pasando. Los estorninos se perseguían, volando sobre el césped; los contó y los recontó, con la vista siempre fija en la puerta que batía el viento.

Una criada de aspecto taciturno fue a preparar la mesa para el té y Conradin no abandonó su puesto de observación. La esperanza iba invadiendo lentamente su corazón y una lucecilla de triunfo se encendió en sus ojos, que, hasta entonces, no habían conocido más que la melancólica paciencia del vencido. Con una exaltación furtiva, empezó a cuchichear un himno de victoria y de devastación. Y al fin su paciencia tuvo su recompensa: en el umbral que espiaba apareció un animal de color amarillento y tostado, cuyos ojos resplandecieron a la luz del atardecer; su piel presentaba unas manchas oscuras y húmedas en torno a las patas y el cuello. El gran hurón se dirigió a un riachuelo que corría al fondo del jardín, bebió un poco, luego cruzó un puentecillo de tablas y desapareció entre los matorrales. Así se fue Sredni Vashtar.

—El té está preparado —dijo la criada de aspecto taciturno—. ¿Dónde está la señora?

—Se fue hace un rato hacia el cobertizo de las herramientas —contestó Conradin.

La doncella fue a buscar a su ama para advertirle que el té estaba dispuesto, y Conradin cogió del aparador un tenedor para tostadas y empezó a prepararse una. Mientras tostaba el pan, lo untaba de mantequilla, abundantemente, y se lo comía con lentitud, con delicia, Conradin escuchaba los ruidos y los silencios que se sucedían rápidamente tras la puerta del comedor. Primero el grito estúpido de la muchacha, las exclamaciones de estupor que le hicieron eco desde la cocina, el ruido de pasos precipitados y las galopadas de aquéllos que enviaron a pedir socorro y luego, tras de una pausa, el llanto enloquecido y las lentas pisadas, cansinas, de los que entraron en la casa llevando un pesado fardo.

—¿Quién le dará la noticia a ese pobre chiquillo? ¡Yo no podría decírselo jamás! —gritó una voz aguda. Y mientras debatían la cuestión entre ellos, Conradin se preparó otra tostada.

EL APRENDIZ DE BRUJO

«Saki» (H. H. Munro)

LEONARD BILSITER era una de esas personas que, por no haber hallado en este mundo nada interesante o atractivo, buscan una compensación en un «mundo invisible», nacido de sus experiencias, su imaginación e incluso de su propia capacidad de invención. Los niños son excelentes para esa clase de cosas, pero los niños se contentan con convencerse a sí mismos y no tratan de divulgar sus creencias procurando convencer a los demás. Leonard Bilsiter, por el contrario, estaba siempre dispuesto a compartir sus opiniones con una «selecta minoría», o sea con cualquiera que quisiera tomarse la molestia de escucharle.

Sin duda alguna, sus aventuras en el mundo de lo invisible no le hubieran llevado más allá de las clásicas bobadas de los visionarios de salón si un accidente fortuito no hubiera venido a reforzar su caudal de historias misteriosas. En compañía de un amigo que se interesaba por las minas de los Urales, fue a Europa Oriental en el momento en que la gran huelga de los ferroviarios rusos pasaba de ser una amenaza a ser una realidad; el acontecimiento le sorprendió en pleno viaje de vuelta, más allá de Perm; tuvo que pasar dos días en una pequeña estación, en la que todo tráfico había muerto, por así decirlo, y allí conoció a un buhonero que alivió el aburrimiento de aquella parada forzosa contándole fragmentos del folklore recogido en sus viajes en el Trans-Baikal. Leonard volvió a Inglaterra hablando abundantemente de sus experiencias sobre la huelga rusa y guardando un silencio inquietante sobre ciertas cosas, oscuras y misteriosas, a las cuales aludía de vez en cuando, bajo el pomposo título de «Magia Siberiana». Aquella reticencia cedió, al cabo de una semana o dos, ante la total ausencia de curiosidad en sus semejantes y Leonard empezó a hacer alusiones más precisas sobre los inmensos poderes que aquella nueva fuerza esotérica, para decirlo con sus propias palabras, confería a los pocos iniciados en ella. Su tía Cecilia Hoops, tal vez más ávida de sensacionalismo que amante de la verdad, le hizo una publicidad ruidosa contando cómo había su sobrino transformado una calabaza en dulce en una paloma. En algunos círculos, y en tanto no se confirmara la veracidad, del aserto, cargaron la historia en la cuenta de las facultades imaginativas de Mrs. Hoops.

Por dividida que pudiera estar la opinión en cuanto a si Leonard era un realizador de milagros o un charlatán, lo cierto es que, cuando llegó la ocasión en que fue a pasar un fin de semana en casa de Mary Hampton, tenía ya una reputación y, Leonard, no era un hombre que desdeñase la polémica en torno a su nombre. Las fuerzas esotéricas y los poderes insólitos figuraron en todas las conversaciones en las que su tía o él mismo tomaban parte, y sus propias proezas, pasadas o futuras, daban lugar a veladas alusiones y a oscuras afirmaciones.

—Me gustaría que me transformara usted en lobo —le dijo su anfitriona, el día siguiente de su llegada, a la hora del almuerzo.

—Nunca hubiera sospechado —dijo el coronel Hampton—, que tuvieras semejante afición.

—Un lobo encantado, hembra, naturalmente —añadió Mrs. Hampton—; cambiar a la vez de género y de sexo me parece demasiado.

—… No creo que se deba bromear sobre esas cosas —observó Leonard.

—¡Si no bromeo! Hablo completamente en serio, se lo aseguro. Sólo que prefiero que no sea esta noche; hoy no somos más que ocho jugadores y eso estropearía una de las mesas de *bridge*. Mañana seremos más. O sea que mañana, después de cenar…

—En el imperfecto estado actual de nuestros conocimientos sobre las fuerzas ocultas, creo que debería abordarse el tema con espíritu de humildad, no de burla —declaró Leonard en un tono tan serio que todos se pusieron a hablar de otra cosa.

Clovis Sangrail había estado guardando un silencio inusitado en él durante la conversación sobre las posibilidades de la magia siberiana; después del almuerzo abordó hábilmente a Lord Pabham en el relativo aislamiento del salón de billar y le hizo una pregunta que, visiblemente, le tenía preocupado.

—¿Tiene usted una loba en su colección de animales salvajes? Una loba que no sea demasiado violenta.

Lord Pabham meditó.

—Está Luisa —dijo al fin—, un estupendo ejemplar de lobo gris. La conseguí, hace dos años, a cambio de unos zorros del Ártico. La mayor parte de mis animales tardan muy poco en adquirir buen carácter; creo poder afirmar que Luisa tiene un genio de ángel para una loba. ¿Por qué me pregunta eso?

—Me gustaría saber si podría prestármela mañana por la noche —dijo Clovis tranquilamente, como si se tratase del préstamo de un botón para la camisa o una raqueta de tenis.

—¿Mañana por la noche?

—Sí, los lobos son animales nocturnos y no creo que le moleste velar —añadió Clovis, con el aplomo de alguien que ha estudiado todos los aspectos del problema—; uno de sus criados podría traerla cuando haya cerrado la noche y, con un poco de ayuda, podría sin duda meterla en la galería en el momento en que Mary Hampton haga una salida discreta.

Lord Pabham contempló a Clovis con un estupor muy perdonable; después una sonrisa iluminó su cara.

—¡Ah, ya comprendo lo que se propone! Quiere usted hacer un poco de magia siberiana por su cuenta. ¿Mrs. Hampton acepta servirle de cómplice?

—Mary está dispuesta a prestar su concurso si garantiza usted el buen carácter de Luisa.

—Respondo de Luisa —aseguró Lord Pabham.

El día siguiente los invitados eran más numerosos y el sentido innato que tenía Bilsiter por la publicidad no resistió al estímulo de ensanchar el círculo de su público. Durante la cena se extendió largamente en sus consideraciones sobre las fuerzas

ocultas y los poderes desconocidos, y el chorro de su elocuencia continuó manando mientras servían café en el saloncito, antes de la emigración general hacia las mesas de *bridge*. La tía le atrajo un auditorio respetuoso, pero, ávida de sensacionalismo como era, aspiraba a algo más espectacular que una simple demostración oral.

—¿No te gustaría hacer algo para *convencerlos* de tus poderes, Leonard? —suspiró—. Yo no sé transformar una cosa en otra. Pero él sí puede, si se siente impulsado a hacerlo —anunció a los que les rodeaban.

—¡Hágalo, por favor! —insistió Mavis Pellington. Casi todos los asistentes se hicieron eco de su petición; incluso los que no estaban dispuestos a dejarse convencer aceptaban asistir al espectáculo de un número de prestidigitación.

Leonard comprendió que todos esperaban una manifestación tangible de sus poderes.

—¿Alguno de ustedes tiene una moneda de tres peniques, u otro objeto de poco valor?…

—No pretenderá usted hacer desaparecer una moneda ni hacernos trucos tan rudimentarios —dijo Clovis con desprecio.

—Me parece muy poco amable por su parte no quererme convertir en una loba, como le he pedido —dijo Mary Hampton, yendo hacia la galería para dar a sus periquitos su ración habitual de las sobras de la comida.

—Ya la he advertido contra el peligro de tratar semejante asunto con espíritu de mofa —declaró gravemente Leonard.

—No creo que sea usted capaz, eso es lo que pasa —lanzó Mary con una sonrisa provocativa—. Le desafío. Le desafío a que me convierta en una loba.

Diciendo esto, desapareció de la vista, tras un macizo de azaleas.

—Mrs. Hampton… —empezó Leonard, cada vez con mayor gravedad; pero no siguió hablando, un viento helado atravesó la habitación y, al mismo tiempo, los loros y periquitos se pusieron a piar ensordecedoramente.

—¿Qué les pasa a esos endemoniados pájaros, Mary? —gritó el coronel. En aquel instante, un grito, aún más penetrante, de Mavis Pellington, hizo que todos los presentes saltasen de sus sillas. En diversas actitudes de horror impotente o de instintiva defensa, permanecieron inmóviles ante el animal gris, de aire perverso, que les miraba con fijeza desde el macizo de azaleas.

Mrs. Hoops fue la primera en recuperarse.

—¡Leonard —murmuró, en dirección a su sobrino—, devuelve inmediatamente a Mrs. Hampton su aspecto normal! Puede saltar sobre cualquiera de nosotros de un momento a otro. ¡Obedece!

—Yo… Yo no sé cómo se hace —balbució Leonard, que parecía más enloquecido y estupefacto que nadie.

—¿Cómo? —gritó el coronel Hampton—. ¡Se ha permitido usted convertir a mi mujer en lobo y ahora nos dice, tranquilamente, que se siente incapaz de devolverle su forma primitiva!

Para ser justo con Leonard hay que asegurar que la tranquilidad no era precisamente el aspecto más visible de su actitud en aquel instante.

—Le aseguro que no he trocado en loba a Mrs. Hampton; nada más lejos de mis intenciones —protestó.

—¿Dónde está, entonces? ¿Y cómo se explica usted la presencia de esa fiera en la galería? —preguntó el coronel.

—No tendremos más remedio que aceptar su afirmación de que no ha convertido usted en loba a Mrs. Hampton —observó Clovis, cortésmente—, pero convendrá conmigo en que las apariencias están contra usted.

—¿Hay necesidad de entretenerse en recriminaciones, cuando esta fiera va a saltar sobre nosotros en cualquier momento? —gritó Mavis con indignación.

—Lord Pabham, usted conoce muy bien a los animales salvajes… —sugirió el coronel.

—Los animales salvajes a los que estoy acostumbrado —contestó Lord Pabham —, me los traen vendedores muy conocidos o bien nacen en mi propia casa. Nunca, hasta ahora, me he encontrado ante un animal salvaje que sale de pronto de un macizo de azaleas, sin que se sepa qué le ha pasado a una encantadora anfitriona. En lo que a este lobo se refiere, y a juzgar por su aspecto *exterior*, es un bello ejemplar hembra de lobo gris de América del Norte, variedad de la especie comúnmente llamada *canis lupus*.

—¡No nos importa nada su nombre latino! —lloriqueó Mavis, al ver que la fiera daba unos cuantos pasos por la habitación—. ¿No podría atraérsele con algo de comida y encerrarlo en un lugar donde no pueda hacer daño?

—Si se trata de Mrs. Hampton, que acaba de comer una excelente cena, no creo que un poco de comida ejerza sobre ella mucho atractivo —comentó Clovis.

—Leonard —suplicó Mrs. Hoops—, aunque no hayas tenido nada que ver en esta metamorfosis, ¿no puedes utilizar tus dotes extraordinarias para convertir este temible animal en algo inofensivo, antes de que nos haya mordido a todos?… un conejo o… no sé qué.

—No creo que al coronel le agrade ver a su mujer convertida en una sucesión de animales extraños, como si estuviéramos jugando con ella —declaró Clovis.

—Lo prohíbo formalmente —atronó el coronel.

—La mayor parte de los lobos que he conocido eran muy aficionados al azúcar —dijo Lord Pabham—. Si quieren que ensayemos con éste…

Cogió un terrón de azúcar y se lo tiró a Luisa, que lo estaba esperando y lo atrapó al vuelo. Hubo entre la asistencia un suspiro de alivio: un lobo que comía azúcar, en lugar de devorar a los loros, en el mejor de los casos, ya era algo mucho menos aterrorizador. El suspiro se convirtió en un murmullo de acción de gracias cuando Lord Pabham se llevó al animal fuera de la habitación, haciendo gestos de ofrecerle más azúcar. Todos se lanzaron a la galería. No había ni rastro de Mrs. Hampton, sólo el plato que contenía la comida de los pájaros.

—¡La puerta está cerrada con llave desde el interior! —gritó Clovis, que había cerrado prestamente, mientras fingía que iba a verificar la cerradura.

Todas las miradas se volvieron hacia Bilsiter.

—Si no ha transformado a mi mujer en loba, ¿quiere tener la bondad de explicarme por dónde ha desaparecido, ya que, evidentemente, no ha podido salir a través de una puerta cerrada? No pretendo explicarme cómo ha podido aparecer un lobo gris en esta galería, pero creo tener derecho a conocer la suerte de mi mujer.

Las renovadas protestas de Bilsiter fueron acogidas por un murmullo general de incredulidad, matizado de impaciencia.

—Me niego a permanecer una hora más bajo este techo —declaró Mavis Pellington.

—Si nuestra anfitriona ha perdido de verdad su forma humana —añadió Mrs. Hoops—, ninguna mujer puede permanecer aquí. ¡Rehusó categóricamente verme convertida en lobo!

—Es una loba —rectificó Clovis, apaciguador.

Nadie podía decir cuál era la regla de conducta en trance semejante, ni cómo debían afrontarse circunstancias tan insólitas. La repentina aparición de Mrs. Hampton quitó todo interés a la discusión.

—¡Alguien me ha hipnotizado! —gritó, furiosa—, porque me he encontrado de pronto metida en el cuartito donde se deja la caza y Lord Pabham me estaba dando azúcar. Me horroriza la sola idea de que me hipnoticen y el médico me ha prohibido el azúcar.

Se la puso al corriente de la situación.

—¿O sea que me ha convertido usted en lobo de verdad, Mr. Bilsiter? —gritó, encantada.

Pero Leonard había quemado el navío en el que aún hubiera podido navegar camino de la gloria. Se contestó con negar, sacudiendo la cabeza.

—He sido yo el que se ha tomado esa libertad —dijo Clovis—. Comprenda usted, ocurre que he vivido dos años en Rusia y tengo un conocimiento menos superficial del que pueda tener un simple turista, sobre las prácticas mágicas de la región del nordeste. No me gusta mucho hablar de esos poderes ocultos, pero, de vez en cuando, cuando uno oye contar mil absurdos a propósito de ellos, se siente la tentación de demostrar de lo que es capaz la magia siberiana, cuando la maneja alguien que la conoce a fondo. Hoy he cedido a esa tentación. ¿Podría alguien darme un poco de coñac? Tengo que confesar que el esfuerzo me ha fatigado bastante.

Si Leonard hubiera podido transformar, en aquel instante, a Clovis en cucaracha y aplastarla luego con el tacón, hubiera efectuado, con profunda alegría, las dos operaciones.

UNA NOCHE DE ESPANTO

Antón Chéjov

IVÁN IVANOVITCH PANIHIDIN palideció y, con voz emocionada, empezó a contar su historia:

—Una densa niebla se extendía por encima de la ciudad, cuando, en la víspera del año nuevo, regresaba yo a mi casa después de haber pasado la velada en la de un amigo. Una buena parte de dicha velada había sido dedicada al espiritismo. Las callejuelas que tenía que atravesar no estaban alumbradas y había que andar casi a tientas. A la sazón vivía yo en Moscú, en un barrio muy apartado. El camino era largo; los pensamientos, pesados; la angustia oprimía mi corazón…

«Tu existencia declina…; arrepiéntete…», me había dicho el espíritu de Espinosa, que habíamos consultado.

Le pedí que me dijera algo más, y entonces no solamente repitió la misma sentencia, sino que añadió: «Esta noche».

Yo no creo en el espiritismo. Pero las ideas y las alusiones a la muerte me dejan abatido.

La muerte es imprescindible e inminente. Pero, a pesar de todo, es una idea que la naturaleza repele…

En medio de las tinieblas, mientras la lluvia caía sin cesar y el viento aullaba lastimero; mientras alrededor no se veía ni un ser vivo ni se oía una voz humana, mi alma era presa de un temor incomprensible. Yo, hombre libre de prejuicios, corría a toda prisa temiendo mirar atrás. Tenía la impresión de que si volvía la cara la muerte se me aparecería bajo la forma de un fantasma.

Panihidin lanzó un suspiro, bebió un trago de agua y siguió:

—Este miedo irrazonable, pero comprensible, no me abandonaba. Subí los cuatro pisos de mi casa y abrí la puerta de mi cuarto. Mi modesta habitación estaba oscura. El viento ululaba en la chimenea, como si se quejara de que lo hubiesen dejado puertas afuera.

«Si hay que creer en las palabras de Espinosa, mi muerte llegará esta misma noche, acompañada de ese ulular… ¡Brrr!… ¡Qué horror!». Encendí un fósforo. La fuerza del viento aumentó y el gemido se convirtió en un aullido furioso. Los postigos temblaban como si alguien tirase de ellos.

«Desgraciados los que carecen de hogar en una noche como ésta», pensé…

No tuve tiempo de seguir mis pensamientos, porque cuando la llama del fósforo alumbró el cuarto, un espectáculo inverosímil y pavoroso se ofreció a mi vista…

Lástima que una ráfaga de viento no apagase mi fósforo. De ser así, me hubiera evitado ver lo que me erizó los cabellos… Grité, di un paso hacia la puerta y, lleno de terror, de espanto y de desesperación, cerré los ojos.

En medio de la habitación había un ataúd.

La llama del fósforo ardió poco tiempo. Sin embargo, el aspecto del ataúd quedó

grabado en mis pupilas. Era de brocado rosa, con una cruz de galón dorado en la tapa. El brocado, las asas y los pies de bronce, proclamaban que el difunto había sido rico. El tamaño y el color del ataúd indicaban que el muerto era joven y de gran estatura.

Sin detenerme a reflexionar, salí y, como un loco, me lance escalera abajo. En el pasillo y en la escalera todo era oscuridad. Los pies se me enredaban en el abrigo. No comprendo cómo no me caí y me rompí los huesos.

Al verme en la calle me apoyé en un farol y traté de tranquilizarme. Mi corazón latía dolorosamente; tenía la garganta seca… No me hubiera asombrado si hubiese encontrado en mi cuarto un ladrón, un perro rabioso, un incendio… No me hubiera asombrado si el techo se hubiese hundido, si el piso se hubiese desplomado… Todo esto es natural y concebible. Pero ¿cómo vino a parar a mi cuarto un ataúd? Un ataúd lujoso, hecho evidentemente para una joven rica…

¿Cómo había ido a parar a la pobre morada de un insignificante empleado? ¿Estaría vacío o habría un cadáver dentro? ¿Y quién podía ser la desgraciada que me hizo tan terrible visita?

«Si no es un milagro, será un crimen», pensé.

Mi espíritu se perdía en un laberinto de suposiciones. En mi ausencia la puerta estaba siempre cerrada, y el sitio donde escondía la llave solamente lo sabían mis mejores amigos. Pero ellos no iban a ponerme un ataúd en mi cuarto. Se podía suponer que el fabricante lo llevó allí por equivocación; pero, en tal caso, no se hubiera ido sin haber cobrado su importe o, por lo menos, un anticipo.

Los espíritus que me habían profetizado la muerte, ¿me habrían provisto también de un ataúd?

Yo no creía, y sigo no creyendo, en el espiritismo. Pero hay que convenir que una coincidencia semejante desconcierta a cualquiera.

«Es imposible —pensaba—. Soy un cobarde, un chiquillo. Habrá sido una alucinación. Al volver a casa, estaba tan impresionado por la sesión de espiritismo, que los nervios me hicieron ver lo que no existía. ¡Es claro! ¿Qué otra cosa puede ser?».

La lluvia me empapaba. El viento quitábame el gorro y me levantaba el abrigo… Estaba chorreando… No podía quedarme allí, pero ¿adónde ir? ¿Regresar a casa y encontrarme otra vez frente al ataúd? No podía ni pensarlo; hubiera enloquecido al volver a ver aquel ataúd, que probablemente contenía un cadáver. Decidí ir a pasar la noche en casa de un amigo.

Panihidin se secó la frente bañada de sudor frío, suspiró y siguió su relato:

—Mi amigo no estaba en casa. Después de llamar varias veces, me convencí de que se hallaba ausente. Busqué la llave detrás de la viga, abrí la puerta y entré. Quitándome rápidamente el abrigo mojado, lo arrojé al suelo y caí desplomado en el sofá. Las tinieblas eran completas; el viento rugía con más fuerza. Saqué los fósforos y encendí uno. Pero la claridad no me tranquilizó. Al contrario, lo que vi me llenó de horror.

Vacilé unos segundos y hui como un loco de aquel lugar… En la habitación de mi amigo había un ataúd… ¡de doble tamaño que el otro!

El color marrón le daba un aspecto más lúgubre… ¿Por qué se encontraba allí? No cabía la menor duda: era una alucinación… Era imposible que en todas las habitaciones hubiese ataúdes. Evidentemente, dondequiera que fuese llevaría conmigo la terrible visión de muerte.

Sufría yo, por lo visto, una enfermedad nerviosa, provocada por aquella sesión espiritista y las palabras de Espinosa.

«Me vuelvo loco», pensaba, aturdido, cogiéndome la cabeza. «¡Dios mío! ¿Cómo remediar esto?».

La cabeza me daba vueltas… Mis piernas se doblaban… Llovía a mares; estaba calado hasta los huesos, sin gorra y sin abrigo… Imposible volver a buscarlos; estaba seguro de que todo aquello era una alucinación y, sin embargo, el temor me atenazaba, mi rostro estaba inundado de sudor, los pelos se me erizaban…

Me volvía loco y exponíame a pillar una pulmonía. Afortunadamente, recordé que en la misma calle vivía un médico conocido mío, que precisamente había asistido a la sesión espiritista. Me encaminé hacia su casa. Como en aquella época aún no se había casado, tenía su cuarto en un quinto piso de una gran casa.

Mis nervios tuvieron que soportar todavía otro choque… Al subir la escalera oí un gran ruido: alguien bajaba corriendo, cerrando con fuerza las puertas y gritando: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Portero!

Unos instantes después vi aparecer una figura oscura que bajaba rodando por la escalera…

—¡Pagostof! —exclamé al reconocer a mi amigo el médico—. ¿Es usted? ¿Qué le ocurre?

Pagostof se detuvo y me agarró la mano convulsivamente. Estaba pálido y respiraba con dificultad; su cuerpo temblaba; sus ojos giraban, desmesuradamente abiertos…

—¿Es usted, Panihidin? —me preguntó con voz ronca—. ¿Es verdaderamente usted? ¡Está más pálido que un muerto! ¡Dios mío! ¿No es una alucinación? ¡Me infunde usted miedo!

—Pero ¿qué le pasa? ¿Qué ocurre?

—¡Amigo mío! ¡Qué suerte que sea usted verdaderamente! ¡Qué contento estoy de verlo! Esta maldita sesión espiritista me ha trastornado los nervios. ¿No sabe usted lo que se me ha aparecido en mi cuarto? ¡Un ataúd!

Incrédulo, le pedí que me lo repitiera.

—¡Un ataúd! ¡Un verdadero ataúd! —dijo el médico, dejándose caer, extenuado, en la escalera—. No soy un hombre cobarde, pero el propio diablo se asustaría al verse frente a un ataúd en su cuarto, después de una sesión espiritista…

Entonces conté al médico, balbuceando, lo de los dos ataúdes que había visto yo también. Durante algunos momentos nos quedamos mudos de asombro, mirándonos.

Luego, para convencernos de que todo aquello no era un sueño, empezamos a pellizcarnos.

—A ambos nos duelen los pellizcos —dijo por fin el médico—. Esto significa que no soñamos y que los ataúdes, el mío y los de usted, no son fenómenos ópticos, sino que existen de veras. ¿Qué haremos?

Pasó una hora en conjeturas y suposiciones. Estábamos helados y, por fin, decidimos dominar nuestro temor en el cuarto del médico. Previnimos al portero, quien subió con nosotros. Al entrar encendimos una vela y vimos un ataúd de brocado blanco con flores y borlas doradas. El portero se persignó devotamente.

—Ahora nos enteraremos —dijo el médico, temblando— de si el ataúd está vacío… o habitado.

Después de muchas vacilaciones, el médico se acercó y, rechinando los dientes de miedo, levantó la tapa. Echamos una mirada y vimos que… el ataúd estaba vacío.

No había ningún cadáver dentro del ataúd, pero sí una carta que decía lo siguiente:

«Querido amigo: Supongo que debes saber que los negocios de mi suegro van mal; tiene muchas deudas. Un día de éstos vendrán a embargarle, lo cual podría significar nuestra ruina y deshonra. Hemos decidido esconder todo lo de más valor, y como la fortuna de mi suegro consiste en ataúdes (es el de más fama en nuestro pueblo), tuvimos que poner a salvo los mejores. Confío en que tú, como buen amigo, me ayudarás a defender nuestra honra y nuestra fortuna, y es en la seguridad de esto por lo que te mando un ataúd, con el ruego de que lo guardes hasta que pase el peligro. Necesitamos la ayuda de amigos y conocidos. No me niegues este favor. El ataúd no permanecerá en tu cuarto más de una semana. He mandado un mueble de esos a cada uno de mis amigos, contando con su nobleza y generosidad. Tu amigo. *Ichelustin*».

Después de aquella noche estuve enfermo de los nervios durante tres meses. Nuestro amigo, el yerno del fabricante de ataúdes, salvó su fortuna y su honra. En la actualidad tiene una funeraria y construye panteones. Pero como sus negocios no prosperan, cada noche, al volver a mi casa, temo hallar junto a mi cama un catafalco o un panteón.

MONKTON, EL LOCO

Williams Wilkie Collins

Capítulo primero

Los Monktons, de la Abadía de Wincot, eran la familia más insaciable de nuestro condado. No mantenían relaciones amistosas con ninguno de sus vecinos; y, exceptuando a mi padre, y a una dama que vivía muy cerca de la Abadía, con su hija, no recibían nunca a nadie bajo su techo.

Aunque los Monktons eran gente orgullosa, no era el orgullo, sino el temor lo que les hacía mantenerse apartados de sus vecinos. La familia venía sufriendo desde varias generaciones atrás la horrible aflicción de la locura hereditaria, y sus miembros evitaban el mostrar a los demás su desgracia, cosa a la que se hubieran expuesto de haberse mezclado con el pequeño mundo que los rodeaba. Existe una espantosa leyenda de un crimen cometido en tiempos remotos por dos de los Monktons, parientes cercanos, y se supone que aquélla fue la primera manifestación de la tara familiar. Estimo innecesario impresionar a nadie repitiendo los detalles de aquel crimen. Baste decir que a intervalos aparecían en la familia casi todas las formas de la locura, siendo la más frecuente la monomanía. Sé todas estas cosas a través de mi padre.

En la época de mi juventud, sólo residían en la Abadía tres de los Monktons: Mr. y Mrs. Monkton y su único hijo Alfred, heredero de la propiedad. El único otro miembro de la familia que estaba vivo era el hermano menor de Mr. Monkton, Alfred. Se trataba de un hombre soltero, que poseía una rica hacienda en Escocia; pasaba la mayor parte del año en el Continente y se decía de él que era un empedernido calavera. La familia de la Abadía mantenía tan poco contacto con Alfred como con sus vecinos de Wincot.

He mencionado ya a mi padre, y a una dama y a su hija, como a las únicas personas que tenían el privilegio de ser admitidas en la Abadía de Wincot.

Mi padre había sido compañero de escuela y de Universidad de Mr. Monkton, cosa que explicaba perfectamente su amistad. Menos explicable resultaba su intimidad con Mrs. Elmslie (la dama a la cual me he referido). El difunto Mr. Elmslie era un pariente lejano de Mrs. Monkton, y mi padre había sido nombrado tutor de su hija. Pero ni siquiera esto me parecía suficiente para explicar lo amistoso de las relaciones existentes entre Mrs. Elmslie y los habitantes de la Abadía. Lo cierto es que las relaciones existían, y un resultado del constante intercambio de visitas entre las dos familias fue que el hijo de Mr. Monkton y la hija de Mistress Elmslie se enamoraron uno de otro.

No se me presentaron muchas oportunidades de ver a la joven; sólo la recuerdo de

aquella época como a una muchacha delicada, amable y encantadora, lo más opuesto que pueda imaginarse en aspecto, y aparentemente también en carácter, a Alfred Monkton. Aunque quizás esto fuera uno de los motivos de que se enamoraran. La atracción que sentían los dos jóvenes no tardó en ser descubierta por sus padres, los cuales no la desaprobaron en absoluto. En todos los puntos esenciales, excepto en el de la riqueza, los Elmslie podían parangonarse dignamente con los Monktons, y el heredero de Wincot no necesitaba casarse por dinero. Era del dominio público que Alfred entraría en posesión de una renta anual de treinta mil libras a la muerte de su padre.

Así, aunque los padres de Alfred y la madre de Miss Elmslie opinaban que sus hijos eran demasiado jóvenes para contraer matrimonio, no tuvieron inconveniente en que formalizaran sus relaciones, fijando la fecha de la boda para dos años después, cuando Alfred Monkton alcanzara la mayoría de edad. La única persona que debía ser consultada en el asunto era mi padre, en su calidad de tutor de Ada Elmslie. Mi padre sabía que la desgracia familiar se había manifestado hacía algunos años en Mrs. Monkton, la cual era prima de su marido. La *enfermedad*, como se la llamaba eufemísticamente, se había visto paliada por un cuidadoso tratamiento, y se dijo que había desaparecido. Pero mi padre no se dejaba engañar. Sabía que la tara hereditaria podía resurgir en cualquier momento; le horrorizaba la perspectiva de que se repitiera algún día en los descendientes de la única hija de su amigo; y, en consecuencia, se negó rotundamente a dar su consentimiento para aquella boda.

El resultado fue que se cerraran para él las puertas de la Abadía y las de la casa de Mrs. Elmslie. Muy poco tiempo después de esa ruptura de relaciones murió Mrs. Monkton. Su marido, que sentía un gran cariño hacia ella, cogió un fuerte resfriado el mismo día del entierro. No concedió importancia a aquella leve afección, que acabó convirtiéndose en pulmonía. Al cabo de unos meses, Mr. Monkton siguió a su esposa a la tumba y Alfred quedó dueño de la antigua Abadía y de los terrenos que la rodeaban.

Al producirse la muerte de Mr. Monkton, Mrs. Elmslie efectuó una segunda tentativa cerca de mi padre para obtener su consentimiento a la proyectada boda. Mi padre volvió a negarlo más rotundamente aún que la vez anterior. Transcurrió más de un año. Se acercaba la fecha en que Alfred alcanzaría la mayoría de edad. Al llegar el verano, abandoné la Universidad para pasar las vacaciones en casa, y efectué varias tentativas para mejorar mis relaciones con el joven Monkton. Fueron rechazadas. Muy cortésmente, desde luego, pero de un modo que daba a entender, sin género de dudas, que serían inútiles todos mis ofrecimientos de amistad. En circunstancias normales, confieso que la desdeñosa actitud de Alfred no hubiese dejado de mortificarme; pero la desgracia que se abatió sobre mi propio hogar hizo que me olvidara por completo de él. Mi padre enfermó gravemente y murió a consecuencia de aquella enfermedad.

Este acontecimiento dejó el futuro de Ada (por una imprevisión en el testamento

del difunto Mr. Elmslie) en manos de su madre. La primera consecuencia fue la inmediata ratificación del compromiso matrimonial que mi padre se había negado a autorizar.

En cuanto se hizo público el anuncio del compromiso, algunos de los amigos más íntimos de Mrs. Elmslie, que estaban enterados de la tara familiar de los Monktons, se aventuraron a hacer unas significativas alusiones a la difunta Mrs. Monkton. Pero Mrs. Elmslie no vacilaba en cortar de raíz todas aquellas sugerencias. Empezaba admitiendo la existencia de los rumores acerca de la desgracia que afligía a los Monktons, para afirmar a continuación que se trataba de infames calumnias. La tara familiar había dejado de manifestarse hacía muchas generaciones. Alfred era el mejor, el más cariñoso, el más sano de los seres humanos. Era muy aficionado al estudio y amante de la vida plácida y tranquila; Ada compartía sus gustos, y lo había elegido libremente; quien hablara de que se sacrificaba a Ada con aquella boda, insultaba con ello a su madre, cuyo amor por ella resultaba monstruoso poner en duda. Todos estos argumentos cerraban la boca a la gente, pero no la convencían. Empezaron a sospechar que Mrs. Elmslie era una mujer egoísta, mundana y codiciosa, que deseaba ver bien casada a su hija, sin importarle las posibles consecuencias de su matrimonio, con tal de que fuera dueña de la más rica heredad del condado. Y no se equivocaban en sus sospechas.

Sin embargo, pareció como si existiera un fatalismo que trabajara para impedir que Mrs. Elmslie alcanzara el gran objetivo de su vida. Apenas superado el obstáculo que representaba la oposición de mi padre, surgió otro: Ada se encontraba muy delicada de salud. Fueron consultados varios médicos, y todos estuvieron de acuerdo en aconsejar que la boda debía ser aplazada y que Miss Elmslie debía abandonar Inglaterra por una temporada, en busca de un clima más cálido; le recomendaron que fuera a residir en el Sur de Francia, si mal no recuerdo. Esto ocurrió poco antes de que Alfred alcanzara su mayoría de edad. Ada y su madre se marcharon al Continente, y la boda de la joven pareja quedó aplazada por tiempo indefinido.

En la vecindad se despertó un sentimiento de curiosidad acerca de la actitud que adoptaría Alfred Monkton en aquellas circunstancias. ¿Iría en seguimiento de su prometida? ¿O se decidiría finalmente a abrir las puertas de la antigua Abadía y trataría de olvidar la ausencia de Ada y el aplazamiento de su boda sumergiéndose en un torbellino de diversiones? No hizo ninguna de las dos cosas. Permaneció sencillamente en Wincot, llevando una existencia tan sospechosamente extraña y solitaria como la que había llevado su padre antes que él. La única persona que le acompañaba en su soledad era el anciano sacerdote (me olvidé de explicar que los Monktons eran católicos) que le habían asignado como mentor desde su más temprana edad. Alfred no dio ninguna fiesta, ni siquiera una pequeña reunión de carácter privado, para celebrar su mayoría de edad. Las familias de la vecindad decidieron olvidar la ofensa que les había infligido la actitud desdeñosa del padre de Alfred, e invitaron a éste a sus casas. Las invitaciones fueron cortésmente rechazadas.

Algunos, más atrevidos, llamaron a las puertas de la Abadía, pero se las cerraron en las narices después de haber aceptado sus tarjetas. Todas esas circunstancias determinaron que la gente moviera misteriosamente la cabeza cuando oía pronunciar el nombre de Mr. Alfred Monkton, y que se preguntara en voz baja cuánto tiempo tardaría el heredero de la Abadía en manifestar públicamente los síntomas de la desgracia que afligía a aquella familia.

¿En qué se ocupaba Alfred en la antigua casa solitaria? Resultaba muy difícil poder averiguarlo. Era inútil, por ejemplo, recurrir al anciano sacerdote en busca de información. Era un caballero muy apacible y muy cortés; sus respuestas eran siempre amables, y en el momento de escucharlas parecían bastante explícitas; pero al meditar luego en ellas, se caía en la cuenta de que eran absolutamente vacuas. El ama de llaves, una anciana de carácter agrio y modales agresivos, no admitía siquiera el ser preguntada. Los pocos criados que servían en la casa llevaban en ella el tiempo suficiente para haber aprendido a mantener cerrada la boca en público. Sólo los criados de la granja que abastecía a la Abadía podían suministrar alguna información; pero ésta era tan vaga, que dejaba igualmente insatisfecha la curiosidad general.

Algunos de ellos habían visto al «señorito» cuando se dirigía hacia la biblioteca con montones de polvorientos papeles en las manos. Otros habían oído extraños ruidos en la parte deshabitada de la Abadía, habían mirado hacia arriba y habían visto a Alfred Monkton abriendo las antiguas ventanas, como para dejar pasar la luz y el aire al interior de estancias que habían permanecido cerradas durante años y años; o le habían descubierto en lo alto de una de las ruinosas torres, a las que nunca habían visto ascender a nadie y que el vulgo creía habitadas por los fantasmas de los monjes que en otros tiempos fueron dueños de la Abadía. El resultado de esas observaciones y descubrimientos, al ser comunicados a otras personas, fue que empezara a correrse la voz de que «el pobre Alfred Monkton iba en camino de enloquecer como había enloquecido toda su familia antes que él». Y en la mente popular, esta opinión iba firmemente unida a la creencia —que no se apoyaba en nada tangible— de que el viejo sacerdote estaba en el fondo de todo aquel desdichado asunto.

Hasta ahora, he hablado principalmente de cosas que no pasan de ser fruto del rumor público. Lo que voy a contar a continuación será el resultado de mi propia experiencia personal.

Capítulo II

Unos cinco meses después de que Alfred Monkton alcanzara la mayoría de edad, abandoné definitivamente la Universidad y decidí emprender un viaje por el extranjero, de estudio y de recreo al mismo tiempo.

Cuando salí de Inglaterra, el joven Monkton seguía llevando su existencia de reclusión en la Abadía, y, en opinión de las gentes, estaba enfermando rápidamente, si es que no se había hundido ya del todo en la hereditaria locura familiar. En cuanto a los Elmslie, los informes señalaban que Ada se había beneficiado muchísimo de su estancia en el extranjero y que madre e hija se disponían a emprender el viaje de regreso a Inglaterra, para reemprender sus antiguas relaciones con el heredero de Wincot. Cuando inicié mi viaje por Europa, Mrs. Elmslie y su hija no habían regresado aún a Wincot. Visité varios países europeos, y finalmente fui a recalar en Nápoles. En esta ciudad me encontré con un amigo de mi época escolar, que estaba destinado como *attaché* a la embajada inglesa; y allí empezaron los extraordinarios acontecimientos relacionados con Alfred Monkton que constituyen la parte más interesante de la historia que estoy relatando.

Una mañana me hallaba en los jardines de la Villa Reale, acompañado de mi amigo el *attaché*, paseando ociosamente, cuando pasó ante nosotros un joven que intercambió un saludo con mi amigo.

Me pareció reconocer los oscuros y ávidos ojos, las pálidas mejillas y la expresión ansiosa y vigilante de aquel rostro; estaba a punto de interrogar a mi amigo sobre aquel joven, pero él se adelantó a mi pregunta.

—Ese es Alfred Monkton —me dijo—. Probablemente debes de conocerle, ya que vive en Wincot.

—He oído hablar de él —respondí—. Cuando me marché de Wincot estaba prometido a una tal Miss Elmslie. ¿Se ha casado ya con ella?

—No. Ni creo que llegue a casarse. Ha adquirido una enfermedad hereditaria en su familia. Hablando en plata: se ha vuelto loco.

—¡Loco! Claro que no debería extrañarme de oír esto, después de los rumores que circulaban en Inglaterra.

—No hablo por rumores; hablo por lo que Alfred Monkton ha dicho y ha hecho delante de mí y delante de centenares de personas. Seguramente habrás oído hablar de ello.

—Ni palabra. En los últimos meses no he tenido ninguna noticia de Nápoles ni de Inglaterra.

—Entonces, puedo contarte una historia extraordinaria. Ya debes saber que Alfred tenía un tío, Stephen Monkton. Bien; hace algún tiempo, ese tío se batió en duelo con un francés, en los Estados Pontificios, y resultó muerto. Los padrinos y el francés (que resultó ileso) emprendieron el vuelo en distintas direcciones, como es de suponer. Aquí no oímos nada de los detalles del duelo hasta un mes después de que tuvo lugar, cuando un periódico francés publicó un relato basado en los papeles dejados por uno de los padrinos de Monkton, que murió de hambre en París. En esos papeles se explican las condiciones fijadas para el duelo y cómo terminó, pero nada más. El otro padrino y el francés no han podido ser localizados desde entonces. Por lo tanto, lo que todo el mundo sabe acerca del duelo es que Stephen Monkton resultó

muerto; un hecho que nadie lamenta, ya que nunca existió otro bribón como él. El lugar exacto donde murió y lo que se hizo con su cadáver siguen siendo una incógnita.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con Alfred?

—Aguarda un instante y lo sabrás. En cuanto la noticia de la muerte de Stephen Monkton llegó a Inglaterra, ¿qué crees que hizo Alfred? Deshizo su boda con Miss Elmslie, a punto de celebrarse, para trasladarse aquí en busca del lugar donde está enterrado el granuja de su tío. Y ningún poder del mundo le persuadirá a regresar a Inglaterra y a Miss Elmslie hasta que haya encontrado el cuerpo de su tío y pueda llevárselo a Inglaterra para que sea enterrado con todos los otros Monktons en el panteón existente en la Capilla de la Abadía de Wincot. Derrocha el dinero a manos llenas, atosiga a la policía, y lleva tres meses exponiéndose al ridículo ante los hombres y a la indignación de las mujeres, en busca de algo de lo que está tan lejos ahora como el primer día. Y no da a nadie la menor justificación de una conducta tan extraña. Uno no puede reírse de él, ni tampoco justificarle. Ahora, precisamente, se dirigía a casa del jefe superior de policía para conseguir que sean enviados nuevos agentes a los Estados Pontificios, a fin de investigar el lugar donde murió su tío. Y lo más curioso es que durante todo ese tiempo ha venido haciendo apasionadas protestas de amor hacia Miss Elmslie, lamentándose de lo dolorosa que le resultaba esta separación. ¿Qué te parece? Se queja de algo que él mismo se ha buscado, pues nadie le obligaba a separarse de su prometida para entregarse a esta estúpida persecución de los restos de un malvado que era la deshonra de la familia y a quien el propio Alfred no había visto más que un par de veces en toda su vida. De todos los «Locos Monktons», como les llaman en Inglaterra, Alfred es el más loco. En realidad, constituye nuestro único motivo de diversión en esta aburrida época del año, aunque, por mi parte, cuando pienso en aquella pobre muchacha que quedó en Inglaterra, me siento más inclinado a despreciarle que a reírme de él.

—Entonces, ¿conoces a los Elmslie?

—Íntimamente. Hace unos días me escribió mi madre diciéndome que había visitado a Ada. Todos los amigos de la familia se han sentido ultrajados por la incalificable conducta de Alfred Monkton y no cesan de aconsejar a Ada que rompa su compromiso con él. Incluso la madre, sórdida y egoísta como es, no ha tenido más remedio que ponerse de parte de los que aconsejan a Ada que olvide a Alfred para siempre. Pero la muchacha ha decidido permanecer fiel a su compromiso. Defiende su locura, diciendo que debió tener un motivo muy poderoso para obrar como lo hizo; un motivo que no estimó oportuno revelar a nadie; dice que puede hacerle feliz cuando Monkton regrese a la vieja Abadía, y que puede hacerle aún más feliz cuando estén casados. En resumen, Ada ama tiernamente a su novio y tiene una confianza absoluta en él. Ha decidido consagrarle toda su vida, y nada conseguirá hacerle cambiar de pensamiento.

—Eso creo. Por mi parte, estimo que por demente que nos parezca la actitud de

Alfred Monkton, debe tener algún motivo muy poderoso, y que no estamos en situación de prejuzgar, para obrar como lo ha hecho. ¿Acaso parece loco cuando conversa con la gente de temas corrientes?

—En absoluto. Cuando se consigue que diga algo, lo cual no ocurre con demasiada frecuencia, habla como un hombre sensible y culto. Mientras no se aborde el tema de su búsqueda por estas tierras, da la impresión de ser el más amable de los hombres. Pero en cuanto se hace alusión a su vagabundeo en busca de la tumba de su tío, la locura de los Monktons se pone inmediatamente de manifiesto. La otra noche, una dama le preguntó, bromeando, desde luego, si se le había aparecido el fantasma de su tío. Alfred le dirigió una mirada demoníaca y respondió que su tío y él contestarían algún día aquella pregunta, si les dejaban salir del infierno para hacerlo. Todos los presentes nos echamos a reír ante aquellas palabras, pero la dama se desmayó de la impresión y tuvimos una escena de lo más desagradable. Cualquier otro hombre que se hubiese atrevido asustar hasta tal punto a una mujer hermosa hubiera sido arrojado a puntapiés del salón; pero «Monkton, el loco», como hemos bautizado a Alfred, es un lunático que goza del favor de la buena sociedad napolitana debido a que es inglés, bien parecido, y tiene una renta anual de treinta mil libras. Se mete en todas partes, pensando que en cualquier momento puede encontrarse con alguien que conozca el secreto del lugar donde se celebró el misterioso duelo. Si le presentan a una persona, no pasan cinco minutos sin que le pregunte si sabe algo acerca de aquel asunto; y en cuanto le ha respondido negativamente, se desentiende por completo de ella, a menos que la persona en cuestión desee asegurarse de que Monkton está realmente loco. El tal caso, basta con que le hable de su tío para que quede más que satisfecha su curiosidad.

Un par de días después de esta conversación con mi amigo el *attaché*, me encontré con Monkton en una reunión.

En cuanto oyó pronunciar mi nombre, el rostro de Alfred enrojeció vivamente; me tomó del brazo y me condujo a un rincón de la estancia. Una vez allí me pidió que le perdonase por la fría acogida que había dispensado, hacía unos años, a mis tentativas amistosas. Insistió en que le disculpase por lo que calificó de imperdonable ingratitud, con una avidez y una vehemencia que no pudieron por menos de sorprenderme. A continuación, tal como me había indicado mi amigo, me preguntó si sabía algo acerca del lugar donde se había celebrado el misterioso duelo.

Mientras me interrogaba acerca de ese extremo, su rostro experimentó una notable transformación. En vez de mirarme a los ojos como había hecho hasta entonces, apartó la mirada y la fijó con extraña intensidad no sé si en la pared que había junto a nosotros, o en el espacio vacío existente entre nosotros y la pared. Yo había llegado a Nápoles por mar, procedente de España, y así se lo dije en pocas palabras, tratando de convencerle de buenas a primeras de que no podía servirle de ninguna ayuda en sus averiguaciones. No insistió en sus preguntas y yo, teniendo en cuenta las advertencias de mi amigo, procuré que nuestra conversación no se apartara

de los tópicos corrientes. Volvió a mirarme directamente al rostro, y mientras estuvimos en aquel rincón sus ojos no se fijaron de nuevo en la pared ni en el espacio vacío entre la pared y nosotros.

Aunque parecía más dispuesto a escuchar que a hablar, cuando se decidía a tomar la palabra su conversación era absolutamente normal. Era evidente que había leído mucho, incluso sobre temas profundos, y tenía una especial habilidad para ilustrar con citas de sus lecturas el tema de conversación, sin hacer ostentación de sus conocimientos, pero sin ocultarlos tampoco con falsa modestia. Su actitud era una viva protesta contra el apodo de «Monkton, el loco» que le habían asignado. Era tan tímido, tan apacible, tan amable en todos sus gestos, que a veces sus modales resultaban casi femeninos. Aquella noche charlamos largo rato. A partir de entonces nos vimos con alguna frecuencia, y ni él ni yo perdimos una sola oportunidad de mejorar nuestras relaciones. Noté que Alfred me había tomado afecto; y a pesar de lo que me habían dicho acerca de su conducta con Miss Elmslie, a pesar de las sospechas que la historia de su familia y su propia conducta habían alzado contra él, empecé a sentir por «Monkton, el loco», como le llamaban en Nápoles, el mismo afecto que él sentía por mí. Hicimos juntos muchas excursiones por las afueras de Nápoles, y pasamos muchas horas navegando por la Bahía. De no haber sido por un par de rarezas en su conducta, rarezas que me resultaban imposibles de comprender, me hubiera sentido tan a gusto en su compañía como si Alfred hubiese sido mi propio hermano.

La primera de esas rarezas consistía en la reaparición en sus ojos de aquella extraña expresión que contemplé en ellos por primera vez cuando me preguntó si sabía algo acerca del duelo. Habláramos de lo que habláramos, y estuviéramos donde estuviéramos, a veces apartaba repentinamente la mirada de mi rostro para fijarla ora a un lado, ora al otro, pero siempre donde no había nada que ver, y siempre con la misma extraña intensidad. Era una mirada de loco —o por lo menos de hipocondríaco —, y nunca me atreví a preguntarle qué era lo que estaba mirando: fingía, simplemente, no darme cuenta de ello.

La segunda rareza en su conducta estribaba en que nunca hacía la menor referencia, mientras estaba en mi compañía, a los motivos de su vagabundeo por Nápoles, ni aludía tampoco a Miss Elmslie ni a su vida en la Abadía de Wincot. Y no era yo el único sorprendido por esto: las personas que estaban al corriente de nuestra intimidad se mostraban también intrigadas por el hecho, ya que habían llegado a creer que yo era el depositario de todas las confidencias de Alfred Monkton. Pero se acercaba el momento en que este enigma, y algunos otros enigmas cuya existencia no había llegado a sospechar en aquel período, iban a dejar de serlo.

Una noche me encontré con Alfred en una recepción organizada por un noble ruso, cuyo nombre me resultó imposible pronunciar entonces y no puedo recordar ahora. Deambulando por la casa donde se celebraba la recepción, fui a parar a una pequeña estancia, mitad salón de música, mitad gabinete de señora, que había sido

adornada para la ocasión con farolillos chinos. Cuando entré en aquella estancia no había nadie en ella. La vista sobre el Mediterráneo, bañado por la claridad de la luna llena de Italia, era tan encantadora, que permanecí largo tiempo junto a la ventana, contemplando aquella hermosa perspectiva y escuchando la música procedente del salón de baile, tamizada por la distancia. Mi pensamiento estaba muy lejos de allí, absorto en el recuerdo de los parientes que había dejado en Inglaterra, cuando de repente me sobresalté al oír que alguien pronunciaba mi nombre en voz baja.

Miré a mi alrededor y vi a Alfred Monkton, de pie en el centro de la habitación. Una lívida palidez cubría su rostro, y sus ojos miraban fijamente a un punto indeterminado, con aquella extraña expresión a que he aludido anteriormente.

—¿Te importaría marchar pronto de esta recepción? —me preguntó, sin mirarme.

—En absoluto —respondí—. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Te encuentras mal?

—No, no se trata de eso. ¿Querrás venir a mi casa?

—Ahora mismo, si lo deseas.

—No, ahora no. *Yo* debo ir a casa directamente; pero tú no debes venir hasta dentro de media hora. No has estado nunca en mi casa, lo sé; pero no te será difícil encontrarla. Aquí tienes una tarjeta con las señas. *Debo* hablar contigo esta misma noche; mi vida depende de ello. Te espero, sin falta, dentro de media hora.

Prometí ser puntual, y Alfred se alejó.

Resulta fácil imaginar el nerviosismo, la impaciencia y la vaga expectación de que me sentí poseído durante aquella media hora de espera, después de oír unas palabras como las que Monkton me había dirigido.

Antes de que hubiera transcurrido exactamente aquel plazo, me dispuse a abandonar la casa del noble ruso. Crucé el atestado salón de baile.

En lo alto de la escalinata que conducía al vestíbulo, me salió al paso mi amigo el *attaché*.

Pareció sorprendido e inquirió:

—¡Cómo! ¿Te marchas ya?

—Sí. Y seguramente te asombrarás cuando te diga el lugar adonde me dirijo: Monkton acaba de invitarme a que le visite en su casa.

—¡No irás a decirme que has aceptado la invitación! —Asentí calladamente, y continuó diciendo—: A fe mía, demuestras una confianza ilimitada en tus propias fuerzas si te atreves a permanecer a solas con «Monkton, el loco» en una noche de luna llena.

—Está enfermo, pobre muchacho… —murmuré, sin gran convencimiento—. Además, no creo que esté la mitad de loco de lo que lo estás tú.

—No voy a discutirte ahora ese punto. Pero, ten en cuenta lo que te digo: Monkton no te habría pedido que fueras a verle a su casa, donde hasta la fecha no ha admitido a ningún visitante, si no tuviera un propósito definido. Desde luego, no puedo saber qué es lo que se propone, pero me atrevo a predecirte una cosa: o mucho me equivoco, o esta noche vas a ver o a oír algo que recordarás durante el resto de tu

vida.

Me eché a reír y me despedí de él.

La casa donde vivía Alfred Monkton quedaba muy cerca del lugar donde se celebraba la recepción. Unos minutos después de haberme separado de mi amigo el *attaché* me encontraba ante la puerta del inmueble correspondiente a las señas de la tarjeta que me había entregado Monkton.

En aquel preciso instante me acordé de las últimas palabras de mi amigo; y aunque al oírselas pronunciar en lo alto de la escalera me había echado a reír, no pude evitar que se insinuara en mí la sospecha de que su predicción iba a cumplirse al pie de la letra.

Capítulo III

El portero que acudió a mi llamada me indicó el piso donde vivía Monkton. Supongo que Monkton me oyó subir la escalera, pues me invitó a pasar antes de que yo llamará a la puerta.

Entré, y le hallé sentado ante una mesa, haciendo un paquete con unas cartas. Observé, mientras me invitaba a sentarme, que su expresión era más tranquila, aunque su rostro seguía estando muy pálido. Me dio las gracias por haber acudido a su casa; repitió que tenía algo muy importante que decirme; y luego se interrumpió, demasiado turbado, al parecer, para seguir adelante. Traté de facilitar las cosas asegurándole que si mi ayuda o mi consejo podían serle de alguna utilidad, estaba dispuesto a poner a su servicio toda mi persona y todo mi tiempo, sin reservas de ninguna clase.

Mientras yo decía esto, noté que sus ojos empezaban a apartarse de mi rostro… Se apartaron lentamente, pulgada a pulgada, hasta detenerse en un punto indeterminado, con la fijeza y la intensidad que tanto me habían impresionado en anteriores ocasiones. La expresión de su rostro se alteró como no la había visto nunca alterarse; permanecía sentado ante mí, como un hombre en trance de muerte.

—Eres muy amable —murmuró, lenta y débilmente, sin dirigirse a mí, sino al punto en que estaban clavados sus ojos—. Sé que puedes ayudarme; pero…

Se interrumpió; su rostro palideció horriblemente y su respiración se hizo más agitada. Trató de continuar; pronuncio un par de palabras; luego se interrumpió de nuevo. Alarmado de veras, me puse en pie con la intención de servirle un poco de agua de una jarra que había visto sobre una mesilla colocada junto a una de las paredes de la habitación.

Monkton dio un brinco en aquel mismo instante. Al verlo, acudieron a mi mente todas las habladurías que había oído acerca de su insania; involuntariamente,

retrocedí un par de pasos.

—No es necesario que te muevas —dijo Monkton, volviendo a sentarse—. No te preocupes por mí. Puedes continuar sentado. Necesito… desearía, si no te importa, cambiar un poco la escena antes de seguir adelante. ¿Te importaría que encendiera unas cuantas luces más?

En absoluto.

Hasta entonces, había permanecido sentado a la sombra de una lámpara de pie, única luz que había encendida en el cuarto.

Ahora, Monkton se levantó de nuevo, se dirigió a la habitación contigua y regresó con otra lámpara de mayor tamaño; luego tomó dos candelabros de la mesita lateral, y otros dos de la repisa de la chimenea; los colocó todos juntos, encima de la mesa, de modo que quedaran exactamente entre él y yo; y luego trató de encender las velas. Su mano temblaba tanto que me vi obligado a ofrecerle de nuevo mi ayuda, rogándole que me permitiera encender aquellas luces. Accedió a ello, de modo que encendí las cuatro velas y la otra lámpara. Cuando volvió a sentarse, con aquella concentración de luz entre nosotros, reaparecieron lentamente sus amables modales; y al dirigirme de nuevo la palabra, habló sin la menor vacilación.

—Sería inútil preguntarte si has oído lo que la gente dice de mí —dijo—. Sé que lo has oído. Mi propósito al hacerte venir esta noche a mi casa ha sido el de darte una explicación razonable de la conducta que ha dado pie a esas habladurías. Hasta ahora, sólo una persona conocía mi secreto; he decidido confiártelo, con un propósito especial que conocerás a su debido tiempo. Antes, sin embargo, debo hablarte de lo que me impide regresar a Inglaterra. Deseo tu consejo y tu ayuda; y, para no ocultarte nada, deseo también poner a prueba tu paciencia y tu amistosa simpatía, antes de aventurarme a confiarte mi desdichado secreto. ¿Querrás perdonar esta aparente desconfianza en tu sinceridad… esta aparente ingratitud por la bondad que me has demostrado en todo momento desde que nos encontramos en Nápoles?

Le dije que no aludiera a cosas que no tenían importancia y que siguiera con su relato.

—Ya sabes —continuó— que estoy aquí para recuperar el cadáver de mi tío Stephen y para llevármelo conmigo a nuestro panteón familiar en Inglaterra; y debes estar también enterado de que no he conseguido aún descubrir sus restos. De momento, trata de pasar por alto lo que de extraño e incomprensible encuentres en un propósito como el mío; y lee en este periódico el artículo que está marcado con lápiz rojo. Es la única prueba que poseo hasta ahora del duelo en el cual murió mi tío; y me gustaría saber lo que te sugiere su lectura, en lo que respecta a la línea de acción que puedo seguir en este asunto.

Me alargó un viejo periódico francés. El meollo de lo que leí quedó tan firmemente impreso en mi memoria, que estoy seguro de poder repetir exactamente, al cabo de tanto tiempo, todos los hechos que estimo fundamentales para el que me lea.

El artículo empezaba con unas observaciones de tipo general acerca de la gran curiosidad que había despertado el duelo entre el conde de Saint Lo y Mr. Stephen Monkton, un caballero inglés. El autor se extendía largamente en el comentario del impenetrable secreto que había rodeado a todo aquel asunto, desde el principio hasta el fin; y expresaba la esperanza de que la publicación de cierto manuscrito podía proyectar algo de luz sobre el enigma. El manuscrito había sido encontrado entre los papeles de Monsieur Foulon, padrino de Mr. Monkton en el famoso duelo y que había fallecido en París poco después de su regreso del escenario del duelo. El documento estaba sin terminar, y se interrumpía precisamente en el lugar más interesante para el lector. Se desconocían los motivos de esa interrupción, y a pesar de la minuciosa búsqueda realizada entre los papeles dejados por el difunto, no pudo descubrirse ningún otro documento que hiciera alusión al asunto.

A continuación se reproducía el documento.

Se trataba de un acuerdo privado entre el padrino de Mr. Monkton, Monsieur Foulon, y el padrino del conde de Saint Lo, Monsieur Dalville; y contenía una exposición de las condiciones fijadas para el duelo. El documento estaba fechado en «Nápoles, 22 de febrero»; y comprendía siete u ocho apartados.

En el primer apartado se describía el origen y la naturaleza de la querella: un asunto muy desdichado por ambas partes, que no vale la pena recordar ni repetir. En el segundo apartado se decía que el ofendido había escogido como arma la pistola, y que el ofensor (un excelente espadachín) había, por su parte, insistido en que el duelo debía celebrarse en condiciones tales que el primer disparo resultara decisivo; los padrinos, dándose cuenta de las fatales consecuencias que iban a derivarse inevitablemente del encuentro, decidieron, en primer lugar, que el duelo debía ser mantenido en el más estricto secreto, y que el lugar donde iba a celebrarse no debía ser conocido absolutamente por nadie. Se añadía que este exceso de precauciones se había hecho necesario a causa de una reciente comunicación del Papa a los gobernantes italianos, quejándose de la escandalosa frecuencia con que se practicaba el duelo e instando a los poderes públicos a que en el futuro aplicaran con el máximo rigor las leyes contra los duelistas.

En el tercer apartado se detallaban las condiciones estipuladas para el duelo.

Las pistolas debían ser cargadas por los padrinos en el mismo lugar del duelo. Los contendientes se colocarían a treinta pasos de distancia uno de otro, y se jugarían a cara o cruz el derecho a efectuar el primer disparo. El ganador avanzaría diez pasos —marcados de antemano— y descargaría su pistola. Si fallaba el disparo, o no conseguía inutilizar a su adversario, éste podría avanzar, si lo deseaba, los restantes veinte pasos antes de disparar a su vez. Esta providencia aseguraba la decisiva terminación del duelo tras la primera descarga de las pistolas, y los protagonistas y los padrinos se comprometían a atenerse estrictamente a lo estipulado.

En el cuarto apartado se decía que los padrinos habían acordado que el duelo debía celebrarse *fuera* de los Estados Napolitanos, pero dejando que las

circunstancias determinaran el lugar exacto de su celebración. Los otros apartados, por lo que yo recuerdo, estaban dedicados a detallar las diversas precauciones a adoptar para no ser descubiertos. Los duelistas y sus padrinos deberían salir de Nápoles separadamente; cambiar varias veces de carruaje; reunirse en un pueblo determinado o, si esto no era posible, en cierta casa de postas situada en la carretera general de Nápoles a Roma; debían llevar consigo telas, pinturas y caballetes, como si fueran artistas en busca de paisajes que pintar; y debían dirigirse al lugar del duelo a pie, sin utilizar los servicios de ningún guía, para evitar una posible delación. Estas disposiciones de carácter general, y otras encaminadas a facilitar la fuga de los supervivientes una vez liquidado el asunto, formaban la conclusión del extraordinario documento, el cual estaba firmado, sólo con sus iniciales, por los dos padrinos.

Inmediatamente debajo de las iniciales aparecía el comienzo de una narración, encabezada por «París» y destinada evidentemente a describir el duelo en todos sus detalles. La escritura era la del padrino fallecido.

Monsieur Foulon, el caballero en cuestión, declaraba su creencia en que podían llegar a producirse unas circunstancias que convirtieran en documento importante el relato del encuentro entre el conde de Saint Lo y Mr. Monkton, escrito por un testigo presencial. Se proponía, en consecuencia, como uno de los padrinos, atestiguar que el duelo se había celebrado de acuerdo, punto por punto, con las condiciones estipuladas, y que los protagonistas se habían conducido como hombres de honor (!). A continuación anunciaba que, al objeto de no comprometer a nadie, pondría en manos seguras el documento que contenía su testimonio, con instrucciones para que no fuera abierto más que en caso de extrema necesidad.

Después de este preámbulo, Monsieur Foulon explicaba que el duelo se había celebrado dos días después de haberse fijado las condiciones, en un lugar determinado por la casualidad. (No se mencionaba el nombre del lugar, ni tampoco el de ninguna localidad de los alrededores que pudiera servir como punto de referencia). Los contendientes se habían colocado de acuerdo con las condiciones anteriormente mencionadas. El conde de Saint Lo, que había ganado el derecho a disparar el primer tiro, había avanzado sus diez pasos y descargado su pistola. Mr. Monkton no cayó inmediatamente, sino que avanzó tambaleándose seis o siete pasos, disparó sin ninguna efectividad sobre el conde, y se desplomó al suelo, muerto. Monsieur Foulon añadía que arrancó una hoja de su cuaderno de notas, escribió en ella en pocas palabras el modo como Mr. Monkton había muerto y dejó el papel prendido con un alfiler a sus ropas; esto se había hecho necesario por las especiales características del plan trazado para poner el cadáver en lugar seguro. Y en este punto interesantísimo se interrumpía bruscamente la narración, sin explicar cuál fuera aquel plan ni qué se hizo con el cadáver de Mr. Monkton.

El artículo del periódico terminaba explicando cómo se habían conseguido el documento y la autorización para publicarlo, y repetía lo que ya señalaba al principio, es decir, que entre los papeles del difunto Monsieur Foulon no había aparecido

ninguna continuación del documento.

Creo que acabo de dar un resumen bastante exacto de lo que leí, y que he mencionado todo lo que hasta entonces se sabía acerca de la muerte de Mr. Stephen Monkton.

Cuando devolví el periódico a Alfred, éste se hallaba demasiado agitado para hablar; pero me recordó con un gesto que aguardaba ansiosamente escuchar lo que yo tuviera que decir. Mi situación resultaba molesta y penosa a la vez. Ignoraba las consecuencias que podía acarrear el que yo me definiera en uno u otro sentido, y decidí ganar tiempo.

—¿Me permites que te haga un par de preguntas antes de exponer mi opinión? —inquirí.

Alfred asintió impacientemente.

—Sí, sí. Todas las preguntas que quieras.

—¿Ha habido alguna época en que vieras con frecuencia a tu tío?

—Sólo le vi un par de veces en toda mi vida; y en ambas ocasiones yo era un chiquillo.

—Entonces, no puedes tenerle una estimación personal demasiado intensa…

—¡Estimación personal! Me hubiera avergonzado de sentirla. ¡Mi tío era la deshonra de la familia!

—¿Puedo preguntarte si el interés que demuestras por recuperar sus restos está justificado en algún motivo familiar?

—Desde luego, entre otros existen motivos familiares… Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Verás, he oído decir que utilizas a la policía para que te ayude en tus investigaciones, y deseaba saber si, para conseguir esa ayuda, has expuesto al jefe superior alguna poderosa razón personal que justifique lo desusado del proyecto que te ha traído aquí.

—No he expuesto ninguna razón. Pago por el trabajo que deseo realicen, y a cambio de mi generosidad me tratan en todas partes con la más inicua de las indiferencias. No soy más que un extranjero, conozco apenas el idioma de este país y no puedo valerme por mí mismo. Las autoridades, lo mismo las de Roma que las de aquí, fingen ayudarme, fingen investigar de acuerdo con mis deseos, pero en realidad no hacen absolutamente nada. Se ríen de mí en mis propias barbas.

—¿No crees posible…? Verás, no deseo, ni mucho menos, disculpar el comportamiento de las autoridades, pero ¿no crees posible que la policía pueda poner en duda que obres de buena fe? Y conste que yo no he dudado de ella ni un solo instante…

—¿Mi buena fe? —gritó Alfred, poniéndose en pie y mirándome ferozmente, con una expresión salvaje en los ojos y respirando agitadamente—. ¿Mi buena fe? También *tú* crees que no obro de buena fe, no lo niegues. No conseguirías convencerme de lo contrario. ¡Un momento! Antes de seguir adelante, quiero que te

convenzas por tus propios ojos. ¡Sígueme!

Obedecí, y le acompañé a su dormitorio, situado junto al saloncito en que nos hallábamos. A un lado de la cama había una gran caja de madera, de unos siete pies de longitud.

—Abre esa caja y mira lo que hay dentro —me dijo Alfred—. Yo te alumbraré con la vela.

Abrí la caja y vi, con el mayor de los asombros, que contenía un ataúd forrado de plomo, adornado con el escudo de armas de los Monktons y con una inscripción en letras doradas en la cual, debajo del nombre de «Stephen Monkton» figuraban su edad y el modo como halló la muerte.

—Tengo ese ataúd dispuesto para él —susurró Alfred muy cerca de mi oído—. ¿Acaso no es una prueba suficiente de mi buena fe?

A mí me pareció una prueba de que Alfred no estaba del todo cuerdo… aunque me abstuve de decírselo y permanecí callado.

—¡Sí! ¡Sí! Ya veo que has quedado convencido —añadió rápidamente—. Ahora podemos regresar al salón y hablar sin reservas mentales de ninguna clase.

Cuando hubimos regresado al salón, aparté maquinalmente mi silla de la mesa. En aquel instante me hallaba en un estado tal de confusión y de asombro, que me olvidé por completo de que Alfred había querido mantenerme iluminado por una intensa luz. Inmediatamente, Alfred me lo recordó.

—No te apartes de la luz —me dijo, muy serio—. No tardarás en saber a qué obedece mi interés en ese punto. Pero antes quiero que me des tu consejo. Recuerda que me prometiste aconsejarme y ayudarme.

Hice un esfuerzo para concentrar mis ideas, y lo conseguí. Hubiera sido inútil tratar de quitarle importancia al asunto en presencia de Alfred: él se lo tomaba muy en serio, y no podía negarme a aconsejarle en el sentido que me pareciera más oportuno.

—Ya sabes —le dije— que dos días después de estipuladas las condiciones del duelo, éste tuvo lugar fuera de los Estados Napolitanos. Supongo que ese hecho fue el que te indujo a creer que todas las investigaciones debían centrarse en los Estados Pontificios, ¿no es cierto?

—Desde luego. Hasta ahora, todas las investigaciones se han limitado a los Estados Pontificios. Si he de creer a la policía, no ha cesado en sus esfuerzos por descubrir el lugar donde pudo celebrarse el duelo (ofreciendo en mi nombre una elevada recompensa a la persona que pudiera localizarlo). Dichos esfuerzos se han concentrado a lo largo de la carretera general de Nápoles a Roma. También han hecho circular —o al menos eso me han dicho— descripciones de los duelistas y de sus padrinos; han dejado un agente para dirigir las investigaciones en la casa de postas, y otro en el pueblo que se menciona en el documento como punto de reunión; y se han puesto en contacto por correspondencia con las autoridades del extranjero para tratar de localizar el lugar o lugares donde pudieron esconderse el conde de Saint Lo y su

padrino, Monsieur Dalville. Todos esos esfuerzos, suponiendo que sean ciertos, han resultado infructuosos hasta la fecha.

—Tengo la impresión —dije, después de meditar unos instantes— de que todas las investigaciones que se hagan o puedan hacerse a lo largo de la carretera general o en cualquier lugar cercano a Roma serán inútiles. En cuanto al descubrimiento de los restos de tu tío, en mi opinión, debe tener una relación muy íntima con el descubrimiento del lugar donde resultó muerto, ya que no parece probable que las personas implicadas en el duelo se expusieran a transportar el cadáver a una distancia considerable del lugar donde se celebró el duelo, preocupados como estaban en desaparecer lo más rápidamente posible. Por lo tanto, lo que importa localizar es el lugar donde se celebró el duelo. Recapitulemos los hechos: los duelistas y sus padrinos viajaban por parejas; cambiaron de carruajes; indudablemente, tomaron caminos secundarios; se detuvieron en la casa de postas y en el pueblo citado en el documento para despistar; anduvieron, tal vez, una considerable distancia sin que nadie les guiase. Teniendo en cuenta ese exceso de precauciones que debieron adoptar, y sabiendo como sabemos que el duelo se celebró dos días después de haber fijado las condiciones en Nápoles, no creo que pudieran alejarse mucho. Por lo tanto, opino que el duelo se celebró en algún lugar próximo a la frontera napolitana; y si yo hubiera sido el agente encargado de la investigación, la hubiese llevado a cabo a lo largo de la frontera, iniciándola en el oeste para terminarla en las solitarias zonas montañosas del este. Esta es mi opinión. ¿Crees que tiene algún valor?

El rostro de Alfred enrojeció intensamente.

—¡Creo que es una gran idea! —exclamó—. No debemos perder ni un solo día más. Ni media palabra a la policía. Yo empezaré las investigaciones mañana por la mañana; y tú…

Se interrumpió; su rostro había palidecido repentinamente; suspiró como con gran pesar, sus ojos volvieron a adquirir aquella expresión de vacuidad que me era tan conocida y todos sus rasgos se endurecieron.

—Antes de hablar de lo que haré mañana, debo contarte mi secreto —continuó Alfred, débilmente—. Si no te lo contara todo ahora mismo, me haría indigno de todas tus bondades, indigno de la ayuda que me has prestado y de la que espero querrás prestarme cuando estés enterado de todo.

Le dije que debía retrasar sus confidencias hasta que estuviera más tranquilo, pero Alfred no pareció darse cuenta de lo que yo decía. Lentamente, y como luchando consigo mismo, inclinó la cabeza sobre la mesa, sosteniéndola entre sus manos. El paquete de cartas que yo había visto al entrar en la estancia estaba frente a sus ojos. Alfred lo miró fijamente, unos instantes, antes de romper de nuevo a hablar.

Capítulo IV

—Creo que tú naciste en nuestra comarca —dijo Alfred—. Por lo tanto, es posible que hayas oído hablar de una antigua y extraña profecía relacionada con nuestra familia, profecía que se conserva aún en nuestros días como una de las tradiciones más típicas de Wincot Abbey.

—Sí, algo he oído acerca de esa profecía —respondí—, aunque nunca supe en qué consistía exactamente. Creo que se refería a la extinción de vuestra familia, a algo por el estilo, ¿no es cierto?

—El origen de la profecía no ha podido ser descubierto —continuó Alfred, como si no se hubiera enterado de mi interrupción—. No ha podido ser atribuida a nadie en concreto. Ha ido pasando de padres a hijos a través de incontables generaciones, sin que pueda precisarse cuándo fue expresada por primera vez. Los criados más viejos de la Abadía recuerdan haberla oído de labios de sus padres y abuelos. Los monjes que habitaban en la Abadía cuando pasó a ser propiedad de nuestra familia, en tiempos de Enrique VIII, tenían ya conocimiento de ella, ya que yo mismo descubrí la profecía en uno de los antiguos manuscritos de la Abadía. Estos son los versos, si es que merecen este nombre:

Cuando en el panteón de Wincot exista
un lugar vacío para uno de los Monktons;
cuando el que debía reposar allí
permanezca sin enterrar bajo el cielo,
mendigando seis pies de tierra,
él, que nació dueño de miles de acres,
entonces habrá llegado el final
de la raza de los Monktons.
Se irá reduciendo rápidamente,
quedará reducida al último dueño;
y éste también desaparecerá
y con él toda la raza de los Monktons.

—Parece una profecía muy vaga para haber sido pronunciada por un antiguo oráculo —dije—, viendo que Alfred parecía aguardar, después de recitar aquellos versos, a que yo dijera algo.

—Vaga o no, se está cumpliendo al pie de la letra —replicó Alfred—. Yo soy ahora el «Último Dueño»… el último miembro de nuestra familia señalado por la profecía; y el cadáver de Stephen Monkton no se encuentra en el panteón de Wincot. ¡Espera! Sé lo que vas a decirme… y quiero anticiparme a tu objeción. Mucho antes de que la Abadía fuera nuestra, cuando mis antepasados habitaban la mansión situada junto a ella (y cuyas ruinas desaparecieron hace muchísimo tiempo), todos los miembros de nuestra familia eran enterrados en un panteón de la capilla de la Abadía. Fuera conocida o no en aquellos remotos tiempos la profecía acerca de nuestra

familia, se la temiera o no, lo cierto es que todos los Monktons (lo mismo los que vivieron en Wincot que los que residían en nuestras posesiones de Escocia) fueron enterrados en el panteón de Wincot, no importa a qué precio. En los turbulentos días de épocas pasadas, los cadáveres de mis antecesores que caían luchando en tierra extranjera eran recuperados y llevados a Wincot, aunque el hacerlo suponía muy a menudo pagar un elevado rescate, cuando no verter mucha sangre. Esta superstición, si quieres llamarla así, se ha venido transmitiendo ininterrumpidamente en nuestra familia; durante siglos, todos los Monktons —absolutamente todos— han sido enterrados en el panteón de la Abadía… hasta ahora. El lugar vacío mencionado en la profecía es el correspondiente a Stephen Monktons; la voz que mendiga seis pies de tierra es la voz de mi tío. ¡Estoy convencido que dejaron su cadáver sin enterrar en el mismo lugar en que cayó muerto!

Alzó la mano al ver que me disponía a hablar, y luego se puso lentamente en pie y señaló en la dirección en que sus ojos habían permanecido fijos durante todo aquel tiempo.

—Sé lo que vas a decirme —exclamó, en tono excitado—. Sí, vas a decirme cómo es posible que esté tan loco como para creer en una absurda profecía, nacida en una época de superstición y de ignorancia. Mi respuesta —y su voz se convirtió repentinamente en un susurro—, mi respuesta es que creo en ella porque *el propio Stephen Monkton se encuentra aquí en estos momentos, confirmándome en mi creencia*.

En aquel instante, fuese por el terror que me inspiraba el fantasmal rostro que tenía ante mí, fuese porque hasta entonces no había creído del todo a los que aseguraban que Alfred Monkton estaba loco y de repente acababa de convencerme de que era verdad, sentí que la sangre se helaba en mis venas y por nada del mundo me hubiese vuelto a mirar en la dirección señalada por Monkton.

—Veo allí —continuó Alfred en el mismo tono susurrante— a un hombre moreno, de pie, con la cabeza descubierta. Una de sus manos, empuñando aún una pistola, ha caído a su costado; la otra oprime un pañuelo ensangrentado contra su boca. Sus rasgos aparecen convulsos por la agonía de la muerte; pero sé que son los rasgos del hombre que me asustó por dos veces al tomarme entre sus brazos cuando yo era un chiquillo, en la Abadía de Wincot. Entonces pregunté a las sirvientas quién era, y respondieron que era mi tío, Stephen Monkton. Y ahora lo veo junto a nosotros, como si estuviera vivo, con el brillo de la muerte en sus grandes ojos negros; así lo he visto siempre desde el instante en que lo mataron; en Inglaterra y en el extranjero, despierto o dormido, día y noche, siempre, siempre está junto a mí…

Mientras pronunciaba las últimas palabras, el tono susurrante de su voz se convirtió en un murmullo casi inaudible. Por la dirección y la expresión de su mirada comprendía que estaba hablándole a la aparición. De haber contemplado yo mismo a la aparición en aquel instante, creo que no me hubiera impresionado tanto como ver a Alfred murmurando palabras ininteligibles al vacío. Mis nervios estaban tensos como

las cuerdas de un violín. Me invadió un vago temor al estar tan cerca de Alfred Monkton en su actual estado, e instintivamente retrocedí un par de pasos.

Alfred se dio cuenta al momento.

—¡No te marches! ¡Por favor, no te marches! ¿Te he asustado? ¿Es que no me crees? ¿Acaso te molesta la luz en los ojos? Quise encender tantas luces porque no puedo soportarla claridad que despide el fantasma de mi tío en la oscuridad ¡No te marches! ¡No me abandones ahora!

Al pronunciar estas palabras, su rostro reflejaba una desesperación tal que me sentí lleno de compasión hacia él y esto me ayudó a recobrar el dominio de mí mismo. Volví a ocupar mi silla y dije que me quedaría allí todo el tiempo que deseara.

¡Gracias, muchas gracias! Eres muy bueno y muy paciente conmigo —dijo Alfred, en tono casi normal, volviendo a sentarse en el lugar que ocupaba antes—. Ahora que te he confesado la tragedia que me persigue en secreto por dondequiera que voy, creo que podré contarte con más calma el resto de la historia. Como ya te he dicho, mi tío Stephen —inclinó su cabeza rápidamente y se quedó mirando la mesa mientras el nombre pasaba por sus labios—, mi tío Stephen visitó un par de veces Wincot cuando yo era un chiquillo, y en ambas ocasiones me asustó de un modo espantoso. Sólo me tomó en sus brazos, y me habló, muy cariñosamente, por cierto, pero me aterrorizó. Tal vez me asustara su gran estatura, el color moreno de su piel, su enorme bigote negro, cosas que hubieran asustado a cualquier otro chiquillo; tal vez su sola presencia ejercía sobre mí una extraña influencia, que entonces no podía comprender y que ahora no puedo explicar. Fuera lo que fuese, lo cierto es que solía soñar con él después de su marcha, y mis sueños no tenían nada de agradables. Mi obsesión llegó hasta el punto de que los criados que cuidaban de mí se dieron cuenta de ella, y cuando me portaba mal o deseaban que hiciera una cosa que no era de mi agrado, me amenazaban con mi tío Stephen como otros amenazan a los niños con el coco. Al crecer, conservé el vago temor hacia nuestro pariente. Cuando mi padre o mi madre mencionaban el nombre de tío Stephen, escuchaba con la mayor atención, sin saber por qué, embargado por un indefinible presentimiento de que algo terrible le había ocurrido a él, o estaba a punto de ocurrirme a mí. Cuando me quedé solo en la Abadía, la sensación de terror se trocó en una ávida curiosidad —que ya había sentido despertar en mí anteriormente— acerca del origen de la antigua profecía sobre la extinción de nuestra raza. ¿Estás en lo que digo?

—No me pierdo una palabra.

—En el curso de mis investigaciones en la biblioteca de la Abadía, encontré unos fragmentos de la antigua rima que contiene la profecía anotados como curiosidad en uno de los libros. En la página opuesta a la anotación habían pegado la reproducción de un rústico grabado al boj que representaba a un hombre de rostro moreno; era tan parecido al que yo recordaba de tío Stephen, que me intrigó profundamente. Cuando le pregunté a mi padre acerca del hombre a quien correspondía aquel grabado —lo que te cuento ocurrió poco antes de su muerte—, no supo, o fingió no saber; y cuando

más tarde le hablé de la profecía, cambió rápidamente de conversación. Entonces le hablé del asunto a nuestro capellán, sin obtener mejores resultados. Me dijo que el grabado había sido hecho muchos siglos antes de que naciera mi tío; y añadió que la profecía no era más que una copla de ciego y una tontería. Traté de discutirle ese último extremo. Pero el capellán no quiso discutir conmigo; se limitó a decirme que no debía perder el tiempo en aquellas fruslerías, que yo tenía más imaginación de la conveniente y que debía tratar de reprimirla, en lugar de excitarla. Sus consejos no hicieron más que avivar mi curiosidad. Decidí investigar en secreto en la parte deshabitada de la Abadía, y ver si conseguía descubrir en los olvidados archivos de la familia quién era el personaje del grabado y a qué época se remontaba la profecía. ¿Has pasado alguna vez un día a solas en las estancias abandonadas durante siglos de una casa antigua?

—Nunca. No me siento inclinado a esa clase de soledad.

—¡Ah! Te aseguro que resulta emocionante. ¡Cuánto me gustaría volver a vivir aquellos instantes! ¿Te imaginas lo que puede suponer abrir una puerta por la que no ha penetrado un ser humano en los últimos cien años? La sensación que se experimenta es a la vez espantosa y agradable. Y luego, el primer paso hacia una región desconocida, donde el aire tiene una rara calidad misteriosa, donde la luz penetra sólo muy débilmente a través de las ventanas cerradas y de las cortinas podridas. El fantasmal crujido de las tablas de madera del suelo, que se quejan en cuanto uno las pisa, por suave que sea su andar… Las sombras que le rodean a uno por todas partes, moviéndose en la oscuridad… Piensa en todo eso, y podrás imaginar la intensa emoción que tuvo mi vida durante aquellos días.

(Me estremecí al imaginar aquella vida: sus resultados no podían ser más desastrosos, a juzgar por el ejemplo que tenía ante mí).

—Mis investigaciones duraron meses y meses; de repente las suspendía, para volverlas a iniciar poco después. En cualquier dirección que avanzara, siempre encontraba algo que era como un cebo para mí. Terribles confesiones de crímenes pasados, sorprendentes pruebas de perversidad secreta que seguramente habían estado ocultas para todos los ojos, salían a la luz. A veces, esos descubrimientos estaban relacionados con ciertas partes de la Abadía, las cuales adquirían desde entonces un morboso interés para mí. A veces lo estaban con determinados retratos antiguos del salón de pinturas, en el cual no me atrevía a entrar después de lo que había descubierto. En ocasiones, los resultados de mis pesquisas me horrorizaban tanto, que decidía renunciar definitivamente a ellas; pero nunca podía perseverar en mi resolución: pasados unos días, la tentación se hacía demasiado fuerte y volvía a mis investigaciones, una y otra vez. Al final encontré el libro que había pertenecido a los monjes y en cuyas páginas figuraba la profecía. Este primer éxito me estimuló a ahondar más en los documentos relacionados con mi familia. No conseguí descubrir la identidad del misterioso personaje del retrato, pero la misma convicción intuitiva que me hablaba de su extraordinario parecido con mi tío Stephen, parecía decirme

también que mi tío debía estar relacionado estrechamente con la profecía, y que debía saber más de ella que cualquier otra persona. No tenía ningún medio de comunicarme con él, ningún medio de comprobar la veracidad o inexactitud de aquella extraña idea que me atosigaba. Y mis dudas persistieron hasta el día que quedé convencido para siempre por la misma terrible prueba que en estos momentos se halla presente en esta habitación.

Se interrumpió y me miró fijamente, con ojos cargados de sospechas; luego me preguntó si creía todo lo que acababa de decirme. Mi respuesta inmediata en sentido afirmativo pareció desvanecer sus dudas, y continuó:

—Un atardecer del mes de febrero me hallaba solo en una de las desiertas estancias de la torre occidental de la Abadía, contemplando la puesta de sol. Poco antes de que el sol desapareciera por la línea del horizonte, experimenté una sensación imposible de describir. No veía nada, no oía nada, no pensaba nada. Aquella pérdida de la consciencia llegó repentinamente; no era un desmayo, ya que no caía al suelo, ni me moví una pulgada del lugar donde me encontraba. Si existiera la posibilidad de que ocurriese una cosa así, yo diría que fue un abandono temporal del cuerpo por el alma, sin la previa muerte. Pero cualquier intento de describir mi situación en aquel momento fracasaría. Llámalo como quieras, trance o catalepsia, lo único que sé es que permanecí de pie ante la ventana en una total inconsciencia, muertos el cuerpo y la mente, hasta que el sol se hubo puesto. En aquel momento recobré el sentido; y entonces, al abrir los ojos, vi a Stephen Monktons de pie ante mí, envuelto en una débil claridad, tal como está en este mismo instante a tu lado.

—¿Ocurrió eso antes de que la noticia del duelo llegase a Inglaterra? —pregunté.

—*Dos semanas antes* de que la noticia llegara a Wincot. Y cuando oímos hablar del duelo, no supimos la fecha en que se había celebrado. Sólo me enteré de ella al leer el periódico francés que acabas de ver. La fecha del documento, como habrás podido apreciar, es la del veintidós de febrero, y dice que el duelo se celebró dos días después. Yo había anotado en mi cuaderno de notas la fecha en que se me apareció el fantasma por primera vez: fue el día 24 de febrero.

Hizo una pausa, como si aguardara a que yo hiciera algún comentario. Pero, después de las palabras que Monkton acababa de pronunciar, ¿qué podía yo decir? ¿Qué podía yo pensar?

—En medio del terror que me produjo aquella primera aparición —continuó Alfred—, me vino al pensamiento la profecía contra nuestra raza, y con él la convicción de que tenía ante mí, con aquella espectral presencia, una admonición de mi propia ruina. En cuanto me recobré un poco, decidí comprobar la realidad de lo que estaba viendo…, comprobar si estaba siendo objeto de una alucinación provocada por mi delicado estado de salud. Salí de la estancia; el fantasma salió conmigo. Me dirigía al salón de la Abadía y encendí todas las luces: el fantasma siguió de pie ante mí. Salí al jardín: allí estaba el fantasma, a la luz de las estrellas. Di un paseo de muchas millas por la playa, y el hombre moreno siguió junto a mí en su

agonía mortal. Después de esto, comprendí que no me quedaba más remedio que aceptar la verdad de los hechos. Regresé a la Abadía y traté de resignarme a mi desgracia. Pero esto no iba a ser posible. Yo tenía una esperanza que me era más cara que mi propia vida; tenía un tesoro tan preciado, que temblaba a la sola idea de perderlo; y cuando la presencia del fantasma vino a interponerse entre mí y ese tesoro único… entonces, mi desgracia se hizo insoportable. Ya debes saber a qué me refiero; seguramente estarás enterado de que estaba prometido para casarme.

—Sí, lo sé. Conozco a Miss Elmslie.

—Lo que no podrás saber nunca es todo lo que ella ha sacrificado por mí… Lo que no podrás imaginar es lo que yo sentí durante años y años. —Su voz temblaba, y las lágrimas acudieron a sus ojos—. Pero, aunque quisiera, no podría hablarte de ello: el pensar en los días de felicidad que pasé en la Abadía me parte el corazón. Volvamos, pues, al fantasma. Debo decirte que no hablé absolutamente a nadie de la espantosa visión que me perseguía por todas partes y a todas horas; conocía los rumores que corrían acerca de la locura hereditaria de mi familia, y temía que el hablar del fantasma pudiera dar más pábulo a aquellos rumores. Aunque el fantasma estaba siempre ante mí, y por lo tanto delante o al lado de la persona con la que estaba yo hablando, aprendí pronto a ocultar a los demás lo que estaba mirando, excepto en raras ocasiones. Pero ese dominio de mí mismo no me servía con Ada. Se acercaba la fecha de nuestra boda.

Hizo una pausa y se estremeció. Aguardé en silencio a que se dominara.

—Piensa en lo que debí sufrir —continuó—, al ver siempre aquella espantosa visión interpuesta entre mí y la que debía ser mi esposa. Imagina lo que sentía al coger su mano, y parecer que la cogía a través del cuerpo del fantasma. Imagina lo que representaba para mí ver siempre juntos el rostro angelical de Ada y el torturado rostro del espectro. Imagina todo eso, y comprenderás que tuve que confiarle el secreto. Ada se dio cuenta de que algo me ocurría, y quiso saberlo, por horrible que fuera. Insistió una y otra vez, y al final tuve que contárselo todo, dejándola en libertad para romper nuestro compromiso. Se lo conté todo, con la muerte en el corazón, y ojalá no lo hubiese hecho nunca. ¡Y ojalá no hubiera hecho caso a su consejo!

—¿Quieres decir con eso que la idea de que vinieras a Nápoles partió de Miss Elmslie? —pregunté intrigado.

—Quiero decir que ella —respondió Alfred— me sugirió el proyecto que me ha traído a Nápoles. Como yo creía que el fantasma se me había aparecido como un fatal mensajero de la muerte, me sentí más desdichado aún cuando oí decir a Ada que ningún poder terreno conseguiría separarla de mí, y que ella viviría para mí, y sólo para mí, a través de todas las pruebas. Pero la cosa cambió cuando, más tarde, razonamos juntos acerca del propósito que guiaba al fantasma en sus apariciones… la cosa cambió cuando Ada sugirió que la presencia del fantasma podía ser para bien, y no para mal; y que el aviso que había venido a traerme podía ser en mi beneficio, en vez de para mi desgracia. Al oír aquellas palabras, surgió en mí una nueva esperanza

de vida. Y surgió en mí la idea que me ha hecho venir a Nápoles. Una idea que a muchos podrá parecerles absurda, pero que a mí me sostiene contra todo evento. ¡Ada no se burló de ella, ni la atribuyó a locura! Y la idea es que el espíritu que se me apareció en la Abadía, y que desde entonces no se ha apartado de mi lado, que en este mismo instante está junto a ti, ha venido a advertirme para que pueda escapar al fatal destino suspendido sobre mi cabeza: ha venido a ordenarme que busque el cadáver sin enterrar y le dé sepultura en el panteón de los Monktons para que no se cumpla la profecía fatal acerca de nuestra raza. ¡El espectro no se apartará de mi lado hasta que haya encontrado el cuerpo que reclama seis pies de tierra! No regresaré a Inglaterra… no me casaré hasta que esté lleno el lugar que permanece vacío en el panteón de Wincot.

Sus ojos relucían intensamente; su voz se había hecho más profunda; una expresión fanática se reflejaba en su rostro mientras pronunciaba aquellas palabras. Impresionado y afligido como me hallaba en aquel momento, no pensé siquiera en objetar o discutir con Alfred. Hubiera sido inútil aludir a las ilusiones ópticas, o a las alucinaciones provocadas por un estado de debilidad nerviosa… y más que inútil haber tratado de atribuir a causas naturales cualquiera de los extraordinarios acontecimientos y coincidencias que Alfred acababa de mencionar. Por breve que hubiera sido su alusión a Miss Elmslie, había dicho lo suficiente para hacerme comprender que la pobre muchacha, que le había amado y conocido mejor que nadie, había tratado de mantener la ilusión de su prometido hasta el último extremo. ¡Se aferraba a la esperanza de que Alfred se curaría! ¡Se había sacrificado a las mórbidas fantasías de su novio, con la esperanza de un futuro feliz que podía no llegar nunca! Aunque conocía muy poco a Miss Elmslie, el pensar en la situación en que se encontraba me impresionó dolorosamente.

—La gente me llama «Monkton, el loco» —exclamó Alfred repentinamente, rompiendo el silencio que se había producido entre nosotros—. Lo mismo aquí que en Inglaterra, todo el mundo cree que no estoy en mis cabales, excepto Ada y tú. Ella ha sido mi salvación; y tú puedes ser también mi salvación. Tuve ese presentimiento cuando te encontré por primera vez en Villa Reale. Luché contra el intenso deseo que sentía de confiarte mi secreto; pero no pude resistir más cuando te vi esta noche en la recepción: el fantasma pareció arrastrarme hacia ti, y tú estabas solo en aquella silenciosa habitación. Háblame de lo que me dijiste acerca de encontrar el lugar donde se celebró el duelo. Si me decido a buscarlo por mí mismo, ¿adónde debo ir en primer lugar? ¿Por dónde debo empezar? —Se interrumpió; estaba perdiendo fuerzas a ojos vistas, y su mente empezaba a confundir las ideas—. ¿Qué estaba diciendo? No puedo recordarlo… Lo sabes todo… ¿Querrás ayudarme? ¡Mi desgracia me ha hecho incapaz de obrar por mí mismo!

Volvió a interrumpirse, murmurando algo acerca de su fracaso si se dirigía solo a la frontera, y habló confusamente de retrasos que podían ser fatales; luego trató de pronunciar el nombre de «Ada»; pero le falló la voz, y volviéndose bruscamente

hacia mí se echó a llorar.

La piedad que sentí en aquel momento me hizo olvidar toda prudencia y, sin pensar en la responsabilidad que contraía, le prometí hacer por él todo lo que me pidiera. La salvaje expresión de triunfo que brilló en su rostro mientras se ponía en pie y me cogía la mano, me demostró que había hecho mal en ser tan impulsivo en mi ofrecimiento; pero era ya demasiado tarde para volverme atrás de mi promesa.

Lo mejor que podía hacer era procurar que Alfred se dominara un poco, y luego marcharme y meditar fríamente en todo aquel asunto.

—Sí, sí, no te preocupes por mí —dijo fervientemente Alfred, en respuesta a mis palabras para tratar de tranquilizarme—. Ahora que tengo tu promesa, no volveré a perder la calma. Estoy tan acostumbrado a la aparición, que su presencia ha dejado ya de impresionarme, a excepción de raras ocasiones. Además, tengo aquí, en este paquete de cartas, la mejor medicina para todas las enfermedades del corazón. Son cartas de Ada; las leo para tranquilizarme cuando mi desdicha se me hace insoportable. Esta noche necesitaba aquella media hora para leerlas antes de que tú vinieras, a fin de preparar mi ánimo para hablar contigo; y volveré a leerlas cuando te hayas marchado. De modo que no debes preocuparte por mí. Sé que con tu ayuda conseguiré lo que busco; y Ada te lo agradecerá como mereces cuando regresemos a Inglaterra. Si oyes a los imbéciles de Nápoles hablar de mi locura, no te molestes en contradecirlos: sus afirmaciones están tan faltas de fundamento, que acabarán por desvanecerse en el aire sin necesidad de ser discutidas.

Me marché, prometiéndole que volvería a primera hora del día siguiente.

Cuando llegué a mi hotel, me dije que no había ni que pensar en dormir, después de todo lo que había visto y oído aquella noche. De modo que encendí mi pipa y, sentándome junto a la ventana traté de pensar en el mejor camino a seguir en aquel asunto. En primer lugar, había que descartar la posibilidad de apelar a los médicos o a los amigos que Alfred tenía en Inglaterra. No pude convencerme a mí mismo de que la mente de Alfred estaba lo suficientemente desquiciada como para justificar el que yo divulgara el secreto que me había confiado. En segundo lugar, todas mis tentativas para inducir a Alfred a renunciar a la idea de la búsqueda de los restos de su tío estaban destinadas al fracaso, especialmente después de la promesa que le había hecho en un momento de irreflexión. Habiendo llegado a esas conclusiones, la única dificultad que se presentaba a mi mente era el conocer hasta qué punto quedaba justificado que yo ayudara a Alfred a poner en práctica su extraordinario proyecto.

Suponiendo que, con mi ayuda, Alfred consiguiera encontrar el cadáver de su tío y trasladarlo a Inglaterra, ¿tenía yo derecho a facilitar de este modo la boda que indudablemente seguiría a aquellos acontecimientos… una boda que cualquier persona con sentido común estaba obligada a impedir a cualquier precio? Esto me llevó a pensar en la locura de Alfred, o, para decirlo de un modo más suave, en su «ilusión». Evidentemente, Alfred estaba completamente cuerdo cuando hablaba de temas ordinarios; en el aspecto puramente narrativo, todo lo que me había dicho

aquella noche aparecía hilvanado con lógica. En cuanto a la historia de la aparición, otros hombres, con las mentes tan despejadas como las de sus vecinos, habían imaginado ser perseguidos por un fantasma, o incluso habían escrito acerca de ello con cierta dosis de especulación filosófica. Era evidente que la alucinación real en el caso que tenía ante mí descansaba en el convencimiento de Monkton acerca de la veracidad de la antigua profecía y en su creencia de que la aparición era un aviso sobrenatural para impedir su cumplimiento. Y era igualmente evidente que ambas ilusiones habían sido provocadas, en principio, por la solitaria existencia de Alfred, actuando sobre una naturaleza hipersensible, propicia a enfermar mentalmente en virtud de una tara familiar hereditaria.

¿Existían posibilidades de curación? Miss Elmslie, que conocía a Alfred Monkton mucho mejor que yo, parecía dar a entender con su conducta que creía que sí. ¿Tenía yo algún motivo, o algún derecho, a prejuzgar que la muchacha estaba equivocada? Suponiendo que me negara a acompañar a Alfred a la frontera, se marcharía solo para cometer toda clase de errores y exponerse, quizás, a toda clase de accidentes; en tanto que yo, un hombre ocioso, permanecería tranquilamente en Nápoles, mano sobre mano, dejándole entregado a su destino después de haberle sugerido aquella expedición y de haberle estimulado a confiarse a mí. Por más vueltas que le daba a la cuestión, venía a desembocar siempre en el mismo punto. Estaba absolutamente convencido, en mi calidad de escéptico en materia de fantasmas, de que Alfred se engañaba a sí mismo al imaginar que había visto el espectro de su tío antes de que la noticia de la muerte de Mr. Monkton llegase a Inglaterra; y, por lo tanto, no participaba en absoluto de la ilusión de mi desdichado amigo cuando finalmente decidí acompañarle en aquella extraordinaria peregrinación en busca de un cadáver. Posiblemente, mi temperamento, algo atolondrado en aquella época, influyó de modo notable en mi decisión; pero debo añadir, para hacerme justicia a mí mismo, que actué también movido por una sincera simpatía hacia Monkton, y por un deseo no menos sincero de aliviar, si estaba en mi mano, la ansiedad de la pobre muchacha que tan fielmente esperaba a Alfred en la lejana Inglaterra.

Ciertas disposiciones que tuve que tomar antes de nuestra partida, y que me vi obligado a hacer públicas después de una segunda entrevista con Alfred, despertaron el asombro de nuestros amigos napolitanos. Casi todo el mundo sospechó que yo estaba tan loco como el propio Monkton, y algunos de mis amigos trataron incluso de hacerme volver atrás de mi resolución, contándome la clase de personaje que había sido Stephen Monkton. ¡Cómo para que alguien se tomara la molestia de localizar sus restos! Ni las burlas ni los argumentos como el que acabo de exponer hicieron mella en mí: había tomado una decisión, y en aquella época era tan obstinado como lo soy ahora.

Al cabo de dos días lo tenía ya todo dispuesto para la expedición, y decidí emprender la marcha antes de lo que habíamos proyectado. Nuestros amigos ingleses me habían estado tomando el pelo a causa de nuestro viaje, y deseaba evitar que

Monkton se enfrentase con alguno de aquellos bromistas, ya que los preparativos le habían excitado más de la cuenta. En consecuencia, salimos de Nápoles al amanecer, cuando las calles de la ciudad estaban completamente solitarias.

A nadie podrá extrañarle, creo, que me negara instintivamente a mirar hacia el futuro en el momento de partir, en compañía de «Monkton, el loco», en busca del cadáver de un duelista.

Capítulo V

De acuerdo con mi plan, debíamos instalar nuestro cuartel general en la ciudad de Fondi, próxima a la frontera; también había previsto que, con la ayuda de la Embajada, el ataúd forrado de plomo nos siguiera hasta allí, adecuadamente embalado. Además de nuestros pasaportes, llevábamos cartas de presentación para las autoridades locales de los pueblos fronterizos más importantes; disponíamos también de abundante dinero (gracias a la inmensa fortuna de Monkton) para aseguramos los servicios de cualquiera que pudiese ayudamos en nuestras investigaciones. Pero, a pesar de los recursos de que disponíamos, que indudablemente nos iban a facilitar nuestra tarea, en el momento de emprender el camino hacia Fondi, mientras el sol ascendía por el horizonte, estaba muy lejos de sentirme optimista.

Había insistido en que nuestro viaje debía ser lento. Y así lo hicimos.

Durante el primer día, la excitación de mi compañero me alarmó un poco; mostró, en muchos sentidos, un desequilibrio mental mayor del que había mostrado hasta entonces. El segundo día, sin embargo, pareció haberse habituado a considerar con tranquilidad la nueva idea de la investigación que yo había sugerido y, excepto en un punto, se mostró bastante sociable. Pero cuando la conversación versaba sobre su tío muerto, seguía insistiendo —influido por la antigua profecía, o por la aparición que veía (o creía ver) siempre— en que el cadáver de Stephen Monkton, dondequiera que estuviese, permanecía sin enterrar. Sobre cualquier otro tema de conversación se plegaba dócilmente a mis puntos de vista; en lo tocante al cadáver de su tío, en cambio, se mostraba irreductible y no aceptaba ni siquiera la posibilidad de que pudiera estar equivocado.

Al tercer día de viaje llegamos a Fondi. La caja que contenía el ataúd llegó poco después que nosotros y fue colocada en un lugar seguro, bajo llave. Alquilamos algunas mulas y nos procuramos un guía para que nos acompañara por la comarca. Yo había decidido que lo mejor sería hablar sólo del objeto de nuestro viaje a las personas que nos parecieran más dignas de confianza y que fueran de cierta categoría. Por este motivo imitamos, hasta cierto punto, la conducta de los duelistas: el cuarto día, al emprender la marcha, llevábamos con nosotros telas y cajas de pinturas, como

si fuéramos un par de artistas en busca de paisajes pintorescos.

Después de caminar algunas horas en dirección norte a lo largo de la frontera, nos detuvimos a descansar y a dar un reposo a nuestras mulas en un pequeño pueblo que quedaba bastante apartado de las rutas turísticas.

La única persona de algún relieve del lugar era el párroco, y a él acudí en busca de alguna información, en tanto que Monkton se quedaba esperando mi regreso en compañía del guía. Yo hablaba italiano lo suficientemente bien para hacerme entender, y procuré plantear el asunto con la mayor prudencia posible; pero, a pesar de todas mis precauciones, lo único que conseguí fue confundir al pobre párroco. La idea de un duelo en el que había muerto un hombre pareció afectarle profundamente. Alzó varias veces los ojos al cielo, con expresión compasiva, y luego se encogió de hombros diciéndome, en su rápido italiano, que no tenía ninguna noticia de lo que le estaba diciendo. Este fue mi primer fracaso. Confieso que tuve la debilidad de mostrarme un poco desanimado cuando volví a reunirme con Monkton y con el guía.

Cuando el calor del día hubo amainado, reemprendimos nuestro viaje.

A unas tres millas del pueblo, la carretera, o mejor dicho, el camino de carro, se ramificaba en dos direcciones. El camino de la derecha, según nos informó nuestro guía, conducía a un viejo convento abandonado, situado a seis millas de allí. Una vez pasado el convento, no tardaríamos en llegar a la frontera napolitana. El camino de la izquierda penetraba en territorio romano, y nos conduciría a una pequeña ciudad donde podríamos pasar la noche. El territorio romano era el que ofrecía más campo de acción a nuestras investigaciones, y siempre quedaba la posibilidad de indagar en el convento, suponiendo que regresáramos a Fondi sin haber descubierto nada. Además, el camino de la izquierda conducía a una parte de la región más amplia y más difícil de explorar, y siempre me ha gustado enfrentarme primero con lo más difícil; en consecuencia, decidí que tomáramos el camino de la izquierda.

Nuestras investigaciones en aquella dirección duraron una semana, y fueron completamente infructuosas. No descubrimos absolutamente nada, y regresamos a nuestro cuartel general en Fondi tan decepcionados que no nos quedaron ánimos para trazar el plan de nuestra próxima expedición.

Yo estaba mucho más preocupado por el efecto del fracaso sobre Monkton, que por el fracaso en sí. En el camino de regreso a Fondi dio claras muestras de desequilibrio: empezó mostrándose malhumorado y caprichoso, para caer luego en un abatido silencio. Cuando llegamos, se hundió en una especie de letargo físico y mental, que me alarmó seriamente. A partir de aquel momento mostró una extraña tendencia a dormir continuamente, lo cual me hizo sospechar la existencia de algún desarreglo físico en su cerebro. En todo el día apenas me dirigió la palabra, y nunca parecía estar del todo despierto. Al día siguiente de nuestro regreso a Fondi acudí muy temprano a su habitación y lo encontré tan silencioso y letárgico como el día anterior. Su criado, que estaba con nosotros, me informó que Alfred había mostrado ya aquellos síntomas de agotamiento mental en un par de ocasiones en Wincot

Abbey, cuando aún vivía su padre. Esta información me hizo sentirme algo más tranquilo y me permitió pensar con calma en los motivos de nuestro viaje.

Decidí ocupar el tiempo que me dejaba libre la indisposición de mi amigo haciendo algunas investigaciones por mi cuenta. El camino de la derecha conducía a un convento, y no había sido explorado. Si me dirigía hacia allí no tendría que estar separado de Monkton más de una noche; y a mi regreso podría darle la satisfacción de saber que podía descartar un lugar más como posible escenario del duelo. No lo pensé más. Dejé una nota para mi amigo, a fin de que se la entregaran en caso de que preguntara por mí, y salí una vez más de la ciudad que habíamos escogido como cuartel general para nuestra expedición.

Al llegar al cruce de caminos, dije al guía que regresara al pueblo con las mulas y me aguardara allí.

Durante las primeras cuatro millas, el camino ascendía suavemente a campo abierto; luego se hizo mucho más empinado y empezó a discurrir por un terreno lleno de árboles y de maleza. Cuando calculé, con la ayuda de mi reloj, que había andado la distancia señalada por el guía, me encontraba en medio de un bosque cuyos árboles, de ramas entrelazadas, me impedían ver el cielo. Seguí andando, y al cabo de diez minutos, surgiendo repentinamente en un claro del terreno, vi el convento ante mí.

Era un lugar oscuro, de aspecto fúnebre. A su alrededor no se veía la menor señal de vida. En las grietas de las paredes del edificio crecía la hierba como en las paredes de los lugares deshabitados durante largos años. Al contemplarlo me estremecí, sin saber por qué.

De la verja de entrada colgaba la cuerda de una campana con un mango de porcelana, roto. En el momento en que iba a tirar de la cuerda desistí de hacerlo, empujado por una especie de fuerza invisible, dejé caer la mano, miré otra vez el convento y luego di la vuelta hacia la parte trasera del edificio, en parte para decidir con más calma lo que debía hacer a continuación, y en parte impulsado por una extraña curiosidad, que me sorprendió a mí mismo: deseaba ver todo lo que pudiera de la parte exterior del convento, antes de intentar que me permitieran la entrada.

En la parte trasera del convento descubrí una especie de barraca, edificada contra la pared, con la mayor parte del tejado hundida y con una especie de agujero en uno de sus lados, que probablemente correspondía a una antigua ventana. Más allá de la barraca los árboles crecían más espesos que nunca. Al mirar en aquella dirección no pude ver más que troncos, ramas y hojas.

Ni un ruido quebraba el opresivo silencio. Ni el trino de un pájaro en la espesura, ni una voz humana en el jardín del convento, ni una campanada en el reloj de la torre, ni el ladrido de un perro en la derruida barraca. Aquel silencio aumentaba la soledad del lugar. Empecé a sentir un intenso malestar, especialmente porque los bosques nunca me han atraído como lugares de paseo. La bucólica felicidad cantada a menudo por los poetas al hablar de la vida en los bosques no tiene para mí ni la mitad del atractivo de la vida en las montañas o en las llanuras. Cuando estoy en un bosque,

echo de menos la contemplación del cielo y de un amplio paisaje que se extienda ante mi vista. Tal vez me falta la sensibilidad necesaria para apreciar la maravillosa belleza de la vegetación, pero confieso sinceramente que los bosques me desagradan y que prefiero el cielo abierto y las planicies interminables.

Tras esta confesión, a nadie puede extrañarle que decidiera no seguir avanzando más allá de la barraca derruida: volví sobre mis pasos, dispuesto a dirigirme de nuevo hacia la verja de entrada al convento. Pero, en aquel preciso instante, recordé el objeto de mi visita allí. Me detuve, preguntándome si conseguiría entrar en el convento; y, caso de que pudiera, si el guardián de aquel inhóspito lugar podría facilitarme alguna pista que pudiera ayudarme en mis investigaciones. Lo más probable era que no… Sin embargo, la obligación que había contraído con Monkton no me permitía omitir ningún medio de ayudarle en su empresa; de modo que decidí definitivamente dirigirme hacia la parte delantera del convento y hacer sonar la campana de la verja.

Al pasar ante el lado de la barraca donde aparecía el agujero en forma de ventana, miré casualmente hacia allí y me di cuenta de que el agujero en cuestión estaba colocado demasiado alto para haber sido una ventana.

Mientras me detenía a contemplar el agujero, la opresiva atmósfera del bosque pareció afectarme más desagradablemente que nunca.

Me aflojé la corbata.

¿Opresión? Con toda seguridad, se trataba de algo más. El aire era más desagradable para mis fosas nasales que para mis pulmones. Percibía un leve, indescriptible olor… un olor que mi olfato no podía reconocer… un olor que me pareció se hacía más intenso (ahora que me había fijado en ello) a medida que me acercaba a la derruida barraca.

Me alejé y volví a acercarme un par de veces, y comprobé que estaba en lo cierto. Sentí que se despertaba mi curiosidad. El suelo estaba lleno de piedras y trozos de ladrillo. Apilé unos cuantos debajo del agujero, me subí encima de ellos y, sintiéndome algo avergonzado de lo que hacía, miré hacia el interior de la barraca.

El horrible espectáculo con que tropezaron mis ojos en el instante en que miré a través del agujero está tan presente en mi memoria como si lo hubiese contemplado ayer. Incluso ahora, después de tanto tiempo, no puedo pensar en ello sin que un estremecimiento de terror agite todas las fibras de mi ser.

La primera impresión que recibí fue la de que estaba contemplando un largo objeto yacente, teñido de un color azulado en toda su superficie, tendido sobre una especie de caballete, con un espantoso parecido a un cuerpo humano. Miré otra vez, y me convencí de que era, en efecto, un cuerpo humano. Se distinguían perfectamente las partes salientes del rostro: frente, nariz y mentón… como si estuvieran bajo un velo. Más abajo, el contorno redondo del pecho… y más abajo aún, las leves prominencias de las rodillas, y los envarados, fantasmales pies, vueltos hacia arriba. Miré otra vez, con más atención todavía. Mis ojos se habían ido acostumbrando a la

leve claridad que penetraba por el semiderruido tejado; por la longitud del cuerpo, supuse que se trataba del cadáver de un hombre… un cadáver que, al parecer, había estado cubierto con una sábana, y que se había ido pudriendo sobre aquella especie de caballete hasta que la sábana cobró aquel tinte lívido, azulado, que tanta impresión me había producido al mirarlo por primera vez.

No sé cuánto tiempo permanecí con los ojos clavados en aquel horrible espectáculo de muerte, en aquel harapo de humanidad sin enterrar. Y no sé cuánto tiempo hubiese permanecido contemplándolo, si la hoja de un árbol que cayó de repente sobre el cadáver a través del agujereado techo no me hubiese hecho reaccionar, despertando mis adormecidas energías. Descendí al suelo y, sentándome sobre el montón de ladrillos, enjugué el copioso sudor que empapaba mi rostro, y del que no me había dado cuenta hasta entonces. Lo que había impresionado hasta tal punto mis nervios no era, simplemente, el espantoso espectáculo que inesperadamente se ofreció a mis ojos: en el instante en que vi el caballete y su carga fantasmal, recordé la predicción de Monkton de que, si encontrábamos el cadáver de su tío, estaría sin enterrar. Y yo estaba convencido de que el cadáver que reposaba dentro de la barraca era el de Stephen Monkton. Un estremecimiento de terror recorrió todo mi cuerpo al recordar la antigua profecía. Luego pensé en el desdichado que esperaba mi regreso en la ciudad, y este pensamiento me dio fuerzas para levantarme y encaminarme hacia la verja del convento. Al ponerme en pie, me sentí tan débil y agotado como si acabara de efectuar un gran esfuerzo físico.

Cuando llegué a la verja, agité impacientemente el cordón de la campanilla. Aguardé unos instantes y volví a llamar. Entonces oí el sonido de unos pasos que se acercaban.

La puerta de la verja tenía una pequeña mirilla que se abría exactamente a la altura de mi rostro. No tardó en ser abierta desde dentro. Dos ojos grises se posaron en mí, y oí una voz cascada que preguntaba:

—¿En qué puedo servirle?

—Soy un viajero… —empecé.

—Este es un lugar muy miserable, caballero. No tenemos nada que enseñar a los viajeros.

—No he venido a ver nada. Debo hacerle una pregunta muy importante, y tengo motivos para creer que usted podrá contestármela. Si no quiere permitirme la entrada, le ruego que salga y hablaremos aquí fuera.

—¿Está usted solo?

—Completamente solo.

Oí cómo se corría lentamente el cerrojo de la puerta; y un viejo, con el rostro cargado de sospechas, surgió ante mí. Yo estaba demasiado excitado e impaciente para perder el tiempo en preámbulos; de modo que le dije de buenas a primeras lo que había visto a través del agujero de la barraca, y le pregunté quién era el hombre cuyo cadáver reposaba allí, y por qué motivo estaba sin enterrar.

El viejo me escuchó en silencio, con una expresión que por momentos se hacía más suspicaz. Sacó una pequeña caja de rapé y recogió cuidadosamente entre su pulgar y su índice los últimos granos que quedaban en la caja. Se acercó los dedos a la nariz, aspiró ávidamente y luego dijo:

—Desde luego, en aquella barraca hay algo espantoso. ¡Una de las cosas más horribles que he visto en todos los días de mi vida, con ser muchos!

—Lo único que deseo —dije—, es saber quién era aquel hombre, cómo murió, y por qué no está enterrado como Dios manda. ¿Puede usted decírmelo?

El pulgar y el índice del viejo se introdujeron de nuevo en la cajita de rapé, recorriéndola en todas direcciones en busca de algún grano olvidado en su anterior exploración. Al no encontrar ninguno, cerró la cajita con un gesto de desaliento y luego se quedó mirándome con aire más suspicaz que nunca.

—Sí, en la barraca hay algo espantoso —dijo—. ¡Algo sumamente horrible!

Tuve que hacer un gran esfuerzo para dominarme. Lo conseguí a duras penas, y decidí efectuar otro intento para conquistar al anciano, haciéndole salir de su exasperante reserva. Afortunadamente para mis posibilidades de éxito, yo era también un tomador de rapé; y llevaba en mi bolsillo una cajita llena de excelente rapé inglés, con el cual me propuse sobornarlo. Era mi último recurso.

—Me ha parecido ver que su caja de rapé estaba vacía —le dije—. ¿Aceptaría usted una pulgarada del mío?

El ofrecimiento fue aceptado con un expresivo gesto de gratitud. El viejo tomó la pulgarada de rapé más abundante que he visto en mi vida, se llevó el pulgar y el índice a la nariz, aspiró lentamente, sin dejar que se perdiera un solo grano —con los ojos entrecerrados— y, moviendo amablemente su cabeza, palmeó mi espalda de modo paternal.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Qué rapé más delicioso! ¡Amable viajero deme otra pulgarada pequeñita, muy pequeñita, de ese delicioso rapé!

—Llenaré su caja. Tengo mucho más…

La cajita de rapé me fue entregada antes de que terminara lo que iba a decir, mientras la mano del guarda palmeaba mi espalda y su cascada voz se deshacía en elogios de mi persona. Era evidente que había encontrado su punto flaco; y, al devolverle su caja de rapé, me dispuse a sacar inmediato partido de mi descubrimiento.

—Perdone que insista de nuevo en lo de antes —dije—, pero tengo motivos muy poderosos para desear oír todo lo que usted pueda contarme acerca de aquel horrible espectáculo de la barraca.

—Pase usted —respondió.

Cerró la puerta detrás de mí y me acompañó a través de un descuidado jardín hasta una larga estancia de techo bajo, la cual contenía un viejo armario, unas sillas de madera labrada toscamente y un par de cuadros religiosos como adorno. Era la antigua sacristía del convento.

—Aquí estaremos solos, y, además, el lugar es muy fresco —dijo. Había tanta humedad, que empecé a temblar de frío—. ¿Le gustaría ver la iglesia? —continuó—. Una joya de iglesia pero está casi en ruinas.

Movió melancólicamente la cabeza y empezó a rebuscar en un gran manojo de llaves.

—No tengo ningún interés en ver la iglesia en este momento —objeté, notando que volvía a perder la calma—. ¿Puede o no puede usted decirme lo que deseo saber?

—Puedo decírselo todo desde el principio hasta el fin. ¡Absolutamente todo! ¿Sabe? Siempre acudo a las llamadas…

—¿Qué tienen que ver las llamadas con el cadáver sin enterrar de la barraca?

—Escuche y lo sabrá. Hace algún tiempo… unos meses… ¡Ah! Soy muy viejo y pierdo la memoria; no recuerdo cuántos meses hace… ¡Pobre de mí! ¡Soy un viejo, muy viejo!

Se consoló a sí mismo tomando otra generosa pulgarada de rapé.

—No me importa saber el tiempo exacto en que ocurrió —le dije.

—Bien —contestó el anciano—, muy bien. Como le decía, hace unos meses… mientras estaba desayunando —mis desayunos son muy escasos, muy escasos—, mientras estaba desayunando oí dos estampidos: *¡Bang! ¡Bang!* «Eso han sido disparos», dije yo. «¿A quién estarán disparando?», preguntó mi hermano Jeremías. «Estarán jugando», opiné yo. «¡Ajá! Estarán jugando», corroboró Jeremías. «Si suenan más disparos tendremos que salir a ver lo que sucede», dije yo. No oímos más disparos, y seguimos con nuestros raquíticos desayunos.

—¿De dónde procedían los estampidos, más o menos? —le pregunté.

—Del bosquecillo que está en la parte trasera del convento. Hay allí un claro… un hermoso claro, si no fuera por las charcas y las aguas cenagosas. Pero estamos rodeados de humedad por todas partes. Hay mucha humedad, mucha humedad.

—¿Qué ocurrió después de aquellos disparos?

—Voy a decírselo. Seguimos desayunando, en completo silencio, ya que, ¿de qué íbamos a hablar? ¿Qué tenemos aparte de nuestra huerta y nuestros escasos refrigerios? Como le decía, estábamos en silencio, cuando, de repente, sonó la campana de la puerta como nunca había sonado hasta entonces… como si el que acababa de llamar fuese el mismo diablo. Nos miramos, alarmados, y entonces mi hermano me dijo: «Ve, a ver quién llama; es su obligación». A mí no me asusta nada, soy un verdadero león, ¿sabe? Fui hasta la puerta, me detuve, escuché… abrí la mirilla, escuché de nuevo…, miré a través del agujero… y nada, absolutamente nada. Ya le he dicho que no me asusto fácilmente. ¿Qué cree que hice a continuación? ¡Abrir la puerta, ni más ni menos! ¡Ante la puerta estaba tendido un hombre… muerto! Un hombre alto; más alto que usted, más alto que yo… Llevaba una hermosa chaqueta y tenía los ojos negros fijos en el cielo, inmóviles; y la sangre manaba y manaba de su pecho. ¿Qué hice? Ponerme a gritar… Grité una vez, dos veces, y corrí a decírselo a mi hermano Jeremías.

Todas las circunstancias del duelo fatal de que me había enterado a través del periódico francés acudieron a mi memoria. La sospecha que se había insinuado en mí en el instante en que miré hacia el interior de la barraca se iba convirtiendo en certeza a medida que el viejo avanzaba en su relato.

—Comprendo —dije—. El cadáver que acabo de ver en la barraca, es el cadáver del hombre que usted encontró muerto ante la puerta. Pero…

—Espere… espere… espere —respondió él—. Mi hermano me oyó gritar y salió a mi encuentro; corrimos juntos hacia la puerta; tomamos el pulso al hombre que yacía allí: estaba muerto, completamente muerto. Luego nos dimos cuenta de que llevaba un papel prendido con un alfiler al cuello de su chaqueta. Un papel ni más ni menos.

Se refería, indudablemente, a la nota mencionada en el relato sin terminar del padrino de Monkton, que explicaba en ella cómo había muerto aquel hombre. Si hacía falta una prueba positiva para identificar el cadáver, aquella nota era la mejor.

—¿Qué cree que había escrito en aquel trozo de papel? —continuó—. Lo leimos y nos echamos a temblar. El hombre muerto había sido asesinado en un duelo… y los hombres que vieron cómo le asesinaban, nos pedían a nosotros que le diéramos sepultura. ¡Oh! Al leer aquello nos sentimos asustados; nos sentimos…

—Un momento —le interrumpí, temiendo que la verborrea del anciano se convirtiera en un río desbordado—, un momento. ¿Han conservado ustedes el papel que iba prendido a la chaqueta del muerto? Y, ¿podría verlo?

Antes de que pudiera responder, oí que se abría silenciosamente una puerta a mis espaldas, y el anciano se quedó mirando por encima de mi hombro con expresión que me pareció compungida.

Volví la cabeza y vi que había entrado un hombre; un hombre alto, con una gran barba negra, en cuya presencia mi viejo amigo aficionado al rapé adoptó una actitud humilde. Supuse que me encontraba ante Jeremías.

—He oído la última parte de su conversación —me dijo, con voz clara y calmosa, sin dejar de observarme con sus ojos penetrantes— y deseo saber por qué tiene usted ese interés especial por ver el trozo de papel que iba prendido a la chaqueta del hombre muerto.

La tranquilidad con que confesó que había estado escuchando nuestra conversación, y el tono imperativo que empleó en su pregunta, me dejaron perplejo. Vacilé, sin saber qué tono adoptar en mi respuesta. Él notó mi vacilación y, atribuyéndola a un motivo distinto del verdadero, ordenó con un gesto a su hermano que se retirase. Consolándose furtivamente con una pulgarada de mi «delicioso rapé», mi amigo salió de la estancia, tras hacer una profunda reverencia en el momento de cruzar la puerta.

—Ahora —dijo Jeremías, con más frialdad que nunca—, puede usted responder a mi pregunta.

—Procuraré hacerlo con las menos palabras posibles —respondí, empleando su

mismo tono—. He descubierto, con el consiguiente horror, que en la barraca adosada a este convento hay un cadáver sin enterrar. Tengo motivos para creer que se trata del cadáver de un caballero inglés de noble familia, que resultó muerto en un duelo. He venido a esta comarca en compañía de un sobrino y único pariente del difunto con el exclusivo objeto de encontrar sus restos; y deseo ver el papel que iba prendido a la chaqueta del cadáver, porque creo que ese papel puede servir para identificar al muerto. ¿Le parece motivo suficiente para autorizarme a ver el papel?

—No encuentro razón alguna para negarme a su deseo —dijo—. Aguarde aquí un momento; le traeré el papel.

Y salió de la habitación tan silenciosamente como había entrado.

Tardó muy poco en regresar con un papel en la mano. Me lo entregó sin pronunciar palabra y leí apresuradamente las siguientes líneas:

> Este papel se une al cuerpo del difunto Mr. Stephen Monkton, un caballero inglés de noble familia. Ha resultado muerto en un duelo, sostenido por ambas partes con gallardía y honor. Su cadáver queda depositado ante la puerta de este convento, para que reciba sepultura, ya que los supervivientes del duelo se ven obligados a emprender una rápida huida por motivos de seguridad. Como padrino del difunto y autor de esta nota, certifico, bajo mi palabra de caballero, que el proyectil que causó la muerte a mi poderdante fue disparado lealmente y de acuerdo en todo con las reglas que fueron estipuladas para la celebración del duelo.
>
> (Firmado) «F»

«F». La inicial correspondía al nombre de Monsieur Foulon, el padrino de Mr. Monkton, que había muerto de consunción en París.

El descubrimiento y la identificación eran ahora completos. No me quedaba más que comunicar la noticia a Alfred, y obtener la necesaria autorización para sacar los restos de la barraca. Casi me negaba a dar crédito a mis sentidos al pensar que el aparentemente imposible objetivo que nos habíamos trazado al emprender nuestro viaje había sido ya alcanzado, de un modo puramente casual.

—La prueba del papel es decisiva —dije, devolviéndoselo—. No cabe duda alguna de que los restos que hay en la barraca son los de la persona que buscábamos. ¿Puedo preguntarle por qué no se le ha dado sepultura?

—No somos enterradores —respondió el lúgubre personaje.

—¿Habrá algún inconveniente para que el sobrino del difunto pueda llevarse los restos de su tío para darles sepultura en el panteón de la familia, en Inglaterra? —dije.

—¿Dónde está ese sobrino? —preguntó a su vez.

—En la ciudad de Fondi, aguardando mi regreso.

—¿Puede demostrar su parentesco con el difunto?

—Desde luego; lleva consigo documentos que no dejan lugar a dudas.

—Si las autoridades atienden su reclamación, supongo que podrá hacerlo.

Ardía en impaciencia por regresar a Fondi y comunicar a Alfred la noticia de mi descubrimiento. Por lo tanto, me despedí inmediatamente, diciendo que no tardaría en tener noticias nuestras.

En la puerta de la verja me esperaba mi viejo amigo con su cajita de rapé.

—¡Adiós! —me dijo, dándome una palmada de despedida en el hombro—. Vuelva pronto a visitarme. Y, por favor, antes de marcharse deme otra pulgarada pequeñita, muy pequeñita, de ese delicioso rapé que tiene…

Capítulo VI

Anduve rápidamente hacia el pueblo donde había dejado las mulas, el guía ensilló inmediatamente a los animales y emprendimos el camino hacia Fondi poco antes de la puesta del sol.

Mientras subía la escalera del hotel, me hallaba sumido en un mar de incertidumbres acerca del mejor modo de comunicar a Alfred la noticia de mi descubrimiento. Si no conseguía prepararlo adecuadamente para recibirla, los resultados —en un organismo como el suyo— podían ser fatales. Al abrir la puerta de su habitación me sentí muy poco seguro de mí mismo; y, cuando me enfrenté con él, me recibió de un modo tal que, por espacio de un par de minutos, llegué a perder la poca ecuanimidad que me quedaba.

Toda huella del letargo en que Alfred estaba sumido la última vez que lo había visto, había desaparecido. Sus ojos brillaban intensamente y sus mejillas estaban coloreadas. En cuanto entré en la habitación, Alfred se puso en pie. Se negó a tomar la mano que yo le tendía.

—Te has portado muy mal conmigo —fueron sus palabras de bienvenida. Hablaba en tono apasionado—. No tenías ningún derecho a continuar investigando por tu cuenta, sin considerarme para nada. No tenías ningún derecho a dejarme aquí, solo. Me equivoqué al confiar en ti: no eres mejor que todos los demás…

Tras haberme recobrado de la primera impresión de asombro, decidí interrumpirlo antes de que pronunciara alguna palabra inconveniente. En el estado en que se encontraba, hubiera sido inútil discutir con él o tratar de justificarme. Por lo tanto, sin pensar ya en los posibles riesgos de mi acción, le solté la noticia a bocajarro.

—Creo que cambiarás de opinión, Alfred, cuando sepas el servicio que te he prestado durante mi ausencia —le dije—. A menos que esté en un grave error, el objetivo que nos propusimos al salir de Nápoles está a punto de verse realizado…

El rostro de Alfred perdió todo su color. Por la expresión de mi rostro o por

alguna inflexión de mi voz adivinó inmediatamente mucho más de lo que quise darle a entender con mis palabras. Sus ojos se clavaron en los míos; su mano se aferró a mi brazo y murmuró, ávidamente:

—¡Dime toda la verdad! ¿Le has encontrado?

Era demasiado tarde para volverme atrás. Respondí afirmativamente.

—¿Enterrado, o sin enterrar?

Su voz había ascendido bruscamente de tono al hacer la pregunta, y su mano libre se aferró a mi otro brazo.

—Sin enterrar.

Apenas hube pronunciado esas dos palabras, la sangre afluyó de nuevo a las mejillas de Alfred; sus ojos brillaron intensamente; y un segundo después estalló en una carcajada triunfal, que me sorprendió y me intrigó inexplicablemente.

—¿No te lo dije? ¿Qué opinas ahora de la antigua profecía? —gritó, soltando mis brazos y empezando a pasear nerviosamente a lo largo de la habitación—. ¡Tenía razón! ¡Tenía razón! ¡Y todo Nápoles lo sabrá, una vez le tenga a salvo en su ataúd!

Se rio con más violencia aún que antes. Traté de tranquilizarle, pero mis esfuerzos resultaron inútiles. Su criado y el dueño de la fonda entraron en la habitación, pero su presencia no hubiera hecho más que añadir leña al fuego, por lo que les obligué a marcharse. Mientras cerraba la puerta detrás de ellos, vi sobre una mesa, al alcance de mi mano, el paquete de cartas de Miss Elmslie, que mi desdichado amigo conservaba con tanto amor y leía y releía con tan apasionada devoción. Alfred siguió la dirección de mi mirada, y sus ojos se posaron sobre las cartas. Las nuevas esperanzas para el futuro, en relación con la autora de aquellas misivas, que mis noticias habían despertado en el corazón de mi amigo, parecieron desbordarse a la vista del tesoro que le recordaba continuamente a su adorada. Dejó de reír, su rostro cambió de expresión, corrió hacia la mesa, tomó las cartas entre sus manos, las miró con una intensidad que me impresionó profundamente y luego se dejó caer de rodillas junto a la mesa, escondió su rostro entre las cartas y estalló en lágrimas. Dejé que la nueva emoción siguiera su curso sin interrupciones, y salí de la habitación, sin pronunciar una sola palabra. Cuando regresé, al cabo de un rato, encontré a Alfred sentado tranquilamente en su butaca, leyendo una de las cartas del paquete que descansaba en sus rodillas.

Su mirada era amable; sus gestos casi femeninos en su dulzura, cuando se puso en pie para salir a mi encuentro, tendiéndome ansiosamente su mano.

Había recobrado la calma suficiente como para poder escuchar con detalle todo lo que yo tenía que contarle. No omití nada, excepto las particularidades del estado en que había encontrado el cadáver. Dejé a su albedrío las disposiciones a tomar a partir de aquel momento, pero insistí en que dejara en mis manos todo lo que se refería al traslado del cadáver desde la barraca del convento, diciéndole que debía limitarse a ver el papel que había escrito Monsieur Foulon y a creer en mi palabra de honor de que los restos que contendría el ataúd serían realmente los de su tío Stephen.

—Tus nervios no son tan fuertes como los míos —le dije, para justificar aquella imposición—, y por ese motivo creo que debo ocuparme del traslado de los restos al ataúd y de dejarlos luego en tus manos. El ver el cadáver no te beneficiaría en nada.

—No sé cómo agradecerte tus bondades —respondió Alfred—. Ni un hermano hubiera tenido más paciencia que tú, ni me hubiese ayudado más desinteresadamente de lo que tú lo has hecho.

Tras decir estas palabras se quedó pensativo unos instantes y luego empezó a atar lenta y cuidadosamente el paquete de cartas de Miss Elmslie. Inmediatamente después su mirada se dirigió al espacio vacío detrás de mí, con aquella extraña expresión cuyo significado me era tan conocido. Desde que salimos de Nápoles, yo había evitado intencionadamente excitarle hablándole de la aparición que, según Alfred, le seguía a todas partes. Pero en aquel momento parecía tan dueño de sí, que me aventuré a hablarle de aquel tema.

Le pregunté:

—¿Sigue apareciendo el fantasma ante tus ojos, como se te aparecía en Nápoles?

Alfred me miró y sonrió.

—¿No te dije que me seguía a todas partes? —Sus ojos se clavaron de nuevo en el espacio vacío, y empezó a hablar en aquella dirección, como si se dirigiera a una tercera persona presente en la habitación—. Nos separaremos —dijo en voz baja— cuando el lugar vacío en el panteón de Wincot se haya llenado. Entonces estaré con Ada ante el altar de la Capilla de la Abadía; y cuando mis ojos se encuentren con los de Ada, no verán ya nunca más el torturado rostro.

Al decir esto, apoyó la cabeza sobre su mano, suspiró y fue repitiendo, en voz baja, los versos de la antigua profecía:

Cuando en el panteón de Wincot exista
un lugar vacío para uno de los Monktons;
cuando el que debía reposar allí
permanezca sin enterrar bajo el cielo,
mendigando seis pies de tierra,
él, que nació dueño de miles de acres,
entonces habrá llegado el final
de la raza de los Monktons.
Se irá reduciendo rápidamente,
quedará reducida al último dueño;
y éste también desaparecerá
y con él toda la raza de los Monktons.

Me di cuenta de que al llegar a los últimos versos su tono se había hecho algo incoherente, y traté de cambiar de tema de conversación. Pero Alfred no pareció entender lo que yo decía, y siguió hablando consigo mismo.

—«¡Y con él toda la raza de los Monktons!» —repitió—. Pero, no *conmigo*. La fatalidad no estará ya suspendida sobre *mi* cabeza. Enterraré el cuerpo sin enterrar; llenaré el lugar vacío en el panteón de Wincot. Y entonces… ¡entonces empezará una nueva vida para mí, la vida con Ada! —El nombre pareció recordarle algo. Acercó el pupitre hacia él, abrió uno de sus cajones y sacó una cuartilla, después de dejar las cartas de Ada encima del pupitre—. Voy a escribir a Ada —dijo, volviéndose hacia mí— y a informarla de la gran noticia. Su felicidad, cuando la sepa, será incluso mayor que la mía.

Agotado como estaba por los acontecimientos de aquel día, dejé a Alfred escribiendo y me fui a la cama. Sin embargo, estaba demasiado impaciente o demasiado cansado para poder conciliar el sueño. Me dediqué a pensar en el descubrimiento que había hecho y a los acontecimientos que, con toda probabilidad, se derivarían de mi hallazgo. Al pensar en el futuro, una sensación de desaliento poco habitual en mí se apoderó de mi espíritu. No existía ningún motivo lógico para la vaga melancolía que inundó mi ánimo. Los restos, cuyo hallazgo era tan importante para mi desdichado amigo, habían sido localizados; dentro de unos días, Alfred navegaría con ellos rumbo a Inglaterra: podía tomar el primer barco mercante que saliera de Nápoles en dirección a las Islas; y, una vez realizado aquel extraño capricho, cabía esperar que la mente de Alfred recobrara su equilibrio y que la nueva vida que se disponía a emprender en Wincot le convirtiera en un hombre feliz. Esas consideraciones no podían, en modo alguno, ejercer una influencia melancólica sobre mí; y, sin embargo, toda aquella noche sentí pesar en mi espíritu la misma inexplicable sensación de desaliento. Una sensación que persistía cuando me levanté a primera hora de la mañana y salí a dar un paseo para respirar un poco de aire fresco.

Con el nuevo día, se me presentaba la tarea de entablar negociaciones con las autoridades a fin de conseguir el necesario permiso para el traslado de los restos.

Sólo aquellos que han tenido tratos con los funcionarios italianos pueden imaginar la cantidad de paciencia que hay que almacenar para esos contactos. Alfred y yo fuimos enviados de un funcionario a otro, perdimos horas enteras haciendo antesala, fuimos interrogados interminablemente, mirados de arriba abajo incontables veces. Y todo ello, no porque el caso presentara dificultades especiales, sino porque era absolutamente necesario que cada funcionario a quien nos dirigíamos dejara sentada su propia importancia conduciéndonos a nuestro objetivo dando el mayor rodeo posible. Al día siguiente, agotado por todos aquellos absurdos formalismos que, por otra parte, no podíamos dejar de cumplir, dejé que Alfred los atendiera y me dediqué a estudiar el problema realmente grave que planteaba el sacar los restos de la barraca del convento, sin que sufrieran serio quebranto.

El mejor plan que se me ocurrió fue escribir a un amigo mío que vivía en Roma y que se dedicaba a embalsamar cadáveres y que, por lo tanto, se encontraría en disposición de ayudarnos en aquel apuro. En mi carta, me limitaba a decirle que teníamos necesidad imperiosa de trasladar el cadáver y luego le describía el estado en

que lo había encontrado, añadiendo que no repararíamos en gastos, por elevados que fuesen. Se presentaron nuevas dificultades, nuevas dilaciones, nuevos formulismos inútiles; pero, al final, la paciencia, la perseverancia y el dinero triunfaron, y llegaron dos hombres venidos expresamente de Roma para encargarse de la tarea de acondicionar el cadáver.

Estimo innecesario impresionar al lector con los detalles de esta parte de mi relato. Con decir que el proceso de descomposición fue detenido por medios químicos de modo que el cadáver pudiera ser colocado en el ataúd y transportado a Inglaterra en condiciones de seguridad, hay suficiente. Después de diez días perdidos en inútiles retrasos y dilaciones, tuve la satisfacción de ver cómo quedaba vacía la barraca del convento; asistí a la ceremonia final de tomar rapé —o, mejor dicho, de dar rapé— con el viejo guarda; y vi al carruaje con la caja que contenía el ataúd en la puerta de la fonda, dispuesto a emprender el viaje de regreso a Nápoles. Había pasado un mes desde que salimos de esa última ciudad cuando volvimos a entrar en ella habiendo alcanzado un objetivo que todos nuestros amigos habían tachado de absurdo y de quimérico, para citar sólo las expresiones más «suaves».

Lo primero de que debíamos ocuparnos a nuestro regreso a Nápoles era de encontrar el medio de transportar el ataúd a Inglaterra. Tenía que ser por mar, desde luego. No pudimos encontrar ningún barco mercante que se dispusiera a zarpar para las Islas Británicas. La única solución para el traslado de los restos a Inglaterra sin más demoras consistía en fletar una embarcación. Impaciente por regresar a Wincot, y resuelto como estaba a no perder de vista el ataúd hasta verlo en el panteón de la Abadía, Monkton decidió inmediatamente fletar la primera embarcación que hubiera disponible. La única embarcación que había en el puerto dispuesta a hacerse a la mar era un bergantín siciliano. Mi amigo pagó sin rechistar lo que los dueños del barco le pidieron por la travesía y mandó reclutar el mejor capitán y la mejor tripulación que pudieran encontrarse en Nápoles.

Monkton, después de expresarme en los más calurosos términos su gratitud por los servicios que le había prestado, no se atrevió a pedirme que le acompañara en su viaje a Inglaterra. Su sorpresa y su alegría no tuvieron límite al ver que me ofrecía a embarcarme en el bergantín. Las extrañas coincidencias de que yo había sido testigo, el extraordinario hallazgo que tuve ocasión de hacer, desde nuestro primer encuentro en Nápoles, me había hecho interesarme por todo aquel asunto tanto como el propio Alfred, No compartía ninguna de sus ilusorias imaginaciones, desde luego; pero no exagero al decir que mi interés por seguir aquella aventura hasta el final era tan grande como la ansiedad de Alfred por ver el ataúd reposando en el panteón de Wincot.

Creo que pesó tanto en mí la curiosidad como la amistad al ofrecerme como compañero de viaje de Alfred, a su regreso al hogar.

Zarpamos para Inglaterra una tarde plácida y tranquila.

Por primera vez desde que le conocía, Monkton parecía un hombre

completamente cuerdo. Hablaba y bromeaba sobre toda clase de temas, y se burlaba cariñosamente de mi temor a marearme durante la travesía. En realidad, yo no sentía ningún temor al mareo; pero lo utilizaba para justificar ante mi amigo lo deprimido de mi estado de ánimo, embargado de nuevo por aquella inexplicable melancolía que había experimentado ya en Fondi. Todas las circunstancias parecían sernos favorables; todos los que viajaban en el bergantín se hallaban encantados. El capitán se mostraba entusiasmado con el buque; la tripulación, compuesta de italianos y malteses, gozaba de lo lindo ante la perspectiva de un viaje de corta duración en un barco bien abastecido y con unos excelentes salarios. El único que no participaba de la alegría general era yo. No encontraba ningún motivo lógico para la melancolía que me llenaba el corazón y, no obstante, era inútil que tratara de luchar contra ella.

En el momento en que se iniciaba nuestra primera noche de navegación, me enteré de algo que no contribuyó precisamente a devolverme la tranquilidad de espíritu. Monkton estaba en su camarote, en cuyo interior había sido colocada la caja que contenía el ataúd; y yo estaba en cubierta. El viento había amainado casi por completo, y me hallaba contemplando perezosamente las velas del bergantín, cada vez más lacias, cuando se me acercó el capitán y, llevándome a un lugar donde no pudiéramos ser oídos por el timonel, susurró a mí oído:

—Los hombres de la tripulación no las tienen todas consigo, caballero. ¿Ha notado usted el extraño silencio que reina entre ellos desde que se ha puesto el sol?

Lo había notado, y se lo dije.

—Tenemos a bordo un muchacho maltés —continuó el capitán—, muy listo, pero muy difícil de manejar. Me he enterado de que ha estado contando a los otros tripulantes que la caja que tiene su amigo en su camarote contiene un cadáver.

Al oír sus palabras me sobresalté vivamente. Sabiendo lo supersticiosos que son los marineros —de un modo especial los marineros italianos—, había procurado difundir a bordo del bergantín, antes de que fuese embarcado el ataúd, la noticia de que la caja contenía una valiosa estatua de mármol muy apreciada por Mr. Monkton, el cual no deseaba perderla de vista un solo instante. ¿Cómo podía haberse enterado aquel muchacho maltés que la pretendida estatua era el cadáver de un hombre? Al interrogarme sobre la cuestión, mis sospechas recayeron inmediatamente en el criado de Monkton, que hablaba correctamente el italiano y que era un incorregible charlatán. El hombre lo negó tenazmente cuando le acusamos de habernos traicionado, pero nunca he creído en sus negativas.

—El muchacho no ha dicho de dónde ha sacado la noticia —continuó el capitán —. Los asuntos de ustedes no son de mi incumbencia, desde luego, pero le aconsejaría que reuniese a la tripulación para desmentir las palabras del muchacho. Son una pandilla de imbéciles, que creen en fantasmas y cosas por el estilo. Algunos dicen que no hubieran embarcado si hubieran sabido que tenían que viajar con un muerto; otros se limitan a gruñir; pero temo que tengamos dificultades con todos ellos, caso de que empeore el tiempo, a menos que usted o el otro caballero

desmientan las palabras del muchacho. Los tripulantes dicen que si usted o su amigo les dan su palabra de honor de que el maltés es un embustero, colgarán al muchacho del extremo de una cuerda; pero que si ustedes se callan, se verán obligados a creer, que, efectivamente, en el barco viaja un cadáver.

El capitán se calló, esperando mi respuesta. Yo no podía darle ninguna. ¿Qué podía decirle? No había ni que pensar en jurar en falso, provocando con ello el castigo del muchacho. ¿Qué otro camino quedaba para solucionar aquel complicado problema? No se me ocurría ninguno. Di las gracias al capitán por el interés que se tomaba en nuestros asuntos, le dije que me concediera algún tiempo para estudiar el camino a seguir y le rogué que no dijera nada a mi amigo de todo aquello. Me prometió guardar silencio, aunque me di perfecta cuenta de que lo hacía a regañadientes.

Suponíamos que al amanecer se levantaría la brisa, pero no fue así y continuó la calma chicha. Al llegar el mediodía, el ambiente era insoportablemente bochornoso y el mar estaba tan liso como si fuera una lámina de cristal. Vi que los ojos del capitán miraban con insistencia a barlovento y que su expresión se hacía más preocupada por momentos. Miré a mi vez en aquella dirección y vi una pequeña nube negra, completamente solitaria en el azul del cielo, y pregunté si nos traería el viento que tanto necesitábamos.

—Más del que deseamos —replicó bruscamente él capitán.

Y a continuación, con gran asombro por mi parte, ordenó a los tripulantes que se hallaban en la arboladura que acortaran el velamen. La ejecución de la maniobra me demostró palpablemente el estado de ánimo de la tripulación; los hombres trabajaban despacio, con evidente desgana, y no cesaban de rezongar y de hablarse en voz baja unos a otros. La actitud del capitán, instándoles con juramentos y maldiciones, acabó de convencerme de que estábamos en peligro. Miré otra vez hacia barlovento. La pequeña nube negra había aumentado considerablemente de tamaño, y el mar había cambiado de color en la línea del horizonte.

—No tardaremos en tener la borrasca encima —dijo el capitán—. Váyase abajo; aquí no haría más que estorbar.

Descendí al camarote, y preparé a Monkton para lo que iba a llegar. Estaba interrogándome todavía acerca de lo que había observado en cubierta, cuando la tormenta nos cogió de lleno. Por un instante, pareció que el bergantín iba a partirse en dos pedazos; luego empezó a bailotear locamente, con un crujido de todo su maderamen; finalmente, se produjo un choque que nos hizo saltar de nuestros asientos, al tiempo que una avalancha de agua penetraba en el camarote. El bergantín acababa de «hacer capilla», como suelen decir los marinos, y ahora descansaba sobre un costado. Trepamos a cubierta, medio ahogados.

Antes de que pudiera darme cuenta exacta de nada en medio de aquella horrible confusión, excepto del hecho de que estábamos enteramente a merced del mar, oí una voz procedente de la parte delantera del barco que apagó por unos instantes las

exclamaciones y las maldiciones de los otros miembros de la tripulación. Hablaba en italiano, pero por desgracia comprendí lo que estaba diciendo: teníamos una vía de agua, y el mar entraba en el barco a chorros. El capitán no perdió su presencia de ánimo ante aquella calamidad. Pidió su hacha para cortar el palo trinquete, y ordenó a algunos miembros de la tripulación que le ayudaran en aquella tarea, en tanto que los demás se ocuparían de achicar el agua con las bombas.

Apenas había acabado de dar esta orden, la tripulación se amotinó abiertamente. Tras dirigirme una mirada feroz, su cabecilla declaró que los pasajeros podían hacer lo que les viniera en gana, pero que él y sus compañeros estaban decididos a embarcar en el bote y dejar que el barco, y *el muerto que iba en él*, se fueran al fondo del mar. Mientras decía esas palabras, noté una especie de revuelo entre los marineros y vi que algunos de ellos señalaban burlonamente a alguien situado detrás de mí. Volviéndome en redondo, vi a Monkton, que hasta aquel momento había permanecido a mi lado, alejándose para descender a su camarote. Me dispuse a seguirlo, pero el agua que llenaba la cubierta y la confusión que reinaba en ella, unidas a la imposibilidad, dada la posición en que se encontraba el bergantín, de avanzar sin la ayuda de las manos, me impidieron alcanzar a Alfred. Cuando conseguí llegar a su camarote vi que estaba agachado sobre el ataúd, empapado por el agua que llenaba el suelo del camarote. Sus ojos brillaban intensamente, sus mejillas estaban enrojecidas. Me acerqué a él y le dije:

—No podemos hacer nada para salvar el ataúd, Alfred. Debemos aceptar esta nueva desgracia y tratar de poner a salvo nuestras vidas.

—¡Sálvate! —exclamó—. Sálvate tú, ya que *tú* tienes un futuro ante ti. El mío desaparecerá cuando este ataúd se hunda en el mar. Si el barco se hunde, sabré que la profecía se ha cumplido y me hundiré con él.

Comprendí que no conseguirla convencerlo ni hacerle entrar en razón, y me dirigí de nuevo hacia cubierta. Los tripulantes estaban cortando las cuerdas que sujetaban el bote salvavidas al costado del bergantín, mientras el capitán, viendo la inutilidad de sus esfuerzos por imponer su autoridad, los contemplaba en silencio. La tormenta parecía haber amainado un poco, y yo pregunté si no había realmente ninguna posibilidad de salvación para nosotros si nos quedábamos en el barco. El capitán respondió que, dada la actitud de la tripulación, no quedaba ninguna esperanza. Sabiendo que no podía confiar para nada en el criado de Monkton, le conté al capitán, en pocas palabras, lo que sucedía con mi desdichado amigo, y le pregunté si podía contar con su ayuda. Me respondió afirmativamente y descendimos juntos al camarote. Por doloroso que me resultara, me vi obligado a emplear la fuerza para sacar a Alfred de allí. Se negaba tan obstinadamente a salir, que tuvimos que atarle las manos y arrastrarle a cubierta. Los tripulantes estaban a punto de lanzar el bote al agua, y al principio se negaron a admitirnos en la embarcación.

¡Pandilla de cobardes! —gritó el capitán—. ¿Acaso llevamos ahora al muerto con nosotros? ¿Acaso no va a hundirse en el fondo del mar con el bergantín? ¿Quién tiene

miedo de que subamos al bote?

Las palabras del capitán produjeron el efecto deseado; los tripulantes se sintieron avergonzados de sí mismos y nos aceptaron.

Cuando empezábamos a alejarnos del bergantín, Alfred hizo un desesperado esfuerzo para librarse de mí, pero lo sujeté con mano firme y ya no volvió a repetir el intento. Se sentó junto a mí, con la cabeza hundida entre los hombros, inmóvil y silencioso, mientras los marineros remaban con todas sus fuerzas; siguió inmóvil y silencioso cuando los marineros dejaron de remar para contemplar, desde una distancia prudencial, cómo se hundía el bergantín; siguió inmóvil y silencioso cuando se produjo el hundimiento, cuando la gigantesca mole hubo desaparecido para siempre debajo de las aguas.

El bergantín se hundió con su carga mortal. Se hundió, llevándose consigo el cadáver que habíamos descubierto casi por milagro, llevándose unos restos de los que dependían las esperanzas y el destino amoroso de dos seres vivientes. Cuando el barco hubo desaparecido en las profundidades del mar, noté que Monkton temblaba, mientras repetía incesantemente en voz baja el nombre de «Ada».

Traté de distraerlo, pero todo fue inútil. Señaló hacia el lugar donde se había hundido el bergantín, y murmuró:

—El lugar vacío en el panteón de Wincot, permanecerá ahora vacío para siempre.

Tras pronunciar esas palabras, clavó un momento en mi rostro la entristecida mirada de sus ojos, y luego volvió a hundir la cabeza entre los hombros. No pronunció una sola palabra más.

Antes de la puesta del sol fuimos avistados por un barco mercante que nos recogió a bordo y nos llevó a Cartagena, un puerto español del Mediterráneo. Alfred mantuvo la misma actitud mientras navegamos en el buque que nos había recogido. No alzaba la cabeza ni me dirigía la palabra. Sin embargo, noté con profunda alarma que a menudo rompía a hablar incoherentemente consigo mismo… murmurando sin cesar los versos de la antigua profecía… repitiendo constantemente con un acento que me partía el corazón el nombre de la pobre muchacha que estaba aguardando su regreso en Inglaterra. Pero no fueron éstos los únicos motivos de inquietud que tuve a propósito de Alfred. Hacia el final de nuestro viaje, empezó a sufrir alternativas de fiebre y de escalofríos, que yo, en mi ignorancia, atribuí a un ataque de paludismo. Apenas llegamos a Cartagena, los médicos me sacaron de mi error. Tras celebrar una prolongada consulta, diagnosticaron que Alfred sufría un ataque de fiebre cerebral y que su vida estaba en peligro.

Ante la nueva responsabilidad que me caía encima, vacilé sobre lo que debía hacer. Finalmente, decidí escribir al viejo capellán que, según mis noticias, seguía viviendo en la Abadía. Le conté todo lo que había sucedido, rogándole que comunicara las noticias a Miss Elmslie lo más prudentemente que le fuera posible. También le comuniqué mi decisión de permanecer al lado de Alfred Monkton todo el tiempo que fuese necesario.

Después de haber enviado esta carta y de llamar a consulta a los mejores médicos que se encontraban en Gibraltar, creí haber hecho todo lo posible en favor de mi amigo y me preparé para esperar los acontecimientos.

Pasé muchas horas de ansiedad junto a la cabecera del lecho. Más de una vez me pregunté si había hecho bien al estimularle en sus ilusiones. Honradamente, tuve que confesarme que sí. El único modo de lograr que regresara pronto a Inglaterra y a Miss Elmslie, que ansiaba tenerlo a su lado, consistía en encontrar el cadáver de su tío. Y yo le había ayudado a encontrarlo. En este, sentido, no tenía nada que reprocharme. No era culpa mía si se había producido un desastre que ningún ser humano podía prever, un desastre que había desbaratado todos nuestros proyectos. Pero, ahora que el desastre había ocurrido y que no existía posibilidad alguna de enmendar sus efectos, ¿cómo podía ser combatida la dolencia moral de mi amigo? Eso, suponiendo que se recobrara físicamente…

Cuando pensaba en la tara hereditaria de los Monktons, en el terror que Alfred sintió de chiquillo hacia su tío Stephen, en la vida de reclusión que había llevado en la Abadía, y en su firme convencimiento de la realidad de la aparición que, según él, le seguía a todas partes, confieso que desesperaba de extirpar su fe supersticiosa en cada palabra y en cada verso de la antigua profecía acerca de su familia. Si la serie de sorprendentes coincidencias que parecían confirmar la veracidad de la profecía llegaron a impresionarme *a mí*, ¿cómo podía maravillarme de que hubieran llevado un convencimiento absoluto a *su* mente, enferma como estaba? Si Alfred me decía: «La profecía señala al último de la familia: *yo* soy el último de la familia. La profecía menciona un lugar vacío en el panteón de Wincot: y en este momento existe un lugar vacío en el panteón. Basándome en la profecía, te dije que el cadáver de Stephen Monkton estaba sin enterrar: ¿Cómo lo encontraste?». Si Alfred me decía todo esto, ¿de qué me serviría replicar: «Se trata simplemente de coincidencias; extrañas, sí, pero coincidencias al fin y al cabo»?

Cuando más pensaba en la tarea que tenía ante mí si Alfred se recobraba de su enfermedad, más desanimado me sentía. Cada vez que el médico inglés venido de Gibraltar me decía: «Su amigo tiene una idea fija, que no le abandona ni de día ni de noche, que ha oscurecido su razón y que puede terminar matándolo, a menos que usted o alguno de sus amigos consigan extirparla de su cerebro…», cada vez que oía esas palabras me sentía invadido por el más profundo de los desalientos.

Pensé que la respuesta de Wincot me llegaría en forma de una carta. Por ello mi sorpresa no tuvo límites y experimenté una intensa sensación de alivio el día que me dijeron que dos caballeros deseaban hablar conmigo, y encontrarme con que uno de ellos era el anciano capellán y el otro un pariente cercano de Mrs. Elmslie.

Poco antes de su llegada, la fiebre de Alfred había remitido y mi amigo había sido declarado fuera de peligro. El capellán y su acompañante quisieron saber antes que nada cuándo estaría el enfermo lo bastante restablecido como para soportar el viaje de regreso a Inglaterra. Habían venido a Cartagena con el exclusivo propósito de

llevárselo con ellos, ya que confiaban mucho más que yo en los efectos tonificantes del aire de su pueblo natal. Cuando hube satisfecho su curiosidad en lo que respecta a los pormenores del proyectado viaje a Inglaterra, me aventuré a hacer algunas preguntas acerca de Miss Elmslie. Su pariente me informó que la muchacha sufría mucho, física y moralmente, a causa de Alfred. Se habían visto obligados a engañarla diciéndole que la enfermedad de su prometido era muy peligrosa, a fin de disuadirla de sus propósitos de acompañar al capellán y a su pariente en su viaje a España.

A medida que pasaron las semanas, Alfred fue recobrando parte de su antiguo vigor físico, pero su dolencia mental permaneció estacionaria.

En cuanto empezó a recobrar las fuerzas físicas, se hizo evidente que la fiebre cerebral había anulado su facultad de recordar. Todos los últimos acontecimientos habían desaparecido de su memoria. No recordaba haber estado en Nápoles, ni haber viajado por Italia conmigo. Pero lo más curioso era que esa pérdida de memoria afectaba solamente a los acontecimientos recientes, hasta el punto de que reconoció inmediatamente al capellán y a su acompañante, e incluso a su propio criado, y en cambio no me reconoció a mí; por el contrario, me miraba con expresión desconfiada cada vez que me acercaba a su lecho. Todas sus preguntas se referían a Miss Elmslie y a la Abadía; y toda su conversación versaba sobre sucesos acaecidos en vida de su padre.

Los médicos opinaron que esa pérdida de memoria favorecía al enfermo; se trataba, dijeron, de una autodefensa del organismo: al olvidar los acontecimientos más recientes, la mente quedaba libre del *shock* que el recordarlos podía causar al convaleciente. Poco a poco, sin sacudidas, iría recobrando la memoria y, con ella, la normalidad psíquica. Traté de creer tan optimistas predicciones, pero me resultó imposible. El día que Alfred emprendió el viaje de regreso a Inglaterra, tuve el doloroso presentimiento de que no volvería a verlo.

Alfred no me había reconocido, y por consejo de los médicos le di muy pocas oportunidades de hacerlo. De no haber mediado esa circunstancia, le hubiese acompañado a Inglaterra. Decidí viajar un poco para recuperar las energías perdidas y para superar la depresión en que me habían sumido los dolorosos acontecimientos que acababa de vivir. Las bellas ciudades españolas no me eran desconocidas, pero las visité de nuevo, reviviendo antiguas sensaciones en la Alhambra y en Madrid. Un par de veces estuve tentado de emprender un viaje al Este, pero pudo más en mí la nostalgia de mi Inglaterra y decidí regresar a casa.

Hice el viaje vía París, ya que había quedado con el capellán en que me escribiría a las señas de mi banquero en aquella ciudad en cuanto Alfred estuviera instalado en Wincot. A mi llegada a París, fui a casa de mi banquero antes de dirigirme al hotel.

En el mismo instante de coger la carta entre mis manos supe que había ocurrido lo peor: el sobre tenía un orillo negro. En efecto, el capellán me comunicaba que Alfred había muerto.

En medio de la desgracia, me cabía el consuelo de saber que Alfred había muerto

tranquilamente, casi feliz, sin aludir ni una sola vez a la fatal profecía. «Mi querido pupilo —escribía el anciano capellán— pareció mejorar un poco durante los primeros días de estancia en Inglaterra, pero la mejoría fue sólo aparente y no tardó en sufrir otro ataque de fiebre. A partir de entonces fue consumiéndose lentamente, suavemente, y así emprendió su último viaje. Miss Elmslie, enterada de que iba a escribirle a usted, me encargó que le expresara su más profundo agradecimiento por las bondades que tuvo con Alfred. Cuando regresamos a Inglaterra, me dijo que había esperado a Alfred como novia, y que ahora deseaba cuidarle como si fuese su esposa; y no se apartó de su lado un solo instante. Cuando Alfred murió, lo hizo con el rostro vuelto hacia ella y con su mano entre las de su prometida. Tal vez le sirva de consuelo saber que Alfred no mencionó ni una sola vez los acontecimientos de Nápoles, ni el naufragio del barco».

Tres días después de leer la carta me encontraba en Wincot, oyendo de labios del anciano capellán todos los detalles de la muerte de Alfred. Me impresionó profundamente, sin que pudiera explicarme los motivos, enterarme de que, por voluntad expresa del difunto, había sido enterrado en el fatídico panteón de la Abadía.

El capellán me llevó a visitar el lugar: una edificación subterránea, horrenda, fría, con un techo muy bajo sostenido por unas pesadas columnas de estilo sajón. A cada uno de sus lados se alineaban los angostos nichos, que dejaban ver solamente el extremo del ataúd que contenían. Los clavos y los adornos de plata brillaban aquí y allá cuando la luz de la lámpara de mi acompañante se posaba en ellos. El capellán se detuvo ante uno de los nichos y me dijo:

—Aquí descansa Alfred, entre su padre y su madre.

Debajo del nicho que contenía los restos de Alfred vi una especie de túnel alargado y oscuro que me llamó la atención. Mi acompañante se dio cuenta y lo enfocó con su lámpara, al tiempo que me decía:

—No es más que un nicho vacío. Si el cuerpo de míster Stephen Monkton hubiese llegado a Wincot, reposaría ahí.

Sentí un escalofrío y me invadió una sensación de terror de la que ahora me avergüenzo, pero que en aquel momento no pude evitar. Volví la espalda al nicho vacío y salí del panteón casi corriendo, a pesar de mis esfuerzos por dominarme. Cuando la luz del sol volvió a bañar mi rostro, aspiré con fruición el perfumado aire matinal.

Mientras me encaminaba hacia la salida de la Abadía, oí detrás de mí el suave crujido de un vestido de mujer y, al volver la cabeza, vi a una joven que avanzaba hacia mí, enlutada de pies a cabeza. Esto, unido a la melancólica expresión de su rostro, me permitió adivinar quién era mucho antes de que llegara a mi lado.

—Me enteré de que estaba usted aquí —me dijo— y he querido… —Se interrumpió, mientras mi corazón latía dolorosamente al ver cómo temblaban sus labios. Antes de que yo pudiera decir nada, la joven recobró el dominio de sí misma y

continuó:

—He querido estrechar su mano y darle las gracias por todo lo que hizo por Alfred; y también deseaba decirle que estoy convencida de que en todo lo que le aconsejó sólo buscaba su bien… y el mío. Tal vez se marche usted pronto de Inglaterra y no volvamos a vernos. Nunca, nunca olvidaré que fue usted bueno con Alfred cuando él necesitaba un amigo, y que le debo mi eterna gratitud.

La indescriptible ternura de su voz, que temblaba levemente al hablar, la pálida belleza de su rostro y el candor que brillaba en sus hermosos ojos me impresionaron tanto, que las palabras que deseaba pronunciar no consiguieron abrirse paso entre mis labios. Antes de que pudiera recobrar la voz, Ada me había alargado su mano y me había dejado solo.

No he vuelto a verla. La vida nos ha mantenido separados. La última vez que oí hablar de ella, hace ya muchos años, seguía fiel al recuerdo del muerto y era todavía Ada Elmslie, por amor a Alfred Monkton.

LA MUERTE DE HALPIN FRAYSER

Ambrose Bierce

I

> «A partir de la muerte se producen metamorfosis más extraordinarias de lo que hasta aquí se ha dicho. Y si, ordinariamente, el alma salida del cuerpo vuelve en ciertas ocasiones a su envoltura corporal para aparecerse a los seres de carne, también ha sucedido que el cuerpo desprovisto de su alma haya pisado la tierra. Los que después de haber visto a tales espectros han sobrevivido para contarlo, afirman que no poseen sentimientos, como no sea el del odio. Y ocurre que ciertas almas, asimismo, muy buenas cuando vivían en un cuerpo, se convierten, después de la muerte, en espíritus malignos».
>
> Hali

En una oscura noche de mediados de verano, un hombre que dormía en un bosque alzó la cabeza después de un sueño sin pesadillas y, tras haber mirado fijamente las tinieblas, pronunció las siguientes palabras: «Catherine Larue». No dijo nada más, y, que él supiera, no tenía motivos para haber dicho siquiera aquello.

El hombre se llamaba Halpin Frayser. En aquella época vivía en Santa Helena, pero nadie sabe dónde vive ahora, ya que está muerto. Los que duermen en los bosques, sin tener debajo de ellos más que las hojas secas y el suelo húmedo, sin más techo que las ramas que han dejado caer las hojas, y el cielo que ha dejado caer la tierra, no pueden esperar llegar a viejos: sin embargo, Frayser había alcanzado ya el trigésimo segundo año de su existencia. En el mundo existen millones de seres, los mejores de entre nosotros, que consideran la treintena como una edad muy avanzada. Esos seres son los niños. Para los que contemplan el viaje de la vida desde el punto de partida, el navío que está ya en alta mar, a una distancia notable de la orilla, parece hallarse muy cerca de la orilla opuesta. Sin embargo, no es cierto que Halpin Frayser encontrara la muerte sólo por haber dormido al raso.

Había pasado todo el día en las colinas situadas al oeste del valle de Napa, en busca de palomas de otra caza menor propia de la estación. Al atardecer, el cielo se había cubierto de nubes y le resultó imposible orientarse. Aunque no tenía más que avanzar en línea recta (que es siempre el camino más seguro para un viajero perdido), al no encontrar ningún sendero se había desconcertado hasta tal punto, que a la caída de la noche se hallaba aún en el bosque. Incapaz, en aquellas tinieblas, de abrirse paso a través de la espesura de *manzanitas*, abrumado de fatiga, se había dejado caer al pie de un enorme madroño para sumergirse inmediatamente en un sueño sin pesadillas. Muchas horas después, en la oscuridad de la noche, uno de los misteriosos mensajeros celestes, precediendo a la innumerable cohorte de sus compañeros que se

deslizaban hacia occidente huyendo del alba, pronunció la palabra «¡Despierta!» al oído del durmiente, el cual se incorporó murmurando, sin saber por qué, un nombre desconocido.

Halpin Frayser no era un filósofo ni un hombre de ciencia. El hecho de haber pronunciado en alta voz, al despertar de un profundo sueño en el corazón de un bosque, un hombre que no figuraba en sus recuerdos, no provocó en él una excesiva curiosidad. Lo encontró algo raro, pero eso fue todo. Tras haberse estremecido ligeramente, como para confirmar la opinión de los que creen que las noches son muy frescas durante el verano en aquellos parajes, se acostó de nuevo y volvió a quedarse dormido. Pero, esta vez, su descanso se vio turbado por un sueño.

Andaba por un camino polvoriento cuya blancura destacaba en medio de las tinieblas crecientes de una noche de verano. Ignoraba de dónde procedía aquel camino, adónde conducía y por qué se encontraba en él. Sin embargo, todo aquello le parecía sencillo y natural, como ocurre siempre en sueños, ya que en el País de los Sueños no hay lugar para la sorpresa y la razón ha abdicado su imperio. No tardó en llegar a un sendero que partía del camino principal y que parecía abandonado desde hacía mucho tiempo. Halpin Frayser pensó que habrían dejado de utilizarlo porque debía conducir a un lugar maldito; sin embargo, se adentró por él sin vacilar, impulsado por una imperiosa necesidad de hacerlo.

A medida que avanzaba, se daba cuenta de que el sendero estaba frecuentado por invisibles presencias a las cuales no podía dar forma concreta en su mente. De ambos lados, entre los árboles que bordeaban el sendero, oía murmurar frases incoherentes en un idioma extranjero que sólo comprendía a medias. Las interpretó como frases sueltas de un monstruoso complot contra su cuerpo y su alma.

Era noche cerrada desde hacía mucho tiempo; sin embargo, el interminable bosque a través del cual avanzaba estaba bañado por una pálida claridad que no procedía de ningún lugar determinado y que no proyectaba sombra alguna debajo de ella. De pronto, la mirada de Halpin Frayser se sintió atraída por el reflejo carmesí de un pequeño charco que una lluvia reciente había formado a un lado del sendero. Se inclinó para mojar sus manos… ¡y las retiró manchadas de sangre! Entonces se dio cuenta de que estaba rodeado de sangre por todas partes. Las grandes hojas de las plantas silvestres que crecían al borde del sendero mostraban unas siniestras salpicaduras. Grandes manchas rojas salpicaban asimismo los troncos de los árboles, cuyo follaje dejaba filtrar un fúnebre resplandor rojizo.

Aquel espectáculo le inspiró un sentimiento de terror, a pesar de que al mismo tiempo lo encontraba natural. Le pareció que esperaba desde hacía mucho contemplar aquella escena, como castigo de un crimen que no recordaba haber cometido, aunque tenía consciencia de su culpabilidad. Aquello fue para él un horror que añadir a las misteriosas amenazas del ambiente que le rodeaba. Trató en vano de recordar toda su vida anterior, para descubrir en ella el instante de su falta; incidentes e imágenes acudieron en tropel a su mente, entremezclándose en gran tumulto, sin que Halpin

Frayser consiguiera encontrar lo que buscaba. El fracaso, aumentó su terror; tuvo la sensación de haber matado a alguien en la oscuridad, sin saber a quién ni por qué. La misteriosa claridad constituía una amenaza tan espantosa, los árboles (a los cuales todos los humanos atribuyen un carácter melancólico o funesto) conspiraban tan abiertamente contra la paz de su alma, los suspiros y los murmullos procedentes de los seres sobrenaturales que le rodeaban eran tan alarmantes, en una palabra, su situación resultaba tan horrorosa, que no pudo resistir más. Realizando un enorme esfuerzo para romper el nefasto sortilegio que le reducía a la inmovilidad y al silencio, se puso a gritar a pleno pulmón. Su voz pareció quebrarse en una multitud de sonidos poco familiares, perderse en balbuceos volubles en las profundidades del bosque, para luego apagarse; y todo continuó igual. Pero ahora, reconfortado por aquel principio de resistencia, Halpin Frayser declaró en voz alta:

«No me someteré sin haber hablado. En este sendero maldito existen, quizás, potencias benéficas. Voy a dejarles un testimonio escrito, y un ruego. Voy a exponer mis pesares, las persecuciones de que soy víctima, yo, débil mortal, humilde pecador, poeta inofensivo. (Halpin Frayser no era poeta ni pecador más que en su sueño)».

Habiendo sacado de su bolsillo un pequeño cuaderno de tapas de cuero rojo, se dio cuenta de que no tenía lápiz. Rompió una ramita de un arbusto, la sumergió en el charco de sangre y empezó a escribir rápidamente. Apenas la punta de su improvisada pluma tocó el papel, Halpin Frayser oyó resonar una carcajada a una distancia incalculable; una carcajada que fue acercándose y aumentando en intensidad; una carcajada sin alma, sin corazón, sin alegría; una carcajada que culminó en un aullido demoníaco a los oídos del hombre y se extinguió lentamente en el horizonte, como si el ser maldito que la había lanzado se hubiese retirado más allá de los límites del mundo, de donde había surgido. Pero Halpin Frayser adivinó que no era así: el ser maldito no se había movido, se hallaba aún cerca de él.

Lentamente, una extraña sensación se apoderó de todo su ser. No hubiese podido decir cuál de sus sentidos estaba afectado por ella. En realidad, no sabía siquiera si gozaba del uso de sus sentidos. Se trataba más bien de un fenómeno de consciencia mental: tenía la misteriosa certidumbre de que a poca distancia suya se encontraba una presencia maligna, una presencia sobrenatural distinta de todas las que murmuraban a su alrededor, e infinitamente más poderosa. Y aquella presencia era la que había proferido la odiosa carcajada. Ahora, parecía acercarse a él, sin que le fuera posible adivinar la dirección en que llegaba. Todos sus temores primitivos quedaron sumergidos en un nuevo terror, formidable y tiránico. Halpin Frayser tenía una sola idea en el pensamiento: redactar su ruego a las potencias benéficas que, al atravesar el alucinante bosque, podían quizá salvarle si le era negada la gracia de morir. Se puso a escribir con toda rapidez, ya que la sangre goteaba sin interrupción de la ramita que sostenía entre sus dedos. Pero, de repente, en mitad de una frase, su mano se negó a obedecer a su voluntad, sus brazos cayeron a lo largo de sus costados, y el cuaderno se desprendió de sus dedos. Incapaz de moverse o de gritar, vio alzarse ante él un

rostro de rasgos cansados, de ojos sin mirada… ¡El rostro de su propia madre, pálida y muda en su sudario!

II

Halpin Frayser había pasado toda su juventud con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser eran gente acomodada y ocupaban un rango bastante elevado en la sociedad que había sobrevivido a los desastres de la guerra civil. Sus hijos, que habían recibido la mejor educación y frecuentado los ambientes más distinguidos que podían ofrecer la época y el lugar, poseían unos modales excelentes y una sólida cultura. Halpin, el benjamín, había sido un poco mimado a causa de su delicada salud. Había tenido la doble desventaja de ser objeto de los asiduos cuidados de su madre y de la negligencia de su padre. Este último era lo que todo plantador del Sur que se preciara un poco no podía dejar de ser: un político. Su país, o mejor dicho, su Estado, le absorbía hasta tal punto que sólo podía prestar un oído distraído a las exigencias familiares: un oído ensordecido por los detonantes discursos de los jefes políticos, así como por las aclamaciones y los silbidos, incluidos los suyos propios.

Soñador, indolente, romántico, el joven Halpin se sentía más atraído por la literatura que por el bufete de abogado que le aguardaba. Aquellos de sus parientes que creían en las modernas teorías acerca de la herencia, estaban convencidos de que el joven había heredado el talento poético de su bisabuelo Myron Bayne, considerado en su tierra natal como un poeta de altos vuelos. Un hecho notable era que los Frayser, todos los cuales poseían un lujoso ejemplar de las «obras poéticas» de su antepasado (editadas a costa de la familia y retiradas, desde hacía muchísimo tiempo, de un mercado que no las absorbía), manifestaban, en contraste con esa actitud, una curiosa falta de lógica negándose a honrar al ilustre difunto en la persona de su heredero espiritual. En términos generales, adoptaran una actitud reprobatoria en lo que respecta a Halpin, aquella sarnosa oveja intelectual que, un día u otro, sería capaz de deshonrar a la familia poniéndose a balar en verso. Los Frayser de Tennessee era gente práctica: lo cual no quiere decir que se dedicaran a ocupaciones de bajo nivel intelectual, sino que alimentaban un sano desdén hacia toda cualidad capaz de apartar a un hombre de la saludable vocación política.

Para ser justos con el joven Halpin, hay que decir que, si bien se encontraban en él, fielmente reproducidas, la mayor parte de las características atribuidas al célebre bardo local por la tradición histórica y familiar, sólo por deducción era considerado como el depositario del don divino. No solamente no había cortejado nunca a la musa poética, sino que, en realidad, era incapaz de escribir un verso correcto, aunque de ello hubiese dependido su vida. Sin embargo, nadie podía saber si la facultad dormida

despertaría en cualquier momento para inducirle a pulsar las cuerdas de la lira.

Entretanto, el joven no servía para gran cosa. Entre su madre y él reinaba el más perfecto acuerdo, ya que la bella Mrs. Frayser era una ferviente discipula de Myron Bayne, a pesar de que, con el tacto tan justamente admirado en las personas de su sexo (a despecho de las lenguas calumniosas que lo atribuyen a astucia), ponía el mayor cuidado en ocultar su debilidad a todo el mundo, excepto a aquellas personas que la compartían con ella. Su complicidad en ese punto constituía otro lazo entre ellos. Si su madre le había mimado en su infancia, él se había dejado mimar dócilmente. A medida que llegaba a ese grado de virilidad que puede alcanzar un hombre del Sur indiferente al resultado de las elecciones, la unión entre él y su madre (a la cual llamaba Katy desde su más tierna infancia) se hacía cada vez más fuerte. Madre e hijo eran casi inseparables, hasta el punto de que quienes no les conocían los tomaban a menudo por una pareja de enamorados.

Un día, Halpin Frayser entró en el gabinete de su madre. Después de besarla en la frente y de juguetear unos instantes con uno de sus negros rizos, acabó por decir, con una voz que se esforzaba por parecer tranquila:

—¿Te disgustaría mucho, Katy, que me marchase a California por algunas semanas?

Mrs. Frayser no tuvo necesidad de formular una respuesta en alta voz: sus indiscretas mejillas acababan de contestar elocuentemente la pregunta de su hijo. Sí, le disgustaría mucho, y las lágrimas que se deslizaron de sus grandes ojos color de avellana no hicieron más que confirmar el testimonio de sus mejillas.

—¡Ah! ¡Hijo mío! —exclamó Mrs. Frayser, contemplando a su hijo con infinita ternura—. Me estaba temiendo algo por el estilo… Anoche se me apareció en sueños el abuelo Bayne, y al despertar estuve llorando mucho tiempo. De pie junto a su retrato, que le representa joven y guapo, me señalaba con el dedo tu retrato, colgado en la misma pared. Pero, cuando miré en aquella dirección, no pude ver los rasgos de tu fisonomía, pues aparecía cubierta con uno de esos pañuelos que ponemos sobre el rostro de los difuntos. Y debajo del pañuelo, vi la huella de unos dedos en tu garganta… Perdona si te cuento todo esto, pero nunca nos hemos ocultado nada el uno al otro. Tal vez puedas darme una interpretación de mi sueño distinta a la mía. Tal vez no quiera decir que vas a marcharte a California. Tal vez significa que me llevarás contigo…

Hay que confesar que aquella ingeniosa interpretación del sueño a la luz de una prueba recién descubierta no mereció la plena aprobación de la mente bastante más lógica de Halpin. El joven quedó convencido, al menos de momento, que aquel sueño anunciaba una calamidad más simple y más inmediata que una visita a la costa del Pacífico: tuvo la impresión de que sería estrangulado algún día en su tierra natal.

—¿No hay fuentes termales en California? —continuó Mrs. Frayser, sin dejarle tiempo para exponer el verdadero significado del sueño—. ¿No hay villas donde uno pueda curarse el reuma y las neuralgias? Mira: tengo los dedos rígidos, y estoy segura

de que me duelen mucho mientras duermo.

Mrs. Frayser tendió las manos para someterlas a la inspección de su hijo. El historiador no podría decir cuál fue el diagnóstico que el joven se reservó para sí, sonriendo, pero su opinión personal es que jamás dedos más flexibles y más exentos de dolor han sido sometidos a examen médico por la más encantadora de las pacientes, deseosa de visitar, por prescripción facultativa, un país desconocido.

Finalmente, de aquellos dos extraños personajes que tenían un concepto tan singular del deber, uno se marchó a California tal como exigían los intereses de su cliente, y el otro se quedó en casa conformándose a no ver realizado un deseo que por otra parte su marido no se hubiese sentido inclinado a aprobar.

En el curso de su visita a California, una tarde que se paseaba a solas por la orilla del mar, Halpin Frayser se vio convertido en marinero de un modo que le sorprendió enormemente. En realidad, fue embarcado a la fuerza a un buque de altura, y navegó hacia un país lejano. Aquel viaje no fue su única desdicha: en efecto, el buque encalló sobre la costa de una isla del Pacífico, donde los supervivientes tuvieron que permanecer seis años esperando la llegada de una goleta que les recogió y les llevó a San Francisco.

Aunque tenía los bolsillos completamente vacíos, Frayser continuaba siendo tan orgulloso como en la época de su viaje a California, época que para él parecía remontarse a varios siglos. No quiso aceptar ninguna ayuda de personas desconocidas, y durante su estancia en casa de un compañero de viaje, cerca del pueblo de Santa Helena, en espera de noticias y de ayuda de su familia, fue cuando se le ocurrió ir a cazar… y a soñar.

III

¡El espectro que acababa de surgir ante el hombre alucinado en el bosque maldito, aquel espectro tan parecido y tan distinto a su madre, era horrible! No suscitó amor alguno en el corazón de Halpin Frayser; no evocó ninguno de los agradables recuerdos de un pasado dichoso. Todos los delicados sentimientos de Halpin quedaron anulados por el miedo. Trató de dar media vuelta con la intención de huir, pero sus piernas se habían convertido en plomo y se negaron a moverse. Sus brazos, asimismo, pendían inertes a sus costados. Sólo podía mover los ojos; sin embargo, no se atrevía a apartarlos de las apagadas pupilas de la aparición, una aparición que no era un alma sin cuerpo, sino el más espantoso de todos los fantasmas que circulaban por aquel lugar maldito: ¡un cuerpo sin alma! Aquella mirada vacía no expresaba amor, ni compasión, ni comprensión: no expresaba nada capaz de sugerir una posible inclinación a la misericordia.

Transcurrió un espacio interminable de tiempo, tan largo que el universo envejeció bajo la doble carga de la edad y del pecado, y el bosque alucinante, tras haber alcanzado su objetivo en aquella monstruosa culminación de sus terrores, desapareció de la consciencia de Halpin Frayser con todos sus ruidos, todas sus imágenes fúnebres; y durante todo ese tiempo, la aparición continuó enfrente del joven con los ojos llenos de la obtusa malignidad de una fiera salvaje. De repente, extendiendo la mano hacia delante, la aparición saltó sobre él en un impulso de espantosa ferocidad. Aquel gesto liberó la energía física de Frayser sin liberar su cerebro. Su mente permaneció prisionera del horrible sortilegio, pero su cuerpo poderoso y sus ágiles miembros, fortalecidos por una existencia llena de dificultades, resistieron vigorosamente. Por un instante, como sucede en sueños, tuvo la sensación de ser espectador desinteresado de aquel monstruoso combate entre una inteligencia muerta y un mecanismo dotado del soplo vital; recobró bruscamente su identidad: el autómata dispuesto a luchar recobró a su vez una voluntad tan feroz como la de su odioso adversario.

Pero ¿qué mortal puede llegar a vencer a un personaje que él mismo ha creado en sueños? La imaginación está vencida en el instante mismo en que crea al enemigo: y el resultado del combate está asimismo predeterminado. A pesar de su resistencia física, a pesar de sus desesperados esfuerzos que parecían proyectarse contra el vacío, Halpin Frayser sintió cómo los dedos helados rodeaban implacablemente su cuello. De espaldas sobre el húmedo suelo, vio al rostro de rasgos cansados a unos diez centímetros de distancia del suyo, y luego todo se desvaneció en insondables tinieblas. Un lejano redoblar de tambores, un enjambre de voces susurrantes, un agudo grito quebrando el silencio de todo el Universo… y Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

IV

A la noche clara y cálida había seguido un amanecer envuelto en una densa nieblina. El día anterior, a media tarde, una nubecilla de vapor, un fantasma de nube, en realidad, se había enganchado al flanco occidental del monte Santa Helena, al nivel de las áridas extensiones de terreno cercanas a la cumbre. Era una nubecilla tan frágil, tan diáfana, que parecía un simple capricho de la imaginación.

En un instante, se hizo más ancha y más espesa. Mientras uno de sus extremos continuaba adherido a la montaña, el otro se extendía más y más en el aire, encima de las inclinadas pendientes. La nube se alargaba al mismo tiempo hacia el norte y hacia el sur, hasta que la cima de la montaña fue completamente invisible desde el valle, encima del cual no había más que una bóveda opaca y grisácea. En Calistoga, que se

hallaba a la entrada del valle, al pie de la montaña, hubo una noche sin estrellas, seguida por una mañana sin sol. La niebla, hundiéndose más y más hacia el sur, se había tragado las granjas, una detrás de otra, antes de engullirse al pueblo de Santa Helena, nueve millas más allá. Sobre la carretera, el polvo había dejado de levantarse; los árboles desprendían gotas de agua; los pájaros permanecían callados en sus escondites; la claridad diurna, pálida y espectral, no tenía calor ni color.

A punta de alba, dos hombres salieron de Santa Helena y enfilaron la carretera que remonta el valle en dirección norte, hacia Calistoga. Cada uno de ellos iba armado con un fusil, pero ningún indígena, por poco avispado que fuera, les habría tomado por cazadores de pájaros o de conejos. Uno de los hombres, llamado Holker, era el *sheriff* de Napa; el otro, llamado Jaralson, era inspector de policía y procedía de San Francisco. Habían salido para la caza de un hombre.

—¿Está muy lejos? —preguntó Holker, mientras andaban, levantando de nuevo con sus pies el polvo bajo la húmeda superficie de la carretera.

—¿La Iglesia Blanca? Se encuentra a media milla, aproximadamente de aquí. Y, a propósito, debo decirle que no se trata de una iglesia, sino de una escuela abandonada. Además, la escuela en cuestión no es blanca; con el paso del tiempo sus paredes se han convertido en grises. En la época en que los muros eran blancos, se habían celebrado en ella algunos oficios religiosos, y cerca de allí hay un cementerio que encantaría a un poeta. ¿Adivina usted por qué le he hecho venir rogándole que se trajera su fusil?

—Ya sabe usted que nunca le hago preguntas en circunstancias como éstas: me consta que no es usted de los que se callan cuando llega el momento de hablar. Sin embargo, si desea usted que aventure una hipótesis, yo diría que me necesita usted para detener a uno de los muertos del cementerio.

—¿Se acuerda usted de Branscom? —preguntó Jaralson, concediendo a la chanza de su compañero el desdén que merecía.

—¿El tipo que le cortó el cuello a su esposa? Tengo buenos motivos para acordarme de él: perdí una semana de trabajo a cuenta suya. Se ofreció una recompensa de quinientos dólares por su captura, pero nadie de nosotros pudo echarle la vista encima. No irá usted a decirme…

—Pues, sí. Lo ha tenido usted ante sus narices durante todo este tiempo. Aprovecha la oscuridad de la noche para acudir al viejo cementerio de la Iglesia Blanca.

—¡Qué desfachatez! ¿No es allí dónde está enterrada su víctima?

—Sí, y debió usted suponer que, tarde o temprano, acudiría a visitar la tumba de su esposa.

—Es el último lugar del mundo donde hubiese esperado verle.

—Y vigiló usted inútilmente todos los demás escondrijos posibles. Pero yo me enteré de su fracaso y decidí emboscarme en el cementerio.

—¿Y lo encontró?

—¡Santo cielo! ¡Él me encontró *a mí*! Se me echó encima, y sólo por verdadero milagro conseguí escapar de entre sus manos. Es un bruto, lo confieso, y me contentaré con la mitad de la recompensa si necesita usted la otra mitad.

Holker se echó a reír, y luego declaró alegremente que sus acreedores no se habían mostrado nunca tan insistentes como en aquellos momentos.

—Hoy —explicó el inspector—, deseo simplemente enseñarle el terreno, a fin de que podamos trazar un plan de acción. Pero he creído preferible que fuésemos armados, incluso en pleno día.

—Yo creo que ese tipo está loco. La recompensa será entregada a la persona que consiga su captura y su condena. Pero, si está loco, no podrán condenarle…

(Holker quedó tan dolorosamente afectado por la perspectiva de ese eventual fallo de la justicia, que se detuvo unos instantes en medio de la carretera, antes de reemprender la marcha con mucho menos entusiasmo).

—Desde luego, tiene el aspecto de un loco —convino Jaralson—. Debo reconocer que no había visto nunca un malhechor peor afeitado, peor vestido, peor todo lo que usted quiera, en la antigua y honorable cofradía de los vagabundos. Pero me he propuesto capturarle, y no estoy dispuesto a abandonar la empresa. De todos modos, si no dinero, obtendremos por lo menos algo de gloria. Nadie sospecha siquiera que pueda encontrarse a este lado de las montañas de la luna.

—De acuerdo —dijo Holker—, vamos a examinar el terreno… «donde no tardarás en reposar tú también» —añadió (ya que ésta era la frase ritual que antiguamente se grababa en las tumbas)—. Y, desde luego, es lo que le aguarda a usted si el viejo Branscom se cansa de su impertinente intromisión en sus asuntos. Y, a propósito, el otro día me enteré de que el viejo no se llama realmente Branscom.

—¿No? ¿Cómo se llama, entonces?

—No lo recuerdo. Como me había desinteresado por completo de este asunto, no presté demasiada atención a este detalle; pero tengo la impresión de que es algo parecido a Pardee… La mujer a quien tuvo el mal gusto de cortar el cuello era viuda cuando nuestro hombre la conoció.

Había venido a California a buscar a un pariente suyo… Pero, ya debe usted estar enterado de todo eso.

—Desde luego.

—Hay una cosa que me intriga: si no conoce usted el verdadero nombre del asesino, ¿cómo pudo encontrar la tumba de su esposa? El tipo que me ha informado dijo que el nombre estaba grabado en la lápida.

—Ignoro dónde se halla la tumba —respondió Jaralson, a regañadientes: era evidente que le molestaba tener que confesar su ignorancia acerca de aquel extremo —. Me limité a vigilar todo el cementerio. Parte de nuestro trabajo de esta mañana consistirá en localizar esa tumba. Mire, ahí está la Iglesia Blanca.

Hasta entonces, la carretera había estado bordeada de campos por ambos lados. Ahora, a mano izquierda se veía un bosque de encinas, de madroños, y de abetos

gigantes que no dejaban ver más que el tronco, en tanto que las copas aparecían sumergidas en una niebla espectral. Durante algún tiempo, Holker no pudo ver el edificio señalado por su compañero; luego, cuando los dos hombres hubieron avanzado un trecho por entre los árboles, apareció confusamente en medio de la bruma, enorme, gris, lejano.

Como la mayor parte de las escuelas campesinas, tenía el aspecto de una caja rectangular; su tejado estaba cubierto de musgo; sus abiertas ventanas no tenían cristales ni postigos. Aunque estaba en ruinas, no era propiamente una ruina, sino un ejemplar perfecto de lo que California puede ofrecer como sucedáneo de los «monumentos del pasado» que nuestros turistas visitan en el extranjero. Sin dirigir una sola mirada a aquel edificio desprovisto de interés, Jaralson pasó ante él, murmurando:

—Voy a enseñarle el lugar donde me atacó ese hombre. Nos hallamos ya en el cementerio.

Esparcidos entre los arbustos veíanse varios cercados, cada uno de los cuales contenía una o más tumbas. Estas podían ser reconocidas por una lápida descolorida, una tabla podrida o una cerca de estacas que señalaba sus contornos. De cuando en cuando, el lugar donde reposaban los despojos de un pobre mortal abandonado de «sus amigos sumidos en la aflicción» quedaba señalado por una simple depresión del terreno, más duradera que la impresión que había dejado en el corazón de sus amigos su paso por la vida. Las avenidas habían desaparecido hacía muchísimo tiempo. La maleza y los arbustos habían crecido anárquicamente entre las tumbas, y por doquier reinaba una atmósfera de abandono y de decrepitud que en ninguna parte se hace tan ostensible como en una ciudad de muertos olvidados.

Mientras los dos hombres se abrían un camino a través de los arbustos, Jaralson, que marchaba en cabeza, se detuvo bruscamente, alzó el fusil a la altura de su pecho, murmuró una palabra de aviso y se quedó inmóvil, con la mirada fija ante él. Su compañero, a pesar de que no podía ver nada, adoptó la misma actitud y esperó los acontecimientos. Unos segundos después, Jaralson avanzó prudentemente, siendo imitado a continuación por Holker.

Bajo un enorme abeto yacía el cadáver de un hombre. De pie junto a él, los investigadores observaron los detalles que atraen la atención al primer momento: el rostro, la posición de los miembros, los vestidos, en suma, todo lo que responde con más claridad a las mudas preguntas de una curiosidad mezclada de compasión.

El cadáver estaba tendido de espaldas, con las piernas muy separadas. Uno de los brazos se alzaba hacia el cielo; el otro estaba doblado formando un ángulo agudo, con la mano cerca de la garganta. Los dos puños aparecían fuertemente crispados. Todos estos detalles revelaban una resistencia desesperada, aunque, inútil… Pero ¿contra qué, o contra quién?

No lejos del cadáver veíanse una escopeta de caza y un zurrón; las mallas de este último permitían ver el plumaje de varios pájaros muertos. Alrededor del cadáver se

advertían las huellas de una lucha furiosa: las encinas enanas mostraban las ramas tronchadas; a lo largo de las piernas, unos pies que no eran los del muerto habían dejado su impronta en el montón de hojas podridas; cerca de las caderas veíanse las huellas clarísimas de dos rodillas humanas.

Una ojeada al rostro y a la garganta del cadáver puso de manifiesto la naturaleza de la lucha. En efecto, aquellas dos partes de su cuerpo aparecían de un color violáceo, en contraste con la blancura de las manos. Los hombros descansaban sobre una leve prominencia del terreno; aquella posición permitía que la cabeza quedase completamente echada hacia atrás, de modo que los dilatados ojos miraban en dirección opuesta a la de los pies. La boca, entreabierta y llena de espuma, permitía ver una lengua negra e hinchada. El cuello mostraba unas horribles contusiones: no ya simples huellas de dedos, sino heridas y laceraciones producidas por dos manos fuertes que, una vez hundidas en la carne, debieron prolongar su terrible opresión hasta mucho después de la muerte. El pecho, la garganta y el rostro estaban húmedos; los vestidos, empapados en agua; los cabellos y el bigote llenos de gotas que semejaban de rocío.

Los dos hombres contemplaron unos instantes en silencio aquel macabro espectáculo. Luego, Holker dijo:

—¡Pobre diablo! Indudablemente, debió pasar un mal rato.

Jaralson vigilaba atentamente los alrededores, sosteniendo el fusil con las dos manos, con el dedo apoyado en el gatillo.

—Esto ha sido obra de un loco —dijo, sin volver los ojos—. Y el asesino se llama Branscom… o Pardee.

Un objeto oculto entre las hojas muertas atrajo la atención de Holker. Era un pequeño cuaderno con las tapas de cuero rojo. Lo recogió y lo abrió. Contenía varias hojas blancas destinadas a tomar notas. La primera llevaba el nombre de *Halpin Frayser*. En las páginas siguientes, escritos con tinta roja y garabateados a toda prisa, casi ilegibles, había varios versos que Holker leyó en voz alta mientras su compañero escudriñaba con inquietud los confines grisáceos de su angosto universo, percibiendo una terrible amenaza en las gotas de agua que caían continuamente de las ramas de los árboles.

Un sortilegio me encadenó en medio de las tumbas,
en este bosque encantado lleno de claras tinieblas.
El mirto y el ciprés mezclaban sus ramas
y el sauce murmuraba negros secretos,
en tanto que encima del sendero
la siempreviva y la ortiga entrecruzaban sus tallos
formando severos arcos.
La abeja estaba callada, ningún pájaro cantaba;
el viento permanecía silencioso.
El aire estaba inerte, y el Silencio era
como un ser viviente en medio de la enramada.
Los espíritus malignos planeaban en la oscuridad
siniestros proyectos que herían mis oídos.
Los árboles goteaban sangre; yo podía ver
sus hojas llenas de una claridad rojiza.
¡Grité! Pero el poderoso sortilegio
mantuvo cautivas mi voluntad y mi alma.
Desesperado, temblando, impotente como un niño,
traté de luchar contra un funesto designio.
Y, al fin, la oscuridad…

Holker se interrumpió, pues no había más que leer; el escrito terminaba en medio de un verso.

—Ese poema parece de Bayne —dijo Jaralson, el cual no carecía de cierta cultura.

—¿Quién es Bayne? —preguntó su compañero en tono indiferente, mientras el inspector, renunciando a su vigilancia, contemplaba el cadáver tendido a sus pies.

—Un tipo que gozó de cierto renombre como poeta, hace cosa de un siglo. Escribió unos poemas realmente lúgubres. Yo poseo sus obras completas. Ese poema no figura en ellas, pero debieron omitirlo por error.

Hace frío —dijo Holker—. Marchémonos de aquí. Tenemos que dar cuenta en Napa de lo que hemos encontrado.

Jaralson emprendió la marcha sin decir palabra. Al pasar junto al cadáver, su pie tropezó con un objeto duro que se hallaba debajo de las hojas podridas. Se inclinó a recogerlo. Era un trozo de lápida sobre el cual aparecía escrito un nombre, apenas legible: «Catherine Larue».

—¡Larue! —exclamó Holker vivamente—. ¡Ese es el verdadero nombre de Branscom! Sí, Larue, y no Pardee. Y, ahora recuerdo otra cosa: ¡la mujer asesinada se llamaba Frayser!

—En todo este asunto hay un siniestro misterio —dijo el inspector Jaralson—. No me gusta un pelo.

Entonces, en el corazón de la niebla, a una distancia incalculable, resonó una

carcajada ahogada, sin corazón y sin alma, tan desprovista de alegría como la risa de una hiena en medio del desierto; una carcajada que gradualmente se hizo más fuerte, más audible, más terrorífica; una carcajada tan inhumana, tan diabólica, que inspiró a aquellos dos rudos cazadores de hombres un indecible horror. No se les ocurrió siquiera la idea de empuñar sus armas; los fusiles eran impotentes contra la amenaza de aquel horrible sonido. La carcajada se extinguió en la lejanía, de donde había llegado. El grito culminante que había resonado casi en los mismos oídos de los dos hombres se atenuó lentamente mientras flotaba hacia el horizonte, hasta que sus notas supremas, siempre maquinales y sin alegría, hubieron desaparecido en un silencio total, a una distancia incalculable.

LA MARCA DE LA BESTIA

Rudyard Kipling

¿Acaso sabemos, tú y yo, si tus dioses son
más poderosos que los míos?

Proverbio indígena

ALGUNAS gentes creen que al este de Suez la Providencia deja de ejercer su control directo sobre los hombres, los cuales pasan a depender de los dioses y de los diablos de Asia. La Providencia (léase Iglesia de Inglaterra), entonces, sólo ejerce una vigilancia ocasional e intrascendente por lo que respecta a los ingleses.

Esa teoría explica algunos de los horrores más absurdos de la vida en la India; y puede al mismo tiempo, ayudar a comprender mi relato.

Mi amigo Strickland, de la Policía, que conoce todo lo que puede saberse acerca de los indígenas de la India, fue testigo de los hechos. Dumoise, nuestro médico, fue asimismo testigo de lo que vimos Strickland y yo. La conclusión que Dumoise extrajo de los hechos fue completamente equivocada. Ahora, está muerto: falleció de un modo muy extraño, que ha sido descrito en otra parte.

Cuando Fleete llegó a la India, poseía algún dinero y un poco de terreno en el Himalaya, cerca de un lugar llamado Dharmsala. Había heredado el dinero y los terrenos de un tío suyo, y fue a tomar posesión de ellos. Era un hombre de alta estatura, gordo, inofensivo y jovial. No conocía a los indígenas, como es natural, y se quejaba de las dificultades del idioma.

Por Año Nuevo, bajó a caballo de su morada en las montañas y acudió a casa de Strickland. La víspera de Año Nuevo se celebró una gran cena, y —cosa comprensible— estuvo abundantemente rociada de alcohol. Una reunión de personas llegadas de los cuatro puntos del Imperio tenía derecho a alegrarse un poco. La frontera nos había enviado un contingente de *Catch'em-alive-O's*[4] que no habían visto un rostro blanco en todo el año; hombres acostumbrados a recorrer quince millas a caballo para ir a cenar al fuerte más cercano, desafiando el riesgo de tropezarse con la bala de un *khybery*. La sensación de seguridad de que ahora gozaban resultaba completamente nueva para ellos y jugaban infantilmente a prendas; uno de los perdedores tuyo que dar la vuelta a la habitación llevando entre sus dientes un erizo hecho una bola que habían encontrado en el jardín. Media docena de colonos llegados del sur charlaban animadamente con el Gran Embustero de Asia, el cual se esforzaba por servirles lo mejor de sus relatos. Todo el mundo estaba allí, como para un «acercamiento» general: el recuento de las pérdidas en camaradas muertos o fuera de combate, caídos en el curso del año que acababa de transcurrir. Fue, desde luego, una velada muy «rociada», y recuerdo que cantamos *Auld Lang Syne* con los pies metidos dentro de la gran copa del campeonato de polo y la cabeza en las estrellas,

jurándonos una amistad sin igual en el mundo. Más tarde, algunos de los que estaban allí se marcharon a conquistar Birmania, otros a abrir el Sudán y a hacerse abrir ellos mismos en canal por los Fuzzies[5], en ocasión del asalto a las murallas de Souakim. Algunos conquistaron estrellas y medallas; otros se casaron, lo cual no les sirvió para nada; otros hicieron otras cosas de menos importancia aún, y el resto de nosotros seguimos amarrados a nuestras cadenas, tratando de llenar nuestras bolsas demasiado grandes a costa de introducir en ellas experiencias demasiado pequeñas.

Fleete empezó la velada con *sherry and bitters*, bebió champaña sin interrupción hasta la hora de los postres, los cuales estuvieron acompañados por un Capri seco, que se aferraba a la garganta y era tan fuerte como el *whisky*; tomó Bénédictine con el café, cuatro o cinco *whiskys* con soda para amenizar la sobremesa, carne asada y cerveza a las dos y media de la madrugada, y aguardiente para terminar. En consecuencia, cuando salió del club, a las tres y media de la mañana, para enfrentarse con una temperatura de catorce grados bajo cero, se enfadó con su caballo porque el animal tosía, y trató de montarse de un salto: el caballo se encabritó y Fleete dio con sus huesos en el suelo. Visto lo cual, Strickland y yo decidimos formar una guardia de deshonor para acompañar a Fleete a su casa.

Nuestro camino pasaba por delante del pequeño templo de Hanuman, el dios-mono, una divinidad digna de todos los respetos. Todos los dioses tienen sus aspectos buenos, como sucede con todos los sacerdotes. Personalmente, tengo en gran aprecio a Hanuman y me porto lo mejor que puedo con sus súbditos, los grandes monos grises de la montaña. Uno no sabe nunca cuándo podrá tener necesidad de un amigo.

El templo estaba iluminado y, al pasar, pudimos oír las voces de varios hombres que cantaban himnos. En un templo indígena, los sacerdotes se levantan a cualquier hora de la noche para honrar a sus dioses. Antes de que pudiéramos detenerle, Fleete había entrado en el templo, palmeado amistosamente la espalda de dos sacerdotes, y dejado caer la ceniza encendida de su cigarro sobre el ídolo de piedra roja. Strickland trató de arrastrarle hacia fuera, pero Fleete se sentó y dijo, en tono solemne:

—¿Ha visto usted eso? ¡Es la marca de la b… bestia! La he hecho yo. ¿Qué le parece?

El templo se había llenado de desorden y de rumores, y Strickland, que sabía las consecuencias que podía acarrear la profanación de los dioses, declaró que no sería extraño que nos viésemos en un lío. Debido a su posición oficial, al tiempo que llevaba en el país y a su deseo de no indisponerse con los indígenas, la actitud de Fleete no le había gustado ni pizca. Fleete estaba sentado en el suelo y se negaba a moverse. Dijo que «aquel bribón de Hanuman» era una almohada excelente.

De pronto, surgió un hombre por detrás de la imagen del dios. Un Hombre de Plata. Iba desnudo a pesar del intenso frío, y su cuerpo brillaba como la plata escarchada, pues era lo que la Biblia llama «un leproso tan blanco como la nieve». Además, no tenía rostro, ya que era leproso desde hacía muchos años y la enfermedad

se le había comido las facciones. Strickland y yo nos inclinamos para ayudar a Fleete a levantarse, en tanto que el templo se iba llenando de gente, como si la multitud surgiera del suelo; pero el Hombre de Plata se deslizó por debajo de nuestros brazos, maullando como un gato salvaje, se dejó caer sobre Fleete y, antes de que pudiéramos apartarlo de allí, colocó su cabeza sobre el pecho de nuestro amigo. Luego se marchó a un rincón y se sentó, maullando, mientras la multitud bloqueaba todas las puertas.

La cólera de los sacerdotes había ido subiendo de punto hasta que el Hombre de Plata tocó a Fleete; aquella caricia pareció calmarles.

Tras un prolongado silencio, uno de los sacerdotes se acercó a Strickland y le dijo, en perfecto inglés:

—Llevaos a vuestro amigo. Él ha terminado con Hanuman, pero Hanuman no ha terminado con él.

La multitud se apartó, y sacamos a Fleete a la calle.

Strickland estaba muy disgustado. Dijo que habíamos corrido un gran peligro, y que Fleete debía agradecer a su buena estrella el haber salido sano y salvo del templo.

Fleete no dio las gracias a nadie. Dijo que quería irse a la cama. Estaba borracho como una cuba.

Seguimos andando en medio de un penoso silencio. De repente, Fleete se vio acometido por unos violentos temblores y empezó a sudar copiosamente. Dijo que el barrio indígena hedía insoportablemente, y que no comprendía cómo autorizaban la existencia de mataderos tan cerca de las viviendas inglesas.

—¿Es que no os da en las narices el olor de la sangre? —nos preguntó.

Finalmente, al romper el día conseguimos meterle en cama. Strickland me invitó a tomar otro *whisky*. Mientras bebíamos, habló del asunto del templo, y me confesó que le había desconcertado por completo. Strickland sentía un verdadero horror a dejarse engañar por los indígenas, puesto que su finalidad era la de mantener su superioridad sobre aquellas gentes, sirviéndose de sus propias armas. Hasta ahora no lo ha conseguido, pero tal vez dentro de quince o veinte años habrá conseguido algún progreso.

—Tenían que habernos asesinado —dijo—, en vez de maullarnos como gatos. Me pregunto a qué obedeció su conducta. Este asunto no me gusta nada.

Le dije que el Gran Consejo del templo nos denunciaría, seguramente, por ofensas a su religión. El Código Penal hindú incluye un artículo que castiga, precisamente, el delito de que Fleete se había hecho culpable. Strickland declaró que le agradaría muchísimo ver que adoptaban aquella medida, que lo deseaba vivamente. Antes de marcharme, dirigí una última mirada a la habitación donde dormía Fleete y vi que éste se hallaba acostado sobre el lado derecho y que se rascaba el izquierdo. Por fin, a eso de las siete de la mañana, completamente exhausto, pude acostarme.

A la una de la tarde me dirigí a caballo a casa de Strickland para ver cómo seguía Fleete. Suponía que unas horas de sueño habrían disipado los efectos de su borrachera. Fleete estaba almorzando y tenía muy mal aspecto. Se encolerizó con el

cocinero porque le había servido la carne demasiado asada. Un hombre que puede comer carne semicruda después de una noche de embriaguez, es un fenómeno. Se lo dije a Fleete, el cual se echó a reír.

—Tienen ustedes aquí unos mosquitos terribles —respondió—. A poco me comen vivo. Pero todos me han picado en el mismo sitio.

—Veamos cómo va eso —dijo Strickland—. La hinchazón ha debido desaparecer ya.

Fleete se desabrochó la camisa y me mostró, en la parte izquierda del pecho, una marca, reproducción exacta de las manchas negras que pueden verse sobre la piel de un leopardo: cinco o seis puntitos negros formando círculo. Strickland los contempló atentamente y dijo:

—Esta mañana eran rojos. Ahora son negros…

Fleete corrió a mirarse a un espejo.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Vaya un fastidio! ¿Qué demonios será esto?

Ni Strickland ni yo pudimos responder. En aquel momento sirvieron la carne, roja y jugosa, y Fleete se sirvió tres trozos con una avidez casi repulsiva.

Comía utilizando solamente las muelas del lado izquierdo, inclinando la cabeza sobre el hombro derecho al tiempo que se llevaba la carne a la boca. Cuando hubo terminado se dio cuenta repentinamente de lo raro que nos había parecido su modo de comer, ya que se disculpó, diciendo:

—Nunca, en toda mi vida, había sentido tanta hambre. He engullido como un avestruz.

Después del almuerzo, Strickland me dijo:

—Le agradeceré que no se marche. Quédese a pasar la noche en mi casa.

Dado que mi casa se hallaba a menos de tres millas de la de Strickland, encontré absurda aquella petición. Pero Strickland insistió, y se disponía a decirme algo cuando Fleete le interrumpió, declarando en tono avergonzado que tenía más hambre. Strickland envió a un hombre a mi casa en busca de mi ropa de cama y un caballo, y luego bajamos los tres hacia las cuadras para entretener el tiempo hasta la hora del paseo. Cuando se tiene afición a los caballos, uno no se cansa nunca de contemplarlos; y dos hombres, matando el tiempo de ese modo, tienen ocasión de intercambiarse un buen número de mentiras y de informaciones.

En las cuadras habían cinco caballos, y nunca olvidaré la escena que se desarrolló ante nuestros ojos cuando nos acercamos a los animales. Parecían haber enloquecido de repente. Se alzaban sobre sus patas traseras, relinchando agudamente, temblando y echando espuma por la boca, como si estuvieran aterrorizados. Los caballos de Strickland conocían a su dueño tanto como sus perros, lo cual hacía aún más incomprensible lo que estábamos presenciando. Nos alejamos de allí, temiendo que los animales se dejaran dominar por el pánico. Luego, Strickland me llamó y me acerqué de nuevo a los caballos en su compañía. Las bestias seguían asustadas, pero se dejaron acariciar y apoyaron la cabeza en nuestro pecho.

—No están asustados ni de usted, ni de mí —dijo Strickland—. Daría a gusto tres meses de sueldo por oír hablar a *Outrage* en este momento.

Pero *Outrage* permaneció mudo, y se limitó a arrimarse a su dueño y a silbar a través de los ollares, según costumbre en los caballos cuando tratan de explicar algo a sus amos, sin conseguirlo. Fleete volvió a acercarse a nosotros y, en cuanto los caballos le echaron la vista encima, dieron de nuevo grandes muestras de terror. Tuvimos que apartarnos a toda prisa para no ser alcanzados por una coz. Strickland dijo:

—No parece que les sea usted muy simpático, Fleete.

—¡Tonterías! —replicó Fleete—. Mi caballo me sigue a todas partes como un perro.

Se acercó a su cabalgadura, que estaba atada a uno de los pesebres; pero, al ver aproximarse a su dueño, el animal dio un tremendo tirón a la brida, que se rompió por la mitad, y escapó corriendo hacia el jardín. Yo me eché a reír, pero a Strickland no pareció hacerle ni pizca de gracia lo sucedido. Se atusó nerviosamente el largo bigote. En cuanto a Fleete, en vez de correr detrás de su cabalgadura, declaró entre bostezos que tenía mucho sueño. Se marchó a la cama: un bonito modo, a fe mía, de pasar el día de Año Nuevo.

Strickland se sentó a mi lado sobre un pesebre vacío y me preguntó si había observado algo especial en los modales de Fleete. Respondí que le había visto comer como una bestia, pero que ello podía ser el resultado de su existencia solitaria en la montaña, lejos de toda sociedad refinada y superior, del tipo de la nuestra, por ejemplo. Strickland siguió sin ver el lado jocoso de mis palabras. No creo que me escuchase siquiera, pues su frase siguiente se refirió a la marca que Fleete tenía en el pecho; sugerí que podían habérsela producido unos mosquitos cuyas picaduras levantan ampollas en la piel, a menos que fuese una marca de nacimiento, en estado latente hasta entonces, que aparecía por primera vez. Convinimos en que era una marca poco agradable de mirar, y Strickland encontró ocasión para tildarme de idiota.

—No puedo decirle lo que pienso en este momento —declaró—, porque iba usted a creer que me había vuelto loco; pero es preciso que se quede usted en mi casa unos cuantos días, si le es posible. Necesito su ayuda para vigilar a Fleete.

—Esta noche tengo que cenar en el pueblo —objeté.

—También yo —dijo Strickland—, y Fleete. Si es que no cambia de opinión.

Dimos una vuelta por el jardín, fumando, pero sin hablar —el charlar no permite saborear debidamente el buen tabaco—, hasta que nuestras pipas se apagaron. Entonces fuimos a despertar a Fleete. Estaba ya despierto y se paseaba nerviosamente por su habitación.

—¡Bueno, quiero más carne! ¿Es que no es posible obtenerla en esta casa?

Le respondí, riendo:

—Vaya a vestirse, Fleets. Los caballos estarán ensillados dentro de un rato.

—De acuerdo —dijo Fleete—. Saldré cuando me hayan servido la carne… y bien

cruda.

Eran las cuatro de la tarde y habíamos comido a la una; a pesar de lo cual, Fleete insistió largo rato en que deseaba comer carne sanguinolenta. Luego se puso el traje de montar y salió a la veranda. Habían ensillado para él uno de los caballos de Strinckland, ya que no fue posible volver a capturar el suyo. Cuando nos acercamos a las cabalgaduras ensilladas se pusieron a relinchar y a cocear, locas de terror. Fleete terminó por decir que se quedaba en casa y que iba a pedir algo de comer. Strickland y yo nos marchamos a caballo, muy intrigados. Cuando pasábamos ante el templo de Hanuman, salió el Hombre de Plata y maulló detrás de nosotros.

—Ese hombre no es uno de los sacerdotes del templo —dijo Strickland—. Me gustaría echarle la mano encima.

Aquella tarde, nuestro galope sobre el hipódromo no tuvo la elasticidad de otros días. Los caballos carecían de nervio y parecían estar despeados.

—El susto que recibieron después del almuerzo los ha dejado aplanados —dijo Strickland.

Fue la única observación que hizo durante el resto del paseo. Un par de veces, creo, juró en voz baja; pero eso no cuenta.

Regresamos a casa de Strickland a eso de las siete. A pesar de que había oscurecido, en la casa no brillaba ninguna luz.

—¡Mis criados son unos gandules de tomo y lomo! —exclamó Strickland.

Mi caballo se encabritó ante un objeto apenas visible en la senda enarenada del jardín: era Fleete, que andaba a cuatro patas entre los naranjos enanos.

—¿Qué diablos está usted haciendo ahí? —preguntó Strickland.

Pero los dos caballos salieron disparados y estuvieron a punto de tirarnos al suelo. Echamos pie a tierra cerca de los establos y regresamos al lugar donde se encontraba Fleete.

—¿Qué sucede, Fleete? —volvió a preguntar Strickland.

—Nada, nada en absoluto —respondió Fleete, hablando muy aprisa y con voz pastosa—. Ahora me dedico a la botánica, eso es todo. El olor de la tierra es delicioso… sí, delicioso. Creo que voy a pasearme —un largo paseo— toda la noche.

En aquel momento me di cuenta de que algo no marchaba como debía, y le dije a Strickland:

—Esta noche no voy a cenar al pueblo.

—¡Menos mal! —exclamó Strickland, con expresión de alivio—. Vamos, Fleete, levántese de ahí. Va a pillar una pulmonía. Venga a cenar; mandaremos encender las luces.

Fleete se puso en pie de mala gana y dijo:

—Nada de luces… nada de luces. Se está mucho mejor aquí. Cenemos fuera y pidamos carne. Carne roja, sanguinolenta…

En la India septentrional, las noches del mes de enero son terriblemente frías, y la propuesta de Fleete era la de un loco.

—Entre en casa —dijo Strickland en tono severo—. Entre en seguida con nosotros.

Fleete obedeció, y cuando hubieron traído las lámparas vimos que estaba cubierto de barro de los pies a la cabeza. Debió haberse revolcado por el jardín. Huyó de la luz y se metió en su habitación. Sus ojos tenían una expresión horrible. Lucían una especie de resplandor verdoso que no era, si puedo decirlo así, su «propio» resplandor. Además, su labio inferior aparecía colgante.

Strickland dijo:

—Esta noche vamos a tener jaleo. Temo que va a ocurrir algo grave. Le ruego que no se cambie de ropa.

Aguardamos, indefinidamente, el regreso de Fleete, y entretanto pedimos la cena. Le oíamos ir y venir en su habitación, completamente a oscuras. De repente, surgió de la habitación el prolongado aullido de un lobo.

Se escribe o se dice que la sangre se hiela en las venas, que los cabellos se erizan, y otras frases tópicas por el estilo. Una y otra sensación son demasiado horribles para bromear acerca de ellas. Mi corazón se detuvo como si acabaran de atravesarlo con un cuchillo, y Strickland palideció: su rostro se puso más blanco que el mantel que cubría la mesa.

El aullido se repitió y, allá a lo lejos, a través de los campos, le respondió otro aullido. Era el horror, elevado a su máxima expresión.

Strickland corrió hacia la habitación de Fleete. Le seguí, y encontramos a Fleete a punto de saltar por la ventana. Emitía unos gruñidos bestiales. Fue incapaz de responder a las preguntas que le hicimos. Babeaba.

No recuerdo bien lo que sucedió a continuación, pero creo que Strickland debió aturdir a Fleete golpeándole con algún objeto contundente, sin lo cual yo no hubiera podido sentarme sobre su pecho. Fleete no podía hablar: sólo podía gruñir, y sus gruñidos no eran los de un hombre, sino los de un lobo. Su alma humana debió escapar lentamente de su cuerpo durante todo el día, para desvanecerse por completo con el crepúsculo. Nos hallábamos ante una bestia, una bestia que en otro tiempo había sido un hombre llamado Fleete.

La aventura desafiaba toda experiencia humana y racional. Quise pronunciar la palabra «hidrofobia», pero la palabra murió en mi garganta, ya que yo era el primer convencido de que mentía.

Strickland y yo atamos a la Bestia con las correas de cuero del *punkah* y le transportamos al comedor. Luego enviamos a un hombre en busca del médico. Cuando el mensajero se hubo marchado, Strickland dijo:

—No servirá para nada. El médico no tiene nada a hacer en este caso.

Y yo sabía que tenía razón.

La Bestia movía la cabeza de un lado a otro. Al entrar en la habitación se hubiera creído, por el olor, que estábamos despellejando a un lobo. Este es el detalle más

repugnante que recuerdo.

Strickland se sentó, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, contemplando a la Bestia que se retorcía en el suelo, pero sin decir palabra. La camisa de Fleete había quedado desabrochada en el curso de la lucha y permitía ver la marca negra sobre el lado izquierdo del pecho.

En aquel momento aparecía muy visible como una gran ampolla.

El doctor Dumoise no tardó en llegar, y nunca he visto a un médico mostrar una sorpresa menos profesional. Declaró que se trataba de un desconcertante caso de hidrofobia, y que no podía intentar nada: su intervención no haría más que prolongar la agonía. La Bestia echaba espuma por la boca. Fleete, tal como informamos a Dumoise, había sido mordido un par de veces por los perros. Cuando se poseen cuatro o cinco zorreros, no es raro encontrarse con una dentellada de cuando en cuando. Dumoise no podía prestarnos ninguna ayuda. Lo único que podía hacer era certificar que Fleete había fallecido a consecuencia de un ataque de rabia. En aquel momento, la Bestia volvió a prorrumpir en aullidos. Dumoise se declaró dispuesto a confirmar las causas de la muerte. No cabía ninguna duda acerca del inmediato final. Dumoise era un hombre valiente, y se ofreció a quedarse con nosotros; pero Strickland le dijo que no era necesario. No quería estropearle a Dumoise el día de Año Nuevo. Sólo deseaba que certificara la verdadera causa de la muerte de Fleete.

Dumoise se marchó, muy impresionado, y en cuanto el ruido de las ruedas de su carruaje se perdió en la distancia, Strickland, en voz baja, me comunicó sus sospechas. Eran tan descabelladas, que no se atrevía a formularlas en voz alta; y yo, que casi siempre me mostraba de acuerdo con todas las teorías de Strickland, me sentí tan avergonzado de prestarle crédito en esta ocasión, que traté de protestar.

—Suponiendo que el Hombre de Plata hubiese hecho objeto a Fleete de un sortilegio por haber profanado la imagen de Hanuman, el castigo no hubiera sido de efectos tan rápidos.

Mientras yo murmuraba estas palabras, en el exterior resonó un extraño maullido: el maullido del Hombre de Plata. Al oírlo, la Bestia se debatió en un terrible acceso de furor, hasta el punto de que temimos que rompiera las cuerdas que le sujetaban pies y manos.

Al cabo de unos instantes se repitió el maullido, seguido por las convulsiones de la Bestia.

—Ponga mucha atención —dijo Strickland—. Si la cosa se repite seis veces, me tomaré la justicia por mi mano. Le ordeno a usted que me ayude.

Entró en su habitación y volvió a salir con un viejo fusil de caza, un trozo de caña de pescar, un bramante muy fuerte y un barrote de cama macizo. Le dije que las convulsiones se habían producido dos segundos después de cada maullido, y que la Bestia se estaba debilitando a ojos vistas.

Strickland murmuró:

—No puede quitarle la vida…

Dije, a sabiendas de que me engañaba a mí mismo:

—El que maúlla debe ser un gato. No puede ser más que un gato. Si el responsable de todo esto es el Hombre de Plata, ¿cómo se atrevería a venir aquí?

Strickland avivó el fuego de la chimenea, colocó los cañones del fusil en medio de las brasas, extendió el bramante sobre la mesa y partió en dos la caña de pescar.

Luego dijo:

—¿Cómo podremos atraparle? Tenemos que cogerle vivo y sin que sufra ningún daño.

Respondí que debíamos confiar en la Providencia, y escondernos en silencio, armados con un mazo de jugar al polo, en el macizo de arbustos que había delante de la casa. El hombre o el animal que maullaba daba vueltas alrededor de la casa con la regularidad de un vigilante nocturno. Nuestra táctica consistiría en esperar a que pasara por delante de nosotros y derribarle.

Strickland aprobó el plan y nos deslizamos por una ventana del cuarto de baño que daba a la veranda principal; desde allí, cruzando la avenida, corrimos hacia los arbustos.

A la luz de la luna vimos al leproso dar la vuelta a una de las esquinas de la casa. Iba completamente desnudo, y de cuando en cuando se detenía a maullar, danzando al mismo tiempo con su sombra. Era un espectáculo horroroso, y al pensar en el pobre Fleete reducido a un estado tal de degradación por un sujeto tan abyecto, rechacé todos mis escrúpulos y decidí ayudar a Strickland cuando se dispusiera a utilizar los cañones del fusil calentados al rojo vivo.

El leproso se detuvo un instante ante el pórtico de la casa, y Strickland y yo nos echamos sobre él empuñando los mazos de polo. El Hombre de Plata tenía una fuerza sorprendente, y temimos verle escapar o recibir un golpe mortal antes de caer en nuestras manos. Imaginábamos que un leproso era un ser miserablemente débil, y no tardamos en darnos cuenta de nuestro error. Strickland consiguió hacerle perder el equilibrio golpeándole las piernas con su mazo, y yo le coloqué el pie en la garganta. Maullaba espantosamente, e incluso a través de mis botas de montar noté que su carne no era la de un hombre sano.

Trató de golpearnos con sus codos y rodillas. Tuvimos que pasar un lazo por debajo de sus sobacos y llevarle a rastras hasta el vestíbulo, y luego hasta el comedor donde yacía la Bestia. Una vez allí, le atamos concienzudamente. No trató de huir: se limitó a maullar.

En el instante en que se enfrentó con la Bestia, la escena se hizo indescriptible. La Bestia se curvó hacia atrás, formando un arco, como en el espasmo de un envenenamiento con estricnina, y gemía del modo más lastimero que imaginarse pueda.

—Creo que estaba en lo cierto en mis sospechas —dijo Strickland—. Ahora vamos a pedirle que cure a Fleete.

Pero el leproso no hacía más que maullar. Strickland se envolvió la mano en una

servilleta y retiró del fuego el fusil, cuyos cañones estaban rojos. Lo que siguió a continuación me hizo comprender cómo habían podido soportar los hombres, el ver quemar viva a una bruja: La Bestia gemía en el suelo…

Strickland se cubrió un instante el rostro con las manos. Lo que siguió no es para ser explicado.

Empezaba a amanecer cuando el leproso habló. La Bestia se había desvanecido de agotamiento, y la casa estaba envuelta en un gran silencio. Desatamos al leproso, intimándole a que expulsara el espíritu maligno. Se arrastró hasta la Bestia y colocó su mano sobre el pecho de Fleete. Eso fue todo. Luego inclinó el rostro —o lo que debía ser el rostro— contra el suelo, y gimió, aspirando el aire convulsivamente mientras gemía.

Entonces, nuestras miradas, fijas en el rostro de la Bestia, vieron aparecer de nuevo el alma en los ojos de Fleete. Grandes gotas de sudor inundaron su frente, y luego sus ojos —unos ojos humanos— se cerraron. Aguardamos una hora, pero Fleete seguía durmiendo. Después de trasladarle a su habitación, conminamos al leproso para que desapareciera, tras haberle dado una sábana para que envolviera su desnudez, los guantes y las servilletas con que le habíamos tocado, además de la cuerda que sirvió para atarle. Se envolvió en la sábana y se marchó con la primera claridad del alba sin hablar ni maullar.

Strickland se secó el sudoroso rostro y se sentó. A lo lejos, el reloj de un campanario dejó oír seis campanadas.

—¡Veinticuatro horas! —dijo Strickland—. Y en veinticuatro horas he hecho lo bastante como para asegurar mi destitución, y para que me encierren a perpetuidad en un manicomio. ¿Cree usted que estamos despiertos?

El fusil con los cañones calentados al rojo había caído al suelo y estaba chamuscando la alfombra. El olor era real y no permitía creer en una pesadilla.

A las once de la mañana, Strickland y yo fuimos a despertar a Fleete. Antes de hacerlo, comprobamos que la mancha negra, la mancha de leopardo, había desaparecido de su pecho. Fleete se incorporó en la cama, con ojos soñolientos, y al vernos exclamó:

—¡Oh! ¡Mal rayo les parta a los dos! ¡Feliz Año Nuevo! ¡Vaya borrachera me hicieron pillar ustedes! No mezclen nunca las bebidas, amigos míos. ¡Estoy medio muerto!

—Muchas gracias, pero su felicitación llega con un poco de retraso —dijo Strickland—. Estamos a día dos. Desde luego, la pilló usted buena, Fleete.

En aquel momento se abrió la puerta y el doctor Dumoise asomó la cabeza. Había venido a pie, y creyó que estábamos amortajando a Fleete.

—Me he traído una enfermera —dijo Dumoise—. Supongo que podrá entrar para… para lo que haga falta.

—¡Vaya! —exclamó Fleete alegremente, sentándose en la cama—. Haga pasar a

su enfermera…

Dumoise se quedó mudo de asombro. Strickland le llevó fuera de la habitación y le explicó que su diagnóstico había sido, evidentemente, erróneo. Dumoise, sin despegar los labios, se marchó precipitadamente. Aquel restablecimiento, que ponía en entredicho su reputación profesional, había sido para él una especie de ofensa personal.

Strickland salió también de la casa. Cuando regresó, dijo que había estado en el templo de Hanuman, para ofrecer una reparación de la ofensa hecha al dios, y que le habían afirmado solemnemente que ningún hombre blanco había tocado jamás al ídolo, y que él mismo era una encarnación de todas las virtudes, presa de un pasajero error.

—¿Qué opina usted de todo eso? —me preguntó Strinckland.

—«Hay más cosas bajo la capa del cielo…».

Pero Strickland siente un verdadero pánico a esa cita. Pretende que la he utilizado hasta la exasperación.

Ocurrió otra, cosa muy extraña, que me asustó tanto como los peores momentos de la noche que acabábamos de pasar. Fleete, una vez vestido, entró en el comedor y frunció desagradablemente la nariz.

—¡Qué horrible olor a perro! —exclamó—. No debería usted dejar que sus perros entrasen en el comedor, Strick.

Strickland no respondió. Se agarró al respaldo de una silla y, de improviso, fue presa de un terrible ataque de nervios. El espectáculo de un hombre vigoroso abatido por una crisis nerviosa resulta impresionante de veras. En aquel momento me asaltó la idea de que Strickland y yo habíamos luchado con el Hombre de Plata, en aquella misma habitación, por el alma de Fleete, y que habíamos quedado deshonrados para siempre como ingleses, y empecé a reír, a abrir la boca y a gimotear tan vergonzosamente como Strickland, en tanto que Fleete creía que nos habíamos vuelto locos. Nunca supo lo que habíamos hecho.

Unos años más tarde, Strickland se había casado y convertido, para complacer a su esposa, en un miembro «ortodoxo» de la sociedad. En una de las visitas que le hice, recordamos desapasionadamente el episodio y Strickland me sugirió que lo sometiera al juicio del público.

No creo, sin embargo, que el haber seguido su consejo sirva para resolver aquel misterio: en primer lugar, nadie creerá ni media palabra de una historia tan desagradable; y, en segundo lugar, dado que los dioses de los paganos no son más que piedra o bronce —nadie que tenga sentido común se atrevería a dudar de ello—, cualquiera que insinuara lo contrario sería tildado de demente por sus honorables conciudadanos.

LA MUÑECA

Algernon Blackwood

HAY noches que son negras, sin más; pero hay otras cuyas tinieblas parecen anunciar un acontecimiento misterioso y amenazador. Por lo menos, ésta es la sensación que se experimenta en ciertos barrios apartados, en los cuales, apenas llega la noche, quedan grandes espacios completamente oscuros entre farol y farol, en los cuales no ocurre nunca nada, en los cuales el sonar de una campanilla está considerado casi como una intimidación, en los cuales la gente dice: «¡Vámonos a la ciudad!». Alrededor de las villas, los cedros suspiran al viento, pero todas las demás actividades están rodeadas de silencio.

Aquella noche de noviembre una brisa húmeda agitaba débilmente los pinos plateados de la angosta avenida que conducía a Los Laureles, residencia del coronel Hymbers Masters, oficial retirado del Ejército de la India, cuyo nombre iba acompañado de muchas iniciales honoríficas. La doncella tenía su día libre, por lo que tuvo que ser la cocinera quien atendiera a la llamada en la puerta, poco después de las diez de la noche. El sonido de la campanilla resultó tan desagradable como inoportuno, ya que Mónica, la hija del coronel, muy querida y algo descuidada por su padre, dormía en el primer piso. Sin embargo, la cocinera no se asustó por la posibilidad de que la chiquilla se despertase, ni por la hora intempestiva para llamar a la puerta con tal violencia. Se asustó después de abrir la puerta porque vio en la escalinata, bajo el viento y la lluvia, a un «negro» alto y delgado, con un paquete en la mano.

Luego, la cocinera recordaba perfectamente que aquel individuo tenía un rostro negruzco, y que era negro, hindú, o árabe (para ella, eran «negros» todos los hombres que no pertenecían a la raza blanca). Envuelto en un impermeable de color amarillo, tocado con un viejo sombrero mojado por la lluvia y «con el mismo aspecto que debe tener el diablo, lo juro», el individuo le entregó el paquete, mientras la luz del vestíbulo se reflejaba en sus ojos centelleantes. «Para el coronel Masters —murmuró rápidamente—. Para entregárselo en mano, a él y a nadie más». Tras pronunciar esas palabras, desapareció en la noche, «con su raro acento extranjero, sus ojos de fuego y su espantosa voz silbante».

Pareció fundirse realmente con las tinieblas, la lluvia y el viento.

—Pero yo vi sus ojos relucientes —explicó la cocinera a la doncella a la mañana siguiente—, su aspecto desagradable, sus manos negras, sus largos dedos de uñas encorvadas, y tuve la sensación de que era muy parecido… No sé como decirlo. Bueno, creo que la Muerte tiene que ser por el estilo de aquel individuo.

Así hablaba a la mañana siguiente. Pero aquella noche, apoyada contra la puerta que acababa de cerrar, apretando entre sus manos el paquete envuelto en papel de embalar, impresionada por la orden que había recibido de entregarlo al coronel Masters y a nadie más, sintió un gran alivio al pensar que su dueño no regresaba

nunca antes de medianoche y que, por lo tanto, no tenía necesidad de actuar inmediatamente. A pesar de todo, permaneció allí sin moverse, vacilante e intranquila. Un paquete, aunque proceda de un misterioso extranjero, no tiene nada de espantoso en sí; sin embargo, la cocinera estaba muy asustada. Tal vez el instinto y la superstición actuaban sobre ella, al igual que el viento, la noche, su soledad en la casa y la inesperada visita de aquel hombre negro. Se sentía invadida por un vago terror; en su sangre irlandesa se despertaron los sueños de antaño; empezó a temblar, como si el paquete contuviera un explosivo, un veneno, o un ser vivo y maligno. Los dedos de la cocinera se entreabrieron. El paquete cayó sobre el pavimento con un ruido seco, pero no se movió. La cocinera lo miró fijamente unos instantes, y el paquete continuó inmóvil: un simple paquete envuelto en papel de embalar. Traído por un recadero en pleno día, hubiese podido contener comestibles, tabaco, una camisa zurcida. Sin embargo, aquel ruido seco había sido desconcertante… Pasados unos momentos, la cocinera se revistió de valor y recogió el objeto de sus temores, temblando visiblemente. En vez de entregárselo al coronel «en mano», decidió dejarlo sobre su mesa-escritorio, y no hablarle del paquete hasta el día siguiente. Aunque, a decir verdad, su dueño, de temperamento y de vocabulario tiránicos, no resultaba fácil de abordar, y por las mañanas menos que nunca.

La cocinera se dirigió con el paquete hacia el despacho del coronel, con la firme intención de no dar detalles precisos acerca del modo como había llegado el paquete. La señora O’Reilly temía lo indecible al coronel Masters, que a sus ojos no tenía de humano más que el amor que sentía hacia su hija. Desde luego, le pagaba un buen sueldo, y a veces incluso le sonreía; era un hombre guapo, evidentemente, aunque demasiado moreno para el gusto de la señora O’Reilly. De todos modos, se convenían mutuamente, y ella no pensaba abandonar su empleo, que le permitía robar de un modo prudente, sí, pero muy provechoso.

—No me gusta nada este asunto —le dijo a la doncella el día siguiente—. No me gusta esa historia de «entregárselo en mano, a él y a nadie más», ni los ojos de aquel individuo, ni el ruido seco que hizo el paquete al caer al suelo. No, no me gusta —repitió—. Un hombre tan negro como aquél sólo puede traer desgracias. Un paquete… con aquellos ojos de diablo…

—¿Qué hizo usted con el paquete? —preguntó la doncella.

—Tirarlo al fuego, naturalmente —replicó la cocinera, mirando a su compañera de arriba abajo.

—No lo creo —declaró la doncella.

La cocinera, no hallando una respuesta inmediata, se tomó algún tiempo para reflexionar.

—¿Sabes lo que opino? —terminó por decir—. ¿No?

Bien, entonces, voy a decírtelo. Ese paquete era algo que el coronel teme, ni más ni menos. Desde que estoy aquí, el coronel tiene miedo de algo, y estoy convencida que es de ese paquete. Debió cometer una mala acción en la India, hará muchos años,

y ese negro le ha traído el castigo que mereció. Por eso he dicho que lo había tirado al fuego… Era un ídolo pagano —murmuró, persignándose—, y él… Bueno, él participaba de un culto secreto.

La doncella abrió unos ojos como platos y contuvo el aliento.

—¡Y no olvides lo que acabo de decirte, mi pequeña Jane! —concluyó la cocinera, volviendo a sus cacerolas.

Durante algún tiempo, las cosas quedaron así. La cocinera, como buena irlandesa, se sentía más inclinada a reír que a llorar, y, aunque evitó confesar que no había quemado el paquete, casi llegó a olvidarse del incidente. De todos modos, no era trabajo suyo ir a abrir la puerta de entrada. Ella había «entregado» el paquete: su conciencia estaba tranquila.

Según todas las apariencias, nadie «prestó atención a sus palabras» ya que no sucedió nada extraordinario. Mónica se entregaba con su entusiasmo de siempre a sus juegos solitarios; el coronel Masters se mostró tan tiránico y severo como de costumbre. El húmedo viento invernal continuó soplando entre los pinos plateados; la lluvia siguió repiqueteando en los cristales de las ventanas; no se presentó ningún visitante. Esto duró una semana, un espacio de tiempo bastante largo en esos barrios apartados en los cuales nunca ocurre nada.

Pero, una mañana, el coronel Masters hizo sonar el timbre desde su escritorio, y como la doncella estaba en el primer piso, acudió la cocinera a la llamada. Él tenía entre las manos un paquete envuelto en papel de embalar, a medio deshacer, con la cuerda colgando.

—Acabo de encontrar esto sobre mi escritorio. No había entrado en el despacho desde hace ocho días. ¿Quién ha traído este paquete? ¿Cuándo llegó?

La tez amarillenta del coronel aparecía teñida de rojo.

La señora O’Reilly respondió a la primera pregunta, sin aludir de momento a la fecha de llegada del misterioso paquete.

—Un desconocido… —murmuró—. Alguien que no era de aquí… Un hombre al que yo no había visto nunca…

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó el coronel.

—Muy moreno, señor… Incluso demasiado moreno, si mis ojos no me engañaron… Pero se marchó tan de prisa, que no tuve tiempo de verle bien el rostro…

—¿Dejó algún mensaje?

—Tras vacilar unos instantes, la cocinera respondió:

—No había respuesta…

—¡Le he preguntado si dejó algún mensaje! —gritó el coronel.

—No, señor, ningún mensaje. Se marchó antes de que pudiera preguntarle su nombre y dirección. Pero creo que era una especie de negro… a menos que me

engañasen mis ojos… Como estaba tan oscuro… no podría asegurarlo, señor…

Unos segundos más tarde, se hubiese puesto a llorar o habría caído desmayada, tal era el miedo que le inspiraba el coronel, especialmente cuando le mentía. Sin embargo, el coronel le evitó aquellas dos catástrofes, tendiéndole bruscamente el paquete a medio deshacer. No la llenó de insultos ni la sometió a un interrogatorio, como ella había temido. Le habló en un tono cortante que reflejaba la cólera, mezclada con cierta ansiedad.

—Tome ese maldito paquete y échelo al fuego —le ordenó—. Y, si no quiere quemarlo, póngalo donde le dé la gana. Si vuelve ese individuo, dígale que el paquete fue quemado… y que no me lo entregaron. ¿Me ha comprendido usted? No me han entregado el paquete.

—Sí, señor, desde luego, señor —respondió la cocinera.

Luego, dio media vuelta y salió de la habitación, sosteniendo el paquete delicadamente entre sus manos, como si contuviera un animal capaz de picar o de morder.

Sin embargo, sus temores se habían apaciguado un poco: si el coronel trataba al paquete con tanto desdén, ¿por qué había de inspirarle miedo a ella? Una vez sola en su cocina, en medio de sus dioses lares, se dispuso a abrirlo. Con gran asombro (al que iba mezclada una buena dosis de decepción), descubrió que el paquete contenía solamente una muñeca rubia con la cabeza de cera, de esas que pueden adquirirse por un chelín y seis peniques en cualquier tienda de juguetes. La muñeca tenía un rostro pálido e inexpresivo; sus rubios cabellos estaban muy sucios; los brazos pendían a lo largo de los costados; la boca, aunque cerrada, parecía fruncida en una mueca de burla; las cejas semejaban las cerdas de un cepillo de dientes usado. En resumen, embutida en su vestido de tela de buena calidad, parecía completamente inofensiva, digna de lástima y bastante fea.

¡Una muñeca! La cocinera se echó a reír, olvidados ya todos sus temores.

«¡Dios mío! —pensó—. El coronel debe tener una conciencia más negra que el carbón… Sin duda esperaba recibir algo muy distinto a una muñeca de bazar».

Temiendo demasiado a su señor para despreciarle, la cocinera experimentaba cierto sentimiento de piedad hacia él. Sin embargo, en vez de tirar la muñeca o quemarla, como le habían ordenado, se la regaló a Mónica. La chiquilla, que no tenía demasiados juguetes, se apasionó en seguida por aquella muñeca, y prometió solemnemente, a instancias de la señora O’Reilly, que no diría nunca a su padre que tenía aquel juguete.

El coronel Hymbers Masters era, indudablemente, un hombre «desengañado de la vida». Desengañado en su carrera, y desengañado también en sus amores (ya que Mónica era, sin duda alguna, hija ilegítima). Lo módico de su paga como oficial retirado le obligaba a vivir en un ambiente que le era odioso y en unas condiciones materiales que le inspiraban verdadero disgusto.

Sus vecinos no sentían una animadversión especial hacia él, pero le consideraban

un hombre siniestro, debido a sus modales silenciosos y a su rostro moreno, surcado de profundas arrugas. En aquellos barrios apartados, «moreno» equivalía a «misterioso», y los modales silenciosos invitan a la imaginación femenina a llenar el vacío. A pesar de todo, como era un excelente jugador *de bridge*, el coronel era recibido en muchas casas. En consecuencia, salía todas las tardes y rara vez regresaba antes de medianoche.

Entretanto, Mónica consideraba como un verdadero tesoro la muñeca del rostro de cera, que tenía a sus ojos tanto más valor por cuanto era un regalo «secreto» de su padre. La chiquilla había recibido ya varios regalos de esa clase sin concederles mucha importancia; pero era la primera vez que poseía una muñeca, y estaba realmente extasiada con ella. No revelaría nunca su secreto: la muñeca sería otro lazo de silenciosa unión entre la chiquilla y su padre, un lazo que unir a los ya existentes, pues Mónica adoraba al coronel en virtud de su propio silencio y de sus regalos indirectos, por los cuales ella no le daba nunca las gracias, pues sabía instintivamente que formaban parte de un juego maravilloso al que se entregaban padre e hija.

—Es mucho más real que cualquier muñeca de las que he visto en toda mi vida —le dijo la chiquilla a la cocinera después de haber examinado atentamente su nuevo juguete—. ¿Cómo se le habrá podido ocurrir a papá una idea así? Habla conmigo, ¿sabes? —añadió, apretando contra su mejilla el rostro de cera—. ¡Es mi niña querida!

Efectivamente, la muñeca era algo muy distinto a un oso de trapo, pues representaba a una niña. Había venido a traer un poco de ternura a una mansión llena de severidad; había venido a traer un poco de esperanza, una atmósfera de maternidad que ningún otro juguete podía crear. ¡Una niña! Sin embargo, la cocinera y la institutriz, que habían asistido juntas al acto de apertura del paquete, recordaron después que Mónica, al ver su contenido, lanzó un grito de excitación que fue casi un grito de dolor: se hubiera dicho que había experimentado un instintivo horror, aniquilado inmediatamente por un torbellino de delirante alegría.

Fue Mrs. Jodzka quien, mucho tiempo después, se refirió a aquella extraña contradicción, que la señora O'Reilly también recordaba.

Sin embargo, en aquel momento, la cocinera se limitó a decir:

—¡Oh, querida! ¡Es una muñeca muy bonita!

Y la institutriz, por su parte, añadió:

—Si le tapas la boca de ese modo, no podrá respirar…

Pero la chiquilla, sin prestar la menor atención a las palabras de las dos mujeres, se puso a mecer a la muñeca con aire extasiado.

Una muñequita de bazar, de cabellos rubios, de rostro de cera…

Mrs. Jodzka, la institutriz polaca, abandonó la casa de un modo bastante brusco. A pesar de que Mónica la adoraba y el coronel Masters se mostraba respetuoso con

ella, se marchó de la casa poco después de la llegada de la muñeca. Era una viuda todavía joven y bonita, de buena familia, y había recibido una esmerada educación, mostrándose en todo momento comprensiva y discreta. Quería mucho a Mónica; temía un poco a su padre, a pesar de que en secreto admiraba aquel tipo de inglés fuerte y dominante. El coronel le concedía una gran independencia, y, como ya hemos dicho, no se permitió nunca la menor impertinencia hacia ella. Mrs. Jodzka recibía un sueldo bastante generoso, que le hacía mucha falta. A pesar de todo lo que llevamos dicho, se marchó bruscamente, de la noche a la mañana, alegando como motivo de su marcha que tenía demasiado miedo para pasar una noche más en aquella casa. Un motivo absurdo, pero perfectamente comprensible, pues cualquier mujer puede llegar a sentir tanto miedo en una casa determinada, que le resulte absolutamente insoportable seguir viviendo en ella: el miedo se convierte en una obsesión, en una idea fija que ningún razonamiento podría extirpar.

En este caso, el terror de Mrs. Jodzka se basaba en un hecho concreto. Juraba que había visto a la muñeca «andar sola», con paso mecánico y espantoso, sobre la cama donde dormía Mónica.

Mrs. Jodzka se hallaba en el umbral de la puerta, a fin de mirar hacia el interior de la habitación, según su diaria costumbre, y comprobar que la chiquilla descansaba tranquilamente. La pequeña lámpara colgada de la pared emitía una luz débil pero suficientemente clara. La atención de la institutriz se sintió atraída por algo que se movía sobre el cobertor: un objeto de pequeño tamaño que Mónica debió soltar al dormirse…

Al cabo de unos segundos, Mrs. Jodzka comprobó que no se trataba de un «objeto», ya que tenía contornos vivientes; además, en vez de rodar o de deslizarse, como había creído en el primer momento, avanzaba a pasos menudos en una dirección determinada. Tenía un minúsculo rostro espantoso, desprovisto de expresión, y dos ojos brillantes que miraban fijamente a Mrs. Jodzka.

Durante un par de minutos, la institutriz quedó paralizada por el asombro; luego, presa de un indecible horror, se dio cuenta de que el pequeño monstruo que se dirigía directamente hacia ella a través del cobertor ¡era la muñeca de Mónica!

Mrs. Jodzka realizó un gran esfuerzo para mantener el dominio de su cuerpo y de su espíritu, para negar la existencia de aquel fenómeno anormal, increíble. Quiso ignorar que toda su sangre se helaba, que todo su cuerpo temblaba. Rezó desesperadamente. Evocó la imagen de su confesor en Varsovia. Quiso gritar, pero el grito resonó solamente en su cerebro. Y la muñeca, aumentando su velocidad, continuó su marcha implacable, sin volver ni una sola vez la mirada fija de sus ojos de cristal.

Mrs. Jodzka se desvaneció.

La institutriz, que poseía un sentido exacto de los valores, se dio perfecta cuenta que aquella historia «no colaría». Por ello no se la contó más que a la cocinera, y anunció al coronel que la muerte de un miembro de su familia la obligaba a regresar

inmediatamente a Varsovia. Digamos también, en su honor, que no trató en modo alguno de embellecer su relato, ya que, al recobrar el sentido, se había revestido de valor y llevado a cabo una cosa notable: se había obligado a un examen más a fondo de la situación. Después de entrar en la habitación, se había asegurado de que Mónica dormía apaciblemente y de que la muñeca yacía, inerte, en el centro del cobertor. La miró largo rato, con la mayor atención. Sus ojos sin párpados, bordeados por unas ridículas pestañas negras, estaban fijos en el vacío. La muñeca tenía una expresión estúpida, una máscara mortuoria que remedaba la vida. Era de una fealdad repugnante.

Sostenida por su gran carácter, la institutriz no se limitó a estudiar aquel rostro: tocó el monstruoso objeto y lo tomó en sus manos. Su razón le prohibía dar crédito a lo que sus sentidos le habían atestiguado unos momentos antes. Era *imposible* que la muñeca se hubiese movido. Sin temblar, colocó el espantoso juguete encima de la mesilla de noche, entre el búcaro de flores y la lamparilla. La muñeca permaneció inmóvil, echada sobre su espalda, inocente y, sin embargo, horrible. Sólo entonces Mrs. Jodzka abandonó la estancia para ir a acostarse. Nos parece muy natural que sus dedos siguieran helados mucho rato después de que se hubo dormido.

Imaginación o realidad, aquel objeto andando como un ser viviente dotado de voluntad debió ofrecer un espectáculo espantoso, una visión de pesadilla. Para Mrs. Jodzka, protegida desde su infancia por una racional educación, aquello fue una impresión terrible que dislocó todas sus nociones de lo posible. La sangre se heló en sus venas y se desvaneció. Sin embargo, aquella misma impresión le infundió el valor necesario para actuar en cuanto recobró el sentido. Mrs. Jodzka amaba a Mónica; y la imagen de aquel pequeño monstruo moviéndose junto al rostro y a las manos entrelazadas de la niña dormida había insuflado en ella la fuerza de voluntad que se requería para coger la muñeca y apartarla de la cama.

Durante horas enteras, antes de conciliar el sueño, pensó en aquella increíble aventura, negando y aceptando alternativamente los hechos, para dormirse finalmente con la certeza de que sus sentidos no la habían engañado. En realidad, el tribunal más exigente habría aceptado la sinceridad de su detallado informe.

—Lo siento muchísimo —dijo el coronel Masters, aludiendo al duelo ficticio que Mrs. Jodzka le había anunciado—. Además, Mónica la echará mucho de menos: la niña la necesita.

Luego, cuando Mrs. Jodzka se disponía a retirarse, el coronel le alargó la mano, sonriendo, y añadió:

—Si, dentro de una temporada, puede usted volver a ocupar su puesto en esta casa, le ruego que me lo comunique. Su influencia es muy… beneficiosa para… para la niña.

Mrs. Jodzka murmuró una vaga promesa, pero se retiró con la indefinible

sensación de que no era Mónica quien necesitaba de ella. Lamentó que el coronel no hubiese empleado otras palabras. Se sintió avergonzada, como si se dispusiera a desertar de un deber a cumplir, o mejor dicho, de una ocasión de mostrarse caritativa que Dios había puesto en su camino.

En el tren y en el barco, su conciencia la reprochó despiadadamente. Había abandonado a una niña a la que amaba, una niña que la necesitaba, a impulsos del pánico… No, no era eso, en realidad. Había abandonado una casa porque el diablo acababa de entrar en ella… No, tampoco eso era verdad más que en parte.

Cuando una persona de temperamento nervioso, modelada desde su infancia rígidamente, empieza a separar unos hechos y a analizar unas reacciones, la lógica y el sentido común suelen brillar por su ausencia. La mente marcha en una dirección, la emoción en otra, y resulta imposible llegar a una conclusión clara.

Mrs. Jodzka continuó su viaje a Varsovia, donde se encontraría con su padrastro, un general retirado que llevaba una vida de disipación y que no iba a recibirla demasiado bien. Para la joven viuda, la perspectiva de regresar con las manos vacías era de lo más humillante, ya que se había decidido a aceptar un empleo para no verse obligada a ser la criada de aquel hombre. Sin embargo, le pareció más fácil enfrentarse con la cólera de su padrastro que ir a exponer al coronel Masters la verdadera causa de su marcha.

A medida que los recuerdos y las ideas afluían a su mente, a medida que ciertos detalles casi olvidados afloraban a la superficie, su conciencia la hostigaba en otro plano.

La señora O’Reilly, por ejemplo, había mencionado unas manchas de sangre. Desde luego, Mrs. Jodzka había decidido no prestar el menor crédito a las estúpidas historias de la supersticiosa irlandesa; pero ahora recordaba las ridículas discusiones acerca de la ropa blanca entre la cocinera y la doncella.

—Una muñeca no tiene pintura, se lo digo yo —decía Jane—. No tiene más que serrín y cera. Conozco muy bien la pintura cuando la veo, y esto no es pintura: es sangre.

Y recordaba la exclamación de la señora O’Reilly, poco después:

—¡Virgen santa! ¡Otra mancha roja! La niña debe morderse las uñas…

Desde luego, las manchas rojas en las sábanas y en las fundas de la almohada no tenían explicación. Pero Mrs. Jodzka no tenía por qué ocuparse de la ropa blanca. Además, aquel par de ridiculas mujeres no sabían realmente qué inventar… Pero ahora, mientras el tren avanzaba, la institutriz pensaba en aquellas manchas de sangre con una sensación de malestar.

Otro motivo de inquietud: Mrs. Jodzka experimentaba la extraña sensación de haber abandonado a un hombre que necesitaba ayuda, una ayuda que ella podía prestarle. No conseguía precisar los motivos en que se apoyaba tal impresión. Era una

intuición, y pocas intuiciones resisten el ser analizadas. Sin embargo, la intuición de Mrs. Jodzka se basaba en una convicción que había alimentado desde que entró en casa del coronel: Mr. Masters tenía un pasado que le inspiraba cierto terror. Debió cometer una acción de la que se arrepentía, que le inspiraba vergüenza, y esperaba su castigo: un castigo que llegaría como un ladrón nocturno y le aferraría por la garganta.

Y la joven viuda ejercía su «influencia beneficiosa» contra aquella venganza: una influencia protectora, debido a su religión o a su personalidad, en virtud de la cual se alineaba del lado de los ángeles.

Parece bastante lógico, pues, que después de haber soportado durante algunas semanas la ultrajante conducta de su padrastro, Mrs. Jodzka, abrumada por los remordimientos y por la humillación, decidiera regresar a la villa sin alma del barrio apartado. Comprendemos perfectamente su decisión; y nos parecen aún más comprensibles los transportes de alegría de Mónica, la sensación de alivio y de placer del coronel Masters. Éste expresó su satisfacción por medio de un mensaje cortés, redactado con mucho tacto, ya que pasaron varios días antes de que la institutriz pudiera verle y hablarle.

La cocinera y la doncella le dispensaron una acogida voluble… e inquietante. Las «manchas rojas» habían desaparecido, pero habían ocurrido otras cosas tan inexplicables y mucho más alarmantes.

—Le ha hecho usted mucha falta a la pequeña —declaró la señora O’Reilly—, aunque haya encontrado otra cosa que la tranquiliza… hasta cierto punto.

Y la supersticiosa irlandesa se persignó.

—¿La muñeca? —preguntó Mrs. Jodzka, reprimiendo un sobresalto de horror y obligándose a hablar en tono tranquilo.

—Sí, esa diabólica muñeca. Lo que me preocupa es que parece realmente un ser de carne y hueso… Y también me preocupa el modo como la trata y juega con ella la chiquilla.

La señora O’Reilly extendió los brazos hacia delante como para protegerse contra una agresión.

—Los arañazos no demuestran nada —dijo la doncella, en tono desdeñoso.

—¿Es que alguien ha sido… arañado? —preguntó la institutriz en tono grave, fingiendo no haberse dado cuenta de la intervención de Jane.

La señora O’Reilly pareció respirar con dificultad; luego, cuando hubo recobrado el aliento, murmuró en tono de desafío:

—La muñeca no tiene nada contra la señorita Mónica, sino contra otra persona. Y un hombre tan negro como aquél no ha traído nunca la felicidad a una casa, tan cierto como que estoy aquí.

—¿Contra otra persona…? —repitió Mrs. Jodzka casi para sí misma.

—¡Déjenos en paz de una vez con su maldito negro! —exclamó la doncella—. Aunque, debo reconocer que la otra noche oí pasos que se arrastraban; y cuando eché una ojeada a la habitación, me pareció que la muñeca era mucho mayor… como si se hubiese hinchado…

—¡Basta ya! —gritó la señora O'Reilly—. Todo lo que cuentas es pura invención.

Luego, volviéndose hacia la institutriz, añadió:

—Hay más historias que contar acerca de esa muñeca que todos los cuentos de hadas que oí cuando era niña. Si estuviera en su lugar, no creería ni media palabra de ellas.

A continuación, se acercó más a Mrs. Jodzka y le murmuró casi al oído:

—No debe preocuparse por la señorita Mónica: no le sucederá nada malo. Todo lo malo que suceda en esta casa está reservado para otra persona.

Una vez sola en su habitación, Mrs. Jodzka se abandonó a sus pensamientos. Sentía un profundo, un terrible malestar.

¡Una muñeca! Un juguete de bazar, fabricado por centenares y por millares, un artículo de comercio de lo más vulgar… Pero…

A su mente acudía sin cesar una frase de la señora O'Reilly: «El modo cómo la trata y juega con ella…».

¡Una muñeca! No existe un juguete más humilde que ése; y, sin embargo, cuando se ve a una niña jugar con una de ellas, no puede evitarse la idea de que se está contemplando a una futura madre. La niña acaricia apasionadamente a su muñeca, cuida de ella, busca su bienestar; pero, al mismo tiempo, la deja descuidadamente en un rincón, con el cuello torcido, los miembros doblados, de modo que ni la respiración ni la circulación de la sangre pueden tener lugar, mientras ella corre a la ventana para ver si llueve o hace sol. Hay en ello un ciego automatismo dictado por la sangre (con tal de que no esté contrapesado por un interés más inmediato), y al mismo tiempo un instinto gregario capaz de superar todos los obstáculos. El instinto maternal desafía a la muerte, e incluso la niega. Tendida en el suelo, con los dientes rotos, los ojos arrancados, la muñeca, golpeada, torturada, mutilada, sobrevive a todos los desastres y afirma sus cualidades inmortales. Nada puede matarla. Una niña jugando con su muñeca encama el objetivo fundamental de la naturaleza: la supervivencia de la raza…

Esas reflexiones de Mrs. Jodzka (determinadas quizá por su resentimiento inconsciente contra la Naturaleza que no le había concedido el ser madre) no pudieron mantenerse durante mucho tiempo en aquel plano; derivaron inmediatamente después al asunto concreto, motivo de su perplejidad y de sus temores: Mónica y su muñeca de cabellos rubios y expresión estúpida. Finalmente, Mrs. Jodzka se durmió en medio de sus plegarias, y, al término de un sueño plácido, sin pesadillas, se despertó, completamente descansada, diciéndose que, tarde o temprano, tendría que hablar con el coronel Masters.

A partir de entonces se dedicó a observar, a escuchar.

Espió a Mónica; espió a la muñeca. Todo le parecía tan normal como en otros millares de casas. Analizó fríamente la situación, y la razón triunfó de la superstición. En el curso de su día libre, fue al cine, gozó mucho con la película que proyectaban, y salió de la sala con el convencimiento de que la fantasía nublaba las facultades, de que la vida ordinaria era fundamentalmente prosaica. Sin embargo, antes de haber recorrido los ochocientos metros que separaban el cine de la casa del coronel Masters, se sintió presa de nuevo de su profundo e inexplicable malestar.

La señora O'Reilly, que había acostado a Mónica, acudió a su llamada a la puerta. Estaba pálida como un muerto.

—Ha hablado —murmuró, antes de volver a cerrar la puerta.

—¿Quién ha hablado? ¿A qué se refiere usted?

—Las dos —respondió la cocinera.

Luego se sentó en una silla y se enjugó el rostro cubierto de sudor y en el cual se reflejaba un terror mortal.

—¿Las dos? —repitió Mrs. Jodzka en voz firme, como para demostrar a su compañera que no había nada que temer—. ¿Qué me dice usted?

—Le digo que han hablado las dos… que han hablado juntas.

La institutriz guardó silencio unos instantes, tratando de luchar contra su creciente malestar.

—¿Pretende usted haberlas oído conversar? —preguntó finalmente en tono inseguro.

La señora O'Reilly inclinó la cabeza afirmativamente, dirigió una mirada asustada por encima de su hombro y murmuró, sollozando:

—Creí que no iba usted a regresar nunca. No sé cómo he tenido valor para quedarme en casa.

Mrs. Jodzka la miró rectamente a los ojos y luego le preguntó, con voz más firme:

—¿Las ha oído realmente hablar?

—He estado escuchando detrás de la puerta. Se oían dos voces. Dos voces distintas.

La institutriz no juzgó oportuno llevar más lejos su interrogatorio, como si su temor, mucho más intenso ahora, le inspirase una mayor prudencia.

—Señora O'Reilly, seguramente ha oído usted a la señorita Mónica hablando con su muñeca, según su costumbre, e inventándose las respuestas de la muñeca desfigurando la voz. Tiene que ser eso, ¿no le parece?

Pero la cocinera no se dejó convencer. Se persignó, inclinó la cabeza y murmuró en voz baja:

—Venga a escuchar conmigo; así podrá juzgar por usted misma.

De este modo, poco después de medianoche, las dos mujeres fueron a apostarse en el pasillo a oscuras, delante de la puerta de la habitación de la niña. El coronel Masters debía estar acostado hacía ya algún tiempo en su dormitorio, al otro extremo de la casa. Fuera, no soplaba ni un hálito de viento. Al final de una larga y lúgubre

espera, se dejó oír un rumor de voces en la habitación donde Mónica dormía apaciblemente, abrazada a su querida muñeca. Un rumor apagado, casi imperceptible, desagradable. Y, sin lugar a dudas, el rumor de dos voces distintas.

La cocinera y la institutriz se incorporaron bruscamente, se miraron una a otra con ojos aterrorizados e hicieron la señal de la cruz.

Nadie podría decir lo que pasó por la mente supersticiosa de la señora O'Reilly. Pero la opinión de la joven polaca era perfectamente clara: se trataba de una sola voz, y no de dos. La voz de las personas que duermen sufre unas extrañas transformaciones.

—La señorita Mónica habla en sueños, señora O'Reilly, eso es todo —murmuró Mrs. Jodzka en tono firme al oído de la cocinera, que se apoyaba en su hombro como si estuviese a punto de caer desmayada—. ¿No oye usted que es siempre la misma voz? Escuche bien, y verá como tengo razón: no hay más que una sola voz, que hace las preguntas y las respuestas.

La propia Mrs. Jodzka escuchó con redoblada atención; pero, un instante después, percibió otro ruido detrás de ella, el rumor de unos pasos que se alejaban a toda prisa. Volviendo vivamente la cabeza, se dio cuenta de que no había nadie a su lado. La señora O'Reilly se había marchado.

Mrs. Jodzka sintió un escalofrío de inquietud al verse abandonada de aquel modo; pero, en aquel mismo instante, tal como sucede en las novelas, oyó otro ruido que le cortó el aliento; el rechinar de una llave en la cerradura de la puerta de la calle. El coronel, al cual Mrs. Jodzka suponía acostado, acababa de llegar. ¿Habría tenido tiempo la señora O'Reilly de cruzar el vestíbulo antes de que él la sorprendiera? Peor aún: ¿vendría a echar una ojeada a la habitación de Mónica antes de acostarse, como hacía a veces? La institutriz escuchó atentamente, con todos los nervios en tensión. Oyó cómo el coronel dejaba su bastón y se quitaba el abrigo. Un segundo después, sus pasos resonaron en los peldaños de la escalera que conducía al piso superior. Y unos segundos después se encontraría en el pasillo al que se abría la habitación de Mónica, contra cuya puerta permanecía apoyada Mrs. Jodzka.

La institutriz tomó una rápida decisión: ser sorprendida en el exterior de la habitación sería ridículo; ser sorprendida en el interior sería completamente natural. En consecuencia, actuó sin más dilación.

Palpitándole aceleradamente el corazón, abrió la puerta y penetró en la estancia. Dos segundos más tarde oyó al coronel andar por el pasillo. Con inmenso alivio por parte de Mrs. Jodzka, pasó ante la puerta sin detenerse.

Entonces, la institutriz vio claramente el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Mónica dormía profundamente, pero, en su sueño, estrechaba y sacudía a su muñeca, como si estuviera atormentada por una pesadilla. Murmuraba palabras ininteligibles, gemía y suspiraba alternativamente. Sin embargo, era evidente que en la habitación se oían otros sonidos, que no eran emitidos por los labios de la chiquilla.

Conteniendo la respiración para escuchar mejor, la institutriz contempló la escena

con la mayor atención. Oyó claramente unos extraños gruñidos y pudo comprobar que procedían de la muñeca que Mónica estrechaba entre sus brazos: se hubiera dicho que las rodillas y los codos protestaban contra el mal trato de que eran objeto. En un momento en que la mano de Mónica torció el cuello de la muñeca, la cera, el hilo y el serrín dejaron oír unos extraños gruñidos vagamente semejantes a sílabas o a palabras.

Con los ojos abiertos como platos, Mrs. Jodzka se sintió helada de terror. Buscó en vano una explicación natural a lo que estaba viendo y oyendo. Trató de rezar, sin conseguirlo. Todo su cuerpo quedó bañado en sudor.

De repente, el rostro de Mónica adquirió una expresión apacible. La chiquilla dio media vuelta, entre sueños, y la muñeca, libre de su abrazo, rodó hasta el borde de la cama, donde permaneció inmóvil. Pero, ante la estupefacción de la institutriz, siguió gruñendo. Peor aún: un instante después, se alzó bruscamente sobre sus piernas torcidas y empezó a andar. Con sus ojos vítreos clavados en la joven viuda, avanzó a través del cobertor con paso vacilante, cayendo de cuando en cuando y volviéndose a levantar, sin dejar de proferir extraños sonidos, desprovistos de sentido, pero que expresaban claramente la cólera. Se dirigía directamente hacia Mrs. Jodzka con aire agresivo.

Una vez más, a la vista de aquel juguete infantil que encubría la existencia de un monstruo abominable, la joven viuda perdió el conocimiento. Sin embargo, su desfallecimiento duró apenas unos segundos, y, en cuanto recobró el sentido, su corazón se sintió inundado por un repentino furor que significó para ella una inmensa ayuda. Estaba furiosa consigo misma, furiosa contra su propia debilidad; pero, sobre todo, ardía en cólera contra aquella muñeca de cera capaz de andar y de chillar como si fuese un ser viviente, dotado de inteligencia y de la facultad de hablar un lenguaje articulado.

Si bien es cierto que un espectáculo monstruoso puede paralizarnos, también puede producirnos el efecto de un insulto. Mrs. Jodzka se sintió irresistiblemente impulsada a cometer un acto de violencia. Se lanzó contra la muñeca, blandiendo en su mano la única arma de que podía disponer: uno de sus zapatos de tacón alto, dispuesta a aniquilar a aquel horror abominable que había que romper en pedazos, reducir a polvo…

Pero la mano de la institutriz no descendió para dar cumplimiento a la deseada destrucción. Un agudo dolor, parecido a la mordedura de una serpiente, se clavó en sus dedos, su muñeca y su brazo; el zapato salió rodando hacia un rincón de la estancia; a la claridad de la lamparilla, Mrs. Jodzka creyó ver tambalearse toda la habitación. Se quedó inmóvil, paralizada de terror. Realizó un último esfuerzo para luchar.

Encima de la cama, la abominable muñeca, agitando uno de sus brazos rotos, gritó una respuesta hecha de sílabas que la institutriz no pudo comprender y que parecían formar palabras de un idioma extranjero. Al mismo tiempo, se dejó caer

sobre el cobertor como un balón deshinchado, en tanto que Mónica volvía a agitarse y extendía las manos, como si buscase algo a tientas. La vista de aquella chiquilla inocente tratando de alcanzar el maligno juguete por el que sentía tanta predilección, elevó al colmo el terror de la institutriz, que volvió a perder el conocimiento.

Cuando recobró la lucidez, no recordaba en absoluto cómo había regresado a su habitación, situada en el piso más alto de la casa. Sujetaba fuertemente en su mano uno de sus zapatos. Y recordaba haber estrechado entre sus dedos frenéticos una muñeca de cera inerte, haber golpeado su horrible cuerpecillo hasta que el serrín brotó de sus miembros mutilados… y luego haberla lanzado brutalmente sobre una mesa, lejos del alcance de Mónica. Recordaba claramente a la chiquilla sumida en un sueño apacible, y al pequeño monstruo dislocado, inmóvil y, sin embargo, horriblemente vivo, con una vida intensa y maligna.

Ningún esfuerzo de su voluntad consiguió borrar aquella escena de su mente.

Mrs. Jodzka sabía ahora que era absolutamente necesario que sostuviera una entrevista con el coronel Masters. Lo exigían su conciencia y su tranquilidad de espíritu. Nunca había dicho nada a Mónica, por temor a que la mente de la chiquilla se viese torturada por algo que era preferible que ignorase. Pero la institutriz tenía la obligación inmediata de comunicar los hechos al padre de la chiquilla, ya que el coronel había depositado en ella toda su confianza.

Sin embargo, una entrevista con el coronel era ridículamente difícil de conseguir. En primer lugar, porque el coronel odiaba las entrevistas; y después, porque no se le veía casi nunca. Por la noche regresaba tarde, y por la mañana nadie se atrevía a abordarle. Una vez establecida la rutina cotidiana de la casa, opinaba que no debía turbarla con su intervención. La única persona que se atrevía a abordarle era la señora O’Reilly: cada seis meses, entraba en el despacho, se despedía, recibía un aumento de sueldo, y dejaba al coronel en paz durante otros seis meses.

Mrs. Jodzka, que conocía las costumbres del coronel, se apostó en el rellano del segundo piso, a la mañana siguiente, para verle cuando cruzase el vestíbulo. Le vio en el instante en que se disponía a salir. Le encontró muy guapo, con su cuerpo esbelto y erguido, su rostro impasible y curtido: la encarnación perfecta del soldado. Bajó la escalera de cuatro en cuatro, latiéndole aceleradamente el corazón; pero las palabras cuidadosamente preparadas se desvanecieron de su mente en cuanto el coronel se detuvo a mirarla, y la institutriz soltó un torrente de palabras ininteligibles.

Después de haberla escuchado durante unos instantes con la más exquisita cortesía, el coronel Masters la interrumpió, diciendo:

—Me siento muy feliz de que haya podido regresar a esta casa, como le había rogado. Mónica la echó mucho de menos.

—Mónica tiene ahora un juguete favorito…

—Exactamente lo que le hace falta, estoy convencido de ello… Confío en su excelente criterio, Mrs. Jodzka… Si cree usted que la niña necesita algo más, le agradeceré que me lo comunique.

—Pero… ese juguete… ¡no se lo he dado yo! Es una horrible… horrible…

El coronel Masters se echó a reír.

—Desde luego, todos los juguetes de los chiquillos son horribles, pero si ése le gusta a Mónica… No habiéndolo visto, no puedo juzgar… Si desea usted comprarle algo mejor…

El coronel Masters se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

—¡Ese juguete no se lo he comprado yo! —exclamó Mrs. Jodzka en tono vehemente—. Lo trajo alguien a esta casa. Es una muñeca. Habla sola. Y la he visto andar con mis propios ojos.

El coronel dio una repentina media vuelta, como si acabara de ser golpeado por un proyectil. La palidez de su rostro contrastaba extrañamente con el fuego que despedían sus ojos.

—Una muñeca —repitió en tono tranquilo—. ¿Ha dicho usted una muñeca?

Desconcertada por su extraña expresión, la institutriz explicó que se trataba de un paquete que alguien había traído a la casa. Su confusión subió de punto cuando el coronel le preguntó secamente si se refería al mismo paquete que él había dado orden de destruir.

—Creo que lo tiraron, efectivamente —murmuró, tratando de encubrir a la cocinera—. Es probable que Mónica lo encontrara… eso es lo que creo…

Incapaz de mirar de frente a aquel rostro severo de ojos encendidos, Mrs. Jodzka se despreció a sí misma por su falta de valor; pero, al mismo tiempo, tuvo consciencia de un curioso deseo de no hacer ningún daño a aquel hombre, como si fuese él, y no Mónica, el que estaba en peligro.

—La muñeca… ¡habla! ¡Pronuncia sílabas! ¡Y también anda! —exclamó al fin, obligándose a alzar los ojos hacia el rostro del coronel.

—Y dice usted que Mónica se ha apoderado de ella y que es su juguete preferido… —murmuró el coronel Masters, como si hablara consigo mismo—. ¿Y ha visto usted a la muñeca moverse, la ha oído pronunciar sílabas? —inquirió.

Incapaz de encontrar palabras convincentes, la institutriz se limitó a inclinar afirmativamente la cabeza. Sentía pasar sobre ella, como una ráfaga helada, el terror que aquel hombre experimentaba en lo más hondo de su corazón… Pero, en vez de reprenderla severamente, el coronel Masters continuó diciendo, en tono tranquilo:

—Ha hecho usted bien diciéndome eso; ha hecho usted muy bien… Hace años que espero una cosa así… Más tarde o más temprano… no podía dejar de llegar…

Había escondido su rostro detrás de un pañuelo, que casi ahogó sus últimas palabras. Entonces, como si Mrs. Jodzka hubiera captado en aquellas frases una petición de ayuda, se acercó al coronel y le miró fijamente.

—Tiene usted que ir a ver a su hija —le dijo, con repentina firmeza—. Acompáñeme a su habitación.

El coronel vaciló y guardó silencio durante unos segundos.

—¿Quién trajo ese paquete? —terminó por preguntar.

—Un hombre, que yo sepa.

—¿Un hombre blanco… o negro?

—Negro.

El coronel empezó a temblar como la hoja de un árbol; su rostro se puso pálido; tuvo que apoyarse en la puerta para no caer. Temiendo que se desvaneciera, Mrs. Jodzka tomó las riendas de la situación.

—Esta noche subirá usted conmigo a la habitación y escuchará lo que yo escuché. Ahora, no se mueva de aquí; voy a buscar un poco de coñac.

Unos instantes después regresó con la bebida, y al verle vaciar de un trago el vaso de coñac comprendió que había obrado acertadamente al hablarle: no necesitaba más prueba que la de su docilidad, tan poco de acuerdo con su temperamento.

—Recuerde lo que le he dicho —continuó Mrs. Jodzka—. Esta noche, después de su partida de *bridge*, le espero en el pasillo, delante de la habitación de Mónica. ¿Le parece bien a las doce y media?

El coronel la miró fijamente, y luego inclinó afirmativamente la cabeza.

—A las doce y media, en el pasillo, delante de la habitación de Mónica —murmuró.

Después de lo cual, se apoyó pesadamente en su bastón, abrió la puerta y se marchó. Mrs. Jodzka le vio alejarse por la avenida. Se dio cuenta de que su propio terror se había trocado en compasión; se daba cuenta asimismo de que aquel hombre estaba demasiado abrumado por los remordimientos para gozar de un instante de paz, demasiado aterrorizado para que pudiera pensar en Dios.

Aquella noche, cuando la institutriz hubo acostado a Mónica, la chiquilla reclamó su compañía favorita:

—Dame la muñeca, ¿quieres? Sin ella me sería imposible dormir.

Mrs. Jodzka cogió la muñeca con evidente repugnancia, notó que había sido cuidadosamente reparada, y la dejó sobre la mesilla de noche, diciendo:

—También ella dormirá mejor a tu lado, querida…

—La quiero aquí, en mi cama —replicó la chiquilla—. Nos contamos historias, ¿sabes? Y si está demasiado lejos no puedo entender lo que me dice.

Y cogió su juguete con un gesto de ternura que heló el corazón de la joven viuda.

—Desde luego, querida, si te ayuda a dormirte, ponía cerca de ti…

Mónica no se dio cuenta del horror que expresaban el rostro y la voz de su institutriz. Apenas hubo colocado la muñeca sobre la almohada, junto a su mejilla, cerró los ojos y se durmió, exhalando un suspiro de satisfacción.

Mrs. Jodzka salió de la habitación sin atreverse a mirar hacia atrás. Ya en el pasillo, se secó el sudor que perlaba su frente, murmurando en lo más íntimo de su corazón: «Dios la bendiga y la proteja».

A eso de las ocho, sin haber cenado, se encerró en su habitación para empezar su interminable vela hasta la hora de la cita. Decidió dedicar aquellas horas a la lectura, pero no tardó en darse cuenta de que sus esfuerzos para entender lo que leía eran

vanos. Al cabo de un rato, se adormeció…

La despertó un rumor de pasos ante la puerta de su habitación. Una ojeada al reloj le permitió comprobar que eran las once: la señora O'Reilly iba a acostarse. El rumor de pasos se extinguió. Mrs. Jodzka reemprendió su lectura, y volvió a adormilarse…

No supo jamás lo que la despertó por segunda vez. Se estremeció y escuchó atentamente. La noche estaba completamente tranquila. En la casa reinaba un silencio de muerte; fuera, no soplaba ni un hálito de viento, no se oía el ruido de ningún automóvil. Luego, en el momento en que su reloj señalaba algo más de las doce, oyó cerrarse suavemente la puerta de la calle. Después, unos pasos cruzaron el vestíbulo y subieron lentamente la escalera: el coronel Masters acudía puntualmente a la cita. Mrs. Jodzka se puso en pie, se contempló en el espejo, murmuró una vaga plegaria y salió al oscuro pasillo.

Se dirigió directamente hacia la puerta de la habitación de Mónica, escuchando con tal atención que le pareció oír los sordos latidos de su corazón. Llegada al lugar fijado para la cita, se detuvo y esperó. Un instante después apareció la silueta del coronel: la claridad de la lámpara del vestíbulo le daba el aspecto de una sombra chinesca. Se acercó a la institutriz y murmuró:

—Buenas noches… He cumplido mi palabra. He venido, pero todo esto me parece estúpido…

Después de lo cual, se quedaron uno junto a otro, escuchando en silencio.

El corazón de Mrs. Jodzka latía aceleradamente. Su compañero olía a alcohol y a tabaco; su sombra se proyectaba en la pared; se apoyaba ora en un pie, ora en el otro. La joven viuda se sintió invadida por una ola de emoción. Ardía en deseos de abrazar a su compañero, y, al mismo tiempo, de protegerle contra un espantoso peligro que le amenazaba. Casi inmediatamente, la idea del pecado vino a unirse a aquella llama de pasión. El mal estaba en el ambiente. Mrs. Jodzka empezó a temblar, perdió el equilibrio, se inclinó hacia el hombre de pie junto a ella. Un instante más, y hubiese caído en sus brazos.

Pero un repentino sonido procedente del interior de la habitación la hizo reaccionar a tiempo.

—¡Escuche! —murmuró, cogiendo el brazo del coronel Masters.

Al otro lado de la puerta se oía un rumor, mejor dicho, unos rumores: la voz de Mónica, fácilmente reconocible, y otra voz (si es que era una voz) más aguda, más débil, que la interrumpía o le respondía.

—¡Escuche! —repitió la institutriz. Y sintió la mano cálida de su compañero apretar la suya con tanta fuerza que estuvo a punto de gritar de dolor.

Mrs. Jodzka empezó a murmurar algo. Pero se interrumpió bruscamente, conteniendo el aliento, al ver que el coronel Masters hacía una cosa que ella nunca hubiese creído posible: inclinándose repentinamente, pegó el ojo al agujero de la cerradura, y luego se arrodilló para no perder el equilibrio, sin soltar la mano de su compañera.

Los ruidos habían cesado. Mrs. Jodzka sabía que la claridad de la lamparilla mostraría claramente la almohada, la cabeza de Mónica, la muñeca acostada a su lado. El coronel debía de estar viendo todo aquello: sin embargo, nada en su actitud revelaba que estuviera viendo algo. Durante unos segundos, la joven viuda experimentó una espantosa sensación: creyó haberlo imaginado todo, bajo la influencia de sus nervios. ¿Estaría loca? ¿La habrían engañado sus sentidos? ¿Por qué no veía nada el coronel? ¿Por qué habían dejado de oírse los ruidos en la habitación?

De pronto, su compañero se incorporó y le soltó la mano. Mrs. Jodzka, con la muerte en el alma, se dispuso a oír las palabras de reproche que el coronel iba a dirigirle. Su estupefacción, por consiguiente, fue mucho mayor al oírle murmurar con voz ahogada:

—¡La he visto! ¡La he visto andar! ¡Y me miraba a mí, sí, sólo a mí!

Paralizada por el terror, Mrs. Jodzka fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Y el coronel habló de nuevo, pronunciando unas palabras que parecían dirigidas a sí mismo en vez de a su compañera:

—Es lo que siempre temí… Sabía que había de llegarme algún día… Pero, no de este modo; no, no de este modo…

Casi inmediatamente, resonó una voz en el interior de la habitación, una dulce voz infantil, la voz suplicante de Mónica:

—¡No te vayas, no me dejes! Te lo suplico, vuelve a mi cama…

Aquel ruego fue seguido de un sonido ininteligible que podía pasar por una respuesta. Mrs. Jodzka reconoció las extrañas sílabas que había oído varias veces sin comprender su significado. El coronel se inclinó hacia ella, y murmuró, tan cerca de su rostro que la joven viuda sintió el aliento del hombre en su mejilla:

—*Buth laga*… Eso significa *venganza* en indostánico…

La institutriz contuvo el aliento, mientras aquellas palabras penetraban en ella como gotas de veneno.

—Tengo que entrar ahí —continuó diciendo el coronel—. Es absolutamente necesario que entre en esa habitación y que me enfrente con ese monstruo.

De modo que la intuición de la joven viuda no la había engañado, su instinto protector estaba justificado: era al coronel, y no a Mónica, la persona escogida como víctima por la odiosa muñeca.

—¡No! —gritó—. ¡Soy yo quien va a entrar! ¡Déjeme pasar!

Pero el coronel había dado ya media vuelta al tirador de la puerta y entrado en la habitación de su hija.

Se quedó inmóvil en el umbral durante unos segundos. Mrs. Jodzka, situada detrás de él, miró por encima de su hombro, entrecerrando los ojos, al objeto de no perderse detalle de la escena. Sin embargo, no había nada que ver; por lo menos, nada anormal, nada terrorífico. Por segunda vez, dudó de sí misma: Mónica dormía profundamente en una habitación completamente tranquila. Todo se hallaba en su lugar de costumbre: el vaso de agua sobre la mesilla de noche, el libro de estampas

cerca de la ventana ligeramente entreabierta. El rostro de la niña reflejaba una plácida calma, su respiración era regular. No se veía en parte alguna el menor signo de excitación que pudiera explicar la llamada suplicante de la niña, un par o tres de minutos antes. No obstante, la colcha formaba un gran pliegue a los pies de la cama, como si Mónica la hubiese apartado mientras dormía, por encontrarla demasiado calurosa.

En el preciso instante en que observaba ese detalle, la institutriz, sin haber sido advertida por ninguno de sus sentidos, se dio cuenta de que en aquella habitación apacible se movía algo, en alguna parte, y que ese movimiento presagiaba un peligro, no para ella misma ni para Mónica, sino para el coronel Masters.

—¡Quédese junto a la puerta! —ordenó Mrs. Jodzka en tono imperativo, viendo que el coronel se disponía a avanzar—. Sabe usted perfectamente que la muñeca le acecha. Está en alguna parte. ¡Tenga cuidado!

Trató de retenerle, pero era demasiado tarde. El coronel avanzó hacia el centro de la habitación, murmurando: «Esta historia es una estupidez».

Nunca, en el curso de su existencia, había experimentado Mrs. Jodzka la admiración que en aquel momento sintió hacia aquel hombre que marchaba al encuentro, de su destino. La invadió una oleada de piedad y de horror a la vista de tan terrible espectáculo, ya que en lo más profundo de su corazón estaba convencida de su absoluta impotencia.

En aquel momento, su mirada se posó sobre la colcha en desorden a los pies de la cama. Formaba una serie de pliegues y de arrugas sumidas en una vaga oscuridad. Si Mónica no se hubiese movido en aquel instante, la colcha hubiese permanecido tal como estaba hasta la mañana siguiente. Pero la chiquilla extendió sus piernas, y, al hacerlo, modificó los contornos del paisaje en miniatura que tenía a sus pies. Una silueta surgió de la oscuridad y se lanzó hacia delante, con una rapidez desconcertante, sobrenatural, como si hubiese sido impulsada por un resorte. Era muy pequeña, de aspecto horrible, llevaba la cabeza erguida y sus ojos despedían chispas. Los movimientos de sus piernas y de sus brazos remedaban los de un ser humano. Se hubiera dicho que era una encarnación del mal bajo una envoltura grotesca.

Corriendo con una seguridad increíble sobre la superficie resbaladiza y desigual de la colcha de seda, avanzaba a toda velocidad en una dirección perfectamente definida. Sus ojos de vidrio estaban clavados en el coronel Masters, que se hallaba a unos pasos de la aterrorizada institutriz.

Mrs. Jodzka se acercó rápidamente a él y, con un instintivo gesto protector, rodeó con su brazo los hombros de su compañero, que se desprendió de ella inmediatamente, con cierta violencia.

—¡Deje que se acerque esa porquería! —gritó—. ¡Voy a ajustarle las cuentas!

La muñeca avanzaba directamente hacia él. Las articulaciones de sus piernas y de sus brazos chirriaban levemente, formando las extrañas sílabas que la institutriz había oído varias veces sin entenderlas: «*Buth laga… Venganza…*».

Antes de que el coronel hubiese podido avanzar o retroceder, hacer el menor gesto para atacar o defenderse, la muñeca saltó sobre él y le mordió ferozmente en la garganta.

Todo sucedió en un instante. A Mrs. Jodzka, el hecho le produjo la misma impresión que le habría producido una repentina y cegadora claridad. Quedó completamente paralizada. Había visto aquella cosa horrible, sin darse cuenta de lo que había visto. Por eso permaneció inmóvil y muda.

El coronel Masters, por su parte, se quedó de pie junto a ella, tranquilo, sereno, como si no hubiese pasado nada. Ningún sonido había salido de sus labios cuando se produjo el ataque; parecía resignado del todo a aceptar su destino. En consecuencia, las primeras palabras que pronunció inmediatamente después parecieron mucho más espantosas, en virtud de su propia vulgaridad:

—¿No cree que sería preferible quitar esa colcha?

Mrs. Jodzka avanzó maquinalmente para obedecer aquella orden; pero, al tiempo que avanzaba, se dio cuenta de que el coronel arrancaba algo de su cuello, como si acabara de picarle un mosquito. Eso es todo lo que pudo recordar.

En el momento en que se inclinaba para coger la colcha se dio cuenta, con enorme sorpresa, que Mónica estaba sentada en la cama, completamente despierta.

—¡Oh, Doska, eres tú! —exclamó la niña—. ¡Y también papá! ¡Ah! Entonces…

—Es… estaba arreglándote la cama, querida —balbució la institutriz, sin saber apenas lo que decía—. Tienes que dormir. Sólo he entrado para ver…

—¡Y papá está contigo! —repitió la niña en el colmo de la excitación y de la sorpresa.

Este intercambio de palabras tuvo lugar mientras el coronel se llevaba la mano al cuello. No se oyó nada más, excepto una brusca inspiración mientras realizaba aquel gesto. Pero Mrs. Jodzka afirmó solemnemente que ella vio otra cosa: un brazo negro que penetró por la ventana entreabierta, cogió un pequeño objeto que yacía en el suelo después de haber caído de la garganta del coronel, y luego desapareció, rápido como una centella, en las tinieblas de la noche.

—Y, ahora, vas a dormirte en seguida, mi pequeña Mónica —murmuró el coronel —. He venido para ver cómo estabas.

Hablaba con voz apagada, apenas audible.

Mrs. Jodzka, petrificada de horror, escuchaba, apoyada contra la puerta.

—¿Te encuentras bien, papá? —inquirió la niña—. ¿Estás bien seguro de ello? He tenido un sueño, pero ya se ha marchado.

—Me encuentro perfectamente, querida. Nunca me he sentido mejor que ahora. Voy a apagar la lamparilla, ¿sabes? Seguramente, su claridad es lo que te ha despertado.

Los dos soplaron la vela al mismo tiempo. La niña dejó oír una leve risita y se durmió casi inmediatamente. El coronel Masters fue a reunirse con Mrs. Jodzka, andando de puntillas. «Tantas historias, para nada», murmuró con aquella voz

terriblemente débil. Luego, cuando estaban en el oscuro pasillo, el coronel hizo algo inesperado: estrechó a la joven viuda entre sus brazos

—Dios te bendiga —murmuró, en tono ronco—. Has hecho todo lo que estaba en tu mano. Pero yo he recibido el castigo que merecía.

Empezó a bajar la escalera para dirigirse a su habitación. Pero se detuvo a medio camino, alzó los ojos hacia la mujer que le estaba mirando, apoyada en la barandilla, y susurró:

—Dile al médico que he tomado una dosis demasiado fuerte de somnífero…

Después de lo cual desapareció.

Y eso fue lo que Mrs. Jodzka le dijo al médico, a la mañana siguiente cuando se presentó atendiendo a una urgente llamada telefónica, para encontrarse con el cadáver del coronel Masters tendido en su lecho, con la lengua negra e hinchada. Mrs. Jodzka contó la misma historia en el curso de la encuesta, presentando como prueba un frasco de somnífero completamente vacío.

Mónica, una vez apaciguado su pesar, no volvió a hacer la menor alusión (cosa extraña) a la ausencia de la muñeca que había sido su bienamada compañera, de día y de noche, en una existencia desprovista de cualquier otra compañía. Parecía haberla olvidado por completo, como si aquel juguete no hubiese existido nunca. Cuando hablaban ante ella de muñecas, adoptaba un aire vago, estúpido. Prefería sus osos de trapo.

—¡Son tan calientes y tan agradables…! —decía—. Además, nunca gruñen ni tratan de escaparse…

De este modo, en los barrios apartados, en los cuales, apenas llega la noche, quedan grandes espacios completamente oscuros entre farol y farol, en los cuales la brisa húmeda murmura a través de las ramas de los pinos plateados, en los cuales no ocurre nunca nada y la gente dice: «¡Vámonos a la ciudad!», se oyen a veces entrechocar los esqueletos disecados que sostienen las paredes de las villas respetables…

CONFESIÓN

John M. Sitan

JOHN EGAN graduó de nuevo la mira telescópica del rifle.

Resultaba bastante fácil apuntar al círculo de luz procedente de la única bombilla colocada sobre el anuncio teatral. El lugar era un blanco bien escogido. Eran las once y diez minutos de la noche y en la terraza no había nadie. John Egan había contado hasta ocho personas que pasaron ante el círculo de luz. La novena era una mujer. El vestido y los zapatos blancos bajo un abrigo de color oscuro indicaban que se trataba de una enfermera. Una joven pareja andaba detrás de ella. Un guardia torció a la esquina.

Cuando la enfermera llegó al círculo de luz, su cabeza pareció estallar.

John Egan desmontó la culata de su rifle y colocó el cañón y la culata en un estuche de trompeta que llevaba preparado al efecto. Cuando miró de nuevo hacia la calle, la joven pareja y el guardia estaban junto a la caída enfermera. John no se dio ninguna prisa; su rifle alemán estaba provisto de un silenciador y no dejó oír ningún estampido en el momento de disparar.

El guardia corrió hacia la esquina y llamó a la policía por el teléfono de emergencia allí instalado. Cuando regresó junto a la enfermera, John recogió su estuche y se apartó de la barandilla de la terraza. Mientras estuvo contemplando la escena que se desarrollaba en la calle, sus manos se abrían y cerraban continuamente, clavándose las uñas en las palmas. Ahora no podían verlo desde la calle y empezó a correr de terraza en terraza hasta llegar a un edificio situado en la parte opuesta de la manzana. Descendió la escalera rápida pero tranquilamente hasta que se encontró en la calle. En su rostro había una sonrisa de satisfacción.

Seguía sonriendo cuando llegó a su apartamiento de dos habitaciones. Puso el estuche sobre la única cama del dormitorio y lo abrió. Pasó media hora limpiando y engrasando el rifle. Luego volvió a colocar el arma en el estuche y lo escondió debajo de la cama. Después hizo una anotación en un cuaderno de apuntes con tapas de cuero negro. Escribía trabajosamente e invirtió veinte minutos en la tarea. A continuación se dirigió al cuarto de baño y tomó una ducha de agua caliente. Se acostó y se quedo dormido inmediatamente.

La muerte de la enfermera Edith Scarf ocupó la primera página de los periódicos matutinos al día siguiente. John Egan compró un periódico cuando se dirigía al trabajo. Anotó el nombre de la enfermera en una pequeña agenda y tiró el periódico. Necesitaba el nombre para su archivo particular. No había oído ningún comentario acerca del asesinato, ya que en su apartamiento no tenía ningún aparato de radio y nunca compraba un periódico, a no ser que necesitara enterarse de un nombre. Habitualmente, encontraba lo que buscaba en la primera página.

En el lugar de trabajo, John Egan no oyó comentar el asesinato. Era una fábrica muy ruidosa, lo cual no permitía mantener una conversación. Trabajaba en una

empresa que fabricaba bolsas de papel de todas clases. Llevaba seis semanas en el empleo. Su tarea consistía en recoger todos los retales de papel e introducirlos en una enorme máquina de hacer balas. Los retales eran enviados posteriormente a un molino que volvía a convertirlos en pasta de papel.

Cuando terminó su jornada, John Egan se dirigió a la biblioteca, que visitaba de dos a tres veces por semana. Esta vez devolvió dos biografías de Abraham Lincoln que había estado leyendo, y hojeó el catálogo en busca de otra biografía del mismo personaje. Su lectura le llevaría un par de días. Leía con bastante rapidez y poseía una buena capacidad de asimilación. Había leído biografías de Edison, Ford, Einstein, los grandes presidentes de los Estados Unidos y de otros muchos hombres famosos. Llevaba una lista de nombres famosos (todos ellos hombres) y del material que había leído acerca de cada uno de ellos. La lista era muy extensa. John Egan tenía veintiocho años y había iniciado su lista a los veintidós. No había visto a sus padres desde que a los diecisiete años se escapó de la casa de su padre, de quien su esposa, la madre de John Egan, acababa de divorciarse. Siempre había vivido solo, con la única excepción de los tres años de servicio en el ejército, y le gustaba vivir así. Nunca se había citado con una muchacha. A John Egan no le gustaban las muchachas.

El sábado por la tarde John Egan se dirigió al parque. Durante varias horas recorrió sus numerosos y serpenteantes senderos. Finalmente, se decidió por una prominencia del terreno rodeada de árboles y desde la cual se dominaban varios de los senderos y un parque de recreo infantil. Pasó casi una hora calculando distancias, midiendo los pasos desde la prominencia a diversos puntos de los senderos. Por último se decidió por la intersección de tres senderos confluentes. Desde su punto de observación a la salida del parque invirtió cuatro minutos a paso normal. Allí podía tomar cualquiera de los numerosos autobuses que circulaban ininterrumpidamente.

El domingo, a las once de la mañana, John Egan se dirigió hacia el parque llevando su estuche de trompeta. Se encaminó directamente a la prominencia que había escogido el día anterior y al llegar allí se tumbó en el suelo, relajando por completo todos sus músculos. Al cabo de una hora se incorporó y miró a su alrededor para comprobar que estaba solo. Abrió el estuche y encajó las dos piezas del rifle alemán. Fue cosa de un momento graduar la mira sobre la intersección de los tres senderos. Pasaron varias personas, y John Egan permaneció quieto. Pero apuntó cuidadosamente cuando vio que se acercaban una mujer y una niña. La niña tenía unos cinco años y llevaba un vestido de volantes de color rosa. Iba unos pasos delante de su madre cuando llegó a la intersección de los tres senderos. En aquel momento, John Egan apretó el gatillo de su rifle. Contempló las convulsiones de la niña al caer de costado. A aquella distancia, parecía como si la niña hubiese tropezado con una piedra. John no volvió a mirar en aquella dirección hasta que hubo desmontado e introducido su rifle en el estuche. Cuando miró de nuevo, la mujer estaba arrodillada junto a la niña y profería unos horribles gritos.

Dos minutos después, John se hallaba en el sendero principal que conducía a la

salida del parque. Llegó a la parada del autobús en el preciso instante en que se detenía en ella un vehículo. Subió al autobús y dormitó en su asiento hasta llegar al centro de la ciudad. Entró en un cine de sesión continua y vio el programa completo, gozando enormemente con él. Tenía una risa aguda y penetrante. A última hora de la tarde regresó a su apartamiento. En el quiosco de la esquina compró la última edición de un periódico.

Al llegar a su habitación, John Egan limpió amorosamente su rifle y lo escondió en el lugar de costumbre. Luego desplegó el periódico y encontró el nombre que buscaba en la primera página. La niña se llamaba Kathy Lewis. John pasó media hora escribiendo en su cuaderno de apuntes de tapas negras. Después dedicó su atención a un montón de cuartillas mecanografiadas a doble espacio, lleno de notas marginales a lápiz y de correcciones en el cuerpo del escrito. Sacó una máquina de escribir portátil de debajo de la cama y colocó en ella una cuartilla. Trabajó en la máquina de escribir durante una hora y media. Pasó otra media hora trabajando sobre lo que había escrito, añadiendo y suprimiendo palabras. Cuando terminó, colocó de nuevo la máquina de escribir debajo de la cama y el montón de cuartillas en uno de los cajones de su mesa-escritorio. Antes de dormirse leyó unas páginas de la biografía de Abraham Lincoln que tenía en el estante colocado junto a la cama.

Al día siguiente, John Egan acudió al trabajo como de costumbre. Al mediodía habló con el jefe de su sección, el cual le envió a la oficina principal. En la oficina principal, un empleado le hizo firmar un recibo. Por la tarde, antes de abandonar el trabajo, le llamaron a Caja y le entregaron un cheque. John Egan se había despedido. En el camino de regreso a su apartamiento se detuvo en la biblioteca y devolvió los dos libros que tenía anotados en su ficha de lector.

Cuando salió de su apartamiento, poco más tarde, llevaba solamente una maleta, su máquina de escribir portátil y su estuche de trompeta. Se detuvo ante el piso del dueño de la casa y llamó a la puerta. La renta semanal de su apartamiento ascendía a diecisiete dólares. Un taxi que aguardaba en la calle le condujo a la estación del ferrocarril. Cinco minutos después había adquirido un billete para Seattle, Washington. Al cabo de media hora de espera subió al tren. Eran las diez de la noche, y John Egan se instaló cómodamente en su asiento. Antes de colocar la máquina de escribir portátil en la rejilla para equipajes, la abrió. Entre la parte superior de la máquina y la funda quedaba un pequeño espacio. Allí había colocado John el cuaderno de apuntes de tapas negras. John Egan hojeó ahora el cuaderno de apuntes. Estaba dividido en cuatro partes, cada una de ellas encabezada con el nombre de una ciudad distinta. San Diego, Los Angeles, San Francisco y Portland. Volviendo una página, John escribió cuidadosamente el nombre de una nueva ciudad: S-E-A-T-T-L-E. Volvió a colocar el cuaderno de apuntes en el lugar de donde lo había sacado y empezó a dormitar mientras las luces de Portland, Oregon, desaparecían detrás del tren.

John Egan llegó a Seattle a primera hora de la mañana. Al salir de la estación del

ferrocarril tomó un taxi y se hizo conducir a un hotel. En su habitación del hotel se desnudó y tomó un baño caliente. Al salir del cuarto de baño se envolvió en una toalla y miró su reloj. Se quedó pensativo unos instantes y luego, como si adoptara una decisión, se metió en la cama. Se acostó completamente desnudo y quedándose dormido casi inmediatamente. Siempre había sido capaz de dormirse rápida y fácilmente.

Cuando despertó era cerca de mediodía. Permaneció un rato tendido en la cama, mirando al techo, y luego se levantó, se vistió y abrió su máquina de escribir. Pasó algún tiempo leyendo las anotaciones de su cuaderno de apuntes de tapas negras. Cuando lo dejó era casi la una. El hambre empezaba a importunarle, ya que no había comido nada desde la noche anterior. Antes de salir de la habitación, sacó un abultado sobre de papel manila de un bolsillo secreto de la maleta. En el sobre había casi seiscientos dólares. El dinero que John Egan había ahorrado en los últimos seis años. Contempló los billetes con aire de satisfacción, sacó tres de veinte dólares y volvió a colocar el sobre en la maleta. Antes de salir en busca de un restaurante, pasó por la conserjería del hotel y abonó el importe de su habitación por dos semanas.

Después de comer dio un paseo por las calles de la ciudad y luego regresó a su habitación. En el vestíbulo del hotel compró un periódico que tiró luego sobre la cama. Durante su paseo por la ciudad había comprado un paquete de cuartillas y un pliego de papel carbón. Aquella noche trabajó hasta muy tarde en la corrección del montón de cuartillas mecanografiadas. A las dos de la madrugada interrumpió su trabajo. Antes de acostarse leyó la cartelera teatral en el periódico. Cuando finalmente se metió en la cama, se quedó inmediatamente dormido.

John Egan despertó a las diez de la mañana siguiente y bajó a desayunar. Cuando regresó a su habitación reemprendió su trabajo con el montón de cuartillas. Trabajó en ellas durante el resto del día y sólo hizo una pausa para salir a cenar. Los cuatro días siguientes los pasó sobre el creciente montón de cuartillas. Tenía ahora un voluminoso manuscrito de más de setenta mil palabras. Por último quedó satisfecho y empezó a releer todo lo escrito, haciendo nuevas correcciones. El título que había puesto en la primera página era el siguiente: *Autobiografía de John Stevenson Egan*.

John Egan invirtió toda una semana de constante y cuidadoso trabajo en completar la copia final de la autobiografía que había escrito, con su correspondiente duplicado. Era casi de noche cuando dio por terminada su labor. Salió para cenar y, como de costumbre, a su regreso al hotel compró el mismo periódico de la noche que todos los días. También, como de costumbre, leyó solamente la cartelera teatral. Esta vez se fijó de un modo especial en el anuncio de un estreno que iba a tener lugar dos días después.

Aquella noche se acostó temprano. Necesitaba descansar ante la tarea que se avecinaba. Horas extras.

Al día siguiente salió en busca del teatro que deseaba localizar. Se hallaba en una esquina, en un concurrido cruce de calles. En las tres esquinas opuestas se alzaban

dos edificios de pisos y el inmueble de una joyería, cuyos pisos superiores eran despachos de médicos y abogados. Comprobó que podía llegar con bastante facilidad al terrado del inmueble de la joyería. Los edificios contiguos eran más altos que el que John Egan había escogido. Cuando volvió al cruce de calles a las ocho de aquella misma noche, quedó muy complacido al ver que sólo aparecían iluminadas dos o tres ventanas de los edificios circundantes. Cuando hubo comprobado la hora en que eran cerradas las puertas de los inmuebles, regresó a la habitación del hotel.

Al día siguiente, John Egan alquiló un automóvil por todo el día y fue a dar un largo paseo por los alrededores del lago Washington de Seattle. Se detuvo junto a la playa y permaneció sentado largo tiempo, contemplando el agua. Lucía un hermoso sol y sobre el lago se deslizaban numerosas embarcaciones a vela. A las seis de la tarde regresó al hotel. Una vez en su habitación, abrió el estuche de trompeta. Era la primera vez que lo abría desde que llegó a Seattle. Pasó una hora limpiando y engrasando el rifle. Cuando hubo terminado esa tarea, sacó un paquete de cartuchos de su maleta y extrajo de él diez proyectiles que dejó sobre la mesilla de la habitación. Frotó cuidadosamente los proyectiles y los introdujo uno a uno en la recámara del rifle. Luego volvió a colocar el arma en el estuche y la cerró. Miró su reloj. Faltaba una hora para que cerraran el inmueble de la joyería. Invirtió aquella hora en repasar su cuaderno de apuntes. Al escribir la última parte de su autobiografía, había consultado continuamente el cuaderno de apuntes. En el cuaderno había anotados noventa nombres, la mayor parte de ellos correspondientes a las páginas encabezadas con el nombre de Los Ángeles. Cuando faltaban veinte minutos para que cerraran el inmueble, John Egan abandonó la habitación del hotel. Entró en el edificio sin ser visto por nadie. En vez de utilizar el ascensor, subió la escalera a pie. Cuando llegó a la terraza, cerró rápidamente la puerta detrás de él y permaneció unos instantes inmóvil junto a la cerrada puerta, observando cuidadosamente los edificios circundantes. No vio ninguna ventana iluminada, a excepción de las correspondientes al hueco de la escalera. Pero ni sombra de presencia humana.

John Egan tardó muy poco en montar su rifle y la mira telescópica. Se acercó a la barandilla del terrado que daba a la calle y vio que la puerta del teatro quedaba enfrente de él, al otro lado de la calzada. En la acera, culebreaba una larga hilera de gente que aguardaba a que abrieran las taquillas. Era una noche de estreno. John Egan aplicó el ojo a la mira telescópica y graduó la distancia. Cuando empezó a disparar movió metódicamente el rifle de un blanco a otro y vació el cargador en menos de un minuto. El primer blanco fue la mujer que conducía un automóvil y que se había detenido ante la luz roja del cruce. El automóvil se desvió hacia la izquierda y fue a estrellarse contra otro coche. A continuación, Egan disparó contra la muchacha que vendía entradas en la taquilla del teatro. El cristal de la taquilla saltó en mil pedazos y el proyectil se incrustó en la garganta de la muchacha. Egan disparó sucesivamente contra otras ocho mujeres. Uno de los proyectiles cruzó limpiamente el cuerpo de la

víctima y destrozó el cristal del escaparate que había detrás de ella. La multitud fue presa del pánico más espantoso y pisoteó a tres personas que habían caído sobre los agudos trozos de cristal. Los acontecimientos se habían producido con tanta rapidez, que la mayor parte de las personas que estaban en la hilera no consiguieron reaccionar en ningún sentido; el estupor las había dejado inmóviles. John Egan no se detuvo a contemplar lo que ocurría: desmontó rápidamente el rifle y lo introdujo en el estuche. Cuando llegó a la calle, las mujeres chillaban y sus gritos apagaban el aullido de las sirenas que se acercaban a toda velocidad. El guardia de tráfico se esforzaba inútilmente en poner un poco de orden en aquel maremágnum. Cuando John daba la vuelta a una de las esquinas del cruce llegó el primer coche de la policía.

Una vez en su habitación, John limpió cuidadosamente su rifle. Lo contempló amorosamente unos instantes. Llevaba su nombre grabado en la culata desde hacía muchísimo tiempo. Después de colocarlo en su estuche, John se sentó y permaneció largo rato inmóvil, meditando. Finalmente, sonrió. A continuación se dispuso a acostarse. Al cabo de unos minutos dormía con un sueño regular y profundo.

A la mañana siguiente, John Egan se levantó temprano y bajó al vestíbulo del hotel. Se dirigió al quiosco y compró un periódico. La primera página estaba ocupada por unos grandes titulares con muchos signos de exclamación, y numerosas fotografías. John regresó a su habitación y leyó cuidadosamente el periódico. Tenía junto a él su cuaderno de apuntes, en el que de cuando en cuando anotaba un nombre. El periódico daba los nombres de las doce personas que habían resultado muertas. Once eran mujeres. La doceava víctima era un hombre que había sido aplastado contra el destrozado escaparate y se había desangrado por las numerosas heridas que le produjeron los astillados cristales. Una de las mujeres había muerto en el choque de automóviles que tuvo lugar en el cruce. Falleció de un ataque cardíaco. Las otras diez habían muerto instantáneamente a consecuencia de los certeros disparos de John Egan.

Cuando hubo terminado de anotar los nombres en su cuaderno de apuntes, John puso una cuartilla en la máquina de escribir y empezó a pulsar las teclas, consultando a menudo su cuaderno de notas. Estaba escribiendo el último capítulo de su autobiografía.

Hasta muy avanzada la tarde no dejó listo un borrador que le satisficiera. Entonces lo pasó en limpio, con su correspondiente copia. Terminó su trabajo a las diez de la noche. A continuación escribió una carta. Era muy breve, e iba dirigida a un editor, acompañando al manuscrito.

«Muy Sres. míos:

»Soy un asesino. He asesinado a cien personas, entre mujeres y niños, directamente, y a otras varias personas indirectamente. No es una baladronada. Pueden comprobar la verdad de lo que afirmo a través de la autobiografía que les envío por si consideran interesante su publicación.

Cuando reciban ustedes este manuscrito, estaré en manos de la policía de Seattle, Washington. Les será fácil comprobar la verdad de todas y cada una de mis afirmaciones.

Sinceramente suyo,
John Stevenson Egan».

Cuando hubo mecanografiado la carta la incluyó en el paquete que contenía el manuscrito y puso las señas. A continuación se acostó. Su sueño fue profundo y no se vio turbado por ninguna pesadilla.

Por la mañana, John Egan se levantó temprano y salió a desayunar. Cuando estuvo de regreso en su habitación colocó una cuartilla en la máquina de escribir y empezó una *Declaración a la Prensa*. Al mediodía se dirigió a la Oficina de Correos y envió su manuscrito a una empresa editorial, por correo aéreo. A las dos de la tarde había terminado su *Declaración a la Prensa*. Invirtió más de una hora en empaquetar cuidadosamente sus pertenencias. Plegó todas sus camisas y calcetines. Deseaba que al registrar el cuarto se dieran cuenta de que era una persona ordenada. Colocó la maleta y la máquina de escribir sobre la cama, procurando que quedaran en el centro exacto. Luego cogió su estuche de trompeta, la copia del manuscrito de su autobiografía y el cuaderno de apuntes de tapas negras y salió de la habitación. Al llegar a la Comisaría se detuvo en el departamento de Prensa y miró a su alrededor; no había ningún periodista. En una de las paredes vio un tablero de anuncios y, acercándose a él, clavó su *Declaración a la Prensa* en el centro exacto del tablero. Alisó los papeles que había quitado para poner su declaración y los dejó sobre una mesa.

DECLARACIÓN A LA PRENSA

Me llamo John Stevenson Egan. He asesinado a veinticuatro niños y setenta y seis adultos. También soy responsable de la muerte de otras dos personas: una de ellas a consecuencia de un ataque al corazón; la otra murió desangrada al ser aplastada contra los cristales rotos de un escaparate. He utilizado un rifle alemán que adquirí en Alemania mientras me hallaba prestando servicio en el Ejército durante la Segunda Guerra Mundial. Todas las personas contra las cuales he disparado con mi rifle, asesinándolas, eran mujeres.

Mi conducta ha estado inspirada en el deseo de que mi nombre quedara incluido en la historia y en el recuerdo de los hombres. Una explicación más detallada de mi conducta se encuentra en la autobiografía que acabo de enviar a la *Bismark Publishing Company* para su publicación. La policía tendrá mi

cuaderno de apuntes, en el cual he anotado cuidadosamente los lugares, nombres y circunstancias en que se han producido mis asesinatos. Pueden compararse también los proyectiles disparados por mi rifle con los que se habrán extraído, indudablemente, de los cadáveres de mis víctimas.

Por anticipado, caballeros, les doy mis más expresivas gracias por divulgar a través de periódicos y revistas mi nombre por toda la nación. Creo que mi caso ofrece extraordinarias posibilidades desde el punto de vista periodístico. Colaboraré gustosamente con cualquier persona que desee obtener más información acerca de mí… Agradeceré de un modo especial la atención de los escritores interesados en la biografía de los hombres famosos. Creo, asimismo, que mi caso revestirá un interés excepcional para las revistas especializadas en psiquiatría. Pocas personas consiguen que sus nombres sean recordados largo tiempo después de su muerte. Pretendo ser una de esas pocas personas. Y estoy casi seguro de haberlo conseguido. Mi nombre será recordado por la posteridad.

Firmado,
John Stevenson Egan

El sargento de la policía estaba ocupado cuando John Egan entró en su oficina. No se dio cuenta de la presencia de John hasta que el recién llegado depositó el estuche de trompeta, el cuaderno de apuntes de tapas negras y el manuscrito sobre la mesa-escritorio del sargento. El sargento frunció el ceño y estaba a punto de hablar, cuando John Egan abrió el estuche de trompeta.

LA HISTORIA DEL WULKH

Jean Ray

WEYBRIDGE conoció al taxidermista en una pequeña taberna de Limerick un día en que había estado cazando en Seaw Fell y había conseguido tres patos silvestres de plumaje azulado y una maravillosa garza rosa.

El taxidermista era viejo, de cuerpo encorvado como un gancho; llevaba un abrigo de nutria que debía valer un dineral.

Weybridge tenía treinta años; sus músculos de acero resaltaban a través del grueso jersey de lana oscura.

—Buen tiro —murmuró el viejo—. Esas garzas son muy desconfiadas y no puede uno acercarse mucho.

El cazador no era charlatán, pero la habían tocado su cuerda más sensible; se sentó a la mesa del viejo y pidió un grog caliente, ya que el tiempo era lluvioso y frío.

—La estuve siguiendo con la vista durante una hora por lo menos —dijo— mientras daba vueltas y vueltas sobre el pantano. En toda la inmensidad del cielo no había más que un rayo de sol, que la hería al pasar; entonces era como un prisma volador, que se descomponía en innumerables luces, mientras descendía hacia el agua.

El viejo se apoderó del ave, en la que brillaban dos rubíes sangrientos.

—Lástima —gruñó— que esté herida en un ala; valdría mucho dinero para un naturalista.

Weybridge se encogió de hombros indolentemente; no era el dinero lo que le importaba, sino la caza, con sus astucias y su acecho, con sus éxitos y sus fracasos y, además, llevaba el pantano metido en la sangre.

—No importa —dijo—; una vez abatí una avutarda sin sentir la menor satisfacción. El animal estaba fatigado de volar contra una tempestad del oeste y se había agazapado en un matorral, incapaz de dar un solo aleteo. En cambio, grité de alegría cuando acerté a una bandada de gallinetas que evolucionaban, con una agilidad de bailarinas, entre los cañizales, bajo la niebla.

—¡Ah, la juventud! —murmuró el viejo, llamando al camarero, para que volviera a llenar los vasos.

Bebieron en silencio; después, el taxidermista volvió a hablar.

—¿Caza usted siempre en Seaw? ¿Nunca va a Shannon Fenn?

Weybridge le lanzó una mirada, asombrado; la pregunta le pareció extraordinaria.

El Fenn era una horrible marisma, cercana al mar de Irlanda, temida por sus arenas movedizas y sus barrizales profundos y mantenida prudentemente al margen de toda aventura de caza.

—No —respondió francamente—, ya que sé distinguir entre valor y temeridad; las probabilidades de que ocurra una desgracia son demasiado considerables en el Fenn y no compensa en absoluto, por espléndidos que puedan ser los resultados.

—¿Incluso si tuviera usted la ocasión de disparar y cobrar un Wulkh? —murmuró el viejo.

Weybridge era un hombre franco y jovial; su educación se había resentido un poco por la vida salvaje y solitaria que llevaba en los terrenos de caza. Soltando una carcajada, contestó:

—¡Está usted loco!

llevaba en los terrenos de caza. Soltando una carcajada, con- vió suavemente la cabeza.

—Usted es un hombre al que le apasiona el deporte más noble de todos: la caza; pero yo soy un hombre de ciencia y, en nombre de ésta, le respondo: No, señor, no estoy loco.

El acento grave y reposado del viejo impresionó a Weybridge.

—Mire usted; en toda mi vida sólo he oído hablar dos veces de ese pájaro fabuloso, y las dos en circunstancias trágicas.

La primera vez fue cuando Nat Lamb se lanzó al Fenn, en su búsqueda. Lamb era un hombre grosero y sin imaginación, pero un gran cazador. Yo lo vi llorar cuando el armero rehusó arreglar una vez más un viejo rifle, a causa del peligro inminente de estallar que ofrecía. Pasaba noches enteras, noches heladas, al acecho de sus víctimas.

No sé quién lo convenció para que fuera a matar al Wulkh. Él no creía en su existencia, pero no quiso perder la oportunidad de cazarlo, si existía. Durante jornadas enteras erró por el Fenn; todas las mañanas, al verlo partir, un pastor rezaba por él la oración de los agonizantes. Una noche no volvió: los barros movedizos se lo tragaron.

—¿Ah, sí? —dijo el viejo—. ¿Y la otra vez?

La boca del cazador dibujó un pliegue amargo.

—Se trataba de una mujer, Tilda Ascroft, una joven maravillosa, la mejor escopeta de Irlanda. Había cazado tigres en la selva maldita de Terai; había pasado meses con los cazadores de pájaros en las Faroë en una isla batida por las tempestades nórdicas e infestada de ratas azules. También ella aceptó la misión fantástica…

La frente de Weybridge se nubló; se puso a hablar en voz más baja como si le costase un gran trabajo seguir.

—Lo hizo por dinero, ya que su vida, constantemente dedicada a la caza, resultaba muy cara. Estaba llena de deudas y además soñaba con ir al Norte, para hacerse con la fauna polar. Le habían prometido una suma enorme si tenía éxito. Se hundió en las arenas movedizas, no muy lejos del islote central del Fenn, una especie de cerro que domina la fúnebre extensión de la marisma. Ella tenía veintiocho años y su novio se suicidó, ¿se acuerda usted? Lew Summerville, el campeón de Tenis de la Universidad de Belfast.

—Lo siento —se excusó cortésmente el viajero—, no sé nada de lo que se refiere a los deportes y sus héroes. Vivo en medio de mis libros, mis escalpelos, mis

instrumentos y mis animales disecados. Pero le aseguro, joven amigo, que el Wulkh existe; no hay la menor duda sobre ello.

De nuevo llamó al camarero y los vasos volvieron a llenarse de grog cargado de especias, ardiente.

La cabeza de Weybridge empezaba a dar vueltas, pero cuando podía hablar de caza se quedaba de muy buen grado en la taberna, donde le escuchaba un auditorio complaciente.

—Háble me del Wulkh —dijo de pronto.

El viejo se frotó largamente las manos sarmentosas, cuyas articulaciones crujieron; sus ojos se entrecerraron y una luz verdosa brilló en sus pupilas.

—En los albores del mundo —empezó—, y perdóneme por hablar de una manera tan pedante, la tierra, las aguas y el cielo estaban habitados por criaturas que ahora juzgamos monstruosas, a pesar de que, de hecho, eran maravillas de fuerza y poder. Le ahorraré los nombres bárbaros de los brontosaurios, los plesiosaurios y otros.

En las aguas de los inmensos pantanos de entonces vivía una criatura formidable: el pterodáctilo. Una pesadilla viviente, con alas membranosas de chiróptero, garras de águila, cráneo de saurio con dientes temibles. Cuando los dinosaurios desaparecieron de la faz de la tierra, él siguió reinando en el cielo, pero se había transformado: se empequeñeció aunque continuaba siendo monstruoso. Abandonó las regiones cálidas, emigró hacia el norte y se aclimató a la temperatura de aquellas latitudes, sin osar adentrarse del todo en Septentrión.

El taxidermista hizo una pausa y golpeó el suelo con el pie.

—Aquí, en esta región favorecida por las cálidas aguas del *Gulf-stream*, halló las tierras apropiadas para él. ¡Aquí se instaló… y aquí está! El estúpido nombre de Wulkh le ha venido del grito que lanza cuando cruza los rudos vientos del Atlántico. Y le aseguro, cazador, que, si hay un lugar en el mundo donde se haya refugiado, éste es el Fenn, el odioso pantano que se opone a toda intrusión por parte de los hombres.

—¡Excepto la mía! —exclamó Weybridge con fuego—. Si el Wulkh existe le abatiré yo; la promesa es formal.

—¿Cuánto pide usted por ello? —preguntó el viejo, tranquilamente.

Weybridge le miró, colérico.

—Repito que debe usted estar loco. Si el Wulkh tiene una carne agradable al paladar, lo haré asar a las brasas, y si es tan malo como una gallineta de tres años lo colgaré de la puerta de mi granja para espantar a los gatos y las cornejas.

—Sea —concedió el taxidermista—. Comprendo que la gente sea capaz de arriesgarse sólo por el honor. Solamente añadiré, para su gobierno, que los animales de su especie emprenden el vuelo cuando la tempestad empieza a amainar.

—Se lo agradezco —dijo Weybridge calurosamente—, ya que es un dato precioso. El que no trata de conocer las costumbres de las piezas que desea cobrar, no es un cazador. Hasta muy pronto, señor; si permanece usted en Limerick oirá hablar de mí otra vez.

* * *

Weybridge dio una vuelta por la perrera y contempló con atención los espléndidos animales de la jauría, que ladraban ruidosamente, al verlo dispuesto para la caza.

La empresa que intentaba era azarosa y él sabía que el instinto de los perros los llevaba a huir de las tierras peligrosas, donde se hallaban las arenas movedizas y los lodos profundos.

No podía contar con los *setters:* «Snow» y «Flame», uno blanco como la nieve y el otro rojo como la llama viva, porque eran inteligentes y, por lo tanto, demasiado prudentes. Su mirada se posó, unos instantes, en «Tempest».

Era un *pointer* de pura raza, ágil como un látigo, que no obedecía más que a su violento instinto de caza.

Weybridge lo quería como un padre, indulgente con la picara conducta de su hijo.

—Es el único de mis perros que no se siente esclavo —solía decir—, y no sólo eso, sino que apenas se considera un servidor.

—Pues ¿qué es, entonces? —preguntaban los que no entendían al cazador.

—Es un amigo —respondía, gravemente, Weybridge—, y un aliado.

Abrió la puerta de la jaula y el *pointer* salió como una flecha, en persecución de las gallinas que picoteaban en el patio. Los otros perros empezaron a aullar, quejándose, celosos.

—«Tem» —murmuró el dueño—, o la jornada será espléndida o será terrible.

Después de un momento de duda, cogió una escopeta automática de cinco tiros.

No le gustaba aquel arma, que consideraba injusta y deshonesta. Ante una escopeta de dos tiros, la pieza que se pretende abatir tiene una esperanza de salvación; pero no existe oportunidad ante la rápida ráfaga de una automática.

Weybridge se portaba con lealtad con los animales que trataba de cazar; enrojecería de vergüenza si disparara contra una liebre en su camada. En el coto que le pertenecía tenía prohibido que se segara del todo la hierba, de esta manera los animales tenían una defensa.

La automática, capaz de abatir de una vez una nidada completa de perdices, que ahoga el canto matinal de las codornices y que concede al cazador la ventaja de poder errar dos tiros, era, en su opinión, un arma desleal.

—¡Bah! —exclamó, examinando minuciosamente el cañón—. ¡Váyase por las arenas movedizas y así la balanza queda compensada! Las arenas movedizas hay que tenerlas muy en cuenta; casi tanto como a mi propia piel.

«Tempest» se puso a andar a su lado, ya que consideraba servil el andar detrás del amo, pisándole los talones; iba siempre de compañero y parecía dispuesto a entablar conversación.

Weybridge dejó el Seaw a su izquierda y tomó la dirección del mar. El *pointer* apuntó con el hocico, tembloroso, hacia los juncos próximos, de donde salieron

volando unas cercetas y luego se quedó parado ante una grulla que huyó, gritando y dejando con sus largas patas un doble surco sobre la superficie del agua.

—Iremos hacia la orilla del mar —dijo Weybridge y, sin duda, el perro le comprendió, puesto que se dirigió hacia la ambarina línea del oeste. Debía pensar en las despavoridas bandadas de gaviotas y en las nubes de cercetas, que pueblan las orillas del agua salada.

Cuando Weybridge llegó al acantilado hizo alto y paseó la mirada a lo largo de la muralla cenicienta.

Sabía que, a un kilómetro de allí, cesaba bruscamente, para dar paso a un riachuelo nacido en el Fenn, al cual había que remontar para llegar a la región maldita.

La mañana era gris, pero clara. El horizonte, lavado por las lluvias de la víspera, se enlazaba, allá a lo lejos, con las colinas de la costa.

En lo alto del acantilado, pequeñas cercetas se perseguían piando de alegría, mientras unas gaviotas de humor furibundo echaban de sus rocas a grandes pájaros negros.

Weybridge sonrió a aquel cuadro familiar; un extraño sentimiento de melancolía se apoderó de él. Sin saber a ciencia cierta por qué, pactó, maquinalmente, una tregua con sus adversarios de otras veces.

Un ánade salió volando a diez pasos de distancia, con ruidoso aleteo; Weybridge no hizo ningún movimiento y «Tempest» gimió sin comprender.

Aunque muy vagamente, el cazador se sentía hermanado con el miedo de aquellos animales que recibían la muerte de manos del hombre; pasadas unas horas, él mismo sería una presa fácil, perseguida por la más fúnebre de las bestias…

Al doblar un recodo apareció el Fenn, grande, dilatado, espejeante y salpicado de escuálidos arbustos; cerca de su centro geométrico, un cerro se elevaba hacia las brumas bajas.

—Conozco un kilómetro de camino por terreno firme, «Tem» —dijo Weybridge —, y después… que Dios nos guíe.

El *pointer* había tomado la delantera. No venteaba, iba aspirando a grandes tragos la brisa de tierra, que les llevaba un hedor de carroña y podredumbre. Weybridge observó que la marisma, parecida a un inmenso juego de damas, de cuadriláteros casi regulares, los iba cercando y por fin vio a la avutarda.

La avutarda es una bella zancuda de pico respingón, como la nariz de un golfillo parisiense. Es ladina como el diablo y desconfiada como ella sola; deja la playa firme y los terrenos de aluvión a la garza presuntuosa y se refugia en los bancos de arenas movedizas, sabiendo que allí está al abrigo de las rociadas de plomo.

Las aves vieron al hombre y se quedaron petrificadas, espantadas de su audacia.

Todavía caminaban por terreno firme, pero muy pronto aparecieron, a los lados, traicioneros manchones de espumillas de agua y hierbas anegadas.

Weybridge los contorneó, y después, tanteando el terreno con la punta de un

junco, reemprendió el camino por el Fenn.

A primera vista, el terreno que le rodeaba era seguro; lenguas de tierra firme se adentraban, como espadas, en el pantano y sostenían su peso sin un fallo y sin que las huellas de sus pasos se cubrieran de agua. La ilusión de un juego de damas había desaparecido de la vista del cazador, pero se mantenía en su memoria. Una vivida imagen le impresionaba: en aquella partida fantasma, él mismo era la prenda, colocada en el centro del damero.

La atmósfera tenía esa peculiar mezcla de paz y furia, característica del final de un temporal nórdico, con sus alternativas de calma absoluta y súbitas ráfagas de viento. A lo lejos, la sombra negra de las avefrías se desparramaba sobre los juncos y, en ocasiones, Weybridge creía oír el tenue grito de las aves.

Al volver la vista hacia el acantilado, lo vio mucho más lejano de lo que suponía y su corazón se encogió ante la inmensa y hostil soledad, de la cual él era el punto central, apenas visible.

Además, el horizonte se desplazaba, como movido a voluntad por una serie de espejismos. Allí donde el hombre creía hallar el mar, no veía más que la línea lechosa del acantilado; un bosquecillo de cañas, que había localizado hacia el sur, ahora era inexistente; lo habían reemplazado unos islotes de algas muertas. Tembló ante la magia del lago y, poco a poco, el espanto de aquellas aguas fue adueñándose de él.

La loma central estaba más cerca; el camino que iba siguiendo se convirtió en una senda de arena ocre. Aquel cerro oscuro representaba para el hombre la salvación y la seguridad.

Una vez se hallara a su abrigo, dominaría aquel terreno espantoso, conocería el camino de vuelta hacia la tierra firme y poseería el secreto del Fenn. Las distancias son traicioneras en el pantano, y cuando Weybridge había recorrido un kilómetro por el sendero de arena se hallaba tan lejos de la loma como antes.

«Tempest» caminaba de nuevo a su lado y nada en su actitud denunciaba su alegría de costumbre. De vez en cuando, el hombre veía que la mirada roja y pensativa del perro se posaba en él furtivamente. De pronto el perro se paró en seco, olfateó el aire y gimió; la cola empezó a batir precipitadamente, en sus flancos temblorosos.

—¿Qué te pasa, «Tem»? —dijo el amo.

El *pointer* le lanzó una profunda mirada y encorvó el espinazo.

—¿Tienes miedo? —preguntó Weybridge, asombrado.

Entonces oyó un ruido que salía del fondo del llano líquido.

Era un rumor doble y singular: el ruido de un papel que se rompe, unido al chirrido agudo de una lima, al frotar contra el hierro.

El cazador no pudo clasificar el ruido, pero le recordó vagamente el graznido lejano de las grandes rapaces, cuando caen sobre su presa.

—«Tem»… —empezó a decir; pero de pronto sintió un agudo dolor: el perro no estaba a su lado.

El cazador giró sobre sus talones y le inundó una terrible tristeza; a lo lejos, llegando ya al final del sendero de arena, una mancha blanca, tachonada de fuego, huía hacia el horizonte… «Tempest» desertaba, «Tempest» le había traicionado…

«Heme aquí solo —se dijo Weybridge— y, sin duda alguna, en un gran peligro, puesto que “Tempest” ha huido».

Algo se movía entre el cielo y el agua, proyectando su sombra contra la loma…

El cazador vio la doble línea de unas alas de poderosa envergadura, una especie de mano mutilada que hería el aire, y un gran chirrido, como de goznes enmohecidos, llegó hasta sus oídos. El Wulkh.

* * *

Disparó: una vez, dos, tres veces.

El monstruo aéreo giró sobre un ala, planeó y, de pronto, se lanzó al agua, como desplomado.

—¡Herido! —gritó Weybridge—… ¡Herido!

Se lanzó hacia delante.

A veinte pasos de distancia, el animal chapoteaba entre el agua, como un inmenso globo que se desinfla.

El hombre sintió que un goce formidable invadía todo su ser.

Después una mano asió su tobillo izquierdo, luego el derecho; sintió unas poderosas sacudidas, como si una fuerza mortal le arrastrara hacia las profundidades. El agua del pantano pareció subir de nivel bruscamente, el cerro subió hacia el cielo. Weybridge se sintió empequeñecido. Muy pequeño: sus rodillas se hallaban al nivel de la calzada.

Estaba siendo absorbido por las arenas movedizas y comprendió que su corta victoria sobre el monstruo de los aires era el fin de su destino humano.

* * *

Cuando la arena llegó hasta sus hombros, había dejado de existir.

Los que describen sepultamientos en las arenas movedizas, crean, en general, páginas de literatura inmortal. Pero, por fortuna, esa bella prosa miente. La agonía del sepultado no dura hasta que la arena penetra en los ojos.

Cuando el pecho queda preso en el abrazo final de la arena, la vida humana se extingue.

Cuando los ojos de Weybridge lanzaron una última mirada de desesperación a las lejanas brumas, ya habían quedado ciegos para siempre. En aquel momento, a unos kilómetros de allí, en el espolón del sur, un hombre salió de un bosquecillo de cañas y empezó a desmontar unos poderosos prismáticos.

—Se acabó —murmuró, contemplando el lugar, en el cual sus débiles ojos no distinguían más que sombras imprecisas.

Se sentó en un otero cubierto de césped, sacó de un bolsillo un frasco de pastillas y se llevó a la boca unas cuantas; luego, con un gesto cansado, se quitó el sombrero.

El cráneo quedó al descubierto, extraño, piriforme, cubierto de una pelusa rojiza.

—Buen trabajo, cariño mío —cloqueó—. Weybridge desciende, poco a poco, hacia el centro de la tierra; allí se unirá con la linda damita y tantos otros atrapados en el espantoso espejismo… ¡Ya puedes volver a tu nido y dormir a placer en un baño de fósforo!

—El monstruo alado se elevó pesadamente y aleteó torpemente en la bruma.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —invitó el hombre.

El Wulkh tembló, giró sobre un ala y de pronto se disolvió en una humareda que giró en volutas en el aire del atardecer.

—¡Vuelve, vuelve, cariño mío!

Una nubecilla empañada se deslizó hacia el solitario, rodeó un instante su cabeza, como una aureola negra y desapareció.

La pelusa se estremeció y resplandeció como si un rayo de sol la inflamara.

—¡Basta! —gimió el hombre.

Se levantó bruscamente y dirigió los puños cerrados hacia una bandada de cercetas que pasaban, muy altas, por el cielo, gritando.

—¡Jamás he podido disparar a uno de esos animales! ¡Jamás he podido levantar siquiera un arma y el retroceso del disparo me hubiera tirado al suelo!

«Me hubiera gustado cazar, como a todos; perseguir a un animal asustado, acorralarle hasta su último refugio y matarle. ¡Pero la naturaleza me ha rehusado la fuerza!».

Con un gesto de rabia, se arremangó las mangas del abrigo, mostrando un brazo delgado, esquelético, fláccido.

—No he conocido más que animales muertos, oliendo a carroña. ¡Mi parte en la caza son los intestinos, el algodón que rellena los vientres, el yodo que los perfuma y la parafina que los unta!

«¡He llorado de rabia y dolor sobre los libros de aventuras, las historias de caza y las páginas deportivas de los periódicos!».

—«¡Todas esas alegrías intensas me han sido negadas porque era débil, y sin belleza alguna!».

Con los nudillos se dio en el cráneo, que sonó como la madera de una puerta.

—¡Pero tenía otra fuerza!… cloqueó.

—La que dio vida al Wulkh…

—La que dio vida a Sheedoo…

—¡Oh, Sheedoo!

Dirigió la mirada hacia la espejeante inmensidad de las aguas…

—¡Muéstrate!

El agua gorgoteó; surgió una gran masa gris, rodeada de sombras.

—¡Mírame, Sheedoo, bella mía!

Unos ojos formidables, horribles como lunas malditas, mostraron la esfera de dos llamas líquidas; después unos tentáculos gigantes se estiraron, llenos de cruel lasitud.

—Vuelve, Sheedoo… ya basta por hoy, ya no puedo más… tienes que dormir.

Sobre la superficie del mar ya no había nada.

El hombre se levantó y, a la luz de la noche, su abrigo ofrecía el aspecto de unas alas enormes.

—¡Me llamo Hingle! —rugió a la faz de la inmensidad—. ¡Hingle! ¡Creo el espanto y, del espanto, saco la muerte!

Las gasas flotantes de la niebla le hicieron toser.

—Hace frío —se quejó—. Esta neblina es muy mala para mi pecho.

Dando grandes zancadas, se dirigió hacia la orilla del pantano, masticando ávidamente las pastillas con sabor a alcanfor y yodo.

DAVID STONE

Jean Ray

Los sabios, desde sus laboratorios, habían anunciado el acontecimiento, pero Inghram era una ciudad de pequeñas industrias y mísero comercio, que se complacía en la soledad de sus tierras y los sabios nunca tuvieron voz ni voto.

Sea dicho esto a modo de introducción.

La ciudad se encontraba tierra adentro, al norte de un río tan cansino que hubo, en tiempos, que canalizarlo un poco; como quiera que sea, David Stone consideraba que la ciudad era marítima y hasta que tenía puerto, ya que un pequeño embarcadero embreado se extendía desde la puerta misma de su despacho hasta las aguas, poco profundas del río.

—¿Es una nube, aquello que se ve por encima de los álamos? —preguntaba Snuffy, el viejo empleado.

—Es un barco —protestaba David—, un velero; ha arriado velas fuera y ahora lo remolcan. Viene derecho del mar.

—¡Oh, un barco! —se burlaba Snuffy—. ¿En el río Hulmar, un barco venido de la mar? ¡Ja, ja, ja!

—¿Y por qué no? —gruñía Stone, furioso—. Bien llegan las gaviotas hasta aquí.

—Eso es cierto —concedía Snuffy—. Cierto… No sé cómo, pero es cierto.

—Veo las altas vergas.

—Son ramas de árbol.

—David Stone, que se hallaba a la cabeza de un vacilante comercio local, vivía con la extraordinaria idea de que un día un barco que viniera derecho desde el mar, llegaría a amarrar a lo largo de su embarcadero temblequeante.

Si se le hablaba de la poca importancia del río, él contestaba:

—Donde hay agua puede llegar un barco.

—Muy cierto —afirmaba Snuffy—. Pero, entonces, ¿por qué no se llegan al cubo de la colada de la comadre Appleby?

Sin embargo, aquella tarde, contemplaba, con un poco de inquietud, la sombra que se elevaba tras los álamos.

—¡Es una nube! —gritó al fin, con una alegría perversa.

—En efecto —concedió Stone, defraudado—, pero un día, mañana tal vez, puede que sea un barco que…

—Mañana —se burló el empleado.

No sospechaba siquiera que aquella única palabra estaba llena de temibles aprensiones.

—Qué grande y negra es la nube —comentó David.

Después la conversación cesó.

Snuffy se puso a sumar unas cifras.

—Los negocios van muy mal —susurró.

Cuando no se trataba de barcos, David Stone era un hombre tímido y sombrío.

—¿Cree usted, Snuffy?

—¡Ni siquiera tengo algo que sumar! No sé cómo va a pagar al panadero esta semana.

—¡Oh! ¿De verdad no podremos pagarle?

—No, no podremos. ¡Y nos moriremos de hambre!

—A menos que… —empezó David.

—Que no llegue un barco, cargado con todo el oro de las minas de África, ¿no es eso?

—Me siento muy desgraciado —confesó Stone—… Dígame, Snuffy, ¿quién es esa mujer que atraviesa la calle, acompañada de Hangfield?

—Es una artista, señor —dijo el empleado, severamente—; cantará esta noche en el teatro, los precios de cuyas butacas se han triplicado en esta ocasión. Supongo que Hangfield, como es muy rico, le hará muchos regalos.

—¿Una artista? Me gustaría oírla.

—Bueno; pues venda usted su embarcadero como leña para quemar, a fin de poder comprar un asiento de platea; pero nadie querrá la leña del embarcadero, porque está podrido hasta los tuétanos.

David Stone gimió:

—Mire, Snuffy, qué bella es. Hace un momento miró hacia esta ventana con sus ojos, azules. ¡Qué luminosos!

—¡Habrase visto! —exclamó Snuffy—. ¡Y ni siquiera sabe si podrá pagar al panadero esta semana!

—Me gustaría oírla —repitió David con dulce obstinación.

—Pues vaya usted a pedir limosna al ciego de la iglesia de St. John; porque por más que rebusque en la caja no va a encontrar ni un céntimo.

—¿Tendré que morir…? —empezó David, en voz baja.

—¿Sin haber oído a la cantante, o sin haber visto un barco de tres mil toneladas navegar por este pantano? —interrumpió Snuffy.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y sin poder meter las manos en una caja llena de monedas y sin poder firmar un cheque de diez libras!

Un trueno hizo temblar el aire.

—La nube está hablando —dijo Snuffy.

De pronto, el aire se hizo tan denso que abrieron la ventana; pero la calle envió a la habitación soplos de fuego.

Sobre un alto aquilón vecino, que terminaba en aguda arista, los fuegos de San Telmo lanzaban las llamas verdes de sus miradas.

Se hizo de noche rápidamente, como si se tratara de un eclipse.

Snuffy encendió el gas. La mortecina luz hizo que el despacho pareciera aún más mísero; David volvió los ojos hacia la calle, que se había animado un poco.

Unos coches cruzaban la calle.

—Van al teatro —murmuró Stone.

—¡Tienen dinero! —clamó Snuffy. ¡Mucho dinero! ¡Montones de chelines, montones de libras! ¡Ah! ¿Por qué no se dedica usted a vender cueros de vaca, en lugar de esperar la llegada de barcos fantasmas? David Stone, agente marítimo, ¡vaya un timbre de gloria!

Los álamos fustigaban la nube, como si quisieran oponerse a aquella máscara de tinieblas y vapores de humo.

Después empezó la lluvia, furiosa, dura, mezclada con granizo ruidoso.

* * *

David apenas podía mantenerse de pie contra el muro del teatro; un viento furioso barría la calle, las tejas volaban por el aire, silbando como cohetes. Pero, por encima del clamor de la tempestad, Stone oía las palabras de su sueño:

—Primavera… Amor… Flores… Amor.

—¡Oh, amor, amor! —repetía—. ¡Qué bella debe de estar ahora!

Un formidable relámpago iluminó la calle con una luz cegadora; un sordo aullido salió de pronto de la noche y alcanzó un diapasón tan agudo que parecía que una horda de monstruosos fantasmas hubieran empezado a silbar a la cantante. Al mismo tiempo, una gran antorcha rojiza se iluminó por encima de la línea de los tejados.

«Un rayo ha caído en el gasómetro, pensó Stone… ¡Santo Dios! ¿Qué pasa? ¿Por qué corre toda esa gente?».

Recibió un golpe violento en la espalda, Juego otro en las piernas, después uno más, en pleno rostro; se cayó de bruces, contra el suelo.

Se levantó, vivamente, espantado al sentir algo helado en la cara.

Entonces se encontró frente a frente con el terrible rostro del desastre. Las aguas tumultuosas, tachonadas de luminosidades insólitas, invadían la ciudad.

* * *

Durante algunos minutos, estuvo como aturdido por el ruido de los derrumbamientos y clamores.

No sólo el oleaje estallaba deshecho en espumas, con una rabia insensata, sino que desde el cielo, entre la espesa catarata de aquel diluvio, las descargas eléctricas se abatían sobre la ciudad, en largas llamaradas verticales.

Después, a una veintena de pasos de donde él se hallaba, de la gran puerta del teatro, brotó una nueva oleada: la de una muchedumbre enloquecida, aulladora, criminal, que se lanzaba a la calle.

En el espacio de unos segundos vio crímenes cometidos por la locura furiosa: rostros lacerados, miembros rotos o torcidos; el brillo del acero al hundirse en las

espaldas y fogonazos culebreando en la noche.

—¡Ella! ¿Dónde estará ella? —exclamó David…

La entrada del teatro se hallaba ahora vacía, bajo la luz avara de algunas lámparas aún encendidas. Sin saber cómo, David se encontró en el vestíbulo, del que salían llamadas angustiosas de ayuda; pasó por encima de cuerpos cuya sangre empezaba a diluirse en el agua viscosa que iba subiendo de nivel.

Llegó a la gran sala del teatro.

Estaba terriblemente vacía; sólo las cascadas que formaba el agua, bajo las puertas, lloraban con ruido argentino. Las luces eléctricas empezaron a titilar al unísono.

De pronto, *la* vio.

Sola, inmóvil en la escena, convertida en la estatua del terror.

—Se… señorita —murmuró—… tenga usted valor… Voy a ayudarla.

Un enorme pedazo de yeso se desprendió del techo y pasó rozándole. Entre dos filas de butacas se hallaba, acurrucado, el cadáver de Hangfield, con la cabeza destrozada.

Stone saltó las butacas y vadeó, chapoteando, el riachuelo rápido y sombrío que se había formado.

Las luces palidecieron y acabaron por extinguirse.

… Ella se encaramó en sus hombros.

Entonces David Stone tuvo una idea peregrina:

—¡El embarcadero!

* * *

Sí, a pesar de la noche, el oleaje y la tormenta, llegó al embarcadero en el momento en que una sacudida infernal lo arrancaba de su base. Y de pronto, arrastrada por un remolino atroz, la vieja plataforma de madera empezó a flotar, salvándolos, a ellos solamente, de la ciudad que ardía, se resquebrajaba, se hundía.

* * *

El alba.

La tormenta parecía barrer la inmensa superficie de las aguas; el aire, empañado, rebotaba en la superficie picada de las olas. Los restos del embarcadero flotaban como una almadía, siguiendo el inmenso capricho de la corriente.

En el horizonte, Stone vio una masa turbulenta y humeante, que se bamboleaba bajo el viento: eran las últimas humaredas del incendio que había destruido Inghram.

Ella era una figurilla, muy pálida, desvanecida; él la contemplaba con estupor, como si viviera al borde de un sueño interminable.

Pasó horas enteras acariciando su rostro inmóvil; por fin ella se estremeció largamente y empezó a llorar.

—¡Vive, se ha salvado! —murmuró David, con una alegría extasiada.

Llegó la noche. Él la apretaba entre sus brazos, ella se hallaba en un estado de inconsciencia sombría y mantenía los ojos cerrados. No habían dicho una sola palabra. Ella pasó de su estado de semiinconsciencia a un sueño pesado. David notó que las maderas, viejas y podridas, se iban hundiendo bajo sus pies.

Cuando llegó el día, el agua le cubría los tobillos; sostenía a la cantante en sus brazos, infinitamente doloridos por el frío y la fatiga. Lentamente, el viejo embarcadero abandonaba a su dueño.

* * *

David Stone dirigía una plegaria al cielo, donde las nubes empezaban a romperse, dejando ver trozos azules y un poco de luz solar.

—¡Señor, sálvala!

La balsa hizo un movimiento giratorio, inquietante.

Haciendo un inmenso esfuerzo, David Stone se cargó a la cantante sobre la espalda. En aquel momento se hundió.

* * *

¡David tocaba tierra con los pies!

El agua chocaba violentamente contra su pecho, pero no era muy profunda.

—¡Estoy pisando tierra —gritó, lleno de júbilo—, puedo andar!

Y, de pronto, se sintió como deslumbrado:

A unos cien pasos de donde se hallaba, había un barco.

* * *

¡Un barco, una goleta, procedente del mar!

Atrapado por la terrible tormenta a unos cuarenta kilómetros de Inghram, rio Hulmar abajo, la subida de las aguas le había llevado, con su pavorosa corriente, allá donde ni siquiera los barcos de una tonelada podían navegar por falta de agua. En aquel momento el barco estaba inerte, en medio de aquella ciénaga, con la quilla profundamente hundida en el lodo, sin poder volver a aguas navegables.

David Stone cantaba, transportado por una alegría inmensa:

—¡Un barco, venido del mar! Y *Ella ¡Ella!*… va a salvarse.

Andaba sobre un fondo viscoso, que se pegaba a sus pies. El agua le llegaba ya a los hombros y seguía creciendo; tragó el agua, helada: sus ojos se llenaron de

sombras.

—Soy feliz —balbuceaba—; ¡ah, completamente feliz! La goleta se hallaba a unos pocos metros; la gente de a bordo los vieron llegar.

El suelo se derrumbó repentinamente bajo sus pies y el agua los cubrió.

David Stone no reapareció.

* * *

—¿Dónde está el hombre que la traía? —gritaron los marinos de la goleta.

—¿Un hombre? —se extrañó la joven—. ¿Un hombre?

—Ha desaparecido —dijeron, desolados, los marineros.

—¿Qué hombre? —preguntó ella con voz mortecina—. Yo no sé nada; ¿ha sido un hombre quien me ha traído hasta aquí? Ni siquiera he visto su cara.

EL ÚLTIMO VIAJERO

Jean Ray

TOCADO con su gorra a cuadros, metido dentro de un abrigo que tenía casi su misma edad, John no parecía el impresionante camarero del «Hotel Reina del Océano»; se había vuelto a convertir, y lo seguiría siendo en los próximos siete meses, en que la temporada balnearia estaría muerta, en el sencillo baratijero de la Humberstreet de Hull.

Mr. Buttercup, el propietario del hotel, le tendió la mano cordialmente.

—Cuento con volver a abrir el establecimiento el año que viene, el quince de mayo, amigo John.

—Así será, si Dios lo quiere —dijo John, vaciando gravemente el vaso de *whisky* que su patrón le había servido a modo de despedida.

Un gruñido tormentoso de la marea llenó el espacio, empañado por la niebla baja.

—Ya se ve que la temporada ha terminado —contestó John.

—Nosotros somos los últimos —añadió Mr. Buttercup.

Una decena de siluetas, inclinadas por el peso de informes bultos, trepaban por la cuesta que unía el malecón con la diminuta estación de ferrocarril, embaldosada como una cocina holandesa.

—Los Stalker se van —dijo John—. El guarda de la escollera les ha dicho que hoy nevaría.

—¿Nevar? —se indignó Mr. Buttercup—. ¡Pero si sólo estamos en octubre!

John contempló el cielo, oxidado por las nieblas marinas; el vuelo de las zancudas le produjo un sentimiento de tristeza.

—Vuelan más allá de los pantanos —dijo—; mala señal es que hagan eso.

Un gran pájaro, de impresionante blancura, cruzó el aire en una órbita rabiosa.

—«Snow… Snow»[6] —parecía gritar.

—¿Oye usted? —preguntó John, intentando reír.

—¡Nieve, por Dios!, pues no faltaría más… ¡Nieve! —dijo Buttercup Luego añadió, filosóficamente—: Y, después de todo, ¿a mí qué me importa? Mañana vendrán los camiones a llevarse los muebles que no quiero que pasen aquí el invierno, y pasado mañana ya estaré en Londres.

John quiso decir algo que atenuase la sensación de soledad de su jefe, pero no pudo.

—¿Qué pasa, qué es eso? —preguntó después de un momento de pensar en vano.

A lo lejos, un martillo repiqueteaba febrilmente sobre madera.

—Es Windgery, que también se va —se asombró Míster Buttercup—. Está clavando los postigos de su casa.

—Pero entonces se queda usted solo, completamente solo; en cuanto salga el último tren, el jefe de estación se irá al pueblo.

Mr. Buttercup se encogió de hombros: ¡solo!

—Esos son los gajes de abrir un hotel veraniego en un agujero del Este, en lugar de establecerse en Margate o Folkestone.

—No ha sido mal negocio —protestó John suavemente, llevándose la mano al bolsillo en el que guardaba la cartera.

—Nooo —contestó Mr. Buttercup.

Allá en el horizonte, una locomotora lanzó un silbido tenue como un hilo.

—Ya llega el tren —dijo John—. Me voy; hasta la vista, Mr. Buttercup.

—Tiene usted tiempo todavía; tómese otro trago de *whisky*.

—El último vaso, Mr. Buttercup; a mi edad no resulta muy agradable correr detrás de un tren.

Mr. Buttercup se quedó solo en el vestíbulo vacío y oscuro. Ya no sonaba el martillo al otro lado de la calle.

Contempló cómo la marea creciente iba destruyendo los castillos que los niños de Stalker habían construido en la arena aquella mañana, en la playa ventosa.

—Fi-iin… Fi-iin rechinó una becada que revoloteaba huyendo del estanque vecino.

—De la temporada, de la temporada —completó Míster Buttercup, queriendo demostrar a los doce sillones de paja que aún tenía humor para bromear.

Pero ni la becada ni los sillones se ocupaban lo más mínimo de su estado de ánimo.

Un hombre corría desesperadamente por la cuesta que llevaba a la estación.

Un silbido de la locomotora fustigó al retrasado; echó a correr aún más de prisa, haciendo gestos de títere desdichado.

Mr. Buttercup se rio a placer.

—Mr. Windgery pierde el tren —decía—. ¡Ja! ¡Ja! ¿No tiene gracia?

El ruido del teléfono interrumpió su explosión de alegría. Era el empleado de la central eléctrica, que le avisaba que iba a cortar la corriente, ya que la temporada había terminado.

—Pero yo me quedo aún aquí —protestó Mr. Buttercup.

—¿Piensa prolongar usted sólo la temporada? —se burló el empleado.

—Hago lo que quiero —se enfadó el hotelero.

—Por supuesto; pero nosotros también. Sería una idiotez mantener una dinamo en funcionamiento sólo para que usted encienda su lámpara de bolsillo, ¿no cree?

—¡Lámpara de bolsillo! ¡Lámpara de bolsillo! —se indigno Mr. Buttercup, que había puesto grandes arañas en el comedor.

—¡Pues sí, lámpara de bolsillo! ¡Qué pasa!

Otra voz se mezcló en la conversación; era la del jefe de estación.

—¡Oigan! ¡Oigan! Las conversaciones telefónicas han concluido. Los despachos de la estación y del telégrafo se cierran.

—Quieren cortar la corriente —dijo Mr. Buttercup, indignado.

—Me tiene sin cuidado —gruñó el hombre del tren—. Ya no hay servicio de

noche aquí y, además, la estación está iluminada con acetileno. Vamos, yo también voy a cortar.

Mr. Buttercup perdió un poco sus buenos modales de dueño de hotel y comparó a sus dos interlocutores con utensilios higiénicos.

—¡Señor mío! —gritó el jefe de estación—. ¡Está usted insultando a un funcionario público! ¡Usted, un vulgar vendedor de agua caliente!

—¡Merluzo! ¡Salmonete! ¡Pedazo de congrio! —vociferó el empleado de la electricidad, que se pasaba los domingos pescando.

De un lado y de otro, siguieron diciéndose un largo repertorio de injurias a través del hilo; después, los dos ciudadanos locales se pusieron de acuerdo para invitar a Míster Buttercup a cerrar el establecimiento e irse a Londres o al infierno, si no quería que sus pantalones de franela blanca entraran en contacto con sus fuertes botas.

El infortunado todavía oyó que el electricista le proponía al jefe de estación cargar un tren especial con los instrumentos a propósito para cortar en pedazos al canalla del hotelero; luego el jefe lamentó vivamente no tener material rodante a su disposición y por último los dos compadres se pusieron de acuerdo para citarse en un albergue conocido, donde había una cerveza excelente, un *whisky* maravilloso y una gran cantidad de fritura de pescado.

Mr. Buttercup cogió una de las velas de estearina verde que adornaban el piano, improvisó un candelabro con una botella de limonada y, melancólicamente, se sirvió un vaso de *whisky*.

Un rosario de nácar pálido se desgranaba aún en los últimos vestigios del crepúsculo, en el oeste.

Con los jirones de niebla, la sombra construía templos fantasmagóricos en las faldas de las dunas.

La llama de la vela verde vacilaba, dibujando imágenes temerosas que parecían sombras agazapadas por los rincones del vestíbulo.

Alguien llamó a la puerta, la empujó y, con un suspiro, se dejó caer en uno de los sillones de paja.

* * *

Mr. Buttercup le contempló con incredulidad.

Al principio lo tomó por una de aquellas sombras que se deslizaban tranquilamente por el vestíbulo vacío; pero un nuevo suspiro, más doliente, le demostró que era un ser humano el que se había instalado en la butaca.

La luz de la vela sólo permitía su identificación a poca distancia.

—¡El señor Windgery! —exclamó el hotelero—. ¡Vaya una sorpresa!

Había olvidado su lenguaje correcto y oficioso de dueño de un hotel.

—Le he visto ir hacia la estación.

—Se me escapó el tren —jadeó el hombre.

—Pues corría usted que era un contento. Le he visto. ¡Por Dios, está usted sin aliento!

—El pecho —silbó—. Muy delicado… Los pulmones atacados… Quería irme… Nieve.

—¡Otra vez! Pero no nevará, se lo digo yo.

Por toda respuesta, Mr. Windgery extendió una mano, diáfana de puro blanca, hacia la ventana, y el hotelero vio que unos menudos copos sedosos revoloteaban en la noche.

—¡Bah! —murmuró—. ¡Bah! ¿Y qué?

—Es muy malo para mí —se lamentó el enfermo.

—Le llevaré a su casa.

El otro sacudió la cabeza.

—Sería inútil. La casa está vacía y todo bajo llave. Me quedaré aquí si tiene usted una habitación y un poco de té caliente.

—¡Cómo no! —se apresuró a decir Mr. Buttercup, convertido de nuevo en hotelero en funciones—. ¿Querrá usted cenar? Aún hay un poco de carne fría, un pedazo de empanada, conservas de pescado y todo el queso que quiera.

—Gracias. Sólo quiero un poco de té ardiendo, con dos gotas de ron, si no hay inconveniente.

—Me sirve usted de compañía —dijo Mr. Buttercup de buen humor—. Figúrese usted que estoy solo en todo el balneario. Todo el mundo se ha ido. Usted era el último. No tener a nadie con quien hablar en una noche de octubre, a unos pasos del mar que brama, y no oír más que el grito de las aves salvajes, como únicas voces vivientes en torno a uno es, con mucho, el peor castigo para un hombre de bien.

Pero su compañero era tan lúgubre como la noche misma. Con profundo espanto, Mr. Buttercup le vio manchar el pañuelo con rojos esputos; aunque a la mísera luz de la vela parecían negros, con lo que la cosa aún parecía peor.

Deseándole buenas noches, con voz doliente, Mr. Windgery subió a su habitación, apoderándose de la última de las velas verdes, que se agitaba como una antorcha ardiente en manos de un ilota borracho.

Mr. Buttercup se sintió más solo que nunca, bajo la tenue llama que ardía al borde del gollete de la botella; el *whisky* le pareció amargo y se lo bebió de un trago, sin paladearlo; de vez en cuando dirigía una mirada furiosa hacia una de las butacas de mimbre, en la que le parecía ver al jefe de estación, pavoneándose.

Pero no había nada más que una butaca vacía rodeada de sombras atormentadas, y el tembloroso reflejo de la nieve, que blanqueaba las tinieblas.

* * *

Cuando Mr. Buttercup se despertó, un estremecimiento de horror le recorrió todo

el cuerpo, aunque no pudo comprender por qué.

La noche, tapizada de nieve, era silenciosa y lunar.

Recordaba que al irse a dormir había estado renegando contra la tos carrasposa de Mr. Windgery; ahora ya no se le oía.

«Se ha dormido», pensó; pero no podía explicarse por qué instintivamente, iba acurrucándose cada vez más, bajo las sábanas.

El atardecer, con su cortejo de sombras, debía haberle parecido mucho más horrible que aquella noche silenciosa y espléndidamente clara y, sin embargo, fue ahora cuando Mr. Buttercup tuvo miedo… Con una voz que no era más que un susurro se dijo:

—Vamos a ver: ¿qué pasa aquí?

No pasaba nada. El claro de luna subrayaba el silencio, eso era todo.

—Pero ¿qué es lo que me está pasando? —repitió, con el mismo mísero hilillo de voz.

La respuesta llegó bruscamente del fondo de la noche inmóvil.

Llegó en forma de un ruido sordo, sin eco; un ruido como de suelas de plomo.

Eran unos pasos que sonaban en la casa y que, en aquel momento, la llenaban de un rumor sombrío y monótono.

—¡Mister Windgery! ¡Mister Windgery! —llamó Mister Buttercup.

Sólo los imperturbables pasos respondieron a su llamada; pareció que las pisadas abandonaban la habitación del viajero y descendían lentamente la escalera.

El hotelero se puso, al azar, unas cuantas prendas de vestir dispares. Quiso luchar contra el terror misterioso que le estaba invadiendo como un líquido tenebroso y se chanceó estúpidamente:

—No me puedo quejar de falta de compañía… Primero estaba solo, luego llegó Windgery y ahora este último viajero, que se distrae paseando.

Se inclinó sobre el pasamano pero no vio nada, a pesar de que la caja de la escalera estaba iluminada por una luz plateada.

Los pasos sonaban en los últimos escalones.

—¡Eh! —llamó Mr. Buttercup—. Señor… señor viajero… el último viajero… haga el favor de dejarse ver.

Pero su voz era más tenue que el pelo de un recién nacido y apenas alcanzaba, en un débil soplo de aire, sus propios labios, temblorosos.

Se calló, sin soñar siquiera en llamar a Mr. Windgery e intentó la empresa de bajar la escalera.

Ahora los pasos sonaban en el vestíbulo; después, sin que Mr. Buttercup oyera ruido alguno de puertas al abrirse, ni chirriar las cerraduras, el rumor se perdió en las profundidades de los sótanos.

Lo más singular, como pensó el hotelero más tarde, es que no se le ocurriera siquiera proveerse de un arma.

El ruido cesó y el silencio le dio valor para descender prudentemente.

Tomó unas precauciones tan extraordinarias que le pareció haberse convertido en un ladrón en su propia casa. La puerta de la habitación de Mr. Windgery no estaba cerrada, a pesar del letrero, escrito en tres idiomas que decía: «Cierre su puerta con llave de noche», y pudo abrirla, sin hacer ruido.

El claro de luna permitió que Mr. Buttercup se diera cuenta en el acto del cuadro dramático y lúgubre que ofrecía aquella habitación.

Mr. Windgery yacía en la cama, con la cabeza profundamente hundida en la almohada y la boca negra y abierta como en un grito inaudible, pero que parecía sin fin; sus ojos, abiertos, reflejaban la azulada claridad de la ventana.

—¡Muerto! —balbució Mr. Buttercup—… ¡Muerto! ¡Señor, qué desgracia!

Dos segundos más tarde, huía como un loco hacia el piso superior. Los pasos acababan de atravesar el vestíbulo y subían de nuevo por la escalera.

Si un hombre de ciencia le dijera que en aquel momento había huido guiado por un sexto sentido muy semejante al instinto de conservación de los animales, lo más probable es que acogiera la explicación con un encogimiento de hombros. Lo cierto es que Mr. Buttercup huyó presa de un terror ciego.

La aguda vocecilla de la lógica humana debía haberle aconsejado que cogiera un arma y preparara una emboscada en un rincón oscuro.

Pero el imperioso instinto resonaba en su alma:

—¡Hay que huir! ¡Huir! Contra *esto* soy impotente, sobrehumanamente impotente.

Mr. Buttercup llegó al piso de los desvanes, donde se alojaba el personal de servicio; anduvo entre el desorden y la suciedad que habían dejado criados descontentos. Los pasos, en el piso de abajo, iban de habitación en habitación, como en una metódica visita de inspección.

—Ahora está en la 12 —murmuró el hotelero—… ahora en la 18… la 22… la 29. ¡Dios mío, ahora está en la mía!

Le producía frío en el corazón saber que el Desconocido se paseaba en medio de la noche, entre sus objetos personales y familiares, a los que acababa de abandonar apenas unos minutos antes, y que tenían adherido algo de su propio ser.

En la habitación de una de las camareras vio, en un tabique, una pila de agua bendita, de plata, y un ramito de boj bendito. Entonces tuvo una idea peregrina: amontonó unos cuantos muebles en el pasillo, en forma de barricada y encima colocó la pila, aún húmeda, y el boj.

—Él tiene que pasar por aquí —murmuró—, y entonces…

Mr. Buttercup se hubiera visto en un aprieto si hubiera tenido que explicar la razón de haberle llamado *él*.

Además, no había tiempo de reflexionar ni de razonar; los pasos herían pesadamente los escalones que conducían a su retiro.

Nunca habían sonado tan lúgubres ni tan feroces; parecía que toda la casa temblara de miedo.

—¡Y sigue subiendo! —gimió el infortunado fugitivo.

Llegó hasta las buhardillas, vacías y sonoras; la luna dibujaba manchones claros en el suelo crujiente.

Mr. Buttercup paseó por ellas su mirada asustada.

Aquellos cuartuchos vanos, cubiertos de polvo y telarañas en los rincones, ¿irían a ser testigos de su agonía? De pronto tocó una estrecha escalera metálica: ¡El mirador! Se lanzó contra la trampa del techo, que se bamboleó, pero sus puertas, cuyos goznes estaban cubiertos de moho y suciedad, no se abrieron. Los pasos resonaron en el pasillo de los desvanes, luego siguieron sonando más cerca de la barricada.

—Ni siquiera eso le ha pagado —se dijo el hotelero, llorando. Dando un golpe desesperado que le dejó terriblemente doloridas la cabeza y la espalda, abrió la trampa sobre la inmensa noche azul, blanqueada por la nieve y enjoyada de estrellas.

El mirador era una gran plataforma que dominaba los contornos.

Mr. Buttercup jamás se había aventurado a salir allí; sólo con encaramarse a una silla ya sentía las cegadoras vaharadas del vértigo.

—Prefiero tirarme desde aquí a abajo —lloró—, antes de que *eso* se me acerque.

Anduvo por el espeso colchón de nieve hasta el mismo reborde; una sensación de inmenso abandono se apoderó de su corazón.

A lo lejos, sobre la línea negra del mar, dos luces se perseguían y el ojo amarillento de la escollera le miró insolentemente desde el fondo de las tinieblas.

—Sí, pronto… muy pronto… —lloriqueaba el pobre hombre.

Un rechinamiento de hierros le hizo estremecer. Aquello venía de la escalera mohosa… Estaba ya muy cerca… Más cerca aún… Llegó a la trampa.

Mr. Buttercup vio entonces el cable del pararrayos, brillando suavemente a la luna. Se agarró a él con la fuerza del miedo, saltó la balaustrada y, dando un grito enloquecido, se dejó deslizar hacia el vacío.

Algo saltó a la plataforma.

* * *

Una luz pálida y lechosa iluminó el horizonte.

Al fondo de la calzada cenicienta de la vía se encendió un farol verde; los cristales de la pequeña estación se emblanquecieron bajo la luz helada de una lámpara de acetileno y el primer tren silbó, perezosamente, en lontananza. Mr. Buttercup abandonó la pila de desechos que le había servido de abrigo durante toda la noche y, con los huesos doloridos, las manos ensangrentadas y el cerebro vacío, corrió hacia la estación, iluminada y habitada, que le parecía el oasis más deseable del mundo.

* * *

Hacia las once de la mañana, cuando, a fuerza de humillaciones, se hubo reconciliado con el jefe de estación y ya sabía, por boca del médico del pueblo vecino, que Míster Windgery había muerto a causa de la tisis, Mr. Buttercup decidió dar una vuelta por el hotel.

No encontró nada sospechoso, y ya se hallaba dispuesto a echar la culpa de todo a la soledad y el *whisky*, cuando llegó a la plataforma del mirador.

Como buen inglés, como todo buen ciudadano de cualquier parte del mundo, había leído Robinson Crusoe, pero cuando dio un salto atrás, asustado, no se le ocurrió pensar que había repetido el gesto del célebre náufrago, cuando vio en la playa de su isla una huella amenazadora.

Al lado de las huellas de sus pasos, perfectamente marcadas en la nieve blanda, Mr. Buttercup descubrió unas señales espantables, inverosímilmente odiosas, grandes, enormes, que también llegaban hasta el borde de la plataforma y que no volvían hacia atrás, como si la cosa que anduvo bajo la noche, hubiera emprendido allá un vuelo monstruoso…

Al volver al vestíbulo lanzó un grito de alegría cuando vio que se acercaba el coche oscuro que iba a recoger los restos mortales del pobre Mr. Windgery.

Entretuvo a los taciturnos conductores, a fuerza de *whisky* y de anécdotas divertidas, hasta que llegó el camión que había de llevarse los muebles y prometió a los hombres de la mudanza una propina tan fuerte si acababan a tiempo de que él pudiera coger el último tren, que los hombres estuvieron a punto de romperlo todo, comprendidos sus propios miembros, a fuerza de apresurarse.

Pero Mr. Buttercup pudo estar en la estación una hora antes de que se oyera el silbido del último tren.

Llevó dos botellas de *whisky* añejo para el jefe de estación, que le ayudó a subir al tren con una ternura verdaderamente fraternal y estuvo diciendo adiós con la mano hasta que el convoy no fue más que un punto en el horizonte.

* * *

Los miembros que ocupaban la gran mesa de «El Dragón de plata», una encantadora taberna de Richmond Road, donde Mr. Buttercup acababa de contar su historia, pidieron barajas, dados y un tablero de damas.

—Eso es lo que se llama sugestión, autosugestión —dijo Mr. Chickenbread, que vendía instrumentos de música en la espaciosa tienda vecina.

—Una alucinación, —añadió Bitterstone, que trataba en aceites y orujos.

Mr. Buttercup se rascó la cabeza, casposa.

—Cuando uno se llama Buttercup —respondió, vejado—… no se es un sujeto predispuesto a alucinaciones.

Se hizo la ilusión de que acababa de decir algo muy importante al hacer mención

del honorable nombre de sus antepasados, y añadió con suficiencia:

—Y menos cuando se es propietario del hotel «Reina del Océano».

Los dados rodaron; los pequeños puntitos, como picadoras de mosca en el hueso amarillento, decretaron ganancias y pérdidas, que pagaba la ronda.

En el tablero de damas, los discos blancos se rendían ante el sombrío avance de los negros; un peón doble estaba peligrosamente aislado, en terreno de nadie. Sólo, en su rincón, el viejo Dr. Hellermond permanecía pensativo.

—Yo conozco —decía, más para sí que para el plácido Buttercup—, esos pasos de que habla…

«Durante años he sido médico interno del hospital. Muy a menudo los he oído en las noches vacías, en las que no había más que hálitos de formol y llantos adoloridos.

»Hacían su pesada ronda bajo la sombra rojiza de los hornos; sonaban sin eco en los largos pasillos, constelados de lamparillas avaras.

»Precedían a las angarillas nocturnas, que los enfermeros transportaban a los depósitos de cadáveres, helados por los vientos y las corrientes de agua.

»Los oíamos, pero entre nosotros, los médicos, las enfermeras y los vigilantes, habíamos hecho un acuerdo tácito de no hablar jamás de ello.

»Algunas veces un novato rezaba una oración en voz alta. Nosotros sabíamos que cada vez que resonaban los pasos se hacía un vacío en la vida dolorosa de las salas, demasiado blancas.

»Los sombríos alguaciles de la prisión de Newgate, cuando preparan para el alba siguiente la bandera negra con la N mayúscula, oyen esos pasos venir desde el fondo del corredor y dirigirse a la celda más siniestra entre todas las celdas».

El Dr. Hellermond se calló y se interesó en el juego de damas, océano claro, donde, de vez en cuando, naufragaban las diminutas balsas de los peones y los navíos de las damas.

MR. GLESS CAMBIA DE DIRECCIÓN

Jean Ray

El día en que David Gless celebraba su cincuenta aniversario, lanzó, a través de gentes y cosas, una mirada retrospectiva a su vida.

Celebrar es decir mucho, ya que nadie le ofreció una flor, ni una chuchería, ni le felicitó; ni siquiera él se regaló con un vaso de cerveza más de lo acostumbrado. La mirada al pasado fue, por lo demás, breve, y el comentario resumido en unas palabras: «¡Qué puerca vida!».

Miss Trossett entró, como un vendaval, en la tienda de Mr. Gless y le acusó de haberle vendido unas judías rojas que no querían cocerse.

Dave Gless no sentía especial rencor por miss Trossett, aunque era una clienta enojosa y descontentadiza, pero aquella noche —¿por qué aquella noche entre todas? — le molestó.

—Necesito —añadió la mujer— media libra de arroz, pero imagino que, como siempre, estará carcomido y manchado con cazcarrias de ratones; también necesito media onza de pimienta, aunque supongo que me engañará usted en el peso.

La abacería de David Gless estaba entre Lavender Hill y Clapham Common, en la esquina de una callejuela oscura y cerca de un terreno baldío en el que desembocaba una cloaca. Por un inexplicable fenómeno, cuando el «smog», esa niebla negra de Londres, se levantaba, empezaba siempre por aquel lugar.

En aquel momento, una vaharada fuliginosa se deslizó delante de la ventana; las paredes de la vieja mensajería de enfrente se fueron haciendo cada vez más vagas, hasta que desaparecieron.

—Annabella Trossett —dijo David Gless, suavemente—, váyase usted al diablo.

—¿Eh?… ¿Qué?… Decía usted —murmuró la mujer, llevándose las manos al vientre, como si la hubieran herido.

—Exactamente lo que acabo de decir… Y si quiere oír más, allá va: es usted una inmunda criatura… La amante del viejo cuchillero de Sisters Street, que está podrido de vicio y de eccemas y, además, se dedica usted a robar en los grandes almacenes.

—¡Justos dioses! —exclamó miss Trossett que, en sus ratos libres echaba una mano a las celadoras del Ejército de Salvación—… El cielo me valga… ¡Está usted loco!… ¡loco!

—Mis judías son muy buenas y yo no engaño a nadie en el peso. Y puedo añadir, vieja basura, que…

Hablaba casi en voz baja, escuchando un ruido que se aproximaba, amortiguado por la niebla negra.

—Decía…

—No quiero escucharle —gritó miss Trossett, tapándose las orejas.

—¡Oh, muy bien! No puede usted hacer nada mejor.

El ruido se iba precisando: grr… grr… grr…

La mujer abrió la puerta de par en par y tuvo un momento de indecisión ante la barrera de niebla que parecía barrer el camino.

—Grr… grr…

David Gless conocía muy bien aquel ruido familiar.

—Váyase al diablo, Annabella Trossett y, de hecho, estará usted con él dentro de un instante.

La empujó violentamente por la espalda.

Ella dio unos cuantos pasos y se cayó al pavimento cuan larga era, en el momento en que el grr… grr… la alcanzaba; se trataba de uno de los enormes camiones, cargados de balas de algodón, de las cercanas oficinas de la Brazilian Co.

* * *

Puede que haya lugares en el mundo en que se hable bien de los muertos. La tienda de David Gless no era de esos lugares, sobre todo cuando se reunieron allí las comadres de la vecindad.

En la calle, el «smog» había cedido su puesto entre chaparrón y chaparrón, a un sol raquítico, y un aguacero matinal había lavado los trazos de tiza que señalaban el lugar donde se encontró el cadáver de miss Trossett.

Mientras vendía harina, salmón en escabeche y melaza, David escuchaba, con cierto asombro, los comentarios de las vecinas.

—¡Dios tenga piedad de su pobre alma!… ¡Pero pensar que aquella criatura ayudaba a veces a las santas damas del Ejército de Salvación y al mismo tiempo se entendía con ese viejo podrido de Slike, el soldador!

—¡Vaya! —se dijo Dave—. De modo que no era cuchillero, sino soldador. O sea…

—Se han encontrado en su casa montones de cosas que habían desaparecido del almacén de Mrs. Hook, adonde iba ella a hacer la limpieza.

—¡Ah! —pensó Dave Gless—. La tienda de Mrs. Hook no era precisamente unos grandes almacenes, pero la pécora robaba… ¡Robaba!

—En fin —concluyó una de las clientas—, la tierra se quedará con su cuerpo y el diablo con su alma.

—El diablo —volvió a pensar el abacero—. ¡Y pensar que he sido yo quien se la ha enviado! Eso da que pensar.

Sus reflexiones no le llevaban a ninguna parte ni resolvían nada, pero la noche que pasó Dave fue tan agitada que dio lugar a que nacieran otras muchas.

Su dueño se vio turbado por una pesadilla en la que no intervenía miss Trossett, pero que estaba compuesta de cosas tan insólitas como para que se sintiera feliz al despertarse, aunque esto ocurrió en plenas tinieblas.

Entonces se dio cuenta de que se le había apagado la lamparilla y de que una forma vagamente luminosa se hallaba cerca de la ventana.

Al mismo tiempo los muebles empezaron a crujir, aunque las maderas eran muy viejas y hacía mucho tiempo que la carcoma ya no se ocupaba de ellas. Con un gemido casi humano, la puerta del armario de luna se abrió. Sin embargo, David estaba seguro de haberlo cerrado con llave, como de costumbre. Después sonaron tres golpes, claros y distintos, en una de las paredes y en el techo.

La forma luminosa se hizo más imprecisa y se desvaneció.

David se volvió a dormir en seguida, haciéndose una curiosa reflexión.

—Annabella Trossett… He sido yo quien se la ha regalado al demonio… Ahora puede que me dé las gracias…

* * *

Al día siguiente, cuando levantaba la puerta de la tienda, recibió en plena cara un pedazo de chicle muy masticado y ensalivado, al tiempo que una voz joven gritó:

—¡Para ti, vieja salchicha, termínalo!

Hank Hopper, el muchacho para recados de la Brazilian Co., no olvidaba jamás hacerle semejantes regalos. Le guardaba rencor al abacero porque un día le sorprendió robando nueces secas del saco que estaba en el umbral de la tienda y siempre comparaba a Dave a un salchichón con patas, imagen injuriosa, pero de gran parecido.

—Ya nos veremos, muchacho —murmuró Dave—; saldaremos esta cuenta, por cierto.

A la hora del desayuno, mientras comía sus tostadas con mantequilla, leyó en el periódico las noticias policíacas. Sólo habían dedicado dos líneas al accidente de miss Trossett y, en cambio, las noticias del último crimen del nuevo «Jack, el destripador» ocupaban tres cuartos de página.

Hacía meses que un asesino nocturno operaba en los barrios portuarios, pero de vez en cuando dejaba un rastro —rastro rojo— en los sectores menos desiertos de la ciudad.

Por primera vez en su vida, David leyó aquellas noticias sensacionales y terribles; hasta entonces, se había conformado con leer la crónica política y las críticas teatrales.

Lo leyó sin intención bien definida; solamente comprendía que algo había cambiado en torno a él. Pero era un sentimiento vago, sin forma precisa, como la silueta que había creído entrever durante la noche.

* * *

—¡Qué puerca vida!

En el día memorable de su aniversario había echado un vistazo a su pasado y

encontrado una razón para quejarse ásperamente de la vida; esta razón cristalizaba, por así decirlo, en una sola persona: Mr. Anton Bruck.

David Gless no había estado siempre al frente de una tienda de comestibles en Lavender Hill.

A los veinte años ocupaba un puesto de expedicionario en la compañía de aguas de Battersea. Lo habían admitido a causa de su bella escritura, una caligrafía perfecta en verdad, y sus aspiraciones llegaban hasta a convertirse en inspector de tasas del agua. Pero no contó con la envidia de su jefe de servicio, Mr. Anton Bruck, el cual también tenía una bonita letra.

¿De qué falta se valió aquel mal hombre para acusar al joven empleado? No debió ser muy grave, puesto que Dave no se acordaba de ella, pero la amplió con tal arte que el pobre expedicionario fue enviado a ejercitar en otra parte su bella caligrafía.

Se disponía a ir a engrosar el inmenso batallón de muertos de hambre de Londres cuando su tío Bernard, que tenía una tienda de comestibles en Lavender Hill, amaneció un día muerto por las emanaciones de una estufa. Había muerto sin testar y su sobrino heredó por derecho la tienda y unas economías bastante considerables, de las cuales el fisco, generosamente, le dejó un cuarto.

Desde entonces no volvió a pensar en Mr. Anton Bruck.

—¡Qué puerca vida!

Con una situación de inspector de tasas y lo que le hubiera producido la venta de la tienda del tío Bernard, él hubiera podido casarse con una empleada de la compañía de aguas, miss Jane Graves, vivir en un bonito apartamiento, lejos de la cloaca de Clapham Common y no vivir en una atmósfera de escabeche, especias y jabón negro.

Se entregó a un rápido cálculo mental:

—Yo tenía veintidós años en la época en que me echaron de la compañía y Anton Bruck cuarenta bien cumplidos. Ahora él debe andar cerca de los setenta y cinco. Pero ¿estará vivo todavía?

Se iba haciendo la pregunta un domingo por la mañana, al abandonar la iglesia anglicana de Lavender Sweep.

Abril estaba cerca, el cielo y una precoz templanza del tiempo invitaban a pasear. Tanto peor para las clientes que, desdeñando el reposo dominical, irían a llamar a las puertas cerradas de su tienda.

Dave dirigió sus pasos hacia Mossbury Road donde estaban las oficinas de la compañía de aguas. Enfrente se abría un camino hacia Clapham Junction, en el que los rojizos muros del arsenal ferroviario encuadraban un pequeño oasis de verdor, al que habían olvidado dar nombre.

Antaño, a la hora del mediodía. Dave iba allí a dar cuenta de un voluminoso *sandwich;* después se apresuraba a desaparecer, porque Mr. Anton Bruck iba a hacer la digestión de su ciertamente más copiosa comida al único banco de la pequeña placita.

El oasis no había desaparecido, una pelusa blanquecina adornaba ya los árboles y

las golondrinas trazaban rail figuras en el aire azul.

Dave no se asombró al ver en el banco un viejo de perfil de carnero ni al reconocer en él a su antiguo jefe de servicio.

Se sentó a su lado y el viejo manifestó su descontento gruñendo.

—¡Usted aquí, Bruck! —dijo Dave.

El viejo le lanzó una mirada negra y ceceó:

—No le conozco.

—Yo le conozco muy bien… ¡Ajá! ¿Todavía tiene pies de camello? —se burló el tendero, que acababa de recordar que Mr. Bruck sufría muy a menudo a causa de las durezas y juanetes.

—Le… le prohíbo… —baló Mr. Bruck.

—Usted no puede prohibirme nada, mejor dicho, ya no puede prohibirme nada *más*, viejo canalla; yo soy David Gless, ¿recuerda?

—¡No… déjeme! —gritó el hombre con voz de falsete.

Pero Dave se dio cuenta de que el viejo le había reconocido perfectamente.

—Voy a liquidar una vieja cuenta —dijo, cerrando las manos en torno al cuello de pollo de su antiguo jefe.

—¡Soco…!, —intentó gritar Mr. Bruck, con voz ronca.

Pero David no acabó su gesto; su mirada acababa de posarse en los pies de su víctima y en sus zapatos, que estaban cortados por muchos sitios para dejar paso a los juanetes.

—¡Ahora verá! —dijo, dando una formidable patada contra el pie derecho de Mr. Bruck; el cual se estremeció y se aplastó contra el banco, como aprisionado por una máquina.

—¡Otra vez! —continuó Dave, infligiendo una nueva caricia, como de martillo pilón, al pie izquierdo del viejo.

Esta vez Mr. Bruck gritó; pero no fue más que un grito insignificante y agudo, no más fuerte que los de las golondrinas; un hilillo de baba empezó a salir de sus comisuras.

—He oído hablar de personas que morían súbitamente porque alguien les había pisado los juanetes —se dijo Dave Gless al abandonar el banco.

Mr. Anton Bruck, que había destruido sus sueños para el futuro treinta años atrás, estaba muerto, completamente muerto.

Una noche, David estaba afilando el cuchillo que usaba para cortar la mortadela italiana. La piel de este embutido era tan gruesa y dura que hacía falta pincharla con la punta para poder cortar luego las lonchas; por eso el cuchillo era especialmente puntiagudo.

Cuando acabó de afilarlo, un gran golpe sonó en la puerta cerrada y una voz burlona cantó en la calle:

—¡Vieja salchicha! ¡Salchichón con patas!

—¡Bien Hank, esto va bien! —sonrió el tendero. Hank Hopper pasaba las noches

en los Cedars, en un *cabaret* cuya sala trasera estaba dedicada a juegos mecánicos y máquinas tragaperras. Al volver a su casa, cruzaba unos solares atravesados por un canal al cual iban a parar todas las aguas residuarias del barrio.

David le oyó volver silbando un estúpido *blue* de moda.

—¡Bonita canción, Hank! —dijo, incorporándose bruscamente ante él.

—¡Hoho!… —se asustó el muchacho—. Señor… Aquella palabra, respetuosa y cortés, fue la última que dijo en su vida, ya que el cuchillo de la mortadela acababa de atravesarle el corazón de parte a parte.

* * *

La policía y los periódicos cargaron aquella muerte en la cuenta del asesino misterioso, ya que el crimen no difería en nada de aquellos de los que era culpable el monstruo: una puñalada en pleno corazón, dada con un cuchillo largo, afilado y puntiagudo, y una víctima cualquiera tomada al azar entre los noctámbulos, a la que el asesino no le robaba nada. Lo que asombraba a la policía era que aquella misma noche, a cien metros de allí, el asesino había matado a una vieja borracha que llevaba en un saco, entre una gran cantidad de porquerías sin valor, una pequeña fortuna en billetes de banco, a la cual, según su costumbre, el asesino no había tocado.

Además, este último se conformaba siempre con una víctima por noche y nunca contravenía su sangrienta norma.

Cuando David Gless leyó en el periódico que habían sacado el cadáver del canal de desagüe se quedó pasmado porque él lo había dejado al borde del camino que rodeaba los solares.

* * *

La primavera dejó de sonreír; el viento se volvió del noroeste; la lluvia caía dura y pesadamente. David encendió la salamandra de su trastienda. Era una habitación pequeña y familiar, sobre todo cuando la lámpara de pantalla rosada estaba encendida y las llamas del fuego jugaban con las sombras. Profundamente hundido en un sillón de orejas, David se entretenía escuchando los ruidos de la calle en la noche.

El cu-cú del reloj acaba de anunciar la medianoche cuando sonaron unos tímidos golpes en la puerta.

Al principio David creyó que se trataba de un capricho del viento, pero los golpes se repitieron, con mayor insistencia. Atravesó la habitación a grandes zancadas y apoyó el oído contra la puerta. Entonces creyó oír una respiración anhelante y un puño volvió a golpear la madera.

—¿Quién va? —preguntó.

Una voz ahogada respondió:

—Abra, por favor, y no encienda la luz.

En cualquier otra época de su vida, David Gless hubiera respondido a aquella petición enviando al visitante a largarse más que de prisa, pero lo cierto es que abrió, sin una vacilación.

Una figura oscura y miserable se deslizó en el interior y murmuró:

—Gracias, es usted muy amable.

Cuando introdujo al desconocido en la trastienda vio que se trataba de un hombre de mediana edad, que usaba lentes: Era delgado e iba pobre aunque limpiamente vestido; llevaba un abrigo negro, reluciente de gotas de lluvia.

—Quítese el abrigo —le invitó— y siéntese cerca del fuego… Querrá usted beber algo caliente, ¿no es cierto? ¿Un grog o un ponche?

—Gracias… estoy verdaderamente confundido… No bebo nunca licores fuertes, pero me sentará bien una taza de té.

—¿Muy azucarado, supongo?

—¡Oh, sí!

El visitante bebió su té con visible placer y un goloso movimiento de labios; luego dejó la taza en la mesa y dijo:

—Me llamo Sheep. Me dedico a los seguros.

Un modesto empleado, desde luego, ya que su vestido estaba raído y se veía la trama de su corbata.

—Hace muy mal tiempo —dijo Dave—; el barómetro no promete nada bueno para mañana.

—Hace tres días —contestó Mr. Sheep—, perdón, cuatro, hacía buen tiempo. La noche era dulce y deliciosa. Admiré la curva de la luna, que se elevaba tras los árboles de Cedars; brillaba como… como…

—Como una hoja de acero recién afilada —dijo Dave—; como ésta, por ejemplo…

Y cogió del aparador el cuchillo de la mortadela.

—En efecto —aprobó Mr. Sheep, cuyas mejillas se colorearon un poco—. Es un buen cuchillo.

—¿Por qué tiró usted el cuerpo de Hank al canal? —preguntó David Gless.

Mr. Sheep gimió y pareció sentirse muy desgraciado.

—Esperaba que no lo encontrarían hasta dos o tres días más tarde, pero se le enganchó un pie en un sarmiento y emergió. Jamás he… hmm… matado a dos personas en una misma noche. Es una especie de principio; no se puede usted imaginar lo que yo respeto los principios, la sola idea de romperlos me pone malo.

—¡O sea que usted me vio!

—Sí, y si no hubiese ya… hmm… matado a la vieja hubiera vuelto a casa sin hacer nada, ya que sabía que la policía cargaría el crimen a mi cuenta.

Un mueble crujió, las llamas enrojecieron en la salamandra y una sombra extraña de formas inquietantes se proyectó en la pared, frente a ellos.

—Dígame —murmuró Mr. Sheep—, no le parece que…

—Puede que sí —le interrumpió Dave que no necesitaba que acabase la pregunta, ya que él también pensaba en una presencia extraña.

—¿Otra taza de té? —le propuso, sacudiendo los hombros como si quisiera descargarlos de un fardo.

La sombra había desaparecido y las llamas se apaciguaron.

—Con mucho gusto —aceptó Mr. Sheep—, está delicioso. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Sí? ¿Piensa usted… heu… heu…? La verdad es que es una indiscreción preguntarle si…

—¿Si empezaré otra vez, quiere usted decir? Mejor sería decir continuar.

—Gracias por ahorrarme una pregunta tan embarazosa —dijo Mr. Sheep, cuyo semblante demostró una viva satisfacción.

—Hasta ahora no he hecho más que vengarme, en cierto modo, de unas antiguas ofensas; de todas las afrentas que he sufrido y que no han sido muchas. O sea que no puedo responderle con sinceridad. ¡Es todo tan reciente todavía!… ¿Unas gotitas de ron? —preguntó con cierta brusquedad.

Las gafas de Mr. Sheep se empañaron.

—Sea —dijo, como a desgana—; no todas las tentaciones nos vienen del Maligno, ¿no es cierto? Tomaré unas gotas, pero apenas nada, ya que temo que me de hipo.

Bebió el licor y suspiró con satisfacción.

—Jamás he… hmm… matado por espíritu de venganza —dijo—, y eso que razones no me han faltado. En la escuela, mis compañeros de clase me atizaban firme, porque yo no me defendía. En la oficina, los colegas me llaman «el cornudo» aunque no estoy casado y no he tenido lo que se dice el menor devaneo y los picaros de los botones ponen tachuelas en mi asiento. Pero nunca he soñado siquiera en vengarme de todo ello.

Bebió un sorbo de ron y siguió hablando con mayor volubilidad.

—No sé a punto fijo por qué comencé. Creo que lo hice para engañarme a mí mismo, para convencerme de que, lejos de ser un cornudo y el hazmerreír de todos, yo era un hombre fuerte, un duro, un ser poderoso y terrible al que el mundo entero debía temer. En fin, así pude admirarme a mí mismo y no sufrir más el reproche de los espejos, que me devolvían la imagen de un pobre diablo sin energía y sin poder. Después…

Se echó hacia delante, como para hacer una confidencia que no debían oír ni las paredes de la habitación.

Es tan fácil… Uno no puede imaginar lo sencillo que es… hmm… matar.

Se produjo un silencio… El cu-cú del reloj lo rompió.

—Somos casi vecinos —continuó Mr. Sheep, levantándose—. Yo vivo en Mallinson Road, en Battersea, cerca del cementerio. Espero que volveremos a vernos, que irá usted a hacerme una visita. Tengo muy buenos libros.

—¿Esta noche ha… hum…? —preguntó Dave, en voz baja.

—¡Oh, no, no; en absoluto!

El dueño de la tienda abrió la puerta; la lluvia había cesado, el viento se había calmado y la noche estaba constelada de estrellas.

—Cómo pueden cambiar las cosas en unos momentos —dijo David—; el tiempo, por ejemplo. ¿Quiere que le acompañe un rato?

—Nada me parecería mejor —contestó Mr. Sheep, calurosamente.

Anduvieron a pasitos cortos, como dos viejos, por las calles solitarias y silenciosas, bañadas por un tenue rayo de luna; se descubrieron aficiones parecidas: algunos platos, el juego de damas y los libros bellamente ilustrados.

Al llegar a la tapia del cementerio, Mr. Sheep tosió y, metiéndose la mano en el bolsillo, ofreció:

—¿Una pastilla de menta?

—Con mucho gusto.

—Son muy buenas para la tos —añadió Mr. Sheep.

En aquel mismo segundo, el cuchillo de la mortadela se hundió entre sus costillas y le hirió en pleno corazón.

«Vamos a ver esas pastillas de menta», se dijo Dave, registrando los bolsillos del muerto.

No había pastilla ninguna, sino un largo estilete, muy afilado, muy puntiagudo.

* * *

Arthur Billing, encontrado muerto, asesinado, en el apeadero del ferrocarril de Battersea Reach.

Marthe Gallent, joven de costumbres ligeras, encontrada muerta, asesinada, en Fentinman Road —South Lambeth.

Margaret Coxe, corista, encontrada cerca de Bricklayers-Station.

Lars Essig, marinero, encontrado cerca de London New Dock, en Shadwell.

Irma Moor, dueña de una tienda, hallada en Hill Street.

La lista trágica se alargaba; los periódicos fulminaban protestas; la policía se desesperaba y las gentes estaban aterrorizadas y apenas osaban salir cuando era noche cerrada. Una revista publicó una caricatura atroz, que representaba a los agentes de la policía, jueces con peluca blanca y toga y una horca, cerca de la cual, al lado de la cuerda cuyo nudo colgaba, vacío, se hallaba el verdugo con las manos en los bolsillos, manifiestamente ocioso.

La leyenda decía: Los inútiles.

Pero, al empezar el otoño, la serie sangrienta cesó.

El 25 de septiembre, David Gless había ganado un premio de dos mil libras en la gran Tómbola de Caridad organizada por la duquesa de Stanbroke.

Durante la noche siguiente, su casa fue asaltada, la caja fuerte, vaciada, y él

apareció estrangulado en su cama.

EFECTO RETARDADO

JOHN METCALFE

I

La señorita Moody, una vez Eddie Flash hubo salido, se fue hacia el cuarto de costura para hojear los periódicos espiritistas que le había dejado.

Sus manos eran grandes, masculinas, de nudillos ligeramente abultados por el reuma y de pulgares gruesos y hacendosos. Sus movimientos, al apilar cuidadosamente los periódicos a su izquierda y al pasar cada uno, tan pronto como su vista lo había recorrido, a un montón no menos ordenado a su derecha, eran sumamente metódicos, llenos de una especie de contenido escepticismo. Pero, alguna que otra vez, su expresión se animaba. Respiraba entonces ruidosamente y el interés prestaba luminosidad a su mirada. Fisk le había facilitado la *Revista de Ocultismo*, algunos ejemplares de *Luz* y una serie de folletos de propaganda, colectivamente titulados *El otro mundo*. No tendría tiempo sino para leer muy por encima todos aquellos textos durante el fin de semana, pero Eddie, absurdo como siempre, esperaría de ella que los conociese a fondo antes de la sesión del lunes por la tarde. Con vaga expresión frunció el entrecejo y suspiró, mientras dejaba cuidadosamente el último folleto a la derecha. Su rostro era alargado, sombrío, de rasgos equinos y mirada de abatida fidelidad, lo que aumentaba ciertamente su parecido con un caballo. A decir verdad Fisk había conseguido una comparación menos corriente. Al regresar con su hermano Gilbert del noroeste del Canadá, opinó que decididamente su antigua patrona le recordaba un alce. Esto era algo que, desde luego, la señorita Moody no sospechaba.

Antes de la guerra, Eddie y Gilbert habían sido, con su tercer hermano Morris, los tres primeros huéspedes en aquella casa de Gordon Square. La señorita Moody, que empezó siendo modista, al morir su padre se encontró con que le resultaba factible alquilar parte de la casa, de la que hasta entonces sólo había habitado un piso, precisamente el último y menos cómodo. Se reservó las mismas habitaciones que antes ocupaba y transformó el resto en una pensión; para la aventura, logró la colaboración de su hermana viuda, Janet Phillimore, que desempeñó el cargo de cocinera. Durante doce años de muchos esfuerzos y modestas ganancias, ambas atendieron con éxito —como podría demostrarlo el Libro de reclamaciones del vestíbulo— a más de dos mil caballeros y, de modo excepcional, según parece indicar una diferencia numérica tan considerable, cerca de un centenar de señoras.

Desde luego, las preferencias de la señorita Moody hacia los caballeros eran evidente. Mujer de gran corazón, torpe de modales, incapaz de finura o de la menor sombra de halago, sus huéspedes, que empezaban riéndose de su tipo huesudo y de aquel sorprendente rostro de labios cárdenos, terminaban por sentir hacia ella algo así como cariño o cuando menos respeto. «Una buena persona», «una mujer excelente», «una de las mejores…». Algunos de ellos, como los hermanos Fisk, incluso la llamaban «Ellen» y eran admitidos en la intimidad del piso alto, donde, en sus viejos

tiempos, habían desempeñado el oficio de modista. Allí, en el cuarto de estar, continuaba la máquina de coser y, junto al alféizar de la ventana, un par de maniquíes. Estos eran objeto de continuas bromas entre los visitantes de la señorita Moody. Eddie, sobre todo, solía dirigirles algunas palabrotas. Janet, aunque generalmente admitía con gusto a los amigos de su hermana, deseaba que el vocabulario de Eddie fuera un poco más cuidado y, algo de mayor importancia, que dejara de preocupar a Ellen con aquellas eternas publicaciones inútiles…

Unitarismo, teosofía, vegetarianismo, el método de respiración Yogi, tavoísmo y, ahora, espiritismo. Ellen se sentía una y otra vez atacada por el virus de algún culto nuevo y absurdo, que llenaba aún más de confusión su escasa inteligencia. Resultaba vulnerable a las creencias extrañas, como lo son otras personas al sarampión o a la viruela, y Eddie, en lugar de refrenarla o hablarle sensatamente, seguía la corriente de sus caprichos fantásticos. Él se reía casi a las claras de todas aquellas manías, pero, por alguna curiosa desviación de carácter, parecía encontrar divertido hacerle su víctima. En cambio, Ellen, confusa pero calladamente, confiando en «encontrar algo» en aquellas absurdas creencias, se sentía constantemente decepcionada respecto a cada una de ellas, pero siempre pendiente de adentrarse con esperanza en otra nueva.

Para Gilbert, Janet, tenía mayor tolerancia. Era alto, dominante, de soltura cordial, «mucho más hombre» a su juicio que Eddie, quien accionaba como un payaso y poseía una voz chillona. Ni Eddie ni Gilbert eran sus huéspedes desde hacía tiempo, pues se habían lanzado a los negocios con una empresa de pieles y curtidos situada muy lejos, en Kennington. Pero los dos se dejaban caer por allí de cuando en cuando, según se les presentasen tiempo y oportunidades. Sobre todo Eddie, desde que la había emprendido con el espiritismo y se convenció de poseer poderes de médium, frecuentaba la casa siempre con folletos y opúsculos nuevos.

Del tercer hermano, Morris, ninguno de ellos, y menos la señorita Moody, quería hablar. En su larga lista, siempre en aumento, de puntos flacos, éste, y aun después de haber muerto él, seguía siendo el más doloroso. Sin que lo confesara, era el recuerdo insistente y penoso de Morris Fisk lo que le impulsaba a aquellas investigaciones espiritistas que Janet tanto lamentaba. Morris, más silencioso que los otros, de suaves y reservados modales que en principio podían confundirse con timidez, vino a despedirse de Ellen antes de partir para la guerra y le había dado una fotografía suya. En sus ojos había una mirada, muda y temerosa, de sufrimiento. Cuando, al fin, bajó la escalera y pasó por la sala hacia el vestíbulo, le dio la mano hasta tres veces, pero ella nunca llegó a estar segura de si lo hizo por distracción o no.

Ahora, cuando la señorita Moody había terminado la lectura de sus revistas y cruzaba lentamente el salón para atizar el fuego, se preguntó cómo habría ocurrido la muerte de Morris. Nadie lo sabía con exactitud, o, al menos, Eddie, cuando ella se lo preguntó, parecía poco dispuesto a decirlo. En muchos aspectos, Eddie resultaba decepcionante. Después de la última sesión, celebrada unos días antes en aquel mismo cuarto, Ellen le había preguntado si, acaso, había tenido él… algún mensaje.

Y Eddie pareció reaccionar a su pregunta confuso y casi disgustado. Evidentemente, cuando estaba en la memoria de todos aquel milagro de las flores desaparecidas, no era tan poco razonable llegar a imaginarse que Eddie hubiera sabido de Morris…

Eran las seis. Aquel anochecer de marzo resultaba frío. Oscurecía. Pensó bajar a la cocina para ver que hacía Janet. Pero antes volvió junto a la mesa y revisó de nuevo uno de los folletos. Era un relato de la vida y actividades como médium de Daniel Home. El señor Home, lo sabía todo el mundo, había sido un auténtico médium maravillosamente dotado que resistía carbones ardientes sobre su cabeza y en las manos. Brillaron los ojos de Ellen y se hizo más rápida su respiración. De algún modo, aunque no pudiera explicárselo, tuvo la convicción de que si ella también pudiera realizar tal hazaña, si pudiera emular una acción como aquélla, algo que perturbaba su mente quedaría refutado o probado, pero resuelto. Entonces se sentiría más tranquila respecto a Morris Fisk.

II

—Bueno —dijo Janet—, aunque las flores desaparecieran, y no digo que no hayan desaparecido, ¿qué prueba eso? Que desaparecieron y nada más. Y ¿qué bien trae consigo? ¿Nos sirve para la mejor marcha de la pensión? Me gustaría saberlo.

—¡Oh! Prueba muchas cosas, si se considera con suficiente perspectiva. Demuestra que… —Ellen dudó, al olvidar de pronto lo que había pensado decir. Siempre que Janet se enfrentaban con ella, quedaba aturdida e incapaz de continuar, así que terminó diciendo débilmente:

—Demuestra que existen otras leyes de las que nada sabemos. Eddie dijo que demostraba la existencia de una cuarta dimensión.

Janet era más baja que su hermana, más viva y de mayor ligereza de palabras, con cabellos negros, cejas espesas y un cutis muy enrojecido por doce años de cocina. Sacó una arandela del fogón, puso una gran sartén en su lugar, se volvió y dijo despectivamente:

—Una cuarta dimensión, ¿eh? Cuando la pueda ver y oler, creeré en ella. ¿Para qué sirve? ¡Si sirviera para mantener caliente el horno o impedir que mi piel se queme…!

La señorita Moody, no estando a la altura de la pelea, salió tristemente de la cocina. No sólo era incapaz de razonar con Janet de aquel modo, sino que no era correcto que tal discusión se efectuara ante la pequeña Agatha, la criada para todo. Además, hubo algo en las últimas palabras de su hermana que la desosegó sorprendentemente: ¡Aquello de que el horno le quemaba la piel!

Terminó la cena y Ellen se detuvo un momento en el salón para hablar con el

señor Brace. Los Brace, marido y mujer, llevaban en la pensión siete meses. El señor Brace era un hombre viejo y calvo, retirado de su profesión de comerciante de medias; su esposa era mucho más joven, de pelo rubio artificial y, a veces, parecía muy guapa. Los dos habían estado en la *sesión*.

—¿Subir el lunes? Claro que sí, aunque ha de saber que no nos tragamos cuanto se nos dice. Ese amigo suyo me resulta algo desenfadado. Y esas flores que desaparecen… Creo que soy algo duro de mollera. Pero iremos con mucho gusto.

La señorita Moody subió a su piso. Los Brace, aunque algo escépticos, se mostraban amables y no irónicos como Janet. La conversación mantenida con ellos le había devuelto el optimismo. Ahora, Janet subiría para irse a dormir y, con ella, Agatha, que dormía también en la casa en un lecho de campaña, en la habitación próxima. Pero por un momento dispondría de algún tiempo para sí misma.

Mientras cosía, pensó en las palabras del viejo señor Brece acerca de Eddie. Sus comentarios —hubo de admitir—, fueron justos. Eddie, como abogado de una causa, no resultaba convincente. Era su modo de hacer las cosas. Su modo de conducirse, impertinente y cómico. Pero, si aquello era verdad, lo seguiría siendo, a pesar de la actuación de Eddie y aunque no lo creyese del todo él mismo. Uno podía tener virtudes sin ser digno de ellas. Pero si se era sincero y digno, seguramente podrían adquirirse virtudes aún mayores.

La señorita Moody, al levantarse para alcanzar un dedal, sorprendió su imagen en el espejo. El punzante recuerdo de algo que el señor Brace dijera de su pelo la distrajo y le hizo sonreír. Había hecho una observación algo atrevida, pero evidentemente halagüeña, por la que su mujer fingió reñirle: «¡Cielo Santo! ¿Qué era eso? Y a su edad». El pelo de Ellen era abundante, castaño y lustroso, lo único bonito en ella. Lo acarició y su sonrisa se hizo más ancha, destacando los grandes dientes y las encías demasiado visibles. «¡Vaya, vaya! Es atrevido, pero un viejo agradable». Dejó escapar una risa corta y áspera, y esbozó una torpe pirueta. A veces, una alabanza inesperada le hacía enrojecer. Solía azorarse de pronto y contonearse suavemente, añagazas que, si bien fueron atractivas y coquetas en su temprana juventud, constituían ahora un anacronismo inoportuno.

A poco, reanudó su labor de costura. Allí, tan arriba, reinaba casi siempre un gran silencio, pero precisamente aquella noche hacía viento, un viento iniciado a la hora de la cena, que hacía sonar los cristales y producía curiosos ruidos en torno a los aleros. De pronto sopló en la chimenea, lanzando una nube de humo a la habitación. Un rescoldo cayó en la rejilla. Ellen, estornudando con fuerza, lo miró fijamente un momento. Su rojo brillante fue apagándose y cambió mientras lo miraba en un gris cadavérico. Todavía estaría demasiado caliente.

Sus pensamientos volvieron una vez más hacia el señor Home. ¿Qué decía el folleto? Aunque sólo lo había hojeado con rapidez, se encontró con que podía recordar ciertas frases, palabra por palabra. «Home, en presencia de testigos, cuya probidad y antecedentes conocidos los ponían por encima de toda sospecha de

complicidad en cualquier tipo de engaño, introdujo repetidamente la mano entre carbones candentes y, retirando algunos del fuego, los puso sobre su cabeza. Esta sorprendente acción no fue acompañada de dolores o de otros efectos molestos, y ni sus manos ni su cuero cabelludo mostraban el menor síntoma de quemadura». La señorita Moody suspiró bruscamente. El relato de semejante hazaña la cautivaba y al mismo tiempo la llenaba de terror. El espejo, ante el que se había detenido hacía un momento para admirar su pelo, estaba frente a ella y durante un segundo pudo ver en su rostro un gesto casi de sufrimiento. Para borrarlo, se esforzó en sonreír. Luego bajó la mirada y cambió ligeramente de posición respecto al fuego.

Si ella misma pudiese hacer algo parecido… Abrió los labios y contuvo su respiración. Se sentía torturada. Pero el fuego, el fuego era lo que más temía. Y la incredulidad de Janet lo hacía más difícil. Había sido Janet quien durante todo aquel tiempo le había impedido ser todo lo que hubiera podido llegar a ser…

De pronto, se sobrecogió, ahogando un grito. Mientras pensaba acerca del señor Home, continuó cosiendo de modo instintivo, y ahora su mirada, menos distraída, se fijó con sorpresa en su aguja. La contempló glacialmente. El ojo hilvanado era perfectamente visible en la parte exterior del pulgar de la mano izquierda que sostenía su labor. El otro extremo, la punta, sobresalía media pulgada por el otro costado; el interior, hacia los demás dedos.

Así, pues, se había pinchado, había empujado, al parecer, la aguja a través del pulgar. Pero no lo había notado en absoluto. No le era posible creerlo. Durante unos segundos permaneció asombrada y, después, indecisa, comenzó a sacar la aguja hacia atrás. Sí, en verdad, debió casi rozar el hueso. Ahora, ya estaba fuera y salía sangre, aunque no mucha. ¿Cómo no le había dolido?

Se levantó de la silla y notó de pronto una torpeza extraña. Pero esa torpeza no era una simple ausencia de sensaciones. Era un algo, un algo positivo, que la cambiaba y la embargaba. Podía notar cómo aquello la invadía rápidamente, irradiando desde el centro de su cuerpo hacia la cabeza, las manos y los pies. En etapas, como el latido del pulso o como un reloj… Era como si, dentro de ella, fueran, contándose apresuradamente números que ascendían en proporción hasta una cifra determinada. Y todo estaba en silencio. El ruido del viento en la calle había cesado, se había desvanecido para ella. También en su mente reinaba silencio, pero más profundo. Cuando el recuento hubiera terminado y se llegara al número final, el silencio sería absoluto. Ellen sabía que entonces podría hacer cualquier cosa.

Entonces se inclinó y extendió una de las manos hacia el fuego.

Vio sus propios dedos en las llamas, moviéndose entre los carbones. Extrajo dos o tres, al rojo vivo, y los pasó a la otra mano. Llevaba mangas cortas y durante un rato pasó los rescoldos a lo largo de sus antebrazos. Finalmente los apretó contra sus mejillas y se los puso sobre la cabeza.

La puerta se iba entreabriendo lentamente. Alguien se asomaba: Agatha. La señorita Moody, aun cuando no había oído ruido alguno, pudo ver claramente la

mirada de asombrada incomprensión en su cara, al principio.

—Entra, Agatha, y cierra la puerta. —Ellen no estaba segura de si su voz, compuesta, calmosa y tranquilizadora según suponía, podía oírse o no.

Los ojos de Agatha se agrandaron entonces por el terror. Abrió la boca para gritar.

III

Ellen, envuelta en su bata, se hallaba sentada en la cama. Eran casi las once en la mañana del domingo, pero no pensaba levantarse hasta la tarde. Janet, después de su primera manifestación de asombro. —«¿Cómo? ¿No te levantas? ¿Te encuentras mal?»— había bajado la escalera, probablemente muy convencida de que la explicación de un estado de cosas tan sin precedentes era una grave enfermedad de su hermana. Más tarde volvió a subir con la bandeja del desayuno. «Bueno, al menos, tu apetito es excelente. Parece que, después de todo, no tendré que llamar al médico…». Estaba claro que se disponía a mostrarse indignada y sarcástica pero, al observar la expresión de la mirada de la señorita Moody, recapacitó. Hasta sus ojos, generalmente tan perspicaces y amenazadores bajo las espesas cejas, miraron hacia el suelo como si sintiera miedo.

Desde luego para nada necesitaba la señorita Moody del médico. Todo lo que de momento deseaba era descanso y tiempo para mediar sobre aquel milagro, cuya única testigo había sido Agatha, pero cuya autenticidad tendría que ser aceptada muy pronto por un mundo asombrado. Mientras tanto, allí seguía sentada, escuchando las campanas de la iglesia que repicaban a cierta distancia, y cuyos sones se confundían y enmudecían hasta ser del todo acallados en algunos momentos por repentinas calmas del viento aún vigoroso.

«Yo, Ellen Moody, cuento con poder sobrehumano». Había intentado decir esto a Agatha, cuando ésta se recobró de su desfallecimiento, pero temía no haberlo sabido explicar con tanta claridad. Después de dejar los rescoldos, levantó a la joven del suelo, pues había caído junto a la puerta, la echó sobre el sofá y sacó presurosa coñac del aparador.

Pero Agatha, vuelta en sí con alguna dificultad, la miró aterrorizada un instante y después se volvió apresuradamente y en silencio, a punto, según parecía evidente, de sufrir otro colapso. Desde entonces se sintió enferma, según luego supo Ellen, pero nada dijo ni a Janet ni a ninguna otra persona.

Tanto mejor. Janet, aunque curiosa respecto a las causas de la indisposición de Agatha, no la hubiera creído. Algo más tarde había subido, gruñona, cuando Ellen se disponía a acostarse y la reprendió por asustar a la gente y provocar su histerismo. Y, ahora, en la mañana del domingo…

Pero muy pronto Janet lo sabría. Lo comprendería también Agatha. Todavía no, habría que esperar hasta la sesión del lunes por la tarde. La señorita Moody se acomodó sobre las almohadas y respiró larga y profundamente. Nada intentaría hasta entonces. Tenía la sensación de que eso sería prudente y respetuoso para el poder que se le había concedido. Necesitaba tiempo para pensar, para saber sobre su nueva personalidad, para encontrarse a sí misma de nuevo… Y, entretanto, esperaba, ansiosa de no verse molestada, de no tener que hablar con nadie, ni siquiera con Agatha. En realidad, por algún oscuro motivo que no comprendía, era con Agatha con la que menos deseaba encontrarse.

Aquel mismo día, se levantó después de cenar y bajó al primer piso. Le preguntaron con interés los Brace y todos los demás huéspedes: «¿Ha estado enferma? ¿Se encuentra ya mejor?». Janet, dispuesta, según notó, a hacer pública su protesta, la miró con curiosidad y cambió de idea. Ellen sabía por qué. Sabía que era ya distinta y que todos ellos podían darse cuenta de esa diferencia. Sintió como una languidez de absoluta confianza en sí misma que aumentaba, alcanzando a toda su persona. Resultaba evidente para todos ellos, para cuantos se le acercaban.

Cuando tomó la taza de té, se retiró a su habitación y pasó el resto de la velada hojeando los impresos de Eddie. ¡Pobre Eddie! Era digno de lástima en algunos aspectos y, sin embargo, también él tenía algunos poderes. No debía obligarlo. Debía agradecerle que, pese a su ignorancia y superficialidad, le hubiera abierto los ojos, le hubiera indicado el camino a seguir. Sólo después de que él hubo hecho desaparecer aquellas flores, había creído…

Y en memoria de Morris…

Se miró con atención en el espejo: «Yo, Ellen Moody…».

IV

Agatha hizo su equipaje y se marchó. La señorita Moody recordaba aún aquel rostro pequeño y aterrado, cuando se cruzó con ella en la escalera. Janet se mostró ultrajada. ¿Qué le sucedía de malo a la chica? Debería quedarse aún otra semana para cumplir debidamente su plazo de despedida. Pero Ellen, aunque sentía ver marcharse a Agatha, dijo que no. Había que dejarla. No tenía objeto retenerla si no quería quedarse.

Sucedió esto a primera hora de la mañana y ya había comenzado la tarde. La tarde del lunes y no faltaba mucho para la *sesión*. La señorita Moody desempeñó sus trabajos corrientes. Se ocupó de que el té, para quienes lo desearan, estuviese dispuesto en las mesitas de cobre del salón; hizo cuentas; extendió una o dos facturas y se entrevistó con los fontaneros que vinieron a reparar los grifos del lavabo de la

habitación número 8. A la hora de cenar, presidió la mesa con su buen humor habitual, bromeó el señor Brace por la supuesta dureza de su cráneo. «Bueno, bueno, ya veremos. No soy tan fanático. Si todo ello no es un engaño, estoy perfectamente dispuesto a dejarme convencer. Mire, si lograra algunas líneas de Sansy Price, que se fue al otro mundo en un choque de automóviles el año pasado… Me debía cuarenta libras».

El viejo señor Brace era en verdad terrible.

Hasta entonces Ellen se había abstenido de hablar de espiritismo o de cualquier otra cuestión parecida en público, pero aquella noche no le importaba molestar. ¿Qué importaba que fuera de mal gusto? ¿Qué importaba si a alguien le desagradaba? Quizás algunos de los que no habían oído hablar de ello se sintieran interesados y quisieran asistir a la *sesión*.

Poco después de las ocho y media un estruendoso repiqueteo en la puerta principal, con las primeras notas de Policeman's Holiday, anunció la llegada de Eddie. Entró llevando un objeto grande y en forma de caja, algo así como una prensa de botánico. Cuando hubo cambiado saludos con la señorita Moody alargó burlonamente un dedo meñique al señor Brace, quien había acompañado a Ellen hasta el vestíbulo. El señor Brace, después de cogerle con seriedad por un momento el dedo, golpeó la caja.

—Espero que toda la familia siga bien, señor —dijo—, ¿no le ha causado ninguna preocupación?

Eddie sonrió y negó con un movimiento de cabeza.

—No, gracias, abuelo. La familia está al pelo. La abuelita de Sophronia se encuentra algo mareada después de haber servido de plasmación a Gertie Gush, la estrella de cine, pero eso es todo. Por lo demás, en la gloria.

El señor Fisk era bajo, rubio y vivaz, con un bigotito. Tenía ojos perspicaces e inquietos, de tono gris claro, y era algo afectado en el vestir. Llevaba chaleco azul de seda con botones esmaltados y zapatos de charol y ante. Sus pies eran muy pequeños.

—¿Estamos todos listos? —preguntó a Ellen, mirando por detrás de ella hacia la sala—. Gilbert siente muchísimo no poder venir. Está acatarrado.

—Sí, todos estamos listos. —La señorita Moody se había vuelto e hizo una señal con la mano. La señora Brace y otros cuatro o cinco que se habían adelantado de entre los demás, aparentando indiferencia, continuaron su camino hacia el vestíbulo, como dóciles borreguitos. Dos de ellos no habían asistido a las *sesiones* anteriores. El señor Brace les presentó al señor Fisk muy pomposamente, como pensando que Eddie llegaría a perder la paciencia. Alguien se rio con azoramiento.

—Bueno, ¿subimos? —La señorita Moody se puso en cabeza, cerrando la marcha Janet, más amargada que de costumbre. El señor Brace, siempre dispuesto, se ofreció a llevar la caja de Eddie.

—No, no lo haga. A mis amiguitas no les gustan los extraños…

Ellen, que oyó la broma a su espalda, se volvió en tono de censura.

—Por favor, hemos de tener seriedad ahora.

Tan pronto como se reunieron todos en la habitación, Fisk empezó alegremente a contarlos con los dedos.

—Somos ocho, cuatro mujeres y cuatro hombres. Muy bien. Nos sentaremos lo mismo que la semana anterior, alternando. La señorita Moody aquí, a mi lado. La señorita Winter allí, luego el señor Tharp y la señora Phillimore… Necesitaremos una o dos sillas más, me parece… —Distribuyó el grupo en un círculo alrededor de la mesa—. Quizá la señora Phillimore fuera tan amable que apagase la luz.

Al extinguirse la luz, Ellen sintió una emoción. Estaba oscuro, pero no del todo, pues del fuego de la chimenea salía un tenue brillo rojizo. El joven señor Simpson, uno de los dos nuevos, habló con algún recelo:

—¿No sería mejor poner delante un biombo? —Su voz demostraba lo rápidamente que habíale afectado el ambiente general de magia. Su tono era casi de devota emoción.

—¡Oh! No, no influye lo bastante… pero realmente debiéramos tener un poco de música, piano o algo… Empezaría más fácilmente… Es una lástima.

El señor Brace tosió bruscamente y después, como teniendo parecer escéptico, tosió de nuevo en tono más simpático. La señorita Moody logró ver por un momento la cara de Eddie. Aunque, como explicaba siempre escrupulosamente, no era un médium que cayera en trance, en sentido estricto, era costumbre suya recogerse un poco al comenzar cada *sesión*. Ya había cerrado los ojos y se removía en su silla.

—Como ustedes saben, se necesita algo de tiempo para alcanzar otro estado. Algunas noches estoy en buenas condiciones y otras no. Todo depende de las circunstancias. Quiero decir que es algo más que abrir simplemente un grifo…

Ellen ya había oído antes todas estas aclaraciones preliminares. Pronto comenzaría a oscilar ligeramente y su tenue voz adquiriría ritmo de sonsonete. Sí, ya iba ocurriendo así.

—A-a-a… —Se sentó erguido y respiró violentamente—. Señora Brace ¿le importaría que le cogiera la mano? Gracias, yo… Me dan el nombre de Jorge. Hombre de alguna edad, pasada la madurez, altura corriente, ojos negros… Falleció hace varios años… Noto algo de ahogo aquí, una especie de tirantez, doloroso… —Eddie puso su otra mano sobre el pecho—. ¿Fue pulmonía o bronquitis?

—No, enfermedad de pulmón, tuberculosis. Murió hace más de siete años, en 1920.

—¿Reconoce entonces el nombre y las señas?

—Sí, creo que sí. Sólo que se llamaba Geoffrey y no tenía muchos años.

—¿Un hermano mayor, acaso?

—Bueno, no —contestó la señora Bruce, confusa—, era más joven, un hermano más joven… —tras una pausa preguntó con timidez—: ¿Quiere…? ¿Hay algún mensaje más?

—Sí —replicó Eddie—, dice… Espere, debo entenderlo con claridad… Dice que

lo que está usted pasando ahora es sólo temporal, de no mucho tiempo. Tendrá usted que ser fuerte y valiente.

—¡Oh! Gracias. —La señora Brace soltó su mano y se retiró agradecida a la penumbra.

La *sesión* continuó. Después, fue el señor Simpson, luego la señorita Winter, el señor Brace… Eddie parecía tener aquella noche mensajes para todos, excepto para Ellen y su hermana. La señorita Moody no lo sintió. Por lo regular quedaba completamente absorta en todo lo que el señor Fisk decía y hacía, pero aquella tarde… Está nerviosa, impaciente; quería que continuase. Estaba deseando y temiendo lo que iba a ocurrir cuando hubiese terminado. Ninguno sabía, ni Janet ni Eddie, lo que ella iba a hacer. ¿Morris quizá? Se le secó la garganta. ¿Quizá…?

El señor Fisk hablaba ya con voz natural. Se había encendido la luz y reía cautelosamente, mientras secaba su cara a intervalos con un pañuelo azul. La sesión lo había fatigado. Janet, tratando de mirarlo con sarcasmo, abrió mucho los ojos de pronto y lanzó un formidable estornudo.

—Y, ahora —dijo Eddie—, vamos a intentar el truco de la pizarra.

Ellen deseaba que no se mostrase tan irrespetuoso y que sus modales fueran menos frívolos, menos semejantes a los de un gorrión. Desde luego, eso de llamar a sus cosas trucos era su modo de ser, pero el señor Brace, por ejemplo, seguramente no comprendería. Con seguridad iba a pensar…

No obstante, el señor Brace tuvo que confesar que estaba totalmente convencido… De su caja, Eddie extrajo lo que parecía ser una pizarra escolar, corriente, y el fragmento de un pizarrín. Él y el señor Brace, sentados ahora uno enfrente del otro, mantuvieron la pizarra firmemente apoyada contra el borde inferior de la mesa, dejando entre ambos el pizarrín. Antes persuadió al señor Simpson para que escribiera una pregunta en un trozo de papel que dobló y guardó en un bolsillo. Pocos instantes después se oyó como un ligero roce que continuó durante un minuto y medio aproximadamente. Cuando cesó, se retiró la pizarra de su sitio y se contrastó su escrito con el del papel. La pregunta del señor Simpson había sido muy trivial: «¿Cuántos botones tiene mi traje?». Siendo la respuesta: «Sume las cifras del año de su nacimiento». Como el señor Simpson había venido a este mundo en 1899, el resultado era 27, cifra que, incluyendo el pantalón admitió ser exacta.

—Ahí tienen —dijo Eddie sonriendo—; han conseguido más de lo que querían, ¿no? Vean, es una prueba extraordinaria el contestar así. Ninguno de nosotros sabía en qué año nació.

—¿M-m-m? —masculló el señor Brace—; muy bien, muy bien. He de admitir que me encuentro impresionado.

Y ha sido sumamente interesante. Puede estar seguro que le estamos agradecidísimos.

—¡Oh! —dijo Ellen—; pero no es cosa de irse todavía. Apenas son las nueve y media. Yo tenía la esperanza de que repetiría el tru… el experimento de las flores.

Enrojeció, molesta de casi haber dejado escapar la palabra truco. Pero eso era culpa de Eddie.

—Estoy segura de que tenemos tiempo de sobra —prosiguió rápidamente para ocultar su confusión— y lo he esperado con tanto interés…

Observó en su voz una ansiedad y una excitación extrañas. También Eddie, por alguna razón, parecía de pronto fuera de sí y opuesto a ceder a su ruego.

—Temo que me obligue a retrasarme demasiado, ya saben que ahora vivo al otro lado del rio —dijo.

V

Ellen lo miró de frente, sintiendo como enrojecían sus mejillas.

—¡Bah!, no se necesitará mucho tiempo. Apenas un minuto.

Se detuvo a pensar. «¿Por qué insistiría con tanta vehemencia? ¿Sería porque aquel milagro de las flores que desaparecían fue lo primero que la convenció y persuadió a realizar su experimento?».

Eddie trataba todavía de dejarlo:

—Tengo mucha prisa esta noche. Gilbert está enfermo. Y además no tengo el instrumental dispuesto…

—¡Vaya, vaya! —dijo el señor Brace, burlón, aunque con benevolencia—, su instrumental. Realmente, eso no suena bien.

—¡Qué absurdo! —dijo Eddie enrojeciendo—; necesitamos instrumental para lo que acabamos de hacer, si podemos llamar instrumental a las pizarras y los pizarrines.

Esto no lo hace menos…, menos auténtico. La próxima vez haremos el número de las flores y todo lo demás. Hasta la voz directa, si no considera la trompeta demasiado instrumental.

—¡Bah! —masculló el señor Brace de nuevo, menos benevolente y más inclinado a mostrase discutidor—; muy bien, joven. Indudablemente, usted sabrá mejor el programa que le conviene. Si no recuerdo mal, todo lo que necesitó para llevar a cabo aquel pequeño acto misterioso fue un jarrón de cristal tallado, muy corriente, y tres geranios. Al menos, sólo eso fue lo que todos vimos…

—¡Muy bien! —Eddie estaba ahora sonriente, pero resultándole difícil no perder la compostura—; naturalmente… si lo que usted se propone es desafiarme… Claro, para usted, supongo, no cuenta el ambiente. Un jarrón es sólo un jarrón y las flores, flores… Lo intentaré, pero si no resulta, no me culpen por ello.

Ocupó de nuevo su asiento con los labios apretados. Janet trajo de la habitación contigua un jarrón con seis claveles.

—Habrá que apagar las luces, supongo —dijo el señor Brace irónico.

—Sí, por favor, al principio.

La oscuridad y, para Ellen de nuevo, aquella peculiar emoción.

Continuaba aún junto a Eddie y podía distinguir vagamente su inclinado perfil y, a intervalos, podía darse cuenta de los movimientos de sus manos. «Está algo nervioso», pensó, y esto la perturbaba, haciendo que deseara más ávidamente que ocurriera algo. Entonces vería el señor Brace. Y ella, ella tendría también valor para hacer lo que había proyectado, para repetir su milagro ante todos ellos, jugando con los carbones al rojo. Su respiración se hizo difícil.

Pasaban los segundos. ¿Qué originaba el retrato de Eddie? En la ocasión precedente, según recordaba, tan pronto como las luces se apagaron, se descubrieron las flores no ya en el jarrón, sino en su cesta de labor, al extremo opuesto de la habitación. Luego, a la vista de todos cuantos le presenciaban, desaparecieron. Estaban allí y de pronto ya no estaban. Era una maravilla doble.

Pero aquella noche, la primera parte parecía exigir mucho más tiempo. Esto era culpa del señor Brace, por hablar como lo hizo y empeorar el ambiente. Sin embargo, pronto se vería confundido…

Sus pensamientos se detuvieron bruscamente para proseguir al instante con desesperada intensidad. La intranquilidad, convertida ahora en angustiosa alarma, le hizo prever que algo iba mal. Su corazón le saltó locamente en el pecho. Se sentía desvanecida. Algo marchaba mal. Luego, oyó el ruido de cristal roto, de algún objeto que caía al suelo y una interjección en voz baja. ¡Oh! ¿Qué estaba haciendo Eddie? ¿Qué…?

¡La luz! De pronto y como un duro golpe cegador que les hacía guiñar los ojos e irrumpir en exclamaciones. Janet, que se había deslizado hasta el conmutador y lo había utilizado, estaba allí de pie, indignada, señalando el jarrón roto. Su voz temblaba de desprecio:

—¡Tramposo! Esto hará que comprendan todos. El tramposo, mírenlo.

Y Eddie, descubierto, estaba agachado, buscando bajo la mesa algo que, al parecer, se le había caído. Se levantó, pálido el rostro y abatido, como si estuviera a punto de llorar, con los ojos asustados y tartamudeando…

—¡Eso es, mírenlo! Vean ese hilo atado alrededor de su mano. Siento haber tenido que hacer una cosa así…

Pero no fue el espectáculo de Eddie derrotado y avergonzado lo que retuvo la asombrada atención de todos. Algo mucho peor y mucho más desconcertante que la tardía y bien merecida denuncia de un torpe charlatán, se producía en aquella habitación. Era a Ellen a quien todos miraban. Se había levantado de su asiento, con la boca entreabierta, si bien por algún tiempo no emitió ningún sonido. El terror o el dolor, o ambos a la vez, parecieron privarla del habla. Tenía los brazos en alto, oscilaba y tropezaba. Por fin, se escuchó su voz, terminando en un grito:

—¡Fuego…! El fuego…

Sólo para Janet parecían comprensibles sus palabras.

—¡Aprisa, aprisa! Ha debido sufrir alguna quemadura…

Atravesó la habitación a saltos hacia donde estaba su hermana, arrastrando consigo el mantel que cubría la mesa. Al cogerlo cayó al suelo todo el instrumental de Eddie y se rompió.

—¡Dense prisa! El mantel no basta, es demasiado fino. En la otra habitación hay mantas, se ha quemado.

¡Quemado! Ellen, antes de que su angustia fuera excesiva, lo pudo comprender. Sólo Ellen, como hubiera comprendido también Agatha de haber estado allí, logró comprenderlo durante unos segundos torturantes… ¡El fuego! Aquel fuego, del que se había burlado dos días antes, la había quemado ahora. Las llagas aparecieron en su rostro, su cabeza, sus brazos y sus manos; por dondequiera que puso los carbones. Su carne iba ennegreciéndose. Ya no podía darse cuenta de nada. Su inteligencia se esfumaba, disuelta en una caótica agonía. Comenzó a correr como una salvaje, en pequeños círculos, en una y otra dirección, tratando de enfriarse, emitiendo un grito tras otro.

—¡Mantas! ¡Traigan mantas!

Por fin, comprendiendo que los demás estaban aún demasiado asustados e impresionados por aquel horror para servir de ayuda, Janet se vio obligada a correr ella misma en busca de las mantas, entrando en el dormitorio y arrancándolas de la cama. Pero, aun cuando se dio toda la prisa de la que era capaz, volviendo con un par de ellas casi al instante, sus esfuerzos fueron inútiles.

Pudo ver que llegaba demasiado tarde. Los alaridos que llenaban la habitación un momento antes, habían cesado.

Notas

[1] Publicada con autorización de Mrs. Bambridge. <<

[2] En español en el original. <<

[3] Plato que se cocina en el campo, durante una excursión, mezclando la comida que aporta cada uno. <<

[4] Literalmente: «Cogedlos a todos vivos», tropas irregulares. <<

[5] Fuzzie-Wuzzie, apodo que los soldados ingleses dan a ciertas tribus del África Oriental. <<

[6] *Nieve*. <<